

Aingeru Epaltza

YO QUE FUI
REY
DE NAVARRA



Lectulandia

París y la suntuosa corte del rey francés son escenario de los mayores excesos y de las más sutiles intrigas: las fintas diplomáticas y las luchas a espada a pie de calle, los enrevesados juegos de cama o el sinuoso uso del veneno. Enrique, príncipe de Navarra y jefe de los hugonotes, parte a la grandiosa capital para desposar a Margarita de Valois, hermanísima del católico rey de Francia. Se acompaña por Joanes Mailu, el más fiel de sus servidores y, aunque doblemente bastardo, sangre de su sangre. Sin buscarlo, Joanes se verá envuelto en las argucias de una corte extranjera en la que tendrá que aprender a sobrevivir a base de ingenio y astucia. Entre medio, la sangrienta noche de San Bartolomé y de fondo, la eterna lucha de poder. *Yo que fui rey de Navarra* es la excelente continuación de *Casta de bastardos*, dentro de la serie «El Reino y la Fe», la ambiciosa trilogía iniciada por Aingeru Epaltza y que recrea con talento sin par unos hechos históricos que todavía hoy continúan siendo fascinantes.

Lectulandia

Aingeru Epaltza

Yo que fui rey de Navarra

El Reino y la Fe - 2

ePub r1.0

Titivillus 13.10.16

Título original: *Izan banintzen Nafarroako Errege*
Aingeru Epaltza, 2009
Traducción: Ángel Erro
Diseño de cubierta: Ainhoa Lukas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AQUEL DÍA DE OCTUBRE de 1571 todavía no conocía la corte de Francia. No sabía, pues, que en el Louvre tenían a aquella viuda por dejada y harapienta. A mí me pareció la mujer más elegante del mundo. La blancura de la piel de Juana de Albret hacía resaltar aún más el color negro su vestido. Un collar refulgía alrededor de su cuello. Sus canas, delicadamente recogidas, me daban pocas pistas para adivinar sus años. Para las mujeres de edad avanzada mi modelo era Estefanía, y la ajada esposa del verdugo poco se parecía a la noble y distinguida señora que tenía ante mí. Según pude saber más adelante, tenía 43 años y se encontraba gravemente enferma. Por lo que es probable que el dolor que padecía fuera el causante de su gesto adusto, que yo atribuí a otras razones. De un simple vistazo, vi confirmado todo lo que sobre ella corría de boca en boca, su espíritu firme e inclinado a grandes empresas, su ánimo invencible a pesar de las desgracias. En alguna ocasión había oído, en boca de algún ministro o algún noble, que de mujer solo tenía el coño. Tal vez así fuera, no lo sé a ciencia cierta. En lo que a mi reina respecta, solo una cosa sabía cabalmente y era que gracias a ella no era yo un siervo de Roma. Si había permanecido fiel al Reino y a la Fe, se lo debía a mi firme voluntad de no desviarme del camino que ella había marcado.

Juana de Albret se volvía a derecha y a izquierda para responder a los cumplimientos de unos y de otros. Lo hacía sin mucho calor, pero con la voluntad de no olvidarse de nadie. La reina y su familia llevaban poco tiempo en Pau, tras un exilio de dos años en La Rochelle, y todavía quedaba quien no había sido debidamente cumplimentado. Después de la cruenta guerra entre hermanos, en aquella sala se apelotonaba todo aquel que era alguien en el reino, barones e hidalgos. Unos en busca de recompensa. Otros, para implorar perdón.

Enrique atrajo sobre nosotros la mirada de la reina:

—Señora —así llamaba a su madre, señora—. Os presento al joven caballero del que os hablé. Joanes Mailu, el nieto del capitán del castillo de Gárriz.

Todo el mundo calló en la sala repleta. El súbito silencio aceleró aún más los latidos de mi corazón y cubrió, de paso, de más rubor mi rostro ya sonrojado. Juana de Albret llegó, ágil, hasta mi altura. Estaba bien instruido: incliné la cabeza, en señal de reverencia. Por un instante, no vi otra cosa que sus pies. Una pequeña sorpresa: bajo la suela de cuero, su calzado disponía de una segunda suela, de madera, con lo que alzaba un tanto a su portadora.

Antes de entrar en la sala había escuchado muchas recomendaciones e indicaciones sobre el comportamiento a adoptar en cada momento con cada persona. A mis instructores se les olvidó indicarme el tiempo que se suponía tenía que permanecer con los ojos pegados al suelo al saludar a la reina. No fue tanto como

para impacientarme. Una mano huesuda me tomó por el mentón y me alzó la cabeza. En la amplia sala alguno rio.

—¡Sí que es joven! —murmuró.

Desde que me había reunido con Enrique y todavía más desde que estaba en Pau, bastaba con conocer a alguien para que señalara mi parecido con el príncipe. «¡Se diría que tienen la misma sangre!». La reina, en cambio, se había fijado en la edad, sin sorprenderle que fuera clavado a su hijo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó al príncipe de Navarra.

—Hará quince el próximo mayo, señora.

—Entonces no es tan joven. Los reyes de Francia alcanzan la edad adulta con trece años.

En la sala se oyeron más risas, pero era la mano la que me hacía daño, con un dolor que, junto a la frialdad que irradiaban los ojos de aquella mujer, mudó en blanco el rojo de mis mejillas. Debía decirle algo. Quería decirle algo. Hacía mucho tiempo que anhelaba el momento de estar tan cerca como entonces de la reina. Llevaba años pensando palabras para cuando llegara la ocasión, que luego hilaba en frases hermosas y cumplidas. En las últimas semanas, el hecho de conocer de quién era hijo, y de quién hermano, había hecho multiplicar las cosas que quería decir. Desgraciadamente, tal como pájaros que hubiesen levantado el vuelo, ninguna de tales grandes razones había hecho nido en mi sesera. Mi lengua dormía como una piedra, mis labios se habían vuelto de madera.

Ella no se veía afectada del mismo mal. En su garganta, la «erre» francesa vencía al bearnés que salía de su boca:

—Así que —dijo a la par que le restituía la libertad a mi mentón— mi difunto Antonio se dedicaba a estos menesteres, cuando se apartaba de mí.

Un considerable murmullo se alzó entre la gente de la sala.

—¿Señores, a qué viene ese asombro? —les reprendió la reina—. Todos lo sabíais.

La mujer dio una vuelta en torno a mí, tal como hace el lobo con el cordero antes de morderle en el cuello, pero fue a Enrique a quien se dirigió:

—Por esto y por muchas otras cosas, espero que tu padre arda en el infierno. No olvides lo que te digo.

—No lo olvidaré, señora.

Aunque fingía respeto, la voz de Enrique expresaba a las claras la intención de hacer caso omiso del consejo. No me pareció que su madre lo advirtiera. Giró dos o tres veces más en torno a mí antes de detenerse ante su hijo.

—Su parecido lo delata: no fui yo la única Albret a la que tu padre montó. Has abierto las puertas de nuestra casa a quien es dos veces hijo del pecado.

Había terminado conmigo. La soberana de Navarra nos dio la espalda para dirigirse hacia otro cortesano. Creo recordar que le preguntó por la salud de su padre. Enrique, cogiéndome del brazo, me sacó de la sala.

—No se lo tomes en cuenta. La vieja es así, amarga hasta lo más dulce.

Si Enrique de Borbón era el heredero de la corona de su madre, se lo debía a la previa muerte de un hermano suyo, del mismo nombre que él. Después de nacido el príncipe de Viana, Juana de Albret concibió otro niño, Luis Carlos. Pero a él también se lo llevó Dios en unos pocos meses, igual que aquel primer Enrique, de tan breve vida. Entre medio, el mismo camino siguió una hermana de nombre Magdalena cuya luz se apagó tan pronto se encendió. Catalina de Borbón —otra Catalina— nació más tarde, teniendo Enrique seis años. Sería la única que sobreviviría, junto con el príncipe de Navarra. En la mayoría de los hogares que he conocido, el afecto es inexistente en el trato entre hermanos de edades distantes. No así en el caso de Catalina, quien no solo amaba sino que admiraba por demás a su hermano mayor. Un sentimiento no correspondido por parte de Enrique, quien siempre echó en falta la presencia de un hermano varón.

—¡Un hermano! ¿Sabes lo que es eso?

Lo sabía. Yo había tenido uno. O, lo que es lo mismo, un hermano de adopción. Se llamaba Gilen. Gilen Abaurre. En la guerra eligió el bando equivocado. Tras la derrota, había buscado cobijo donde el español, más allá de los montes. Quién sabe si lo volvería a ver algún día.

—Mis primos Valois son una bonita tropa de hermanos. ¡Menudo atajo de mequetrefes! De uno en uno no valen la mitad que yo, pero todos juntos pueden más, lo que supone una gran ventaja para quienes hemos recibido el mandato divino de gobernar.

La sorpresa me dejó callado. El rey Carlos IX de Francia, esa culebra que acababa de hacernos la guerra, era uno de esos primos Valois. Nunca había reparado en ese detalle.

—Ahora te tengo a ti.

Ahora me tenía a mí. Tal vez en ese momento todo mi ser hubiera debido henchirse de orgullo. No fue así. Era hermano del príncipe de Navarra, es decir, de quien un día portaría la corona del reino. Dudaba, sin embargo, de que hubiera en eso algo de lo que enorgullecerme. Especialmente, cuando no dejaba de darme cuenta de que, aunque el hecho en sí no era algo condenado a ser mantenido en el más absoluto de los secretos, un código no escrito aconsejaba no fanfarronear con ello ante los demás. Las leyes del parentesco y la consanguinidad tenían todavía abundantes facetas oscuras para mí.

—Entonces, ¿el rey de Francia también es primo mío?

¡Qué carcajadas las de Enrique!

Si había recorrido a su lado el camino desde la Baja Navarra hasta Pau, era porque se había empecinado en ello y porque su empecinamiento había hecho ceder a Larrea, mi superior. Ese día me di cuenta de que los príncipes consiguen con facilidad

cosas que los demás no pueden alcanzar de ninguna de las maneras. No hace falta decir que ni me preguntó si quería ir a Pau. Tampoco me preocupó ese detalle.

Entre Enrique y yo mediaba una diferencia de más de tres años. El día que nos encontramos cara a cara en la plaza de San Juan de Pie de Puerto, él tenía dieciocho años y yo no había cumplido los quince. Alguno de su entorno le explicó el origen de nuestro extraordinario parecido. Los más ancianos del ejército real recordaban todavía las incursiones en cama ajena del difunto Antonio de Borbón. Yo tenía las greñas más largas. A Enrique le despuntaba una fina pelusa alrededor de la boca. Él todavía era más alto, y yo, en cambio, más espigado. Por lo demás —el cabello rojizo, la nariz aguileña, la frente alta, la minúscula pero afilada mandíbula...— éramos tan parecidos como dos gotas de agua.

—Haremos grandes cosas los dos juntos.

No sabía a qué se refería concretamente. En el tiempo en que fui invitado suyo, jugamos a la pelota en un campo cercano al castillo de Pau. Hicimos carreras a caballo en el camino de Lescar. Cazamos jabalíes en el bosque al lado del castillo de Coaraze. Y corrimos tras las hijas de los campesinos de las aldeas de los alrededores. ¿Esas eran las grandes cosas? No osaría decirlo. Hasta la fecha jamás había estado junto a un príncipe.

Tanto jugando a pelota como montando a caballo, cazando como folgando, en todo era diestro Enrique. Tan diestro como yo torpe. Salvo la pelota, el resto de ejercicios eran nuevos para mí. Había cabalgado; pero sin competir por quién corría más, como no fuera en la batalla. A mi abuelo, antiguo aprendiz de zapatero, nunca le agradó la caza. Y así difícilmente habría de cogerle yo afición. Todas mis presas hasta entonces se reducían a liebres y tordos de las cercanías de Gárriz. Y en cuanto a mujeres, aunque había conocido las gracias de Ramona, mi hermana de adopción, dos años de soldadesca no me habían hecho más sabio. En las ciudades, pueblos y villorrios que conquistábamos, las esposas e hijas de los vecinos solían ser para los guerreros más viejos y curtidos.

Cuando estaba con Enrique, me caía del caballo. No acertaba con la lanza sobre las cerdas del jabalí. Se me trababa la lengua, sin saber qué decir, cuando mi amigo me instaba a requebrar con donaire a alguna pastora.

—¡Habrás visto qué lengua más plomiza! Si enmudeces ante las hijas de los aldeanos, ¿qué te sucederá con las de los nobles? A las campesinas, si así lo queremos, podemos hacerlas nuestras por la fuerza. Pero algo más que fuerza necesitarás para tumbar y ensartar a las de más categoría.

En el reflejo del río Gave había podido ver hasta qué punto me había hecho hombre en los últimos dos años. Sin embargo, cuando estaba con Enrique, volvía a ser un niño. Obviamente, no me habría mostrado tan inepto si otros hubiesen sido los ojos que me miraban. Sentía que me probaba a cada momento, y el miedo de no superar la prueba me hacía cometer fallos.

—En verdad, dudo que seas de la familia. Los Borbones no somos tan patosos

como tú.

A menudo, mi impericia provocaba las dolorosas burlas del príncipe de Navarra. Enrique se burlaba de todo y de todos, hasta tal punto que al principio me llevó a pensar que ser príncipe consistía en eso: ser capaz de burlarse de todo y todos en todo momento. Incluso en donde otros llorarían. Es innegable que tenía una risa contagiosa. Atraía a su lado a quienes tenía alrededor, y les hacía reírse también a ellos. Así hacía yo también... cuando no era a mi costa. En ese caso, me avergonzaba y me dolía, y después enmudecía. O contestaba con cortedad a sus preguntas, con un sí o con un no, y nada más. La mayoría de las veces, no se percataba. Otras veces, me ponía la mano sobre el hombro.

—El hermano chico ya aprenderá, observando al grande.

Hermano. Una palabra que suena bien. Gilen había sido el último en llamarme así. Eso, antes de que nos enfadásemos y se marchara con los papistas. Ahora era distinto. Ser hermano de Gilen era algo liviano, sin obligaciones. En cambio, parecía que serlo de Enrique —aunque fuera de forma no pública— imponía sobre mis hombros unas cargas distintas. ¿Cuáles? No lo tenía en absoluto claro. Nunca había sido el hermano de un príncipe y no acertaba a qué me comprometía esa nueva realidad.

En las mentes de los hombres y las mujeres de la corte de Pau bullía la misma duda. Cuando estaba con Enrique, la mayoría me trataba como a uno de los suyos. En cuanto se perdía de vista mi protector, hasta los sirvientes de Pau o Coaraze me tuteaban. Enrique tenía gran culpa en ello. Estando con más gente, me llamaba «amigo»; «hermano» solamente cuando estábamos a solas. En esas ocasiones también me hacía promesas.

—La vieja no lo hará de su grado, porque le recuerdas el pecado de mi padre.

Su señora madre, la reina, era «la vieja».

—Si de mí dependiera —seguía—, a esta hora serías señor de un condado. O de una baronía. Desgraciadamente, ya no estamos ligados a Roma.

Le miré con espanto. ¿El príncipe de Navarra, arrepentido de no ser un despreciable papista?

—Si estuviéramos ligados a Roma, te nombraría obispo de algún lugar —decía desternillándose de risa—. Para algo valían los obispados.

Enrique me quería bien. Se indignaba con las injusticias que el reino había cometido conmigo y con mis predecesores. Y la indignación le hacía dar rienda suelta a su lengua.

—Corre por tus venas sangre de Borbón. También sangre de Albret, según parece. ¿Dónde se ha visto un Borbón o un Albret sin título? ¿Qué título quieres? Dímelo y yo haré que la reina ceda para que sea tuyo.

Enrique, con frecuencia, me ponía a prueba, preguntándome sobre cuestiones en las que nunca había pensado. Entonces, necesitaba tiempo para dar con una respuesta, ya que muchas veces no sabía qué era lo que quería oír el heredero del trono.

—Dime, ¿qué título quieres?

En esa ocasión, le respondí al instante:

—¡Alcalde de Pamplona!

No era la respuesta que esperaba Enrique, según se traslució en su rostro:

—Vuestro abuelo se lo prometió al mío...

Obviamente, no tenía noticia de Miguel Mailu. No me avergoncé de contarle cómo nació mi abuelo en la calle de los zapateros de Pamplona y cómo fue, en 1521, uno de los pocos hijos de la ciudad en alinearse con los reyes legítimos, en contra de los castellanos.

—Hasta tal punto que prefirió el destierro antes que convertirse en criado de los extranjeros.

Enrique seguía escuchando, así que le enumeré las heridas de Miguel y los méritos que acumuló en favor del reino. No me olvidé de referirle cómo le dijo su abuelo, el rey Enrique II, al mío, no una vez, sino dos, «mi bravo pamplonés, mi hermano».

—¡De ahí la promesa de la alcaldía de Pamplona!

Mi narración lo emocionó. Incluso provocó una sombra de tristeza en él:

—Nunca he estado en la capital del Reino.

Yo tampoco. No obstante, habría podido repetir una por una las explicaciones que me daba Miguel sobre Pamplona. Sus calles, sus iglesias, sus palacios... Le podía decir dónde se encontraba cada uno de ellos con la misma exactitud que si los tuviera ante mis ojos.

—El Palacio Real está en la Navarrería, cerca del portón de la Rochapea. Desde ahí se contempla el Burgo de San Cernin, en el que hace unos años todavía había gente que hablaba gascón...

Escuchaba admirado, sin perder ripio. Entre nosotros habían empezado a correr historias sobre las deslumbrantes ciudades de las Indias. Hubiera podido decirse que le estaba hablando de una de ellas, y no de una distante unas 50 leguas de donde nos encontrábamos. Cuando concluí, percibí que había encendido una llama en su interior.

—Algún día acabaremos de arreglar los asuntos de este lado de los puertos. Entonces les llegará la hora a los del otro lado.

Hablaba en voz alta, sin asomo de duda.

—Seré el reparador de la injusticia que mi abuelo y mi padre no supieron reparar, el sanador de una herida que todavía duele. No lo dudes, Joanes, arrancaremos Pamplona a los españoles.

¿Cómo no creer sus palabras, si expresaban una confianza tan plena y una fe tan firme?

—Mientras, tú serás en adelante mi «bravo pamplonés», tal como tu abuelo lo fue para el mío.

Ahora sí, mi interior se colmó de orgullo. Ya solo que me compararan con mi

abuelo Miguel era un galardón para mí.

—En lo que toca al título, estate tranquilo. Lo hablaré con la vieja.

Enrique parecía seguro de sus facultades. En verdad, su autoridad era pequeña al lado de la de su madre. Según me confesó el propio príncipe, no habían transcurrido sino unos pocos meses desde que la propia reina lo abofeteara por última vez.

—Algún mequetrefe denunció que yo había estado jugando a las cartas.

Era comprensible el enfado de Juana de Albret, que había prohibido en sus estados las cartas, los dados y el resto de juegos, así como los bailes y los carnavales y, en general, todo aquello que sus ministros consideraban «diabólica invención». Y, ¿quién más severa que la propia Juana en el momento de cumplir y hacer cumplir sus órdenes?

—Qué tontería, ¿no?

Me recorría un escalofrío solo de pensarlo. ¿La reina Juana le zurraba al príncipe Enrique de la misma manera que, antaño, me zurraba a mí Estefanía?

De cualquier manera, tales correctivos no hicieron a Enrique más propenso a cumplir los deseos de su madre. A pesar de la prohibición real, seguían jugándose partidas de cartas y de dados en la restaurada corte de Pau. Todas ellas en la antecámara de Enrique.

De otra parte, era de público conocimiento en todo el reino la repugnancia de la reina por el pecado carnal en todas sus variedades. No por eso dejaba su hijo de tentar a todas las criadas de palacio. Ni siquiera bajo el escrutinio ajeno mostraba Enrique tanta pasión como su madre por las cosas de la Religión. Yo he podido ver al príncipe de Navarra, durante la oración dominical, comiendo nueces y tirándole las cáscaras al ministro.

—Se me harían más llevaderos sus sermones si no pretendiera que cumpla con lo que dice. Dicen que los curas no tienen esas pretensiones. No te sorprendas si algún día me vuelvo hacia Roma.

La blasfemia de Enrique hizo palidecer mis mejillas.

—He sido dos veces papista en mi vida. Ya sé de qué estoy hablando.

Estaba en el jardín del castillo, esperando a Enrique. La víspera me había comunicado que esa mañana quería jugar a pelota. Ya se me ha olvidado por qué nos habíamos citado allí. No era un lugar al que tuviera aprecio. Desde que conocí en Bidache el jardín del castillo de los Agramont, me había parecido una labranza inútil, sin otro propósito que hacer bonito. En Gárriz, todo lo que una persona plantaba era para ser comido.

En lugar de Enrique, apareció su madre, Juana de Albret, con un jardinero. Hice amago de escabullirme entre las plantas. En los días precedentes así había hecho

siempre que advertía a la reina cerca. Todavía permanecía en mi boca el sabor amargo de nuestro primer encuentro.

En vano traté de perderme de su vista. Me llamó de una forma bastante sorprendente:

—¡Joven Mailu! —dijo, al mismo tiempo que le hacía al jardinero señal de que se alejara.

Acudí junto a ella, no tenía otra salida. Enrique me había prometido que intercedería ante su madre a favor de mi título. No me atreví a preguntarle por los frutos de ese ruego.

—Señora —hice una inclinación de cabeza.

No se anduvo con cumplimientos. Disparó como con un mosquete:

—¿Sabías que los pecados de los padres se los hace purgar Dios a los hijos?

No me esperaba en ningún modo esa pregunta. Yo mismo me sorprendí de la furia con la que le respondí:

—Por supuesto que lo sé: «yo soy el Señor Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen».

Así lo había aprendido en Gárriz y en Saint-Palais, con el ministro Etxeberri. Y también así lo había aprendido en la Academia de Orthez.

Mi respuesta no la ablandó. A través de los ojos de aquella mujer me observaba un lobo.

—Dime: ¿por qué hace Dios mención a su fuerza?

Me sonrojé como el primer día en la sala del castillo. Sin embargo, no dudé:

—Para declarar que es lo bastante poderoso para mantener su gloria.

—¿Y, cuando Dios dice celoso, qué quiere decir?

Su primera palabra casi solapó mi última. Mi replica acudió tan rauda como la suya.

—Que no puede sufrir nadie semejante o equivalente a él.

—Dime...

Al principio, continué esperando la llegada de Enrique. Luego, me olvidé de él y de todo lo que no fueran las preguntas de mi señora, que era tan docta en lo divino como mis maestros de Orthez, pero ante quien mis respuestas encontraban fácilmente el camino hasta los labios. En algún momento el interrogatorio cesó. Me corrían chorros de sudor por el cuello. En la Academia no examinaban nuestros conocimientos de esta forma. Poco había cambiado en el semblante de la mujer.

—Al menos estás instruido. Dicen que en el campo de batalla tampoco eres manco.

Estaba dispuesto para otra serie de preguntas, tal como está el piquero que ha salido indemne de un primer ataque para la próxima acometida de la caballería enemiga: atemorizado y, frente a lo que debería dictar la razón, deseoso al mismo tiempo.

La mujer me tomó por el mentón, aunque no de manera tan dolorosa como el día en que me conoció.

—Eres más Albret que Borbón, lo que me debería alegrar, aunque también tienes una gota de mi difunto Antonio. Ojalá tengas mejor cabeza que él.

Me salió de lo más profundo:

—¡Yo no seré un traidor!

Me arrepentí en cuanto lo dije. Estaba hablando de mi padre. De su esposo. Si la herí, no lo dejó traslucir.

—Traidor, ¿a qué?

Balbuocé:

—Traidor al Reino. Traidor a la Fe.

No lo dije por complacerla, pero advertí que le agradaban mis palabras.

—Ya quisiera que tu hermano tuviera igual firmeza en cuanto a la fe —suspiró.

El orgullo latió dentro de mí. Enrique me había comparado con mi abuelo. Juana, con Enrique.

Ella dio algunos pasos por el jardín. Sin necesidad de que me lo pidiese, la seguí, igual que un cordero tras la oveja.

—Corre dos veces sangre real por tus venas. Enrique insiste en que ello justifica un título. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Sentí cómo todo mi ser se envanecía. No obstante, opté por la prudencia.

—Solo aspiro a ser un servidor del Reino y de la Fe, señora.

Se dio la vuelta. Había una pequeña sonrisa entre sus labios.

—Conque aspiras a ser un héroe.

¿Un héroe? En Orthez había sabido de héroes. También con Saugis había aprendido algo sobre ellos, en Mauleón. Hércules, Prometeo, Teseo... Para mí, no era palabra de broma, un héroe.

—No sé si quiero serlo.

No cejaba en su empeño.

—Los héroes de la antigüedad tenían sueños. ¿Cuáles son los tuyos?

Mis sueños. Mis sueños se desvanecían cada vez que me despertaba. Nunca me habían preguntado por ellos. Ni me importaban. Tampoco en esta ocasión demoré mi respuesta.

—Entrar en Pamplona, guiando vuestro ejército.

Tal como cuando le planteé el tema a Enrique asomó la sorpresa al rostro de su madre. Estaba claro que su hijo la tenía poco al tanto de nuestras conversaciones.

—¿Y en Pamplona, qué?

—Imponer la nueva Fe en el viejo Reino.

Rio, y con su risa me di cuenta de que mis sueños apenas habían rozado el corazón de la mujer que más admiraba en el mundo.

—Llegas tarde. Debías haber nacido hace cuarenta años. Te habrías entendido bien con mi difunto padre.

—Igual no tan bien. Fue siempre fiel a Roma.

Por un momento, su mirada perdió dureza.

—Mi padre no tuvo otra fe, mientras vivió, que recuperar su capital. Yace enterrado en Lescar, pero dejó escrito que, en cuanto expulsemos a los españoles de Pamplona, su cuerpo sea trasladado allá.

Había oído la misma historia mil veces a mi abuelo.

—Algún día cumpliremos los deseos de vuestro padre.

Una bravuconada, lo sé. Pero veía ante mis ojos la ocasión de inflamar a la madre, tal como inflamé a su hijo.

—¿Algún día? —se burló—. También mi difunto Antonio, si es que alguna vez fue mío, sufría de la misma fiebre: Pamplona. No sacó nada bueno de ello. Solo caer en las redes de Felipe de España y alejarse de mí.

Su rostro había vuelto a ensombrecerse nada más mentar al que fue mi padre y su marido.

—Yo nunca renegaré de la Fe ni del Reino —farfullé.

No debió de oírme. Bajó también ella la voz, como si hablase para sí.

—No he sido fiel a mis raíces, ni a las viejas heridas de mi familia. Lo más seguro es que muera sin haber pisado Pamplona. Ni siquiera lo he intentado, si soy sincera. He tenido otras prioridades. No creo que Dios me lo reproche en mi última hora.

Abrí la boca para expresar mi disconformidad. Antes de poder decir una palabra, extendió su dedo hacia mí.

—A ti, en cambio, todo te parece compatible. Y no lo es en absoluto. Ojalá Enrique no caiga en ese error.

—Señora, yo...

—Si mi hijo se encuentra algún día en la circunstancia de tener que elegir entre el viejo reino y la nueva fe, prefiero que no andes cerca, aconsejándole el error.

Poco más podía añadirse después de eso. Enrique no había aparecido a la cita. Tal vez se había retrasado en su habitación jugando a los dados con algún amigo. O andaba revolcándose con alguna moza en las caballerizas de palacio. La reina de Navarra posó su mirada sobre las flores del jardín, como si de pronto hubiese recordado a qué había venido. Cuando yo ya no lo esperaba, añadió:

—He estado a punto de tomar una decisión equivocada respecto a ti. Debo agradecerle a Dios que me haya despejado la mente.

Me ordenó que regresase al castillo y que preguntase por su secretario antes del mediodía. Acto seguido, se marchó del jardín sin despedirse. A pesar de mi juventud sospechaba que algo se había torcido. Hasta qué punto, es algo de lo que no me di cuenta enseguida.

Continué esperando un rato a Enrique. No apareció. No tenía otra cosa que hacer, así que me quedé observando, con un punto de envidia, a los niños que jugaban en los fosos del castillo. Luego, me encaminé a cumplir con el cometido de la reina. No hube de preguntar a muchos sirvientes para llegar hasta un pequeño habitáculo, en

cuyo interior había un hombre, escribiendo inclinado sobre una mesa. Presentaba una buena mata de pelo rojo y un gesto arisco.

—Cuánto tiempo, Joanes —me saludó. ¡Cuán débil es la memoria! Había olvidado por completo que Enekot Ezponda era el secretario de la reina. Llevaba dos años sin ver al marido de mi madre. No había sido, la nuestra, una despedida afectuosa. Ellos partían para La Rochelle, junto a la reina y al príncipe, abandonándome en Orthez, gravemente enfermo, solo y a las puertas de una guerra segura. Recordaba las últimas palabras de Enekot. Me las había susurrado al oído, para que no las oyera mi madre, mientras yo yacía consumido por la fiebre:

—Te crees más que los demás, pero no eres más que un bastardo. Recuérdalo siempre.

Involuntariamente había cumplido su deseo en todo ese tiempo en que no nos habíamos visto. No olvidé quién y qué era yo. A cambio, en esos últimos dos años no había guardado para Enekot Ezponda un solo instante de mi pensamiento. Tampoco mucho más para mi madre Catalina ni para mis hermanastros. Había vivido sin ellos, hasta el día en que, unos pocos meses antes, la revuelta de los papistas de la Baja Navarra me expulsara del castillo de Gárriz. Y a pesar de todos los atolladeros en los que me había visto inmerso, no me había apañado tan mal. Ahora, el fin de la guerra había propiciado el regreso de la reina Juana a Pau, pero saber eso no me hizo pensar en la previsible vuelta de mi madre Catalina y su familia. Hasta tal punto los había borrado de mi recuerdo. Si no me había encontrado antes con ellos en la capital del Reino, se debía a las circunstancias de la reciente paz y a la voluntad de la reina.

Ezponda Baitha, la casa de Enekot, estaba en Mauleón. Desgraciadamente, no podíamos volver a aparecer por ella. El final de la guerra había llegado sin que el Ejército de la Fe hubiese podido arrebatarse la capital de Zuberoa al traidor Luxa. Según las disposiciones del tratado de paz firmado entre reformados y afectos a Roma, los exiliados de una y otra parte tenían derecho a volver a sus hogares sin ningún impedimento. Aun así, hasta el más necio sabía que no conservaría la cabeza sobre los hombros ningún hugonote que asomara por esa guarida de papistas que era la ciudad alta de Mauleón. En cambio, la Baja Navarra había retornado por completo a la autoridad de Juana de Albret. Aunque no faltaba trabajo por hacer. Por decisión real, el leal Enekot, en lo sucesivo, debería alternar la Secretaría de Su Majestad con la cancillería de Navarra. Los Ezponda se establecieron en Saint-Palais. La ciudad sede de las instituciones de la Baja Navarra sería de ahí en adelante su lugar de residencia.

Cuando se juntó conmigo en Pau, Ezponda no llevaba ni dos días en el Palacio Real. Al día siguiente lo esperaban de nuevo en Saint-Palais. No podía afirmarse que exultara de júbilo al verme.

—Ya he oído tu nombre dos o tres veces desde que estoy en Pau. Todavía no he decidido si para bien o para mal. En estos dos años tal vez hayas aprendido algo que te cupiera en tu cabeza de bastardo.

Se me había conocido como *El pequeño soldado de Gárriz*. También como *El novillo de Nabarrenx*. Había participado en la toma de Orthez. En la batalla de Osserain. En los dos asedios a Mauleón. Mis manos sabían qué era arrebatarle la vida al prójimo. Y, sin embargo, no salió de mi boca ni una sola palabra de protesta.

Por la tarde salimos de Pau. No tuve tiempo ni para despedirme de Enrique. Antes de partir mencioné la posibilidad de un encuentro con él. Enekot me hizo callar, como a un niño de ocho años.

—¡Infeliz! ¿Crees que te llevaría conmigo sin el consentimiento de la reina y el príncipe?

La Baja Navarra había comenzado a restañar las heridas de la guerra: en Saint-Palais no había un solo rincón en que no trabajara alguna tropa de albañiles, carpinteros y peones. La casa concedida por la reina a los Ezponda no era una excepción, con un montón de oficiales pululando de aquí para allá en arreglos diversos. Ya he olvidado qué les ocurrió a los anteriores propietarios, si habían muerto o habían marchado donde los españoles. El yeso y los remiendos de madera tenían también la misión de borrar su memoria.

Conservaba un recuerdo amargo de Catalina, mi madre, que nuestro primer encuentro no suavizó. Tal vez no hubiese acabado tan agriamente si Enekot hubiese servido un entrante más dulce.

—Aquí tienes al nieto de tu padre.

Podía haber dicho «tu hijo». Prefirió decir «el nieto de tu padre». Catalina consintió fácilmente en el atajo para apear me un grado en el parentesco.

—Tienes buen aspecto.

Sin duda que haber compartido mesa durante las últimas semanas con el príncipe de Viana había mejorado bastante mi presencia.

—Está claro que aquí habéis vivido más holgadamente que nosotros.

Mi madre no expresaba gran conocimiento o interés por las tristes marcas dejadas por la guerra en nuestra zona. El ajetreo que a través de la ventana se apreciaba en las calles de Saint-Palais desmentía sus palabras.

Tuve un arranque de bravuconería. Era la primera señal que daba de estar vivo desde que la reina me entregara a Enekot en Pau.

—Es obvio, señora —sonreí, sarcástico— que hemos vivido aquí más holgadamente que vos.

No podía enojarse. El príncipe de Navarra también llamaba de esa forma a la reina Juana: señora. Enrique tenía en mayor estima que yo a la persona que lo había traído al mundo.

—Desde su marcha esto ha sido una fiesta continua —añadí.

De alguna forma su despropósito era excusable. Lo habían pasado muy mal en La Rochelle, según pude saber en los días siguientes. Si hubiera tenido más tino

observando, no habría debido esperar tanto: en comparación a la de dos años antes, la Catalina que veía estaba más delgada, más encorvada su cintura y más cubierto de arrugas su rostro. Mi edad no llegaba a los quince años y era escaso mi entendimiento.

Una mano agarró mi cuello por detrás, a la vez que un puño se hundía en mis costillas.

—¿Cómo te atreves? ¡A tu madre...!

Al menos no dijo «a la hija de tu abuelo».

Enekot Ezponda empezó a pegarme en la cabeza y en la cara. Catalina, a su lado, le aplaudía:

—¡Dale más! ¡Que aprenda bien aprendido!

Yo llevaba un puñal colgando del cinto. De haberlo sacado, hubiese hecho viuda a mi madre. Tal vez leyó las ganas en mis ojos. O empezaba a dolerle ya la mano.

—¡A la bodega!

Me obligó a entregarle las armas antes de bajarme. Esa noche cené pan seco y agua.

Es agradable estar al calor de la familia.

Después de haber conocido las penalidades del soldado y la vida regalada del cortesano, supuso todo un cambio volver con los Ezponda. La casa de Saint-Palais era más pequeña que la de Mauleón. Los dos duros años precedentes habían causado alguna baja en el rebaño de hijos de Enekot. Aun y todo, allá salían de todas partes más niños y mozos que limacos después de llover. Uno de ellos era tocayo mío: Joanes, antiguo compañero y enemigo en la Academia de Orthez. Cuando me sacaron de la bodega, me encontré con él frente a frente.

—Sigues tan listo como siempre para hacerte castigar.

—Igual que tú diciendo imbecilidades.

Otra mala noticia: mientras viviera en esa casa, debería compartir habitación con Joanes y otros dos muchachos más.

—¿Es verdad que has matado a mucha gente? —me inquirió el más joven de los tres.

Era una pregunta formulada por indicación de los otros. Rondaría los nueve años. Era pequeño, enclenque. Yo también había tenido un aspecto semejante no hacía tanto. En su cara pecosa llevaba inscritos la curiosidad y el temor. Igual que en la de sus dos hermanos, por mucho que Joanes tratara de fingir lo contrario. En Mauleón, dos años antes, sus rostros no habrían reflejado más que curiosidad. Eran mis hermanastros, o hermanastros de hermanastros míos. Aunque apenas los conocía como para deberles nada.

—No has oído embustes. Estas manos han pasado a cuchillo a cientos de papistas. Y también a algún que otro traidor de nuestra religión.

Aumentó un peldaño su temor. Al demonio qué pensasen de mí.

—Así debe actuar quien quiere defender el Reino y la Fe —añadí, salvaje—. No basta con rezar. Ni con los libros.

Clavé mis ojos en Joanes para que no le cupiera la menor duda de que la apostilla iba dirigida a él. El dardo, arrojado a ciegas, dio de lleno en el blanco. Lo sabría los días siguientes: los dos años que mi tocayo había pasado en La Rochelle los había empleado únicamente en avanzar en sus estudios. Mucho Latín y Teología, y poca espada. A pesar de ser un año mayor que yo, Joanes Ezponda no había pisado aún el campo de batalla.

—Dios no quiere que todos nos manchemos las manos —masculló, retirando su mirada de sus dos hermanos, o hermanastros.

Le miré arrogante.

—Quien no quiere mancharse las manos acaba quedándose sin ellas.

Los caballeros que conocía vivían del honor ganado por sus abuelos o por los abuelos de sus abuelos. Yo también era nieto de un infanzón. Sin embargo, no podía beneficiarme de ello. Mi hidalguía era incierta. Carecía de tierras y casas. En mi breve estancia en la corte germinaron en mí algunas escuálidas fantasías a las que había dado alas el cierto aprecio que Enrique me mostraba. Ya las había apartado de mí.

Era dueño de bien pocos bienes: mi espada, mi pistola, mi caballo. Durante varios días me devané los sesos pensando al servicio de quién debía ponerlos. Me acabé inclinando por Belzunce, vizconde de Macaya. Confiaba en que no hubiera olvidado su antigua oferta de convertirme en «capitán» de sus soldados. Instaurada la paz, también necesitaría de gente como yo si aspiraba a recuperar algún día Mauleón de las garras de su cuñado Luxa. Porque yo no era un don nadie. Se me había conocido como *El pequeño soldado de Gárriz*. También como *El novillo de Nabarrenx*. Había participado en la toma de Orthez. En la batalla de Osserain. En los dos asedios de Mauleón. Los hechos de cada cual, he ahí otro tipo de bien que bien puede convertirse en oficio.

Con todo, en casa de los Ezponda ese tipo de riqueza no deslumbraba en demasía. En Saint-Palais mis hazañas guerreras solo me sirvieron para humillar a Joanes. Nada más. En los días posteriores Enekot y Catalina me demostraron claramente qué significaban para ellos. Cero.

Me cortaron el cabello. Como los burgueses de Orthez y los alumnos de la Academia, todos los habitantes de esa casa llevaban el pelo rapado, y los adultos la barba rasurada también. En Nabarrenx nos obligaban los ministros. Algo de lo que se reían los papistas.

*No se asoman a la calle,
no, los hijos de Lutero,*

*por eso tienen tan blanca
la cara como el trasero.*

Así decía una de las coplas que circulaban en contra nuestra.

Cuando el asedio terminó y abandonamos la ciudadela, nuestros oficiales ya tenían suficientes preocupaciones como para cuidarse de la longitud de los cabellos y las barbas de sus hombres. En la corte de Pau, Enrique nunca trató temas capilares. Incluso a él una fina barba le adornaba el contorno de su boca. En casa de los Ezponda era otro cantar.

—¡En esta casa no se permite el pelo largo! —dijo Catalina.

Cuando la hermosa Dalila dio cuenta de las greñas de Sansón, el forzudo bíblico no debió de sentirse tan mal como yo cuando vi que me acercaban la navaja a la cabeza.

Sentados a la mesa después de las oraciones, Enekot Ezponda hizo saber qué planes me deparaba. Desde el altercado del día de mi llegada no me dirigía directamente la palabra. En aquella ocasión tampoco lo hizo. Se lo explicó a Catalina, de manera que lo oyera todo el mundo.

—Dicen que en Orthez han comenzado a reconstruir la Academia. Los trabajos terminarán el año que viene. Para entonces, el nieto de tu padre ha de estar bien preparado, para retomar sus estudios en cuarto curso.

De nuevo, «el nieto de tu padre».

—La Reforma precisa de ministros que hablen la lengua vasca —añadió—. Este pueblo de sordos tendrá que recibir la buena nueva algún día.

No quería regresar a Orthez. No quería permanecer los próximos meses bajo el mismo techo que Enekot y Catalina. No quería ser ministro.

Había llegado la paz, pero no la misma paz al Bearn que a Navarra. En el señorío soberano no quedaba rastro de papistas. Las iglesias que seguían en pie habían sido clausuradas, o reconvertidas en templos de la Religión. Los conventos y los monasterios estaban vacíos; los monjes y monjas, dispersados. Los curas que no se habían hecho ministros habían sido muertos o expulsados del señorío soberano.

En Navarra era distinto. En Navarra volvían a tañer las campanas desde los campanarios. En la mayoría de los pueblos, las negras sotanas de los sacerdotes se dejaban ver entre los paisanos. En Saint-Palais yo mismo había sido uno de los que dio fuego a la iglesia, para vengar la destrucción de nuestro templo. Ambos estaban ahora en reconstrucción, pero iban mucho más rápidas las obras de la iglesia que las del templo.

—¿Por qué no se cumple aquí la voluntad de la reina? ¿Van a poder seguir los navarros rezando como lo desea Satanás?

Eran, por mi parte, puras ganas de provocar. Enekot y yo acabábamos de salir de casa, por orden de mi madre. No me había quedado claro adónde íbamos.

Acabábamos de pasar ante la iglesia romana.

Ezponda no contestó.

—¿Lo que ganamos por la guerra lo hemos de perder por la paz? —insistí. No quería que Enekot pensara que su castigo me había aplacado.

No dio muestras de haberme oído.

—Ya sé que hay más de un modo de cumplir la voluntad de Dios. Aun así, ¿por qué no vale para Navarra lo que vale para el Bearne?

Ahora sí que había dado en el blanco. Todavía no sabía que había sido el mauleonés en persona el que había aconsejado a la reina que en Navarra fuese «más flexible» en temas de religión, a fin de atemperar los ánimos exaltados de los bajonavarros.

Me sacudió en el cogote.

—¡Cállate! ¿Desde cuándo se ocupan los bastardos de las cuestiones del reino?

A pesar del dolor, me reí para mis adentros. Lo había obligado a hablarme.

Nos detuvimos ante una casa. La conocía. Antes de partir a la guerra, iba allá tres veces por semana y me quedaba a comer en ella. Nos salió a la puerta el ministro Etxeberri. Ezponda lo saludo con afecto. Llevaba casi un año sin ver al clérigo. Tampoco lo había extrañado. Por su parte, su frío saludo ya me advirtió de cuál era el recuerdo que tenía él de mí. Todavía no me había perdonado que en Nabarrenx rechazara su techo y prefiriera el de los Abaurre.

También conocía a la persona que salió detrás de él, pero no de verla en ese lugar.

—¡Graciana! —exclamé con sorpresa.

Efectivamente, era la hija mayor de Domingo Abaurre. Había salido del castillo de Gárriz, siendo yo un niño, a servir a Saint-Palais. No había vuelto a verla desde que estallara la guerra. Gracias a su marido papista —una escoria de la peor clase que surtía de espadas a Luxa— no tuvo que seguir en el exilio a sus padres y su hermana, cuando los señores y las villas de la Baja Navarra se rebelaron contra su reina y la Religión. Qué hacía en aquella casa, era algo que me resultaba incomprensible.

—Cuánto tiempo, Joanes —me saludó, sin mirarme a los ojos.

Graciana careció siempre de la vivacidad de Ramona, pero solo verla me hizo recordar a su hermana. ¿Dónde andaría la que me hizo más soportables los rigores de Nabarrenx? ¿Dónde, aquella que, apretándome contra sus muslos, hizo de mí un hombre?

Nos condujeron a la cocina de la casa. Me acordaba del lugar. Había comido en ella en innumerables ocasiones, con Etxeberri y toda su familia, cuando iba desde Gárriz a instruirme. Aquel era el reino de Léonine, la esposa del ministro; allá, solo ella tenía la palabra. La mujer, sin embargo, se había quedado en Nabarrenx, muerta, alcanzado su cuerpo antaño relleno por la bala de un cañón papista. Ahora, se notaba la falta de la muerta en la animada charla de Etxeberri. También Graciana se movía con seguridad allá dentro, para lo que mandara el ministro. Solo a Ezponda le ofreció asiento. Llenó dos vasijas de vino, una para el de San Juan de Luz, otra para el

mauleonés. Luego desapareció, dejándome a mí a solas con los hombres. Ellos habían comenzado ya a hablar. Se referían a mí, como si yo no estuviera presente. Asqueado, tomé el mismo camino que Graciana, hacia el pequeño huerto de la trasera de la casa.

Se estaba bien bajo el sol de octubre, a esas horas ya no tempranas de la mañana. Con la mujer se encontraban tres criaturas: dos niños y una niña. De ellos, solo conocía a la última: Marie, la hija menor de Etxeberri. Por aquella época tendría nueve años. Los otros dos eran bastante más jóvenes. El menor todavía gateaba. Los chicos tenían en la mano un palito cada uno, con el que cavaban en la tierra, como queriendo sacar algún bicho de su escondrijo. Cerca de ellos, sentada en el suelo, Graciana despiojaba la larga cabellera morena de la niña. Su madre había hecho eso mismo en mi cabeza miles de veces. Quizás por eso, o porque su imagen me había avivado el recuerdo de Ramona, o, sin más, porque hacía mucho tiempo que no era testigo de una paz y una tranquilidad semejantes a la que emanaba de aquella visión, por un instante me quedé arrobado contemplándolos.

—Joanes Mailu, ¿siempre tienes que estar espiando a tu alrededor, como cuando eras un mocoso?

Me sonrojé. Sin duda, se acordaba de cómo acechábamos su hermano Gilen y yo a las dos hermanas, en Gárriz, cuando compartíamos el mismo aposento.

Graciana le adelantaba tres años a Ramona. Con lo que a mí me llevaba ocho. No obstante, yo la consideraba de otra generación, casi de la edad de sus padres. Con ocho o nueve años, me hubiera dedicado a pinchar a Ramona. Raramente a Graciana. Una sola mirada suya me quitaba toda gana de juegos y de bromas.

Fingí no haber oído a Graciana, para preguntar a Marie:

—¿Dónde están tus hermanos?

En la época en que recibía clases de su padre en esa misma casa, Marie y yo nos sentábamos a la misma mesa dos veces por semana. También estaría ella en Nabarrenx, dentro de la ciudadela, con toda su familia. Así que nos cruzaríamos más de una vez en la ciudad sitiada. Solo que mi memoria no había guardado recuerdo de ello. Hasta ese momento, Marie había sido en mi vida tan extraña como Graciana. Aunque por razones opuestas. La diferencia de cinco o seis años era a mí a quien hacía mayor. Desde esa altura no veía en ella más que a una niña de corta edad. Aquel día de octubre de 1571 era la primera vez que me dirigía a ella directamente. Si le pregunté algo, no fue impelido por ningún interés hacia ella o su familia, sino porque me causaba reparo preguntarle a Graciana directamente qué rayos hacía ella en esa casa, y confiaba en que la zagala me lo aclarase indirectamente.

—Henriette ya no está con nosotros —contestó—. Se casó con Thierry, el hijo de un ministro de Salise. Uno feo y narigudo. Vive allá desde que acabó la guerra.

Sin darme cuenta se lo había preguntado en vasco y ella me respondía en el mismo idioma. Nunca le había oído ni una sola palabra en nuestra lengua. Su madre opinaba que el nuestro era un idioma «salvaje». Atraído por tal circunstancia y por el descaro que desprendía al hablar, la examiné con mayor detenimiento. Era menuda,

delgada, de ojos pequeños, con el cabello del mismo tono que la paja seca, con pecho y talle lejos todavía de lo que suele ser en una mujer... No poseía nada de lo que un día admirara en Léonine. Sin embargo, tenía cierto gracejo al hablar.

—François trabaja en la Casa de la Moneda, lleva las cuentas de las libras recién fabricadas. Le digo que traiga a casa alguna, cuando no lo vea nadie, pero se hace el sordo.

Señaló hacia Graciana y los dos muchachos que jugaban.

—Ahora tengo una nueva madre y nuevos hermanos, ya que mi padre se volvió a casar.

Las gallinas sabían dónde era la fiesta. En cuanto Estefanía cruzaba la cerca del gallinero, todos sus habitantes se reunían alrededor de sus ajadas y desnudas piernas. Antes de esparcir los puñados de mijo, tenía que apartar a patadas a la mayoría de ellas.

—Canallas de aves. Y malas ponedoras. No se avergüenzan de comerse sus propios huevos.

En casa de los Abaurre me dispensaron una bienvenida bien diferente de la de los Ezponda. Cuando volvió el hijo pródigo de la Biblia, su padre mató un ternero. Domingo Abaurre no tenía terneros. En su lugar, se asó un conejo. Nunca llamé padre al verdugo de Gárriz, pero si alguna vez tuve un padre, ese fue él. De la misma forma que su mujer, Estefanía, había sido diez veces más madre mía que Catalina. Y así llamé en todo momento, madre.

Creía que el matrimonio iba a hablarme de Graciana. Comenzaron por su otra hija, sin necesidad de que yo les preguntara.

—Han visto a Ramona en Pamplona.

—¿En Pamplona?

Oír cualquiera de los dos nombres, el de la ciudad y el de la chica por separado, me habría hecho estremecer. Hete aquí que me los encontraba juntos en la misma frase.

—Debe de estar con Gilen.

No les conté que hacía unos meses me había encontrado con Gilen. Ni que le había salvado la vida.

—Los dos hermanos se guardarán el uno al otro.

A diferencia de los Etxeberri, los Abaurre no cicatearon el vino conmigo. Tampoco con ellos mismos. Después de comer, Domingo se acostó ciertamente bebido. Yo me quedé con Estefanía, mientras ella trajinaba con las tareas de la casa. No tenía prisa por volver a donde los Ezponda. Ixabel, la hija pequeña de Ramona, nos seguía en silencio a todas partes. Sus ojos no perdían ni uno solo de los movimientos de su abuela.

Cuando terminó en el gallinero, volvimos a entrar en la casa. Al igual que Enekot

y su familia, el verdugo y su esposa se habían puesto a vivir en el antiguo hogar de alguien huido o fallecido durante la guerra que acababa de concluir. La mujer hablaba ahora de Graciana.

—Me la dejasteis viuda, con dos niños pequeños.

Eso de que «se la dejamos» no era una manera de hablar. Yo era uno de los que, un año antes, entraron en Saint-Palais con el ejército de la Fe. Causamos más de una muerte entre los partidarios de los rebeldes. ¿La del marido herrero de Graciana, entre ellas? Puede que así fuera. No lo recordaba.

—Y el ministro también enviudó. En cuanto volvimos a Saint-Palais no tardó en llegarnos la voz de que buscaba esposa, con la única condición de que fuera reformada. Piensa, reformada y casadera. Había pocas así en el País de Mixa.

Muy pocas. Yo podía atestiguarlo.

—Afortunadamente, desde que nos instalamos en Saint-Palais, Graciana había vuelto a acudir con nosotros a la Cena, dejándose de misas y curas. No era la mejor dote para nadie, pero de otra forma, Etxeberri iba a tener que traerse a alguna bearnesa. Y prefería a alguien que no tuviera que hacerse al lugar. Parece que su primera mujer francesa le había traído más de un quebradero de cabeza en ese sentido.

Había sido testigo de ello, pues Léonine no se callaba lo que pensaba. La baja estima en la que tenía a los habitantes de Saint-Palais y, en general, a todos los pobladores de la Baja Navarra, dificultaba sobremanera el trabajo de Etxeberri.

Traté de pronunciar alguna palabra de aprobación. En vano. En realidad, estaba dolido. A Ramona la habían expulsado de la ciudadela de Nabarrenx a causa de una denuncia del mismo Etxeberri. Había oído a la propia Estefanía maldecir contra el ministro. Todo eso parecía olvidado. Los Abaurre habían casado a una hija con aquel que había traído la perdición a la otra. Perdición, al menos, en la medida que la distanciaba de mí. Pero lo que a mí me causara pesar no tenía importancia para Estefanía.

—Graciana no es tan joven...

Podría haber concretado: veintidós años. Podría haber concretado incluso más: Etxeberri tenía el doble.

—... pero todavía no es tarde para darle un hijo al ministro. Un varón, a poder ser.

Graciana, madre de un hijo de Etxeberri. Se me revolviéron las tripas de solo pensarlo. Estaba a punto de salir corriendo de allí.

—Después ya se nos ocurrirá alguna triquiñuela que haga reventar al minstrejo. Me pareció haber oído mal. No era así.

—Algún día, más tarde o más temprano, ha de arder en el infierno. De lo que le hizo a nuestra Ramona no me olvidaré ni cuando se me vacíe la cabeza de puro vieja.

Me entraron ganas de abrazar a Estefanía, pero nunca había abrazado a Estefanía.

Como si nada hubiera sucedido durante los dos últimos años, volví a casa de Etxeberri en calidad de alumno. Joanes Ezponda también iba, aunque conmigo solo daría unas horas, que pasábamos estudiando textos antiguos en latín y griego, textos nuevos en francés y la Teología de Ginebra. Cuando se marchaba el hijo de Enekot, ocupaban nuestro tiempo escritos de naturaleza diferente.

—Los acaban de traer de La Rochelle.

El ministro me mostraba con orgullo sus nuevas posesiones. Se trataba de cinco libros, y una hoja suelta. En la portada del más voluminoso pude leer: *Iesus Christ Gure Iaunaren Testamentu Berria*. Habían impreso, por fin, la traducción del Nuevo Testamento que el viejo Leizarraga llevó a cabo junto con los otros pastores. Tal vez no era cosa de tanto pasmo. A mí me pareció algo equiparable a la biblioteca de Alejandría. Con mi dinero compré un ejemplar de cada libro. Durante los años venideros, me acompañarían siempre.

En mi inocencia, pregunté por qué no se quedaba con nosotros Joanes Ezponda durante el tiempo que leíamos tales libros o copiábamos de ellos. Etxeberri me respondió sin tapujos:

—Enekot Ezponda prevé mayores destinos para su hijo, para los que la lengua vasca no le hará ninguna falta.

Avanzaba. Etxeberri estaba contento, si no conmigo, al menos con mi trabajo. Antes de un mes me notificó que pensaba encomendarme la formación de un grupo de niños. Nada menos que a mí.

—Serás quien les muestre el camino a los jóvenes retoños a través de los meandros de la nueva fe.

—Sí, señor —contesté, simulando docilidad.

No tenía intención alguna de mostrar ningún camino a nadie.

Mi escasa predisposición hacia Etxeberri no aumentó en los meses entre finales de 1571 y comienzos de 1572. No solo porque me acordara de Ramona. No solo porque sintiera el impulso de matarlo cuando lo imaginaba jodiendo con Graciana. Me aburría con él y me aburría con mis compañeros de clase. Solo los libros de Leizarraga me daban algo de alegría, la textura de su piel, el olor de la tinta que todavía no había desaparecido, el sonoro eco de sus palabras en mis oídos...

Y por esta causa nosotros aborrecemos las sinagogas y congregaciones conformes a ese al que se llama Papa, porque por ellas ha sido proscrita y acotada la verdadera palabra de Dios...

No es gran cosa para quien ha probado en su garganta el sabor de la pólvora en el campo de batalla. Frases como esa, sin embargo, traían consigo una especie de promesa para la vista, para el tacto y, especialmente, para el entendimiento.

Al contrario que en los tiempos de Gárriz, no me quedaba a comer en casa de Etxeberri. No existía la excusa de la lejanía, ya que salvaba en un santiamén la distancia entre la casa del ministro y la de Ezponda. Sin esfuerzo me percaté de que el

pastor donibandarra no me quería cerca de su nueva esposa Graciana ni de su hija Marie. Si antes o después de las clases me veía jugar con los dos hijos de mi hermanastra, rápidamente me apartaba de allá.

—¿Qué andas por aquí, gandul? ¡Aprovecha las horas de luz que le quedan al día para hacer copias en casa!

De fuera llegaban noticias confusas. La corona de Francia había firmado la paz con los dirigentes de la Reforma. El príncipe Condé —primo de Enrique de Navarra y, por lo tanto, mío también— y el almirante Coligny habían sido readmitidos en la corte. Corría el chisme de que el rey Carlos IX llamaba «padre» a Coligny, ante el mutismo de su madre Catalina de Médicis. Todas aquellas noticias eran una escarpada pendiente para mis jóvenes entendederas.

—¿Va a compartir mantel con quienes han deseado matarle?

Joanes Ezponda me miraba como el maestro a su alumno menos avisado. Habíamos llegado a la par de la casa de Etxeberri, pero no nos dábamos prisa por cruzar el portón.

—Por la fe se alzaron en contra de su rey. Ahora, el rey se muestra dispuesto a respetar su fe. Ya no hay motivo para que no tengan un sitio en la corte.

Las razones de Joanes despedían el tufillo de las enseñanzas de su padre.

—Pero ¿cómo se pueden fiar?

—Deberías preocuparte menos del gobierno de los reinos y más de tus estudios. No eres un príncipe, ni lo serás.

—¡Tú qué sabes, gusano!

Aquella tarde, en nuestra habitación, Joanes Ezponda me llamó «príncipe». Los otros dos chicos con los que compartíamos el aposento lo repitieron como un eco: «¡príncipe!, ¡príncipe!». Igualmente hicieron, a la mañana siguiente, sus hermanos y hermanastros: «¡príncipe!, ¡príncipe!». El primer bofetón fue para Joanes. Pasé los días siguientes encerrado en la bodega.

Enekot nos informó a la mesa, tras el rezo:

—El príncipe Enrique de Navarra va a casarse con la hija del rey de Francia. Nuestra reina Juana ha partido en viaje, a arreglar los asuntos de la boda.

Llevaba días sin comer ni beber otra cosa que pan y agua. El hambre debería haberme hecho más prudente. Sin embargo, no pude callarme:

—¿El sucesor de la casa de Albret va a desposarse con la hija del despiadado asesino de nuestros hermanos en la fe?

Todos los ojos de cuantos estaban a la mesa de los Ezponda se volvieron con temor hacia Enekot. La piel del jurista cobró el mismo tono que su cabello. Pero no se puso en pie, ni empezó a darme de puñetazos.

—Hablas de lo que no sabes, como siempre.

Se equivocaba. Sabía de lo que hablaba. La noticia era una chispa más en un

fuego que estaba a punto de consumirme. Me resultaba insufrible el clima que había traído la paz. Los que se habían significado en el alzamiento estaban regresando a la Baja Navarra. Las iglesias estaban llenas. Se decía que pronto volverían las procesiones a las calles. ¿Por qué Navarra tenía que ser distinta al Bearne?

—Ni un solo cura hay en el señorío. ¿En el país de Mixa por qué tenemos que ver tan tranquilamente a toda esa morralla?

—Otra vez estás hablando de lo que no sabes. Cósete la boca, de una vez, si no quieres que te la cruce de un manotazo —me respondió Enekot.

Aquella noche, de nuevo Joanes empezó con su cantinela de «príncipe, príncipe». Tuvieron que separarnos entre un criado y el propio Enekot. Si no, lo hubiera matado allí mismo.

Tomé la decisión cuando cumplía mi castigo en la bodega de la casa. En primavera, con el buen tiempo, me esfumaría de Saint-Palais. No pensaba dirigirme a donde Belzunce. Enekot me requeriría tan pronto como supiera dónde estaba. Rondaban por mi cabeza planes más lejanos.

Corrían rumores. Se decía que Francia, aunque en una paz recién recobrada, no tardaría en iniciar una guerra con España, para apoyar a los rebeldes de los Países Bajos. El hugonote Coligny comandaría un ejército en el que habría sitio para todos, lo mismo católicos que reformados. No me causaba especial ilusión luchar junto a una panda de papistas. Tampoco sabía siquiera dónde estaba Flandes. De poder elegir, prefería Navarra. Pero si no era posible combatir en Navarra a quien nos había robado Pamplona, Flandes tampoco sería tan mal sitio para cortar algunas cabezas españolas.

Para primeros de abril ya tenía todo listo. Desde hace varias semanas, acostumbraba a sacar, antes de anochecer, el caballo del establo de los Ezponda para pasear con él. Nadie sospecharía nada si me veía salir cabalgando de Saint-Palais. Mis pocas pertenencias las había ido llevando de una en una a casa de Domingo. Había hablado con el verdugo. Por voluntad suya o en contra de ella, se había mostrado dispuesto a ayudar: llevaría mis cosas al sitio que yo le dijese el día en que yo lo dijese. No creo que le confiara nada a Estefanía.

La víspera del día elegido para mi partida, llegó desde Pau un mensajero de Enrique. Acudió primeramente a casa de los Ezponda. Como no me encontró allí, vino a buscarme a casa de Etxeberri, acompañado por una Catalina soliviantada. En ese momento, vigilados por el ministro, leíamos un fragmento de *La Guerra de las Galias* de Julio César.

FRANCIA ES GRANDE, y Navarra, pequeña. Eso comporta problemas muy diversos. Problemas para Navarra, obviamente, no para Francia. Problemas, cuando Francia y Navarra no se entienden. Y problemas también, cuando quieren entenderse.

No era la primera vez en que un heredero al trono de la minúscula Navarra se casaba con la hija de un rey de la inmensa Francia. También Enrique de Albret — padre de la reina Juana y hermanastro de mi abuelo Miguel— se había visto en idéntica circunstancia mucho antes de que yo naciera. Ignoro cómo se las apañaron entonces para que la sombra del descomunal vecino no oscureciera del todo nuestro diminuto reino. En la presente ocasión, al menos, Enrique de Borbón no quiso presentarse ante su futuro cuñado como el arruinado infanzón de una casa en declive. El día en que partiera a desposarse con Margarita de Valois, el príncipe de Viana quería junto a él como testigos a un grupo de caballeros que representaran cada uno de ellos uno de los dominios de la casa Albret-Borbón: la Baja Navarra, el Bearne, la Bigorra, Foix, Labrit, Vendôme... Todos más jóvenes que Enrique, todos reformados y todos vestidos de idéntica forma.

Más de una vez me he preguntado si me habrían elegido para ese menester de haber habido en la Baja Navarra muchos jóvenes hugonotes de mi edad. Lo dudo. Ya lo he dicho en alguna otra ocasión: ser un raro espécimen ha conformado y condicionado mi vida.

—Debería desbordarte la alegría. No puede caberle mayor honor a un súbdito del rey de Navarra.

Acababa de llegar al palacio de Pau y era el mayordomo el que así me hablaba. No hacía ni un año que había salido de allí, tras haber deambulado algunos meses por aquel lugar, sacando provecho de las ventajas de ser amigo del príncipe Enrique. Ahora parecía que todo aquello hubiera sucedido hacía un siglo. Llegaba allí en una situación bien diferente.

Tal vez el mayordomo de la corte estuviese en lo cierto. No podía caber mayor honor para mí. La alegría, en cambio, estaba lejos de desbordarme. Hube de comprar una camisa roja bordada y con ojales y unas calzas azules, así como un sombrero de plumas, también azul. Los vencedores —y algunos vencidos— suelen terminar las guerras con los bolsillos bien llenos. Yo no era de esos. Por otra parte, ni Enekot ni Catalina habían querido engordar mi raquílica bolsa. Diría que a Ezponda se lo llevaban los celos, por no ser su hijo Joanes el elegido para viajar a París. Mis pocos dineros se me fueron en la compra de ropa para los esponsales.

Otras eran las preocupaciones de los jóvenes que estarían conmigo el día de la boda. El bigorrés Roger Pardiac, Arnaud Nérestan, de Labrit, y Alexandro Galard, bearnés, acudieron a la llamada de la corte con sirvientes incluidos. Francisco Lers,

de Foix, era la excepción. No sé si estaba en mi misma situación, o si, sin más, tenía un padre más avaro. A los cinco ya nos llamaban en la corte «los acompañantes del príncipe», a falta de título más adecuado. Ellos tenían quién les lavara y remendara la ropa. Tenían quién les bruñera las armas. También tenían suficiente plata en el bolsillo para pagarse una medida de vino en las posadas del camino. Carecían, en cambio, del único bien que poseía yo, aunque a veces resultase envenenado.

El mayordomo de la corte nos llevó ante Enrique al día siguiente de nuestra llegada. El castillo de Pau era esos días un puchero en ebullición. Todos, desde los miembros del Consejo Real hasta la última criada, crepitaban con los preparativos del viaje a Francia. Qué carreras, qué estrépito de todos con los nervios en punta, una locura que antes solo había visto en el campo de batalla. Solo que allí los cristianos no se mataban los unos a los otros.

Encontramos al príncipe en el pasillo, junto a sus aposentos. Discutía, en camisa, con un hombre al que ya conocía: era el despensero de la cocina de la reina. Enrique lo reprendía por una partida de queso que había de venir del valle de Aspe y que no había llegado. Al percatarse de mi presencia se olvidó del hombre:

—Joanes, mequetrefe, ¿dónde te has metido estos meses?

¿Que dónde me había metido? Él debía saberlo. Si Enekot me dijo la verdad, la decisión de sacarme de Pau no la había tomado sin el conocimiento del príncipe. Con todo, Enrique parecía realmente contento de verme allá. Eso era lo único que importaba.

El mayordomo trató de hacer las presentaciones del resto del grupo.

—¡Calla, charlatán!

Enrique me rodeó con su brazo.

—¡Mi bravo pamplonés! Ardo en deseos de ir a Coaraze. Todavía andarán por ahí todos los jabalíes que dejaste sin matar el año pasado.

Me introdujo en su cámara, sin siquiera lanzar una mirada a quienes me acompañaban.

Juana de Albret llevaba varios meses en París, en negociaciones con la reina madre de Francia. Antes de marchar, había dejado en su lugar, como teniente general del reino, al leal Bernard d'Arros, el que fuera mi comandante en Nabarrenx. A mediados de mayo debíamos salir de Pau, al encuentro de la reina. Unas repentinas fiebres de Enrique retrasaron la partida. La última semana de ese mes, una vez recuperado nuestro príncipe, nos despedimos de la capital del reino. Acababa de cumplir yo 15 años.

Bajo el sol primaveral, formábamos una larga y colorida columna que se extendía a lo largo de media legua de longitud por los caminos del Bearne. Escoltando al príncipe, cabalgaban los barones y notables y un buen número de caballeros. A pie marchaban los mercenarios suizos, y varios centenares de arcabuceros y ballesteros.

La hueste desarmada no era menos numerosa. Los ministros se ocupaban de nuestra alma; los administradores, de disponer del dinero necesario para continuar cada día nuestro viaje. Junto a ellos, otra multitud se dedicaba a satisfacer las necesidades de los viajeros: lacayos, pajes, criadas, las damas de compañía y las doncellas de la princesa, maestros y asistentes de diversos oficios, cocineros, carniceros, panaderos o carpinteros. La mayoría viajaban con sus pertenencias e instrumentos de trabajo, en carros tirados por bueyes o mulas. Mientras las leguas fueran quedando atrás, nadie se iba a olvidar del sabor de la carne, ya que rebaños enteros de ovejas, vacas, cerdos y gansos seguían a la caravana conducidos por sus pastores, boyeros, porqueros y demás.

La cola de la columna la formaban hombres y mujeres sin oficio ni beneficio preciso. La mayor parte de las veces, intentaban obtener un lugar en el séquito, alquilándose para todo tipo de servicios posibles, sobre todo para mitigar los apetitos y las calenturas de los soldados. Además de ello, la mayoría no desaprovechaba la ocasión de hurtar o robarnos, merodeando por nuestras cocinas y nuestros carros, en busca de una oportunidad de hacerse con algo. Los que no valían ni para eso se peleaban entre sí por las sobras que dejábamos los viajeros. Les llamábamos los *harapientos*, porque casi todos no vestían sino harapos. Todos los días teníamos alguna trifulca por su causa. Nuestros soldados eran despiadados con ellos. Cada dos o tres días acababan con alguno, colgándolo de un árbol.

Un día en que Enrique me hizo sitio a su mesa, discutían sobre los harapientos.

—Los ministros me han pedido que espantemos a esa chusma con nuestras espadas, Joanes. Dicen que llevan el pecado pegado a la piel.

Había un grupo de barones y gente principal en torno al heredero de Navarra: el primo y tocayo del príncipe, Enrique de Albret, primer noble del reino; Barbier de Francourt, canciller de Navarra; Goulard de Beauvoir, gobernador de Enrique; Lavardin, su anterior gobernador. También andaba cerca Joanes de Armagnac, camarero mayor de Enrique, de gran apellido pero inferior rango.

—El señor de Biron, sorprendentemente, está de acuerdo con los ministros —prosiguió el príncipe.

Biron era el emisario del rey de Francia, maestro de artillería de aquel reino. Afecto a Roma, obviamente. Acarreaba con la responsabilidad de conducir a nuestro príncipe hasta su señor, y no ocultaba que le apremiaba terminar su misión cuanto antes. Entre nuestra gente se decía que cada día mandaba un mensajero a su rey y que este le correspondía de la misma forma, también cada día.

—Nuestro primo Miossens, en cambio, es de otro parecer.

Todos llamábamos Miossens a Enrique de Albret, porque era barón de Miossens y de Coaraze. Se sentaba a la derecha del Príncipe, puesto que así le correspondía por ser el primer noble del reino.

—Mi rey, siempre ha de tomarse en consideración la palabra de los ministros —dijo Miossens—. No obstante, ¿para qué echar a gente tan dispuesta a servir a su

señor?

Enrique rompió en una carcajada.

—¿Esa chusma, dispuesta a servirme? Jamás lo hubiera imaginado. ¿Existe alguna manera de comprobarlo, querido primo? ¿O deberé presentarme ante ellos y preguntárselo directamente?

—No sería necesario —contestó Miossens—. Vestid a Joanes Mailu con vuestras ropas. Mandadlo allá. Y que él les pregunte.

Resultaba claro que bromeaba. Enrique obró como si lo hubiese dicho en serio.

—¿Mandar a Joanes en mi lugar?

—También sin vuestras ropas lo confundirían con vos.

El calor hizo presa de mis mejillas. Temí que el príncipe de Navarra tomase a mal la ocurrencia de su primo. No parecía que fuese así:

—¿Qué piensas, Joanes? ¿Tendremos que hacerlo?

Conocía a Enrique desde hacía un año. No me sorprendió que pidiera mi opinión. La diferencia estribaba en que lo hiciera en presencia de tanta gente. Sin apartar mis ojos de la mesa, inicié una respuesta, tartamudeando a causa de la timidez.

—Iré, señor, a donde me mandéis y vestido como me mandéis.

Enrique quedó más satisfecho de lo que esperaba.

—No todos los súbditos de mi madre dirían lo mismo —le escuché decir.

Sin embargo, la cuestión no estaba resuelta. Biron también ocupaba un sitio de honor, a la izquierda de Enrique, lugar desde el cual mostró su desacuerdo a aquel que presidía la mesa.

—Las mascaradas están bien para el martes de carnaval. Por lo demás, ¿qué ganaría el príncipe de Navarra, por mucho que le mostrasen su disposición a servirle? Sinceramente, ¿de qué pueden valerle esos muertos de hambre?

Algunos meses antes, Biron, en nombre de Carlos IX, había negociado la paz con Juana y los dirigentes hugonotes. Se dirigía a Enrique como a un hijo, valiéndose siempre del gascón, al ser él natural de Périgord. Algo que el príncipe aceptaba. A mí me resultaba algo inquietante advertir que el hijo de nuestra monarca simpatizaba con aquel papista francés.

Enrique guardó silencio un rato, en aparente reflexión. Tras ello, volvió hacia mí su mirada.

—¿Se te ocurre cómo responderle al señor de Biron, Joanes?

Se me encogió el estómago, viendo que todos me observaban de nuevo. No por eso me callé.

—Estuve en Nabarrenx cuando su ciudadela fue sitiada por el ejército del rey de Francia —miré a Biron como si hubiese estado entre los sitiadores—, y las violaciones aumentaron sobremanera después de que los ministros exigieran que se expulsara más allá de las murallas a toda esa clase de gente.

A Miossens se le iluminó la cara tanto como se ensombreció la de Biron.

—Habéis oído —dijo, victorioso, el primer noble del reino—. Llevar detrás a esos

harapientos favorece la virtud de las mujeres de las tierras que atravesamos.

—¿Y qué puede haber más importante que la virtud de las mujeres? —añadió Enrique—. ¿No es así, señores?

Nadie contradijo al príncipe de Navarra.

Salimos del Bearne con morosa lentitud. Como contábamos con pocas distracciones, inventábamos pequeñas locuras. Biron, además de los hombres de su escolta, traía consigo a un fraile de luengas barbas que decía misa diaria para el barón y los suyos. Los que íbamos a ser «acompañantes del príncipe» planeamos secuestrar y afeitar al tal monje. Algún indiscreto de entre nosotros debió de decírselo a alguien que no debía, ya que se nos prohibió acercarnos al fraile.

Tras recorrer algunas leguas por tierras del rey de Francia, llegamos a Nérac, una de las posesiones principales de los Albret y plaza especialmente querida por las dos últimas reinas de Navarra. Yo tenía noticia del mismo por medio de mi abuelo. Enrique se alojó en el castillo. El resto acampamos a los pies de sus murallas. Habíamos de permanecer tan solo dos o tres días, pero llegó el quinto sin que nos hubiésemos movido de allá. Enrique había atraído a su lecho a la hija del jardinero del castillo, y no tenía prisa por salir de él. Presenciamos un curioso espectáculo aquellos días: el papista Biron y nuestros ministros otra vez trabajando de consuno a fin de devolver al heredero de Navarra al recto camino que en este caso era el de París.

Enrique no estaba contento.

—Soy el príncipe, Joanes. Si antes no me matan, un día seré rey —me decía con tristeza—. Pareciera que todo depende de mí.

Íbamos uno junto al otro, montado cada cual en su caballo.

—Pero, en verdad, no tengo ni el derecho de quedarme con la muchacha que me place porque, en nombre del reino, debo apresurarme en pos de una que no me place.

Yo tampoco apreciaba a aquella con la que iba a desposarse. A decir verdad, el enlace de Enrique, objetivo y meta de nuestro viaje, más que una celebración, constituía una desgracia para la mayoría de nosotros. Éramos muchos los que seguíamos a nuestro príncipe hacia París, pero solo a los más tibios se les podían escuchar palabras de aprobación acerca de las nupcias que habían de celebrarse.

—Por supuesto que es lamentable que doña Margarita sea sierva de Roma —traté de hacer mía la aflicción de Enrique.

De hacer caso a los rumores, la influencia de Coligny sobre el monarca francés era cada día más acusada, razón por la cual algunos de los nuestros albergaban la esperanza de terminar atrayendo a la hermana de Carlos IX a la Reforma. La mayoría de los que habíamos participado en la última guerra, en cambio, teníamos poca fe en ello. Al contrario, lo que nos quitaba el sueño era la posibilidad de que esos Valois degenerados acabaran convirtiendo en un papista al hijo de nuestra reina.

—Vamos, Joanes, no seas estúpido. Yo a las mujeres nunca les pregunto si le rezan a Dios según la regla de Roma o la de Ginebra. Tú deberías obrar de la misma forma.

—¡Señor!

Enrique se complacía escandalizando a quien le rodeaba. Conmigo no necesitaba mucho.

—La que será mi esposa parece ser una furibunda católica. Pero ¿eso qué quiere decir? Yo también lo he sido dos veces en mi vida. Luego, otras tantas otras veces he vuelto a la fe verdadera.

—Así ha sido, señor.

Obviamente no añadí que, si así había sucedido, se lo debía en ambas ocasiones a la voluntad de la reina Juana. Era una historia que todo el mundo conocía en el bando hugonote.

—Mis primos y mi tía Catalina tienen la esperanza de que puedan hacerme pasar una tercera vez a su bando. Conozco perfectamente a esos mequetrefes. No son de los que se dan por vencidos fácilmente.

«Tía», «primos». Me resultaba difícil digerir que nuestro Enrique fuera pariente directo de la reina madre de Francia y del rey Carlos IX y sus hermanos; todos enemigos acérrimos nuestros.

—Pero puedes estar tranquilo, Joanes. De niño he pasado años en la corte de Francia. He jugado con todos ellos, y me he batido con todos. Siempre salía yo vencedor, aunque me enfrentara a todos mis primos a la vez.

Su seguridad me contagiaba haciendo desvanecerse todas las nieblas en mi corazón. Enrique nunca nos traicionaría. Incluso en esa corte corrupta sembrada de serpientes, él sabría imponerse a los demás.

Miossens era descendiente de una rama de los Albret por parte de padre; y de los Borbones, por parte de madre. Estaba, pues, dos veces emparentado con Enrique. El príncipe había pasado largas temporadas de su infancia en su palacio de Coaraze. Miossens era diecisiete años mayor que él, lo que le permitía hacer las veces de hermano mayor con el joven Enrique. No perdía ocasión de demostrar a cuantos le rodeaban cuán orgulloso se sentía por ello. Mientras nos adentrábamos en tierras francesas, le escuché tres o cuatro veces contar que él le había enseñado al príncipe de Navarra las artes de la caza y de la espada. Enrique no lo negaba. En septiembre de 1568, cuando la reina Juana y sus dos hijos partieron hacia La Rochelle, Miossens se contaba entre los caballeros bearneses que se desplazaron con ellos. Se incorporó al ejército de los reformados franceses, y en 1569 participó en la batalla de Montcontour, junto a Coligny. En 1570, volvió al reino con la familia real navarra. El regreso no le supuso pena alguna, puesto que la reina, tan pronto volvió a sentarse en el trono, le recompensó por sus antiguos y nuevos servicios. Todas las propiedades

del traidor barón de Gerderest pasaron a sus manos.

—¿Gerderest? —me sorprendí. Miossens, por agradar a Enrique, acababa de loar la generosidad de la reina para con él.

—¿Lo conocías? —me preguntó, burlón, el barón.

Le contesté sin arredrarme.

—Yo mismo lo maté.

Si por ventura había otra conversación en la mesa, se interrumpió de golpe en aquel momento. Allí se encontraban los más importantes del séquito. Enrique, por supuesto, y también Biron, el emisario de Carlos IX. Todos sabían que el rey francés —o, lo que es lo mismo, su madre, Catalina de Médicis— había promovido el alzamiento de Gerderest y los demás contra nuestra reina Juana.

—Yo mismo lo maté —repetí, con una vanidad proporcional a mi juventud—. Fue en los calabozos de Nabarrenx, cuando nos dieron la orden de ejecutar a los jefes de los rebeldes papistas.

Sentí sobre mis hombros el peso del silencio hecho a mi alrededor. Lo más prudente era que yo también cerrara la boca. Me era imposible. Creo que habían sido las palabras de Miossens las que habían provocado en mí una suerte de resquemor del que solo me podía liberar hablando, aunque fuera para decir cosas que mejor era callar.

—La primera puñalada fue para Sainte-Colome. Luego acometimos al resto, pinchando aquí, ensartando acullá. En un santiamén estábamos empapados en sangre; y todos los presos, muertos o exhalando su último aliento. ¿Sabéis qué me dijo Gerderest cuando me dirigí a él para rematarlo?

Nadie me respondió.

—“¿Tú también, señor?» Otro, en otro lugar, dijo algo parecido, hace mucho tiempo. Parece que Gerderest me confundió con otra persona.

Todas las miradas se volvieron hacia Enrique, pero el príncipe de Navarra no abrió la boca. Miossens rompió el silencio.

—Entonces, además de a la Reina, también te debo a ti que los títulos y los bienes de Gerderest hayan llegado a mis manos.

Alzó hacia mí su copa y todos los presentes, incluido Enrique, se echaron a reír, simulando no ver el gesto de desaprobación de Biron.

Miossens se hallaba con Enrique el primer día en que me encontré frente a frente con el príncipe en la plaza de San Juan de Pie de Puerto. Había estado en su castillo, en Coaraze, con Enrique, y también había cazado en sus tierras. Todas las veces me había tratado con una distante frialdad. A partir de aquel día, su actitud cambiaría respecto a mí, al encontrarse, de alguna manera, en deuda conmigo. Él, antes que nadie, empezó a llamarme «primo». No había mentira en sus palabras.

Dejando atrás leguas y caminos, el séquito del príncipe de Navarra volvió a

adentrarse en las tierras de su futuro cuñado. A nuestro paso, las ciudades y villas organizaban recepciones para agasajar al que se iba a casar con la hermana del rey de Francia. No en todas por igual. En la frialdad o calidez de la acogida distinguíamos si las autoridades de cada lugar eran papistas o reformadas. Cuando eran hugonotes, me percataba de que Enrique representaba algo más que al heredero de un pequeño país vecino, lo cual me llenaba de orgullo, en cuanto partidario de la Fe, pero, al mismo tiempo, también me causaba desazón e inquietud por el futuro del Reino. Nuestra comitiva aumentaba de volumen casi a diario con la llegada de algún nuevo caballero hugonote francés.

Nada de eso nos hacía olvidar adónde íbamos. A nuestros ministros les habíamos oído innumerables veces qué era la corte de los Valois:

—¡Un nido de serpientes!

Presentíamos que, aproximándonos a los reptiles, les estábamos dando ocasión de mordernos. Temíamos por nuestro príncipe, temíamos por nuestra reina —que ya se encontraba allá—, temíamos por nosotros mismos.

Enrique ya no se burlaba de mi tosquedad como hacía un año antes. No por ello se privaba de alimentar mis temores.

—En el Louvre, guárdate de las mujeres, especialmente de las mujeres bellas —me dijo una mañana.

—¿Por qué, señor?

Aquel tórrido día de junio había aparecido un río ante nosotros. Recién salidos del agua, Enrique y yo dejábamos que nuestros cuerpos desnudos se secasen al sol, tumbados perezosamente sobre la orilla.

—Porque la mayoría de las damas y damiselas que te vas a encontrar en la corte parisina trabajan para Catalina de Médicis. Son los oídos, los ojos y el brazo ejecutor de mi tía, la florentina.

—¿Los oídos, señor?

Yo hablaba con más timidez que de costumbre. Me hacían sentir incómodo los centenares de ojos que nos rodeaban, aguardando a que nos vistiéramos y retomásemos el camino. Enrique no había sentido ningún reparo en detener la hilera de viajeros para zambullirse en el agua. Me había elegido a mí como compañero de baño porque yo sabía nadar.

—Si les dices algo, en menos que canta un gallo, la reina madre ya estará enterada.

—Ya sé, entonces, por qué son también sus ojos. Pero ¿por qué su brazo ejecutor?

—Hermano mío —no estábamos a solas pero sí fuera del alcance de los oídos de los demás—, ¿nunca has oído la historia de nuestro padre?

Se me encogió el estómago. «Nuestro padre». No estaba muy seguro sobre si en ese «nuestro» también estaba incluido yo. Decidí que sí.

—Antonio de Borbón, incitado por una de las damas de Catalina, volvió a la Iglesia de Roma después de haber aparecido varios años como reformado. Louise de

la Béraudière era famosa ya de antes. Todavía la llaman *La belle Rouet*. Dicen que no ha perdido mucho de su antigua belleza.

Tan sorprendente como el fondo de la anécdota me resultaba el tono de Enrique al contarla: no mostraba ningún escándalo.

—Louise —continuó—, por mandato de mi futura suegra, conseguí atrapar bien en sus redes a mi padre y hacerle abandonar el partido de los enemigos de la reina madre. Ya sabes qué pasó después: uno de los nuestros lo mató en Rouen mientras comandaba a los papistas.

Disminuyó aún más la poca estima que tenía por el padre que nunca conocí.

—A mí nunca me pasará tal.

Enrique se rio de mí.

—Eso es algo que nunca se ha de decir, sobre todo habiendo mujeres de por medio. El coño de una mujer te ata más prieto que la más fuerte de las sogas.

Cada dos o tres días llegaba una carta de la reina a su hijo. Enrique me daba a conocer su contenido, con la confianza que se tiene con un hermano. En su mayor parte eran líneas repletas de lamentos y reproches, tanto contra la casa de Valois, como contra sus consejeros hugonotes. Con todo, las quejas más amargas se referían a Catalina de Médicis. De creer en lo que escribía, la reina madre de Francia estaba a punto de hacer enloquecer a la reina de Navarra. Puestas sobre aviso por mensajes de otros reformados que se encontraban en la corte, en nuestras filas preocupaba la salud de Juana de Albret. En sus cartas no se hacía mención alguna a enfermedades, no al menos en los pasajes que el príncipe escogía para leerme.

—Mira qué me ha escrito ahora la vieja.

Había recibido el mensaje una vez reemprendida la marcha. Lo leyó sin bajarse del caballo, mientras yo cabalgaba a su lado.

—¿Qué, señor? —salió apenas de mis labios.

Enrique disfrutaba con mi turbación. Cuando se encontraba conmigo a solas, no mostraba mucho respeto por Juana de Albret. Para mí, resultaba la parte más enojosa de la confianza que me mostraba.

—Escucha bien.

Me leyó:

No quisiera que nada os volviera a retrasar en vuestro camino...

Algo sabía la reina del asunto de su hijo en Nérac.

... En beneficio no solo del Reino, sino también de vuestra alma y de la que será vuestra esposa, convendrá que la desposéis cuanto antes. Desposarla, pero sin permanecer en este lugar. Mi espíritu no descansará poco cuando me aleje de la corte de Francia. Ya tenía noticia de la depravación que reina aquí. Pero todo cuanto había pensado se queda corto al lado de lo que he visto. Aquí, no van los

hombres tras las mujeres, sino ellas tras de ellos.

Enrique bajó el papel que sostenía en sus manos. Ya conocía la sonrisa pícaro que esgrimía en tales ocasiones. Asomaba a sus labios cada vez que a mi mundo, hasta entonces insignificante, gris e inmutable, quería contraponer el suyo, amplio, brillante y repleto de sorpresas.

—¿Qué te parece lo que dice mi madre?

Quería una respuesta mía, algo que le diera a conocer hasta qué punto me había turbado. Estaba demasiado confundido para ello. Por un lado, en los últimos dos años había oído cosas terribles sobre la corte de Francia, entre las que la palabra «burdel» no era la más severa. De boca de Saugis y también en Orthez, había aprendido que el significado de las palabras no es siempre unívoco. Es decir, que de una mujer se puede decir «la más bella pastorcilla», sin que sea pastora ni especialmente bella. Asimismo, de un enemigo, decir que era un cobarde o un medio hombre, sin ser verdaderamente así. De igual manera, cuando nuestros ministros y nuestros oficiales decían «burdel», creo que en verdad no hablaban de burdeles. Por otro lado, me acordé de Ramona. Ella también iba tras los hombres, incluso sin que ellos lo esperasen. Las más de las veces me mostraba todo lo escandalizado que Enrique esperaba de mí. Aquel día no.

—¿Margarita, vuestra futura mujer, también es de esas que van detrás de los hombres? —pregunté ingenuamente.

Su sonrisa desapareció al instante.

—¡Condenado paleta!

Levantó el puño para golpearme. No lo hizo. Espoleó a su caballo y se apartó de mi lado.

A imitación de Miossens, entre el séquito de Enrique empezó a llamármeme *Lo cosin* o *Lo cosin basco*, esto es, «el primo» o «el primo vasco». El trato de confianza que Enrique me dispensaba a la vista de todos había de responder a alguna causa y no andaban muy desencaminados al atribuirlo al parentesco. El tremendo parecido entre ambos lo fomentaba. Erraban respecto al grado, en nada más. Enrique reía a menudo a cuenta de ello. Con ánimo de broma, él también comenzó a llamarme «primo» delante de todos. A mí no me importaba. Si en esas ocasiones no podía tratarme de hermano, que al menos me llamase primo. Considerando que, además de padre, también compartíamos bisabuelo, no estaba tan mal expresado.

En el grupo de «acompañantes del príncipe» se encontraban los más maravillados y sorprendidos por la estima en que me tenía Enrique. La nobleza que los adornaba tenía raíces profundas y altos muros. Mi título, sin tierras ni casa, resultaba cuanto menos cuestionable. La bolsa del más pobre de entre ellos cuadruplicaría el montante de la mía. Ellos podían guardar sus pertenencias en un cofre de madera, mientras que para las mías bastaba con un fardo. Y, sin embargo, Enrique me prefería a mí. Todos

aceptaron mi primacía entre «los acompañantes del príncipe» como algo que me correspondiera por derecho. Todos, salvo Roger Pardiac.

Hijo menor de una de las mayores familias de la Bigorra, el hecho de que Enrique me prefiriera suponía un insulto para él. Movido por la envidia, durante los primeros días del viaje, se aplicó en buscar información sobre mis orígenes.

—No es sino el nieto del capitán de un castillo. Ni siquiera tiene un solar. No es nadie a nuestro lado —parece ser que dijo a los demás, cuando hubo recabado los suficientes datos.

No tardaron sus palabras en llegar a mi conocimiento.

Al amanecer, nuestras espadas se cruzaron a la orilla de un riachuelo, con otros tres «acompañantes» como testigos. No nos distanciamos lo suficiente. Allí mismo lo habría matado de no ser porque un suizo interrumpió el duelo. Se había alejado del campamento para hacer sus necesidades, cuando vio a un joven idéntico a su señor luchando con otro.

—*Nein, sieur, nein!*

El lansquenete mezclaba el alemán y el francés, pero usaba la espada mejor que nosotros. Bastante hizo si no partió allí mismo a Roger por la mitad, habiendo confundido a su contrincante con Enrique.

El rumor del suceso llegó a oídos del príncipe. Recompensó al suizo con unas monedas por su buen trabajo. A mí me puso las peras al cuarto:

—Al padre de Roger Pardiac le debo que media Bigorra no se haya pasado al enemigo. Pobre de ti si vuelves a enfrentarte con él.

—¿Y mi honor?

—El honor de un bastardo.

Enrique sabía hacer daño.

No hice nada por forzar una continuación del duelo. Roger tampoco. Nuestro enfrentamiento junto al riachuelo había sido breve. Lo suficiente para darme cuenta de que en una pelea franca al bigorrés le costaría mucho someterme. Cara a cara, al menos, no intentaría nada contra mí. Haber sacado tan pronto mi espada, por otra parte, aumentó mi prestigio a los ojos de los otros «acompañantes». Aproveché la oportunidad para enardecer sus corazones.

—El almirante Coligny está preparando un ejército. Pretende unirse a los rebeldes holandeses en su lucha contra los españoles.

—¡Allí estaremos también nosotros, por el Reino y la Fe! —proclamaron todos, incluido Roger.

Su ardor hizo que el mío se disparara.

—Expulsaremos de Flandes a esa víbora de Felipe, y después también lo echaremos de Pamplona, mandándolo a puntapiés hasta Madrid. Toda Navarra será nuestra.

—¡Toda Navarra será nuestra! —respondieron, para sorpresa mía.

Me encontraba junto a Enrique cuando la noticia de la muerte de Juana de Albret estalló entre nosotros. Nos encontrábamos en un pueblo llamado Chaunay, entre Angulema y Poitiers. Un noble reformado le había ofrecido su casa al príncipe. Allí estábamos, a punto de comer. Dos días atrás habíamos sabido que la reina se hallaba gravemente enferma, sin apenas poder respirar. No era la primera vez. Pero ahora tenía 44 años. El semblante de Enrique se había ensombrecido desde entonces y habían desaparecido sus ganas de reír. Antes de sentarse a la mesa, Miossens se ocupó de templar el sombrío humor del príncipe, sacando un tema divertido de conversación. Así, me pidió que contara cómo había herido, dos años antes, a Filiberto de Guiche, hijo del conde de Agramont, en los fosos del castillo de Bidache. Al parecer, venía de lejos la enemistad entre Miossens y Agramont por quién era más en el reino. Superé la timidez y engarcé todos los acontecimientos, aligerando el episodio concerniente a Diana de Andoins, mujer de Filiberto. A pesar de todos mis esfuerzos, el relato de aquel torpe duelo no consiguió alegrar el ánimo de nuestro príncipe.

No sé a ciencia cierta quién supo antes de la triste noticia. Tal vez Biron, que tenía contacto directo con París y disponía a su servicio de la red de mensajeros del rey de Francia. Si fue así, ignoro por qué motivo no avisó a Enrique, ni por qué, a pesar de callárselo a quién más motivos tenía para saberlo, anduvo difundiendo la noticia. Esa mañana, para que la pesadumbre no se apoderara de él, había llevado a Enrique a donde los harapientos del final de la comitiva, por si veía alguna moza de su gusto entre las mendigas. Trajo peor cara que la que llevó.

Para cuando se sentó a la mesa, hasta el último cabrero de Chaunay sabía del fallecimiento de la reina de Navarra. Absolutamente todos estaban al tanto, salvo Enrique y yo. Como era costumbre, teníamos un ministro junto a la mesa, para que leyese las oraciones antes de comer. El príncipe, con un gesto, le ordenó que empezase.

—Antes que nada, oremos por nuestra reina, que ayer dio su último aliento...

En verdad, no había muerto la víspera. Según supimos más tarde, hacía cuatro días que había entregado su alma. De cualquier manera, todos nos quedamos de piedra al escuchar las palabras del pastor. Los que lo sabían, porque lo sabían. Los que no, porque no lo sabíamos. En un instante, Enrique se levantó y se marchó de allí a toda prisa. Yo hice ademán de seguirle. Armagnac, su camarero mayor, me lo impidió con un gesto. Miossens fue tras él después de esperar que se alejara un trecho.

Volvieron cuando estaba a punto de oscurecer. Primero, el príncipe. Detrás, el señor de Coaraze. Entre ellos mediaba la misma distancia que cuando salieron, como si no hubieran coincidido ni por un instante. Enrique de Borbón llegaba sudoroso, igual que su caballo. Le había obligado a recorrer un buen montón de leguas. Pidió vino. Después de beber con avidez, se retiró de nuestra vista, sin hablar con nadie.

A pesar de la fatiga del camino, el sueño nos abandonó aquella noche. La

primavera estaba a punto de dar paso al verano, y el aire templado favorecía que escuchásemos las razones del prójimo con más facilidad. No fue el frío lo que nos impulsó a encender fuego junto a los carros, sino la necesidad de mirarnos a la cara.

—Veneno, eso es lo que se ha llevado a nuestra reina.

Un escudero fue el que habló así. Seguramente, no sabía más que nosotros de lo sucedido en París. Sin embargo, se expresaba como si alguien llegado de allá le hubiese dado información directa.

—Veneno, eso es —insistía.

No estábamos sorprendidos. Heridos sí, pero no sorprendidos.

—Está claro, veneno.

Nos pusimos de acuerdo en más aspectos.

—Ese al que llaman Papa, ¡víbora del demonio!, ha bendecido el asesinato.

El tal Pío V llevaba para entonces un mes muerto y todavía estaba sin elegir el que sería su sucesor, Gregorio XIII. La mayoría lo desconocíamos. Y los que lo sabían lo habían olvidado.

Con la ayuda del vino del Angoumois, no tardamos en hacernos partícipes los unos a los otros de los increíbles pormenores del asesinato de nuestra reina. Uno de los primeros se refería a la persona que habría preparado el mortal veneno:

—Cremolino, el perfumista de la reina madre de Francia —profirió alguien.

Al instante ya estaba en boca de todos el tal Cremolino; según unos, de Florencia; para otros, romano.

El ingrediente empleado por el maldito para su pócima fue la siguiente cuestión que se suscitó. Ahí se fueron apilando, una detrás de otra, las teorías según los conocimientos de cada cual: tejo, cicuta, acónito... No se llegó a un consenso sobre la cuestión. Pero sí en lo referente al procedimiento utilizado por el asesino.

—Parece ser que ha empleado unos guantes. Guantes emponzoñados —dijo uno. Nadie lo cuestionó.

Suscitó más debate la remuneración por el trabajo del envenenador.

—Dicen que puede haber recibido 450 escudos como pago por su crimen.

Ya se me ha olvidado de labios de quién salió. Tampoco recuerdo si aclaró la fuente de su afirmación. 450 escudos. Un mercenario no alcanzaría ese sueldo ni trabajando toda su vida. A otros, en cambio, les parecía una suma insultante por matar a la reina de Navarra.

—700 escudos. No puede ser menos.

—U 800.

Cuanto más dinero aventurábamos, más adhesión mostrábamos para con la reina muerta.

¿Quién y dónde llevó el veneno hasta la reina? Eso provocó poca discusión.

—Parece que fue en el hotel Guillart, junto al Louvre.

—Y allí parece que había un sirviente, de nombre Hugue, tan papista como un cardenal español.

Lo aceptamos con facilidad: sin necesidad de que lo sobornaran, ese Hugue le llevó el letal obsequio.

Quién lo había maquinado, quién mandó a Cremolino, quién convenció a Hugue y quién puso en sus manos los guantes envenenados... también para esas preguntas teníamos una respuesta única e incontrovertible:

—¡La vieja ramera italiana!

¿Le cabía a nadie la menor duda? Esa cobarde manera de asesinar apuntaba a Catalina de Médicis. Desde que llegara de su patria florentina, el veneno circulaba en la corrupta corte de los Valois más libre que el agua.

—¡Esa mala bruja no cree ni en Dios!

Tal rumor corría acerca de la reina madre. En vez de una papista imagen del Altísimo, dicen que mantenía una del diablo en un altar de sus aposentos. ¿Quién, sino ella, podía tener los pocos escrúpulos de asesinar a su futura consuegra, mientras arreglaban la boda de sus hijos? ¿Quién, sino Catalina de Médicis?

A la cólera de los soldados se unió el dolor de los ministros. Todos queríamos vengar la muerte de nuestra soberana.

—¡Quememos París! ¡Destruyamos la Babilonia de nuestros días! ¡Aplastemos a la nueva Jezabel que la gobierna!

Comenzamos la noche divididos en torno a un buen número de hogueras. Como yeguas que buscan el calor unas de otras, para cuando amaneció, estábamos reunidos junto a un mismo fuego. El frío de la mañana templó el ardor de la noche.

—La depravada que vive en París no ha tenido ningún temor en acabar con nuestra reina. ¿Qué suerte de bienvenida puede esperar nuestro príncipe, cuando lleguemos a ese nido de serpientes?

Así habló un antiguo balletero. Una gran cicatriz adornaba su mentón. Le faltaban dos dedos de su mano izquierda.

De súbito, todos nos sentimos indefensos. Nos encontrábamos lejos de Navarra. En el extranjero. A merced del enemigo.

—¡El príncipe debe saberlo!

No fui yo el primero en moverse, aunque sí de los primeros. Vacilantes al principio, en pasos a la medida de nuestras piernas agarrotadas; más rápido, al poco tiempo. Éramos centenares entre caballeros, soldados, ministros, peones y sirvientes los que nos habíamos puesto en camino. La noche en vela hacía que nuestra marcha fuera torpe, pero no empañaba nuestra resolución. Queríamos estar con Enrique. Expresarle nuestra inquietud. Hacerle partícipe de nuestros temores.

En la entrada de Chaunay, los centinelas no nos impidieron el paso. A pesar de que avanzábamos en silencio, nuestros pasos debieron de despertar a los habitantes. Notábamos su miedo a través de los sonidos que salían de las casas. La que albergaba al heredero al trono era una de las últimas del pueblo. Antes de llegar, una tropa de gente salió a nuestro encuentro.

Reconocí a Miossens, Beauvoir y a alguno más, amigos y consejeros predilectos

de Enrique, a la luz de las antorchas de los escuderos. Más atrás, otro grupo permanecía en la oscuridad. No tardé en percatarme de que era Biron, el emisario de aquella a la que considerábamos asesina, rodeado por los arcabuceros de su guardia.

El caballero de Doazit ejerció de portavoz. Conocí a Doazit en Nabarrenx. Los soldados lo apreciaban.

—Queremos estar con el príncipe.

—Ya no es príncipe. Es el rey de Navarra —contestó Barbier de Francourt, canciller del reino.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que ese que me llamaba hermano había ascendido de pronto hasta el más alto escalafón del reino. Un hecho que, aunque sabido, no dejó de provocarme un estremecimiento.

Doazit no se intimidó. Ya lo había visto sobre las murallas de Nabarrenx, en todos los puntos donde hubiera riesgo, sirviendo de ejemplo para sus hombres.

—Con el rey, entonces.

—Duerme. Todavía nos queda un largo camino. Tendréis ocasión de hablarle.

Doazit levantó la voz.

—Es insensato seguir adelante. Si llegamos a París, el rey está perdido.

—No os corresponde a vos...

—Matarán a nuestro rey, igual que han hecho con la reina.

De nuestro lado, algunos corearon las palabras de Doazit. Desde la oscuridad, detrás de Francourt, Miossens y los demás, se hizo oír una voz. Por el acento de Périgord supe que se trataba de Biron:

—Nadie matará a vuestro rey, porque nadie ha matado a vuestra reina. Una enfermedad le ha hecho dar su último aliento a Juana de Albret.

No habíamos llegado hasta allí para escuchar eso. Nuestro dolor estalló con estruendo:

—El veneno la enfermó. ¡El veneno la mató!

Biron no se arredró. Supo esperar hasta que nuestro estrépito amainó para tomar de nuevo la palabra:

—Quien crea que fue envenenada solo tiene estiércol en la cabeza —continuaba hablando desde la sombra, como un fantasma—. La reina era la invitada de nuestro rey y de nuestra reina madre.

—¡Para eso la invitaron, para acabar más fácilmente con ella! —le contestó otra voz desde nuestro lado. Seguramente, Roger Pardiac.

Biron también tuvo contestación para eso.

—Bien sabe Dios que el deseo de ambos era que la boda de su hija y hermana fuera presenciada por vuestra reina, para refrendar así la paz entre franceses, y entre Francia y Navarra.

—¡Valiente paz, la que cabe esperar de los papistas! —habló de nuevo Doazit, entre vítores y aplausos.

Biron no hizo caso del escándalo:

—Vuestro soberano tiene la palabra del rey de Francia, de que no le sucederá nada a él ni a quienes lo acompañáis, mientras estéis bajo su protección.

Alguien, muy cerca de mí, le tiró una piedra.

—¡Calla! ¡Eres tan asesino como tu señora!

Más piedras surcaron el aire. También más ofensas e insultos. Avanzamos. Aunque todavía no se veían más que sombras, percibí cómo los arcabuceros se apretaban en torno a su jefe. Miossens y los demás, con las espadas desenvainadas, empezaron a darnos voces para que retrocediéramos, a las que hicimos caso omiso. No traíamos ni pistolas ni ninguna otra arma de fuego. No veía ni una sola pica a mi alrededor. Sin embargo, teníamos a mano puñales y cuchillos y estábamos resueltos a usarlos. Mataríamos al mismo Miossens si se ponía en medio.

—¡Deteneos, mequetrefes!

Una figura blanca apareció delante de nosotros. Imposible saber de dónde había surgido, la casa donde se alojaba Enrique estaba más lejos. En camisa, desafiaba al fresco de la madrugada. Quizás llevaba allí todo el tiempo y, ofuscados con Biron, no nos habíamos dado cuenta.

—¡Valiente hatajo de borrachos! ¿Vosotros sois los que vais a protegerme de los peligros de la Corte parisina? ¡Gusanos! ¡Marchaos a dormir, antes de que empiece a cortar cabezas!

La fiebre retuvo a Enrique en cama. Yo fui de los pocos a los que se les permitió estar a su lado.

—Háblame de Pamplona —me pedía, con la frente ardiendo.

Tan contento como solícito, me aplicaba a darle pormenorizada cuenta de los rincones de la ciudad de mis mayores: sus calles, sus iglesias, sus conventos, sus murallas... No siempre acertaría, ya que jamás la había visto con mis propios ojos. Suplía desvergonzadamente con la imaginación las numerosas lagunas que presentaban en mi memoria los viejos relatos de mi abuelo. Tal vez no fuera el mejor remedio contra la fiebre, pero Enrique parecía complacido.

—Mi bravo pamplonés, algún día instauraremos allá la capital —me decía entre sofocos—. Tú serás su alcalde.

Las últimas cartas de la fallecida reina le llegaron por esas fechas. No las leería hasta reponerse.

—Mi madre quería ser enterrada en la catedral de Lescar, junto a su padre Enrique II. Como mi abuelo, ella también querría ser llevada algún día a Pamplona.

Guardaba alguna duda al respecto, por lo que había podido deducir del único diálogo que mantuve con Juana de Albret. No se la expresé a Enrique. Bastante contrariado estaba ya el nuevo rey de Navarra porque, haciendo caso omiso a su deseo, habían enterrado a Juana de Albret en Vendôme, junto a su esposo Antonio, en vez de llevarla a Lescar. Si hubiésemos partido en el acto de aquel malhadado

Chaunay, Enrique podría haber presidido las honras fúnebres de su madre. Para cuando su salud le permitió retomar el viaje, esa posibilidad ya no existía.

No todas las últimas voluntades de la reina fallecida se referían al lugar de enterramiento.

—Escucha, Joanes. Me pide que continúe fiel a la Religión mientras viva. Y que cumpla los mandamientos de Dios. Y que convierta a mi esposa a nuestra fe y que eduque a mis hijos en la misma. También que haga todo lo posible para que la sombra de los papistas no retorne al Bearne.

Ante mí, Enrique le escribió a Arros de su puño y letra, para que los preceptos que su madre había dado sobre la religión y el culto continuaran en vigor en el señorío. Esa fue la primera disposición de su reinado.

Al hilo de la conversación, me atreví a sugerir:

—Acaso podría ser un momento apropiado para implantar esas normas del Bearne también en la Baja Navarra.

—Mi madre no ha mencionado la Baja Navarra. Además, no creo que a tus paisanos les agradase.

Me importaba bastante poco lo que les podía agradar a mis paisanos.

Pasamos una semana en aquel pueblucho de infausto recuerdo del Angoumois. Cuando nos pusimos de nuevo en marcha, la comitiva se convirtió en un cortejo fúnebre sin cadáver. La aflicción paralizó nuestras piernas y las de nuestras bestias. Sin necesidad de que nadie lo ordenase, aflojamos el paso y redoblamos las paradas. Parecíamos condenados, sin prisa por llegar al cadalso.

A pesar de todo, cada vez éramos más. A cada legua que recorríamos se nos unían más caballeros reformados. Llegaban de todos los rincones del reino de Francia: de la Bretaña, de Normandía, del Languedoc, de Borgoña, del Delfinado... Fallecida Juana de Albret, adalid de la Reforma, todos querían proteger y amparar a su hijo en el mal trance de su boda. Aunque correligionarios, me causaba desazón verme rodeado de tanto franchute.

—¿Por qué no paran de vitorearos como si fuerais uno de ellos?

—Soy uno de ellos.

—Vos sois el rey de Navarra, y ellos, súbditos del rey de Francia.

—Es verdad. Pero solo una media verdad. Soy el rey de Navarra. Pero también el primer príncipe de sangre del reino de Francia, lo que me convierte en súbdito de Carlos IX. Es más, si lo medimos en el número de leguas y robadas que conlleva cada título, soy más súbdito que rey.

Solo le entendí a medias. Nunca he sido diestro en traducir las cosas a números.

La primera semana de julio, en un campo junto a un pueblo llamado Pailaiseau, hicieron que todos los miembros del séquito nos vistiésemos de negro. Miossens nos hizo formar en una línea, detrás de Enrique y los principales. Sin demora, otra tropa de caballeros apareció a lo lejos, vestidos también de negro, como nosotros.

Dos hombres encabezaban dicha tropa. El mayor pasaba de los 50 y, sin embargo,

conservaba el color oscuro del cabello y la barba. Tan robusto como un álamo, traslucía su fuerza y arrojo en la manera de tenerse sobre la montura. El más joven rondaría los veinte años. El viento peinaba los largos pelos de su rojiza barba, y no parecía menos vigoroso que su compañero. Al contrario, se asemejaba a Hércules, de tan grande y fornido. A esos dos hombres se debía que la doctrina de Calvino no hubiera sido mil veces pisoteada y exterminada en el reino de Francia.

No hubo las ceremonias que habían tenido lugar los últimos días con otros nobles. Los dos recién llegados bajaron de su caballo y lo mismo hizo el rey de Navarra, a quien mostraron sus condolencias por medio de sendos abrazos.

—Ella era nuestra luz.

—Ella era nuestra fuerza.

Parecían palabras salidas de lo más hondo. «Nuestra luz». «Nuestra fuerza». Adecuadas para glosar la figura de Juana de Albret.

También el saludo a Miossens fue el que corresponde a un viejo compañero de armas. Por un instante, sentí envidia observándolos.

Nadie me tuvo que decir que el moreno era Gaspard de Coligny. Uno de los soldados más famosos de Francia, almirante del reino y jefe del ejército reformado. Condenado a muerte, llevaba muchos años lejos de la corte. Recientemente, Carlos IX lo había vuelto a llamar a su lado, y le había otorgado la jefatura del ejército de todo su reino. Los papistas más fervorosos estaban horrorizados desde entonces.

El perdón real también había alcanzado al que acompañaba a Coligny: Enrique de Borbón, príncipe de Condé. Enrique —otro Enrique en la familia— era hijo de Luis de Borbón, esto es, del otro gran jefe del ejército reformado, muerto en la última guerra. Todavía no alcanzaba la fama de su padre, pero apuntaba maneras. Condé era, por otra parte, de la casa de los Borbones, lo cual lo encumbraba a lo más alto de la nobleza francesa y lo convertía en primo del rey de ese país. También del de Navarra; portador del mismo nombre, era tan Enrique y tan Borbón como el propio Rey de Navarra.

Algo debió de oler en mí. Después de ser saludado por Beauvoir, Francourt, Armagnac y el resto, Condé fijó sobre mí su perspicaz mirada:

—Siempre pensé que fue mi padre quien más se esforzó en difundir la simiente de la familia —le dijo a su primo y tocayo—. A la vista está que el tío Antonio tampoco perdió el tiempo.

—No, no lo hizo.

La ocurrencia no le provocó a nuestro rey la más mínima sonrisa.

En Pau no vivían más de 5000 almas cuando la conocí de mano de Enrique de Borbón. Y, sin embargo, comparada con Saint-Palais, Mauleón o San Juan de Pie de Puerto, la ciudad principal del Bearn me pareció la capital del universo mundo. En

el viaje que realizábamos siguiendo al príncipe de Navarra, ver Burdeos —¡seis veces Pau en territorio y en habitantes!— me resultó impresionante. Después del enorme puerto a orillas del Garona, otras ciudades que nos íbamos encontrando en el camino —Angulema, Poitiers, Tours...— no me produjeron especial emoción.

Los últimos días de trayecto oí a un tal Vidalenc decir que en París vivían 300.000 personas. No le creí. Cuanto sé de números lo aprendí, primero, con Etxeberri y, después, en Orthez; nunca me enseñaron una cifra tan alta.

—¿Veis a las hormigas en un hormiguero? —nos explicaba el tal Vidalenc a todos los que nos prestábamos a escucharle—. Pues, en París vive diez o veinte veces más gente.

Exageraciones. Engañifas para tontos. Así consideré las explicaciones de Vidalenc. Y como yo, la mayoría de los que cabalgábamos junto a nuestro rey y junto a sus parientes y amigos.

Ya había pasado la primera semana de julio. Por la mañana habíamos dejado atrás el pueblo de Longpont, a orillas del río Orge. Por primera vez desde que falleciera la reina, a nuestros jefes les había entrado una prisa repentina. La comitiva se dividió en dos. Atrás se quedaron los carros y quienes iban a pie, abandonados a su lentitud. Los caballeros marchamos por delante, junto a Enrique y los jefes de los reformados franceses. Éramos unos novecientos jinetes, novecientas figuras negras, vestidas de luto.

Fue entonces cuando París apareció ante nuestros ojos.

—¡Vive Dios!

Nos acompañaría algún ministro, porque así era siempre. No recuerdo si alguien me recriminó la blasfemia. El pastor del rebaño debía de estar tan maravillado como el resto, sin duda. De todos cuantos estábamos allí, ¿cuántos habíamos visto antes algo semejante?

Todo lo que alcanzaba la vista, una legua detrás de otra, estaba conformado por líneas de murallas. Tras los muros, las agujas de las torres de las iglesias, semejantes a lanzas de gigantes caballeros, formaban una descomunal selva de piedra. A pesar de la distancia, a nuestros oídos llegaba el eco del estrépito que producían los miles de sonidos de su interior.

Alguna vez he oído que otros viajeros, ante la panorámica de París, súbitamente, sienten que, de pura admiración, se les ensancha el corazón. Nosotros éramos gente rústica del sur, seguidores de Calvino. A nosotros el corazón se nos encogió de miedo y recelo.

DICEN QUE LA NOVILLA de los Valois no quiere casarse. Dicen que no hace otra cosa que llorar cada vez que alguien le menciona la boda.

Meslay trató de suavizar su tono, pero se quedó en la intención. De hecho, lo elevó tanto que lo oyeron todos los clientes de la taberna.

—Dicen que le horroriza unirse a un miembro de la Religión, por mucho que de esa manera se convierta en reina.

Meslay puso voz de mujer:

—“¿Navarra?», dicen que dijo delante de toda la corte francesa. «¡Ese reino, no más grande que una berza! ¿Queréis coronarme reina de una berza?».

Algunos clientes de la posada rieron. No así los que estábamos sentados con Meslay. Él también era un acompañante del príncipe, y en la medida en que lo era, iba a participar con nosotros en la ceremonia de la boda real. Aun y todo, no era de los nuestros. Meslay era del Vendômois, un territorio no muy lejano de París, patrimonio de la casa de Borbón.

—Nada más que pretextos —dijo Meslay, cada vez más enardecido—. El problema es otro. Dicen que Margarita ya tenía quien le regara el jardín, sin necesidad de esperar a nuestro Enrique. ¿A que no sabéis el nombre del jardinero?

Una serie de murmullos puso eco a sus palabras. En París ningún hijo de vecino ignoraba esa cuestión:

—¡Sí, señores, el mismísimo duque de Guisa! El mayor enemigo de la Religión. Y dicen que no fue el primer regador.

Meslay era hugonote, como nosotros. Pero estaba en su casa. No como nosotros. Hablaba solamente en francés. ¡Y menudo francés! Meslay manejaba su lengua a toda velocidad. Aplastaba las palabras una sobre otra, retorciéndolas por todo el espacio de su boca, extrayendo de ellas en cada ocasión un sonido diferente. El resto de los acompañantes del príncipe nos quedábamos mirándole, admirados, cada vez que sus labios se movían. En verdad, yo era el único que, poco más o menos, me enteraba de lo que decía. Nérestan, el de Labrit, también, de forma aproximada. El bearnés Galard no le entendía ni la mitad de la mitad, y aun con todo, el doble que Pardiac, el de Bigorra, o que Lers, el de Foix.

—Su hermano Carlos y su madre Catalina la han llegado a golpear, para que acceda a casarse con *Navarra*.

Navarra era nuestro rey, en el hablar de los parisinos y de los cortesanos del Louvre. Oír referirse a nuestro rey por el nombre de nuestro reino violentaba mis oídos.

—A Guisa, por otra parte, ya lo echaron de la corte.

—Parece ser que ha vuelto —dijo alguien desde un extremo—. Un duque de

Francia no puede faltar a una boda real. Los parisinos están encantados por ello.

Meslay miró fieramente a quien acababa de hablar. No era de nuestro grupo. Lo habíamos visto dos o tres veces antes en esa posada. Al parecer, se trataba del hijo segundón de un noble del Poitou, que había acudido como muchos otros hugonotes de Francia a la boda real. No tomó en consideración la mirada de Meslay.

—Estando Guisa aquí, Coligny debería guardarse. Y *Navarra* también.

—¿Coligny? —se burló nuestro informante—. ¡Si tiene hechizado al rey Carlos IX! Dicen que le llama «padre».

—No os fieis. Guisa es un zorro peligroso y los parisinos están con él.

Apuró la copa y la dejó, vacía, sobre su mesa. Se levantó y salió afuera.

—¡Un bocazas de Poitou! —dijo Meslay, con desprecio, a espaldas del que acababa de marcharse.

La posada tenía un nombre ridículo: *Pomme-de-Pin*. Sin embargo, en la tela calada junto a la entrada no se veía ninguna piña, sino un gato negro. Tal vez en otro momento habría tenido otro nombre. El lugar se encontraba en el centro de la isla conocida como Cité, en la rue de la Juiverie, frente a la iglesia de Sainte-Madeleine.

—Si Guisa está de nuevo en la corte, tenemos de qué preocuparnos —habló Nérestan, con mucho cuidado de pronunciar correctamente—. ¿En qué parará el ejército que debía empezar a ayudar a los rebeldes holandeses contra los españoles? ¿Acaso no hará cambiar de opinión al rey Carlos y a su madre?

Hasta que la ciudad no nos abrió sus puertas a Enrique de Borbón y sus seguidores, el mencionado *Pomme-de-Pin* era lugar de encuentro de rameras, estudiantes, viajeros, rateros, pillos y demás canalla. Dicen que a los poetas también les complacía el lugar, aunque yo no vi a ninguno. La llegada de nuestra gente vació el local de estudiantes y del resto de viajeros, dejando solamente a las putas y a los ladrones. Cuando se ponía el sol, en las callejuelas próximas chocaban los cuerpos contra los cuerpos y el acero contra el acero.

—Coligny sabrá persuadir de nuevo a la madre y al hijo —dijo Meslay, esperanzado—. Con o sin la bendición del rey de Francia, los primeros creyentes han partido ya hacia Flandes.

—Pues las últimas noticias sobre ellos no son tan buenas —retomó Nérestan.

Cuando nos cansábamos de curiosear por la ciudad, nos reuníamos en el *Pomme-de-Pin*, lo que no solía suceder antes de la tarde. Aparecer antes comportaba el riesgo de encontrarnos con alguno de los ministros que habían venido con nosotros a la capital francesa. Nuestros pastores deambulaban enloquecidos, tratando de proteger a sus correligionarios de los pecados de la carne y la bebida.

Era el destino el que nos había conducido hasta aquel lugar. Una vez en París, nobles y principales pasaron a alojarse en el palacio del Louvre, y los que no se alojaron allí lo hicieron en las proximidades del palacio real, en los elegantes hoteles de los príncipes de Francia. Nosotros tomamos una posada en la rue de Licorne: *La Croix de Fer*. No era un sitio muy cómodo. La víspera habíamos tenido una fuerte

discusión con el posadero, al darnos súbitamente cuenta de que nos estaba cobrando a cada uno una moneda más que a los clientes papistas por ofrecernos lecho y comida.

Enseguida tuvimos noticia del Pomme-de-Pin, que estaba bastante próximo a La Croix de Fer. La doctrina de los ministros debía mantenernos alejados de tabernas y bodegas; sin embargo, hacía calor ese verano en París, y en algún sitio teníamos que refrescar los gaznates. Retirarnos a nuestros dormitorios antes de que se ocultara el sol nos protegía de las garras de los ladrones. De las prostitutas, lo hacía el miedo a las llamas del infierno y, en lo que a mí respecta, también la escasez de dinero.

—¡Por la ruina eterna de España! —alzó Meslay su copa.

—¡Por la ruina eterna de España! —coreamos.

Un estruendo hizo más breve el trago. En la calle, miles de gargantas cantaban y rezaban.

—¡Ya están los papistas con sus papanaterías! —abrió la boca por primera vez Galard.

Podría pensarse que se mofaba, pero su cólera era superior a su burla. Llevábamos dos semanas en aquella ciudad. Seguía sorprendiéndonos a la vez que irritándonos el apego que mostraban los parisinos por Roma.

Al igual que Galard, muchos de entre nosotros habían acudido a París provenientes de lugares en que se estaba erradicando la superstición. No era mi caso, llegado de la papista Baja Navarra, pero al menos tenía un lado bueno, y es que la costumbre al mal aminora el dolor. Los demás iban por París en una perpetua indignación que se encendía con solo poner un pie en la calle.

—¿Qué es esto, la capital de Francia o de la superchería?

No exageraban. En París, 80 iglesias y 60 conventos cobijaban a millares de curas, monjas y frailes. Las propias calles eran una continua galería de imágenes de santos, de la madre de Cristo y del mismo Dios, portadas y adoradas por la masa, en medio de la más absoluta depravación y blasfemia. Los parisinos aprovechaban cualquier excusa para hacer gala de su idolatría. Podría afirmarse, asimismo, que nuestra presencia entre ellos hacía aumentar esa costumbre del todo punto condenable.

Sentimos acercarse el tumulto. Al poco, algunas cabezas asomaron por la puerta del Pomme-de-Pin.

—¡La cruz volverá a vencer! ¡La cruz volverá a vencer!

—Bendito sea el nombre de Quiévrain.

Se dirigían a nosotros, a los reformados reunidos en la posada. No sabíamos de qué hablaban.

—¿Quiévrain?

Nos lo aclararon:

—El ejército de hugonotes que partió de Francia ha sido derrotado en Flandes por el rey de España, en el lugar llamado Quiévrain.

La alegría les iluminaba la cara, el odio les hacía torcer el gesto.

—¡Sucios puercos, pronto llegará vuestra hora! —nos gritaban.

Criadas, sirvientes, soldados, escribanos, damas de la reina, hombres del consejo, nobles, visitantes, ministros de la Religión, representantes de pueblos y villas... El primer día que entré en el palacio real de Pau lo primero que llamó mi atención fue la multitud que pululaba por su interior.

En el Louvre, todo lo que había visto hasta entonces se multiplicaba por diez. Diez veces más sirvientes. Diez veces más soldados. Diez veces más damas y damiselas. Diez veces más funcionarios. Diez veces más gente de sangre noble. Diez veces más ministros no, que no vi ninguno, sino una numerosísima caterva de curas y frailes —veinte veces más que ministros hay en Pau—, vestidos y engalanados de todos los colores.

Conducido por un lacayo, me movía incómodo entre esa gente, como una trucha fuera del agua. Tal como me avisó Enrique, todos me saludaban al pasar delante de ellos y yo a todos les respondía según su categoría, tal como me había enseñado Enrique. Mi señor me había hecho vestir una túnica suya, verde y bordada en oro, antes de mandarme a cumplir su encargo. Me quedaba floja, pero hacía el milagro. Mi rey me advirtió de que me confundirían con él, y así estaba sucediendo. Prueba de ello era la deferencia de todo el mundo y la sorpresa de los más. «¿Qué debo hacer cuándo así ocurra?», le había preguntado con preocupación. «¿Qué vas a hacer, si no? ¡Harás de rey de Navarra!».

El lacayo que me acompañaba se detuvo al cabo de una escalera en el ala oeste del palacio. Tendría mi edad aproximadamente, pero parecía mayor, tan erguida llevaba la cabeza. Le pregunté cómo se llamaba, según me había aconsejado hacer Enrique. «Alain», me respondió.

Alain se detuvo ante una puerta cerrada.

—¿Qué he de decir?

Tenía el mandato de mi señor: «Calla quién eres».

—Esto dirás: un regalo del rey de Navarra.

Se encogió de hombros, golpeó en la puerta y repitió en voz alta lo que yo había dicho.

—¡Esperad! —contestó una mujer desde el interior.

Acaricé la arqueta que Enrique había depositado en mis manos. Todavía no había visto con mis ojos su contenido. Según las palabras del rey, era un regalo que le habían hecho las gentes de La Rochelle, proveniente de la captura por parte de unos marineros de esta localidad de un barco español en el mar de Gascuña. Habría mirado dentro de la caja, si Alain no me hubiera acompañado.

La puerta se abrió por fin. El deferente saludo de la sirvienta que apareció ante nosotros me mostró que también a ella la había conseguido engañar. Se trataba de una antesala, adornada con tapices y alfombras. El sol de la mañana iluminaba media

pieza desde una ventana, enfrente de la cual un espejo reflejaba aumentada esa luz que entraba del exterior. Desde que vi el primero en el castillo de Pau, los espejos me atraían como el prado a la oveja. Me complació la imagen que me devolvía el de aquella sala. Había dejado de afeitarme la barba durante nuestro viaje por Francia. Algún ministro ya me lo había reprochado, aunque no me hizo rendirme a la navaja. Comparada con la de Enrique, mi barba era una tenue sombra llena de calvas. No obstante, me sentía orgulloso de esa silueta que circundaba mis labios.

Un carraspeo hizo que apartase la mirada del espejo. Ante mí estaban sentadas tres jóvenes, ataviadas con joyas y sedas. Sus vestidos les oprimían el talle a la vez que dejaban al descubierto el escote. Pronto advertiría que tal era la usanza entre las damas nobles de la corte francesa. Cada una sostenía un libro entre sus manos, pero solo la del medio estaba inclinada sobre sus páginas. Las otras dos iniciaron un intercambio de sonrisas cuando yo entré, algo que no hizo levantar la mirada del libro a la tercera. Esperé a que Alain me anunciara hasta que me di cuenta de que el sirviente había desaparecido. Me encontraba solo e iba a tener que cumplir el encargo del rey sin ayuda de nadie.

Lo ignoraba todo de los usos de la corte francesa. Instintivamente me adelanté hacia la joven situada en medio, hasta quedarme a cinco o seis pasos de ella. Su asiento era el más elevado de los tres. Distaba de la delgadez de casi todas las mujeres que había conocido hasta la fecha, sus curvas eran más generosas que las de sus acompañantes. Su pelo era rubio claro, rubio y rizado, adornado con perlas. No obstante, sabía, porque así me lo había dicho Enrique, que llevaba peluca. No podía apreciar más que su mentón y sus labios rojos, puesto que cubría la mitad de su rostro con una mano. Tenía entonces diecinueve años, la misma edad que Enrique, nuestro rey. A mí me pareció mayor.

—He aquí, doña Margarita, el regalo de vuestro futuro marido.

Extendí la mano, al mismo tiempo que realizaba una torpe reverencia.

Las damiselas que la flanqueaban le cuchichearon algo al oído, primero una y después la otra. La que estaba a la izquierda era morena. La de la derecha, rubia. Me dijeron sus nombres, Charlotte de Beaune y Louise de Montigny, respectivamente. Tanto la una como la otra, bellas hasta la turbación. Recordé la advertencia de Enrique: «En el Louvre, guárdate de las mujeres, especialmente de las mujeres bellas». Lo que le dijeron no hizo que la hija del rey de Francia apartase sus ojos del libro.

—Mis amigas quieren saber si vos sois verdaderamente *Navarra*, mi primo.

Hizo caso omiso al regalo que le tendía de mi mano. El tedio teñía su voz. Sin embargo, no retiré el brazo. Enrique me había avisado que algo así podía suceder. En previsión de ello, me hizo memorizar unas cuantas frases. Ahuequé la voz, como supuestamente haría un príncipe:

—¿A qué viene esa duda, señora?

Creí vislumbrar desdén en esos ojos que no veía.

—A que parecéis más joven, más modesto y, si ello fuera posible, más rústico que el Enrique de los últimos días.

¿«Más rústico»? ¿Qué era ser «más rústico»?

Las damiselas de su izquierda y su derecha se echaron a reír. Era una risa cantarina, sin carcajadas, de una clase que hasta entonces no había escuchado a mujer alguna.

—¿No lo tomáis?

Empezaba a cansárseme el brazo.

Ella suspiró e hizo un gesto vago con su mano izquierda. Un instante después, la damisela de ese lado me había despojado de la arqueta. Ella misma la abrió. Su murmullo de sorpresa y el de su compañera calmaron un poco mis nervios. Se trataba de una figurita de un animal parecido a un caballo o a un asno. En Gárriz, confeccionábamos juguetes semejantes, de niños, usando la navaja, con las ramas caídas de los árboles. Pero aquel no era de madera, sino de oro.

—Ha sido traído de las Indias —hice notar.

Ella no apartó su mirada del libro.

—Pues ha hecho un viaje inútil. Mejor si se hubiese quedado en ellas.

El sol, desde la ventana, hacía brillar al animalillo en la mano de la damisela. Sentí envidia por él.

—Si le dedicarais una simple mirada, quizás no tendrías la misma opinión, señora.

—Os esforzáis en vano. Solo veré en él el regalo de un hugonote.

Me acordé de las palabras de Enrique: «Te pinchará para hacerte daño».

—Un hugonote que os convertirá en reina.

Mi aire dolido no era totalmente fingido.

—¿Reina? ¿Y para qué quiero ser reina de un reino que se cruza en cuatro saltos? El último señorío de mi patrimonio es más grande que toda Navarra. Soy la hija del anterior rey de Francia y hermana del actual. ¿En qué me va a mejorar una boda como esta?

Enrique había previsto que la conversación podría tomar ese tortuoso camino. Para cuando llegara a ese punto, mi rey me había hecho aprender un pequeño discurso. Algo sobre «la primacía del espíritu» y no sé qué de convertirse en «reina de la paz». Lo que salió de mi boca no tenía mucho que ver con eso:

—No deberíais rebajar así a Navarra. Navarra será más grande de lo que es ahora una vez que humillemos de una vez para siempre a los españoles y recuperemos todas las tierras que nos han robado al otro lado de los puertos.

Hasta ese punto, había discurrido por la senda marcada por Enrique. Las últimas palabras, salían de mí, y alguna virtud tendrían, porque consiguieron que dejase el libro. Por primera vez desde que entrara en esa sala, mostró su rostro, volviendo su mirada sobre mí.

—¿Cuándo ocurrirá todo eso?

Se burlaba de mí; hasta un necio se habría dado cuenta. Yo no. Fue todo uno, sentir su mirada fija en mí y acelerárseme el pulso. Sus ojos eran grandes, brillantes, extremadamente oscuros, como oscuras eran también las pecas de su blanquísima faz.

—¿Cuándo? Cuando Francia salde su deuda con Navarra y la pertreche de armas y hombres contra España.

—Algo de verdad tiene que haber en esa deuda. Si no, no se comprende que me regalen tan barata.

Alguien menos ciego que yo habría percibido el tono ácido de sus palabras. Sus dos amigas se rieron de nuevo, con la misma risa de antes, sin carcajadas.

—Mirad que os digo, señora: todas las monturas de vuestras caballerizas no os bastarán para atravesar el nuevo reino de parte a parte.

Era una clara fanfarronada. No importaba. Cautivado por los ojos que tenía enfrente, las palabras me afluían con más facilidad hasta los labios:

—Entonces podréis deciros orgullosa: «Yo soy la reina, la señora, de todo esto», porque vuestro reino no sufrirá daño ni vergüenza de ningún otro...

Todavía ignoraba que la palidez de su piel era acrecentada con aceite de almendras y que sus pecas estaban pintadas con la harina de una planta llamada altramuz. No lo sabía, pero de pronto sentí el impulso de saberlo todo sobre ella.

—... ni de Francia, ni de Inglaterra, ni de Escocia, ni de Saboya, ni de España, ni...

—¿Leéis algo aparte de salmos y biblias?

La inesperada interrupción trabó mi lengua. No se quedó esperando a que contestara.

—Me habéis traído un presente. Quiero que os llevéis otro de aquí.

Me ofreció el libro que tenía en sus manos. *Les Amours de Cassandre*, leí junto al nombre de su autor: Pierre de Ronsard.

—Trata de amores imposibles. ¿Habéis tenido alguna vez un amor imposible?

Me acordé de Diana de Andoins. De Ramona Abaurre, también, aunque Ramona, por un periodo corto de tiempo, no resultó tan imposible.

—Sí —murmuré, un instante antes de arrepentirme.

Una breve sonrisa asomó a su rostro.

—Más joven, más modesto, más rústico y, según veo, creéis más en las cosas que decís que mi primo —dijo—. Os preferiría en su lugar, si vos no fuerais también hugonote.

—No deberíais burlaros de mí —agaché la cabeza.

—No me estoy burlando.

El 18 de agosto, tan pronto amaneció, el sol comenzó a caer a plomo sobre las calles de París. Tras partir de La Croix de Fer, los seis acompañantes del príncipe llegamos en ese momento a las puertas del Louvre. Antes de salir, en la habitación de la

posada, habíamos vestido nuestras calzas y sombreros azules, y nuestras camisas encarnadas, cada cual con el escudo de su tierra bordado detrás. Ya para entonces, las calles estaban atestadas de gente.

—Las ratas han salido de sus alcantarillas —dijo Pardiac, sin preocuparse de que le pudieran oír.

El enlace y la carestía en el campo habían empujado a miles y miles de personas hacia la capital. Durante los últimos días los habíamos visto pidiendo refugio en conventos e iglesias, o durmiendo en las calles, mendigando o robando. Algunos nos miraban con curiosidad cuando nos cruzábamos con ellos. La mayoría lo hacía con odio, porque nos hacían culpables de sus males. Este tipo de gente prestaba oídos fácilmente a las encendidas soflamas de los frailes predicadores. Yo mismo había oído alguna que otra los días anteriores. En una cosa me sorprendieron: además de en contra nuestra, también dirigían sus dardos contra toda la familia real francesa. Y lo más sorprendente de todo, consideraban a Catalina de Médicis como su mayor enemiga. Apenas entendí nada de las razones de esos charlatanes del infierno. Resultado de sus sermones eran los puños que, aquel 18 de agosto de 1572, se cerraban con rabia a nuestro paso. Mientras íbamos desde la rue de Licorne hasta el palacio real, agradecemos que Enrique hubiese enviado algunos hombres de su escolta para que nos acompañasen durante el trayecto. A las puertas del Louvre se encontraban los suizos y los escoceses del rey de Francia, para alivio de todos.

Antes de que pudiéramos impacientarnos, salió del palacio un tropel de gente. Los primeros, tres hombres jóvenes, vestidos de igual forma, en satén rosa bordado en plata. Si en la ropa armonizaban, no era así en la figura. El que estaba a la izquierda destacaba por su belleza. El de la derecha, por su fealdad. El rey de Navarra era el del medio, el más corriente. Se nos había dicho que el contrayente iba a acudir al acto escoltado por sus primos y futuros cuñados, los hermanos del rey francés.

—El que lleva tantos adornos en los ropajes y en el cabello es el duque de Anjou —nos explicó Meslay—. Un vicioso de marca. Dicen que, cuando está en su habitación, le gusta vestirse de mujer.

El de Vendômois estaba en su salsa, instruyéndonos sobre la gente de París y sus rincones.

—¿Y ese, más feo que un dolor? —le pregunté.

—Su hermano, el duque de Alençon. Duele de solo mirarlo.

Con el trío, llegaban algunos barones, no tan vistosamente vestidos. Entre ellos reconocí a Condé —tan de la familia como los otros—, Coligny, el mariscal de Damville, el conde de Montgomery —que fue mi superior en la matanza de Orthez— y otros jefes reformados. A estos le tomaban la vez los señores principales que habían venido desde Navarra acompañando al séquito de Enrique: Miossens, Beauvoir, Francourt, Armagnac y otros. Miossens fue el único que me saludó.

—¿Cómo se encuentra nuestro joven primo?

Le devolví el cumplido con una sonrisilla nerviosa. Nerviosa, entre otros motivos,

porque acaba de ver a alguien que no quería entre las filas de los nobles del reino: Antonio de Agramont, conde de Bidache. Al parecer, había hecho por su cuenta el viaje hasta París, sin unirse a Enrique. Agramont era experto en servir a más de un señor al mismo tiempo. Hoy, Navarra, y mañana, Francia; pasado mañana, la Reforma, y al día siguiente, Roma. Traté de ocultarme a su paso. Temía su venganza. La espalda de su hijo Filiberto aún debía de estar marcada por mi espada.

Desde el Louvre hasta Notre Dame apenas dista media legua. Tras los pasos de Enrique y los dos duques franceses, esa casi media legua se me antojó la más larga de mi vida. Desde nuestra salida de Pau había crecido y me había robustecido, así que me apretaban las ropas por las que tan caro había pagado. Aunque todavía era bastante temprano, el sol pegaba de lo lindo. Por ambos lados un gentío nos empujaba y nos apretaba a cada paso. Quizás habría alguno de los nuestros entre ellos. Yo no veía más que enemigos. En nuestras filas íbamos mezclados papistas y los de la Religión. Decían que así lo había querido la reina madre. De todas formas, la muchedumbre sabía a quién gritarle. A pesar de que tocaban sin cesar trompetas y tambores, sus rugidos llegaban perfectamente a nuestros oídos:

—¡Hugonotes, hijos de una puta, esta ciudad será vuestra tumba!

No todo eran insultos. También salían alabanzas de las enronquecidas gargantas de los más cercanos. Pero no para nosotros.

—Buena tenemos —nos explicó Meslay—. El duque de Guisa envalentona a los papistas de París ahí atrás.

Cruzado el puente de Notre Dame, a punto de entrar en la isla de la Cité, el griterío aumentó. Los alborotadores hacían peticiones concretas.

—¡Guisa, cuida de nosotros!

O más temibles:

—¡Guisa, mátalos!

Teníamos orden de mirar siempre al frente en la comitiva. Volví el cuello el tiempo de un parpadeo. Un joven aguerrido respondía a los aplausos de la gente, saludando con la mano. Tendría dos o tres años más que Enrique.

—¡He ahí al arcángel que nos librará del dragón! —vociferó a mi oído un viejo desdentado.

Mientras que nosotros salíamos del Louvre, otra comitiva había hecho lo propio desde el palacio del obispo de París para juntarse con la nuestra ante la catedral. Nosotros nos adelantamos. Por encima de la tarima levantada delante del descomunal templo, vi acercarse la comitiva de la corte francesa al completo, encabezada por el rey y la reina madre.

Las calles de París habían sido ya de antes recorridas por el lujo y la riqueza. Pocas veces por joyas tan refulgentes y tejidos tan fastuosos como los de aquel día. La corpulenta Catalina de Médicis vestía un vestido claro, engastado en perlas. Probablemente era la primera vez que abandonaba la ropa oscura desde que murió su marido. Por su parte, Carlos IX aparecía vestido de «sol», como sus dos hermanos y

el futuro marido. La espectacularidad de la ropa no bastaba para ocultar su aspecto enfermo.

—No verá las próximas nieves —dijo Meslay, como siempre en su papel de informador—. Dicen que está desahuciado.

Y añadió con un gesto obsceno:

—No como su hermana.

Junto a su hermano, el rey, iba Margarita de Valois. Tres princesas sostenían su larguísimo manto azul, mientras que las perlas y las joyas de su corona brillaban más que el cielo de una noche despejada. La deslumbradora visión era solamente ensombrecida por su rostro lastimero, en el que los ojos delataban haber llorado recientemente. La tristeza la hacía más bella, sin embargo. Tanto que, con solo pasar, acallaba los gritos de los más enfervorizados partidarios de Guisa.

Yo no gritaba, sino que me desvelaba por guardarme de la mirada de Agramont. Hasta eso se me olvidó desde el momento en que tuve ante mis ojos a la mujer que había de esposarse con mi rey.

Un graznido me sacó del encantamiento.

—¡Ahí va esa putilla papista! —soltó Pardiac, desde el otro extremo de la fila.

Por puro instinto, mi mano tentó el puñal en el cinto. No estaba allí. Teníamos orden de ir a la ceremonia desarmados. En el trayecto hasta París, por otra parte, me comprometí con Enrique a no tocarle un pelo al bigorrés. Me juré que no olvidaría la ofensa que acababa de oír.

Los prometidos intercambiaron unas frías gentilezas. De la catedral salió un individuo con una túnica encarnada y alto sombrero, rodeado por una panda de jovencitos vestidos de blanco.

—El cardenal de Borbón, tío de nuestro rey —le oí decir a alguno de nuestra fila.

Así que también era tío mío aquel hombre ataviado de manera tan curiosa.

Los contrayentes hicieron ante él sus votos nupciales, de manera que lo escucharan los miles y miles de personas que atestaban la plaza. A continuación, el duque de Anjou tomó el lugar de Enrique, junto a Margarita. La princesa, en ese momento, volvió hacia atrás sus ojos enrojecidos. A pocas vergas de donde yo estaba, el duque de Guisa le respondió obsequiándole con un gesto con la cabeza. La mayoría se dirigió tras el cardenal al interior de la catedral. Los reformados nos quedamos fuera, incluido el novio. Por primera vez en la vida, sentí pena por ser un seguidor de Calvino.

—¿Dónde está Agramont? —preguntó Enrique.

—Ha entrado dentro —respondió Miossens.

Habían colocado el escenario frente al palacio de Borbón, muy cerca del Louvre. Era tan grande como el que había ante Notre Dame tres días antes, pero solo en eso lo igualaba. Este estaba dispuesto y adornado a imagen de un jardín en el que flores

provistas de verdaderos tallos y pétalos, y árboles de troncos y ramas robustas daban sombra a florecillas y árboles dibujados en madera. En medio de aquella mezcla de lo verdadero y lo fingido, doce doncellas, adornadas como flores, a cuál más deslumbrante, añadían belleza a la belleza.

Lers me susurró al oído:

—¡Dios mío! ¿Cómo has dicho que se llama esto?

El hijo de Foix todavía estaba más maravillado que yo. Habíamos visto muchas cosas desde que habíamos llegado a París. Y todavía más, desde que, tres días antes, habían comenzado los esponsales de nuestro rey. Pero ninguna como esa.

—“El paraíso del amor» —suspiré—. Una comedia.

A nuestro lado, Pardiac empezó a refunfuñar. Por las noches, el ceño ya de por sí fruncido se le arrugaba todavía más.

—¿También vosotros os dejáis fascinar por estas necedades papistas? Los ministros ya nos advirtieron de esto, camino de París.

Era cierto. Algunos días antes de llegar a la capital, los guardianes de nuestras almas nos habían enumerado los pecados más horribles de la corte de los Valois. Este era uno de ellos: «Se burlan de los designios que Dios tiene al crear a cada hombre, ya que se divierten actuando como si fueran otros...».

Tenía alguna noticia de ello. Hasta que fueron prohibidas por la reina Juana, en la Baja Navarra se celebraban farsas por carnavales, en las que algunos hombres recibían aplausos y carcajadas de los espectadores, fingiendo ser otros hombres o mujeres. Nacían, pero no nacían. Morían, pero no morían. Lloraban, pero por dentro reían. Reían, pero quién sabe si por dentro no se deshacían de amargura. Bertrand Sauguis lo llamaba teatro. O comedia, si era cosa de risa. Por él supe que en Francia tales espectáculos atraían a cientos e incluso a miles de personas.

Precisamente eso era lo que en aquellos momentos estaba ocurriendo: miles de personas con la vista puesta en el jardín dispuesto sobre el tablado. No era lo único digno de admiración. Sobre el escenario, como si volara, daba vueltas un disco o una rueda enorme, decorada con doce dibujos, que representaban, al parecer, los signos del zodiaco. En medio de ese cielo, una cascada de estrellas parecía una tropa de piqueros siguiendo a siete caballeros. Los siete planetas del universo, decían. No obstante, todo lo anterior resultaría una nimiedad, si tras el escenario no hubieran estado encendidas cientos de antorchas, lámparas y velas. Ese torrente de luz, además de combatir la noche, acrecentaba la vistosidad del montaje. Hacia la derecha de la tarima se encontraba la zona más florida y mejor iluminada. Por aquel lado acababan de entrar unas figuras, dotadas de alas y vestidas de seda tan blanca como la nieve.

—Ángeles —le expliqué, sin mucha necesidad, a Lers. Francisco Lers se había convertido en mi mejor amigo en el grupo de acompañantes del príncipe.

Pardiac tampoco apreció mi nueva explicación.

—Sí, ya, ángeles. ¡No son más que pasto del infierno!

Entre las que acababan de entrar a escena, destacaban Charlotte de Beaune y

Louise de Montigny, las dos damiselas que había conocido unos días antes en la cámara de Margarita. Ambas, tan bellas como el cielo, y, aun así, nada en comparación con su señora. La reina de Navarra también se hallaba en el escenario. La hija de los Valois lucía ahora un cabello moreno. Unas minúsculas estrellas le embellecían aún más el rostro.

Se inició la música desde algún lado. A su son, los ángeles empezaron a moverse.

—¡Ya están bailando otra vez! —masculló Pardiac.

Al igual que el teatro, la danza también estaba prohibida en el reino de Navarra. Pero nuestras prohibiciones no tenían vigor en los lugares donde mandaba Roma. Durante esos días de esponsales, con la excusa de la música, habíamos visto a mujeres acercándose impudicamente a los hombres, y también los hombres a las mujeres. Los habíamos visto algunas veces tomados de la mano, y otras, casi tocándose. No necesariamente el marido con la mujer, ni la mujer con el marido. A todos los que eran alguien en el reino de Francia habíamos visto dedicados a ello. Y, destacando entre todos, a nuestra nueva reina. La pavana española, el *passemazzo* italiano, el *branle* francés... A fuerza de cimbrar su cintura y sus piernas, se le habían olvidado a Margarita los sinsabores de la boda impuesta. Ahora mismo bailaba con deleite ante nuestros ojos. Tal vez Pardiac tuviera razón: nadie que hubiese sido destinado por Dios para la gloria podría emplear su cuerpo de esa manera. Mi conformidad con dicha opinión duró lo que el bigorrés tardó en volver a abrir la boca.

—¡Grandísima ramera!

El insulto golpeó en mis oídos como un trueno. Dudé si no le habría oído mal. La mirada consternada de Lers me dio a entender que no. Esta vez, cada cual disponía de una espada a mano. Desgraciadamente, todas eran de juguete, hechas de madera. Me acerqué por detrás a Pardiac.

—Es la segunda vez que ofendes a nuestra reina —le susurré, con tanta calma como me permitía la ira.

Su espalda se tensó.

—Antes de que partamos de París aclararemos este asunto. Y alguno más.

Me contestó sin volver la cabeza:

—Ardo en deseos de meterte mi espada por el culo.

Fanfarroneaba. Desde que peleamos camino de París, sabía que yo le aventajaba. Seguramente, conocía la orden que me había dado Enrique respecto a él. Me volví junto a Lers, con los labios todavía temblándome.

Entre tanto, el espectáculo no se había detenido. La luz había aumentado en el escenario, pero la parte izquierda, precisamente la más cercana a nosotros, había quedado medio en penumbra. En aquel lado, se distinguía una suerte de río pintado en el suelo; de debajo de aquel fingido hilo de agua salía un espantoso y real humo negro. ¿Cómo lo lograban? Lo desconozco. Quizás habían colocado una carbonera debajo de las tablas. El calor llegaba hasta nosotros en aquella noche de por sí

bochornosa.

—El Tártaro, nuestro infierno —le aclaré a Lers—. Es un lugar que aparece en los libros de la antigua Grecia y Roma.

En esa esquina penumbrosa, vestidos de rojo y negro, unos personajes de distintos tamaños representaban diablos y diablillos. Se expresaban en una jerigonza, mezcla de gascón y francés. Su guirigay y sus payasadas provocaban la hilaridad de toda la muchedumbre congregada frente al palacio de Borbón. Con una excepción, la nuestra. A nosotros no nos estaba pareciendo en absoluto gracioso el habla de aquella gente, que hacía escarnio de la de la mayoría de nosotros. En absoluto graciosos tampoco, los sombreros ligeros y las breves cotas que vestíamos, que aparentaban proteger nuestra cabeza y nuestro pecho. Éramos unas veinte personas las que estábamos allí plantadas, el rey de Navarra y los de su compañía, nosotros también de rojo, nosotros también de negro, con los mismos colores que el diablo y sus diablillos. Nosotros también convertidos en comediantes.

—¿Están preparadas las fuerzas infernales? —indicó alguien con voz chillona.

Giacomo. Otro italiano a la sombra de Catalina de Médicis. El culpable de aquel desaguisado. Deambulaba alrededor del escenario como una gesticulante y marisabidilla gallina, dando órdenes a unos y a otros. Él fue quien nos había hecho vestir esas cotas y sombreros de mentira. Él nos había puesto en las manos aquellas espadas de madera. Él nos había dado las instrucciones para actuar correctamente cuando subiéramos al escenario.

—¿Están preparadas las fuerzas infernales? —repitió con tonos aún más agudos.

Las miradas de todos, la de Condé, la de Miossens, se dirigieron a Enrique, a la expectativa de lo que él decidiera. Un gesto suyo y bastaría para que todos nos largásemos de aquella humillante farsa. Era él quien había aceptado que estuviésemos todos nosotros en ella. Era él quien debía sacarnos de allí.

El rey de Navarra alzó su ridícula espada de madera:

—¡Vamos, como hay Dios! —la ira le desgarraba la garganta—. ¡Vamos a hacer el ganso en nombre de Navarra!

Tal como nos había ordenado Giacomo, aparecimos sobre las tablas por el lado oscuro del escenario. Solo los personajes caracterizados como diablos celebraron nuestra llegada. Los espectadores, al unísono, prorrumpieron en insultos e injurias en cuanto pusimos un pie sobre el tablado. No era de extrañar. En aquella comedia nosotros éramos los malos, las fuerzas del infierno. Al otro lado, Margarita, Charlotte, Louise y el resto de ángeles nos sonrieron tímidamente; sin dolerles mucho ser secuestradas. Sabíamos, sin embargo, que no sería así. Para evitarlo, ya subía, desde el extremo iluminado del escenario, una tropa celestial, vestida, a diferencia de nosotros, de blanco refulgente. No eran otros que el rey Carlos IX de Francia, sus dos hermanos, los duques, y los principales caballeros del reino. ¡A ellos sí que les aplaudió a rabiar el público! Por nuestra parte, ningún miedo. Solo, resignación. Por mor de la paz, estábamos dispuestos a ser mandados al infierno delante de todo París.

Me acordaba del lacayo que vino a buscarme a La Croix de Fer. Era Alain; el mismo que me había conducido una semana antes hasta la cámara de Margarita, después de atravesar todo el Louvre. Me comunicó su recado tan erguido como la vez anterior:

—Debéis venir conmigo a palacio.

No pregunté nada. El mensaje solo podía proceder de una persona, y yo quería verla. Tomé *Les Amours de Cassandre* de mi habitación y les hice saber, brevemente, adónde iba a los demás acompañantes del príncipe. Pardiac balbuceó algo sobre las putas de París. Antes de que me empezase a hervir la sangre, me puse en marcha tras mi mensajero.

Las celebraciones por los esponsales habían finalizado el día anterior, pero todavía no había desaparecido de las calles el olor a vino, vómitos y sudor. Por otra parte, la multitud no había mermado. Se veían menos hugonotes en los alrededores. En cambio, habían aumentado los mendigos, los pordioseros y los hambrientos, que nos miraban aviesamente. Parecía que, después de la boda, se había acrecentado el odio hacia nosotros entre los habitantes de París.

Pasamos delante de la iglesia de Sainte-Madeleine. El gentío se apelotonaba a sus puertas, sin poder entrar más allá, estando como estaba llena hasta los topes. Desde dentro, una voz, salida completamente de quicio, exigía el fuego eterno para todos los heréticos, «tanto para los manifiestos como para los ocultos, tanto para los poderosos como para los insignificantes».

Alain escupió al suelo.

—No solo pide el cadalso para vosotros, también lo hace para mis señores.

El descaro con el que se dirigía a mí se había acrecentado desde la vez anterior. Acaso, entonces, también él había creído que conducía al rey de Navarra. Ahora ni siquiera mi ropa era del vestuario de Enrique.

—He hecho una apuesta con un camarero del duque de Alençon. Diez monedas a que en menos de una semana os cortan el cuello a todos.

En su rostro podía adivinarse su alegría en el caso de que así sucediera. Era de mi edad. Dieciséis años, como mucho. Sin embargo, yo era caballero y él un criado. Nadie podía impedirme que lo castigase allí mismo. En su lugar, repliqué:

—Antes de una semana habremos salido para los Países Bajos, a combatir contra los españoles, en el ejército que dirigirá el almirante de Coligny. La mayoría de los que ahora andan maldiciéndonos saldrán entonces a las calles a vitorearnos.

El argumento no era de cosecha propia. Estaba repitiendo palabra por palabra algo oído algún día antes a alguno de nuestros superiores. No fue suficiente para apocar a Alain.

—¡Os apuesto veinte monedas a que no marcháis a los Países Bajos!

Llegamos al portal del Louvre, justo cuando estaba a punto de soltarle un revés. En la explanada anexa, una multitud contemplaba otra clase de espectáculo: el rey Carlos IX de Francia jugaba a pelota contra Guisa y otros nobles. Entre el público,

distinguí al almirante Coligny, hablando quedamente en medio de otros nobles reformados. Un poco separado de ellos, Agramont, permanecía atento. Coligny tenía el rostro sombrío, como disgustado por algo. Los labios de Alain dibujaron una ligera sonrisa que me hizo aborrecer al lacayo.

Volví a seguirlo ascendiendo por las escaleras del otro día hasta el mismo pasillo. Fue, sin embargo, otra puerta a la que llamó el criado. La voz femenina que surgió de su interior hizo que conservara un destello de esperanza. Mi mano sostuvo firmemente el libro. En el rostro de Alain se leía una sombra de burla cuando me abrió la puerta.

—Adelante, señor.

En medio de la habitación había una especie de abrevadero, al que unas criadas vertían el vaporoso contenido de unas grandes tinajas. Louise de Montigny, la rubia dama que el día anterior acompañaba a Margarita, surgió de entre ellas.

—¡Qué sorpresa, señor de Mailu!

¿Era una sorpresa mi aparición? Entonces, ¿quién había mandado que me condujesen hasta allí?

Hizo gesto de tomar mis manos con las suyas. Solo me atrapó una de ellas. Su tacto me insufló calor. Con la otra me quitó el libro de la mano.

—Ronsard, por supuesto.

Ella recordaba el regalo que Margarita me hizo la vez anterior, pero no mencionó a Margarita.

—A mí también me agrada Ronsard.

Lucía un escote más generoso incluso que el del día anterior. Llevó allí su mano y torneó sus labios:

*Comme un Chevreuil, quand le printemps détruit
L'oiseux cristal de la morne gelée,
Pour mieux brouter l'herbette emmiellée
Hors de son bois avec l'Aube s'enfuit*^[1].

Calló y me ofreció una sonrisa.

—¿Os gusta?

No sabía a qué se refería exactamente, a su declamación o a la obra que acababa de leer. Me arriesgué:

—En vuestros labios, suenan aún más deleitosos estos versos.

Parecía una galantería. Pero se trataba de una respuesta tan simple como sincera. La lectura del libro me había resultado complicada; extraña y oscura la lengua de aquellas líneas interrumpidas, como si el autor se complaciera en decir lo que pretendía solo con ocultamientos y medias tintas.

Louise rio, con la misma risa cantarina y sin carcajadas que el día anterior hicieron asomar ella y su amiga Charlotte.

—¡Oh, señor, tan joven y ya sabéis cómo halagar los oídos de las mujeres!

Hacía rato que Alain había desaparecido. No así las criadas. Me observaban con una especie de sonrisilla vergonzosa, como esperando algo. Louise dirigió su dedo hacia aquella suerte de abrevadero plantado en medio de la sala del que seguían emanando vapores. Estaba lleno de agua casi hasta arriba.

—Habéis aparecido cuando estaba disponiéndome para el baño. Ya os he dicho que no os esperaba.

No hice la única pregunta en ese momento pertinente: «Entonces, ¿quién, y para qué, me ha hecho venir aquí?». Confuso, empecé a balbucear una disculpa, mientras me encaminaba a la puerta. Volvió a cogerme de la mano.

—Diana de Poitiers, la gran amante de nuestro Enrique II tenía una receta para estar bella a pesar del paso de los años: cada día sin excepción cabalgaba unas cuantas horas y, después, tomaba un buen baño en agua muy fría. ¡A los cincuenta parecía una chiquilla de veinte!

Ignoro cómo les dio la orden, porque no apartaba su mirada de la mía. Sin yo advertirlo, sus criadas la rodearon y empezaron a desvestirla. Louise les facilitaba la labor con movimientos apenas perceptibles. Tampoco dio pausa a su lengua.

—Pero yo no soy Diana de Poitiers. Yo prefiero la litera o el carruaje al caballo, y, aunque no reniego del agua fría, prefiero la tibia. Como esta.

Introdujo su mano en aquella especie de abrevadero y se la llevó al cuello. El gesto aceleró los latidos de mi corazón.

—Tibia.

La exhibición de sus redondeados senos no me perturbó tanto como la visión de su lencería y, en particular, su corsé. Cuando también esta cayó, quedé sin aliento, enmudecido por la desnudez de aquel cuerpo del color de la leche. Todo en él era blancura, a excepción de los pezones encarnados y una mácula rosácea entre sus piernas. Todavía no era consciente de que era la primera vez que tenía ante mí a una mujer que se rasuraba las axilas y los muslos. En adelante, también supe cuánto les gustaba a las parisinas ceñir sus cinturas y aprisionarlas. Si no me estaba volviendo loco, mis ojos habían visto a ese tronco duplicar su anchura.

La ayudaron a introducirse en el agua.

—Por casualidad, hoy he hecho traer la bañera grande, en la que bien podríais caber.

Las criadas me rodearon entre risas y comenzaron a tirar de mi camisa y mis calzones. Jamás me habían desnudado entre tres féminas. La advertencia de Enrique resonó una vez más en mi interior: «En el Louvre, guárdate de las mujeres, especialmente de las mujeres bellas».

—Los navarros sois gente dispuesta y pasional. Pero, como dice vuestra nueva reina, oléis a cabra. No debe de mentir, porque estos días ha tenido bajo sus sábanas al más principal de todos vosotros.

Domingo Abaurre me había enseñado a nadar en el tranquilo Biduze. Tratando de huir de la Academia de Orthez, estuve a punto de ahogarme en el vivo Gave. En

todas aquellas ocasiones, el agua había estado fría, como el hielo. Durante aquel baño aprendí que el mordisco del agua puede ser dulce, como los prolegómenos al abrazo de una mujer.

—Creía que ibais a dejarme sola.

No era cierto que hubiese sitio para los dos, pero Louise supo acomodar el reducido espacio a nuestras necesidades. Sin andarse con rodeos, su mano agarró mi sexo erecto.

—Humillaos, mi silencioso navarro —hizo que me sentara, sin soltar su presa.

Se colocó encima de mí. Con el mismo movimiento, me ayudó con la mano a penetrar en su interior. Atrapado entre sus espléndidos muslos, ella era el ama y yo el siervo. No le importaba que con cada acometida se derramase agua fuera. Mientras jadeábamos, las criadas, entre risotadas, derramaban sobre nosotros aromáticos polvos provenientes de distintos cofres.

No nos interrumpió el alboroto que, súbitamente, se inició en el exterior. Apenas advertí cómo una de las criadas se asomaba a la ventana para ver qué ocurría. Al poco, oí que decía:

—Acaban de herir al señor de Coligny de un disparo. Los hugonotes vienen enfurecidos a ver al rey.

La acometida de Louise volvió a derramar agua fuera.

Portaron al almirante herido hasta su residencia del hotel Ponthieu, en la rue de Béthizy, tras lo cual, los líderes reformados tuvieron una virulenta reunión con el rey de Francia. Carlos IX, al que le exigieron que les garantizara su seguridad, pareció atender sus peticiones. Por un lado, mandó a los soldados de su guardia al hotel Ponthieu, para que protegieran a Coligny. Por otro, ofreció su palacio al resto, considerando que allí se encontrarían más seguros que en ningún otro lugar. A los conocidos como acompañantes del príncipe se nos ordenó que nos sumáramos a nuestros jefes.

La mañana del 23 de agosto de 1572, el Louvre estaba en ebullición. Los ceños fruncidos de los sirvientes y los lacayos de palacio nos dejaban a las claras que no éramos bienvenidos allí, a pesar de todas las disposiciones de su rey. Los alrededores estaban tomados por soldados, y junto a ellos pululaban todos aquellos a los que habíamos visto en la boda del rey en los lugares principales. Ya no reinaba el ambiente festivo. Quienes durante las celebraciones habían congeniado ahora se miraban con recelo y temor, esperando cada uno la acometida del otro.

Nuestros dirigentes se encerraron en los aposentos de Enrique. Las medidas de seguridad del rey de Francia no les satisfacían en absoluto. Los acompañantes del príncipe nos apostamos junto a la puerta a la expectativa de lo que se decidiese en la reunión. Si acercábamos la oreja, podíamos escuchar grandes razones acerca del grado de responsabilidad de los Guisa, de la reina madre y del duque de Anjou, y

acerca de la respuesta que había que dar a la agresión. En los pasillos, los señores del séquito de Enrique y Condé cruzaban desafíos con los nobles papistas de la corte francesa. Finalmente, la puerta se abrió y salió un caballero. Los rostros de todos los que estábamos cerca se volvieron automáticamente hacia él. Mi corazón dio un vuelco al cruzar mi mirada con la de Agramont. Reconoció a primera vista al que había herido a su hijo tres años antes. El odio transfiguró su rostro.

—Eres tú...

Sus palabras llegaban con dificultad hasta su garganta. Pero no su mano hasta su costado.

Ignoro qué habría pasado si hubiese desenvainado. Como todos los que allí nos encontrábamos, yo también portaba armas y no hubiese dejado que me atravesara. Con Miossens a la cabeza, algunos próximos a Enrique —Francourt, Beauvoir, Lavardin...— aparecieron de alguna parte.

—Antonio, ¿qué noticias nos traéis de allí dentro? —lo rodearon.

Miossens me hizo un gesto disimulado para que me marchase de allí sin demora. Hice como me mandó, serpenteando entre la gente que entraba y salía.

Ya fuera, se me ocurrió un solo sitio a donde ir.

Los rubios cabellos de Louise me recibieron como si estuvieran esperándome. No hubo baño, porque no era ocasión para eso. El tiempo que pasé sobre su blando lecho no me dejó sentir nostalgia de la bañera. En la pausa posterior, llevó la conversación al disparo de mosquete recibido por Coligny.

—En el mismo Louvre, algunos temen vuestra respuesta.

Consideraré que era una ocasión perfecta para dármelas de gallito:

—Hacen bien en temer. Nuestra venganza será terrible.

Me gustó sentir su miedo.

—¿Cuándo será?

Dije lo primero que se me ocurrió:

—Dentro de unos dos días. Tres, a lo sumo.

Su palidez me resultó cautivadora.

—No temas. Yo te protegeré, cuando llegue el momento.

Salimos juntos de la habitación. Louise, acuciada por una prisa repentina, se alejó de mí sin despedirse, corriendo por los pasillos del Louvre. No se me arrugó el semblante por eso. Me uní a los demás, satisfecho de cuerpo y mente. Agramont había abandonado el lugar, pero no sin dejar rastro tras de sí.

—Ha ofrecido cien libras de plata por tu cabeza —me hizo saber Lers, asustado.

—Y un joven lacayo enseguida se ha mostrado interesado —añadió Nérestan, escandalizado—. Te conoce.

No podía ser otro que Alain.

—No se atreverá, estando nosotros aquí —dijo Galard, enérgicamente.

A mis amigos les preocupaba más el ansia de Agramont por acabar conmigo que el intento de asesinato de Coligny. El hecho de que uno de los más grandes nobles del

reino quisiera mi muerte, me hacía subir muchos peldaños ante sus ojos. No ante los de todos, de cualquier forma. Desde que había vuelto de estar con Louise, notaba fijos sobre mí, en perpetuo reproche, los ojos encendidos de Pardiac. El bigorrés aguardó a que los demás callasen. Luego, me saltó al cuello:

—No has elegido el mejor día para traerte pegado al cuerpo el olor a puta papista.

Nuestro rey le debía la mitad de Bigorra al padre de Pardiac. Yo no tenía tales deudas.

En la calle reinaba un ambiente extraño. Los comercios y los talleres estaban cerrados y, a pesar de ello, todo estaba abarrotado. Los demás acompañantes dieron buena cuenta de todo cuanto les sacó el posadero del Pomme-de-Pin. Pardiac y yo, en cambio, apenas probamos bocado durante la cena. No sé qué le preocupaba a él. Tal vez se arrepentía de sus palabras o temía morir por mis manos. A mí era la cólera de Enrique la que me quitaba el apetito: no creía que me fuese a perdonar. No comía, pero sí bebía. El bigorrés y yo vaciamos profusamente los vasos de vino. En eso no nos diferenciamos de nuestros amigos. El posadero nos mandó que desalojásemos el lugar de una manera más ruda que de costumbre. Nos exigió el dinero que le debíamos por los días anteriores. No faltaba mucho para medianoche.

Teníamos la conciencia nublada, pero no tanto como para no darnos cuenta de que en la calle algo había cambiado. Era una noche calurosa de verano, y, aun así, faltaban allí las rameras, los mendigos y los rateros, dueños y señores de esos predios durante los días precedentes. En su lugar, hombres armados de las milicias burguesas vigilaban los portales de las casas. Hasta el más ignorante de nosotros sabía que las milicias burguesas estaban integradas solo por católicos furibundos. Todos llevaban una antorcha en la mano y todos tenían un trozo de tela blanca anudada alrededor del brazo izquierdo.

—Estos no han salido a la calle a darnos luz —dijo Meslay.

Reímos, en lugar de extraer de esa contundente verdad una conclusión acertada. A Pardiac y a mí lo único que nos ocupaba la mente era nuestra disputa. A los demás les podía la curiosidad de ver en qué acabaría. Ya me había olvidado del encontronazo con Agramont, y a ellos les ocurría lo mismo. El más viejo de entre nosotros no debía de llegar a los dieciocho años. Estábamos deseando comportarnos como curtidos caballeros, aunque solo estábamos haciendo de caballeritos ridículos e insensatos. Era una noche de finales de agosto, hacía calor, íbamos armados hasta los dientes y también nosotros portábamos luces en las manos, para no perdernos por las calles. Tenía los nervios a flor de piel, como antes de una batalla. Sin embargo, hablaba ruidosamente y bromeaba, como si nuestra próxima parada fuera una taberna. Si caminaba hacia la muerte, quería ir hacia ella con una sonrisa. Pardiac no actuaba de otra manera.

La parte trasera del muro del convento de los cartujos era, al parecer, el sitio más

habitual para los duelos entre los nobles y caballeros de la corte francesa. Llevábamos recorrido más de la mitad del camino hacia allá, cuando nos asaltó un sonido de campanas. Eran las de Saint-Germain-l'Auxerrois, cerca del Louvre, pero eso no lo podía saber todavía. Desde esa iglesia hasta nosotros había un buen trecho, pero las sentimos como si repicaran justo a nuestro lado.

—¿Qué invento papista es este?

De niño, oíamos desde el castillo las campanas de la iglesia de Gárriz. Por aquella época soñaba con que algún día callarían para siempre. Dicho sonido se había alejado de mis oídos a la vez que la guerra, hasta que volví a encontrarme con él en París. En la capital francesa el incesante tañer de cientos de iglesias se imponía a todos los demás sonidos de la ciudad. Pero esta vez provenía de un solo lugar.

Nos detuvimos en una bocacalle.

—Esta peste de papistas habrá vuelto a sacar a la calle la imagen de la madre de Dios —dijo Pardiac.

—Estarán rogándole a un trozo de madera que los hijos de la Reforma desaparezcamos de la faz de la tierra —dijo Nérestan.

Reímos brevemente. Una detonación nos cortó la risa. Un disparo, no había lugar a dudas. Y, tras él, otro. Y otro más.

De repente, parecía que se habían abierto las puertas del infierno, a una con el llanto de las campanas. Las descargas de mosquetes y arcabuces se entremezclaban con el choque del metal y este con los alaridos de gargantas humanas. En el primer momento, no comprendimos qué decían. Tuvimos que escuchar atentamente para darnos cuenta:

—¡Muerte, muerte al hugonote!

Nos olvidamos del objetivo de nuestra expedición. De golpe y porrazo, nos asaltó el impulso de buscar nuestra mutua protección. A todos. También a Pardiac y a mí, que un instante antes estábamos prestos a matarnos.

—El rey de Navarra nos necesita —dijo alguien.

Iniciamos el regreso, sin que nadie se opusiera. Ahora no tenía que ocultar mi congoja; el resto iba tan angustiado como yo.

El lugar llamado de las Tuilleries debe su nombre a unas antiguas tejerías, donde estaban bastante adelantados los trabajos de construcción de un palacio. En aquel paraje fue donde tuvimos el primer encontronazo de la noche. En una casa cercana, los milicianos, y algunos harapientos con ellos, acababan de sacar a toda una familia a la calle. Para cuando llegamos, el marido y la mayoría de los hijos estaban ya muertos. La madre y una hija daban gritos estremecedores. Les habían rasgado las vestiduras, las habían tumbado y, a su alrededor, los asesinos discutían quiénes serían los primeros en montarlas. La lujuria fue su perdición. Para cuando se dieron cuenta de la que les venía encima, la mayoría estaban ya heridos por nuestras espadas. Dos o tres cayeron allá mismo, muertos, junto sus víctimas. Las mujeres que yacían en el suelo no acallaron sus gritos ni cuando el resto ya había huido. Trataban de cubrir sus

vergüenzas con los harapos desgarrados y, presas del pánico, nos miraban a nosotros y a nuestras espadas ensangrentadas. Quizás nos tomaban por sus agresores.

—Marchaos de aquí, poneos a salvo —les dijimos, antes de abandonarlas.

A orillas del Sena, el espectáculo era como para horrorizar al más despiadado. Arrojabán a la gente al río, tanto a muertos como a vivos, y a estos últimos los acometían a golpes de remo quienes estaban sobre barcas en el agua. Las embarcaciones que no habían cogido los asesinos estaban atadas por una gruesa cadena, para que nadie escapara.

Junto a la torre de Bois se dieron cuenta de que no llevábamos el pañuelo blanco atado en el brazo. Antes de llegar a la puerta de Porte Neuve, hicieron fuego contra nosotros con sus mosquetes. Primero, les respondimos con nuestras pistolas, y después los espantamos a golpe de espada. En esta ocasión no salimos tan indemnes como antes. Un disparo acertó en plena cabeza a Nérestan, el muchacho de Labrit. Todavía le quedaba un hálito de vida cuando nos fuimos de allí. Al llegar a la rue du Coq, nos atacaron con picas. Nos abrimos camino a mandobles. Pero ya sin Meslay.

—Seguid, muchachos. No os preocupéis por mí. La victoria es de la Reforma —nos gritó desde el suelo, mientras nos alejábamos.

Meslay era un joven optimista.

En la rue de Béthizy, además de las milicias burguesas, nos salieron al encuentro los hombres de la guardia real. Habíamos vuelto hasta allá alentados por la creencia de que Carlos IX socorrería a los invitados de la boda de su hermana y a los partidarios de su nuevo cuñado. Estábamos perdidos. Por detrás, no teníamos escapatoria. Por delante, el camino no tenía otro final que la muerte.

—Me apenará presentarme ante Dios sin haber acabado contigo —me susurró Pardiac.

—¡Es más probable que estés en el infierno!

Me puse en cabeza. Sin dejar de vaciar nuestras pistolas, avanzamos hasta que tuvimos el hotel Ponthieu a la vista, tan bien como a la luz del día. Nuestros enemigos lo iluminaban con cientos de antorchas encendidas, a cuya luz vimos cómo lanzaban un cuerpo a través de una ventana del hotel mientras los milicianos y los guardas aplaudían. Aún no sabía que ese cadáver era el del almirante Coligny.

Galard cayó a mi lado, alcanzado por un golpe de pica. A mi amigo Lers le debió de suceder otro tanto, aunque no puedo decir ni cuándo ni cómo, porque yo bastante trabajo tenía con protegerme de los disparos y las estocadas. Tras ello, tan solo quedamos en pie Pardiac y yo. Empujados contra el muro de una casa de aquella calle, heríamos el aire con nuestras espadas enrojecidas. Pequeños regueros del mismo color bajaban por nuestra ropa, mezclando sudor y sangre, nuestra y ajena. Ya sin balas, mi zurda sujetaba la pistola por el cañón.

—¡Deteneos! —gritó una voz, en un tono que desprendía autoridad—. Recordad la prohibición.

Súbitamente, no escuchamos otra cosa que nuestro aliento acelerado. El fragor y

los gritos habían cesado, así los de nuestros enemigos, como los que salían de nuestras gargantas. En torno a Pardiac y a mí se alzaba un bosque de picas y espadas. Una orden y aquellas puntas afiladas atravesarían nuestros cuerpos.

—¿Qué prohibición, señor? —habló otro, más bajo, desde la primera fila.

Conocí esa voz. Era Alain, el lacayo del Louvre. No me sorprendí de encontrarlo allí.

—La de matar príncipes de sangre —contestó la primera voz.

—Señor, aquí no veo ningún príncipe de sangre.

Tenía a Alain justo enfrente. Con la ayuda de las antorchas de sus compañeros, creí ver entre luces y sombras una media sonrisa en su cara. No portaba pica ni espada en sus manos. Tan solo un puñal. Y el deseo de usarlo.

—Pues delante tienes uno.

Una mano me señaló dentro del grupo que me rodeaba.

La media sonrisa de Alain se amplió. Seguramente, si no debiera respeto al jefe de la tropa, hubiera acabado en risa franca.

—Señor, este no es un príncipe de sangre. El señor de Agramont ha ofrecido cien libras por la cabeza de este joven caballe...

Tanto me ensordeció el repentino estruendo y tan adentro de las narices me llegó el olor de la pólvora, que creí que había sido para mí.

—¡Por Satán!

El disparo de Pardiac acertó a Alain en plena cara haciéndole caer a mis pies. En ese mismo momento, todos los que nos rodeaban se lanzaron contra el bigorrés. Media docena de picas y tres o cuatro espadas rasgaron la piel de quien debía batirse en duelo conmigo. Los otros dirigieron sus armas hacia mí, sin llegar a herirme.

—Rey de Navarra, entrégate.

Seguían tañendo las campanas de Saint-Germain-l'Auxerrois.

EL CONSISTORIO DE PARÍS contaba con más puertas además de la que daba a la place de Grève. Sin embargo, Catalina de Médicis no nos quiso ahorrar la humillación de tener que pasar entre la multitud. Al fin y al cabo, éramos su trofeo, y quería exhibirnos ante el populacho. Por una vez que tenía a su lado a la morralla de la capital, quería compartir su triunfo con ella. Los parisinos, con todo, no vendían su amor tan barato. Provenientes del Louvre, al entrar a la plaza la comitiva, los aplausos más cálidos no fueron para la reina madre, tampoco para su hijo Carlos IX, y mucho menos para sus hermanos, Anjou y Alençon. Una vez más fue el duque de Guisa el que cosechó, con diferencia, el afecto popular. El fervor que despertó su entrada entre la mayor parte del público redundó en beneficio nuestro, porque casi nadie se dio cuenta de que íbamos detrás. Para cuando comenzaron los primeros insultos, los suizos que nos rodeaban ya nos habían introducido en el Consistorio.

Nuestros vigilantes tenían órdenes precisas. En cuanto pusimos un pie en el interior del edificio, nos separaron. Enrique y Condé, en su calidad de príncipes de sangre, fueron conducidos al balcón principal, junto a la familia real y los magistrados de la ciudad. A Miossens, a Armagnac y a mí nos obligaron a ir hasta un ventanal contiguo. El silencio de mis compañeros se me hacía insoportable, pero, si el primer noble del rey y el camarero principal no hacían ademán de protestar, ¿qué iba a hacer el último lebrel del reino?

Me asomé al ventanal.

—¡Parisinos, hijos de puta! —murmuré, en mi lengua.

La gente abarrotaba la place de Grève casi hasta caer al Sena. Al otro lado del río, así como en la isla de San Luis, también había espectadores, gente que no quería perderse la fiesta. Les di la espalda. Al realizar dicho movimiento, me di de bruces con el jefe de nuestros guardianes. El suizo blandió su pica ante mí. Era dos pulgadas más alto que yo; su cabello y su barba, de un rubio encendido.

—Dar vuelta —me hirió el oído su acento germánico.

Desafíe a sus ojos azules, sin mover un músculo. Tras un momento de duda, repitió la misma consigna, usando otras palabras:

—Mirar plaza.

Con la cabeza hice un gesto de negación. Estaba dispuesto a resistir. Pasase lo que pasase.

—Joanes.

Era Miossens.

—Le has dado tu palabra a Enrique.

En efecto, había empeñado mi palabra ante el rey, prometiendo que haría todo lo que me pidieran, fuese lo que fuese. A cambio, la vida. Para entonces, ya dudaba de

que verdaderamente mereciera la pena seguir viviendo de esa manera.

Había pasado un mes desde que el 24 de agosto, el día en que los papistas celebran San Bartolomé, volví a ser confundido con Enrique de Navarra. Más de uno me consideraría afortunado. Afortunado en más de una ocasión. Afortunado, antes que nada, porque los impulsores de la masacre, tras haber determinado que no dejarían con vida a un solo hugonote, se decidieron a hacer dos excepciones: los dos príncipes de sangre de Francia, Borbón y Condé. Afortunado, porque la tropa que deshizo nuestro grupo en la rue de Béthizy estaba convencida de que habían capturado al rey de Navarra. Afortunado, porque no me llevaron inmediatamente al Louvre. En ese momento todavía estaban matando gente en sus habitaciones, patios y pasillos. En vez de eso, me encerraron en el sótano del hotel Ponthieu. Fue la tarde siguiente cuando se dieron cuenta del error. Para entonces, el impulso asesino se había aplacado en el palacio real, y las criadas del Louvre limpiaban de sangre las esquinas.

En lo peor de la matanza, Margarita, la reciente esposa de Enrique, pidió, y obtuvo por parte de su hermano Carlos IX y su madre Catalina de Médicis, la vida de Miossens y Armagnac. La mía, comparada con la de ellos, era un obsequio de menor categoría. Alguien debió de pensar que Enrique, aunque preso, precisaría de algún escudero. Me dejaron también a mí con vida, sin que nadie lo suplicara. En las casas y calles de París la escabechina duró todavía algunos días más.

Así que solo tres personas de la gran comitiva que Enrique de Borbón había traído desde Navarra habíamos eludido la muerte. El resto yacía sin vida, junto a otros miles. ¿Por fin, un destello de buena suerte? No. Mi vida, como la de los demás, tenía un precio. El propio Enrique me hizo saber su valor.

—Tendrás que convertirte a Roma.

Me asomó una media sonrisa. Conocía un poco a Enrique; sabía que, incluso en la situación más apurada, era capaz de burlarse de todo. Su rostro sombrío no tenía trazas de broma.

—Deberás abrazar la Santa Iglesia...

Nuestros vigilantes eran suizos, y nosotros, como de costumbre, hablábamos en bearnés. Si lo que pretendía era simular, sus últimas palabras estaban de más.

—Es decir, rezar en latín, adorar imágenes, aceptar la autoridad del príncipe de Roma...

Se me revolvió el estómago.

—¿Por qué así, señor?

Bajó la voz.

—Mequetrefe, tú harás lo que tu señor te diga. El reino ahora necesita que seas papista. ¿Quién me ha de proteger, si no, en este nido de asesinos?

Mi corazón se sumió en el mayor abatimiento. Antes que hacer lo que me estaba pidiendo, prefería que me quemasen vivo y dejar mis cenizas a merced del viento, como había sucedido a tantos correligionarios franceses. Pero era el mismo rey el que

me estaba dando la orden: ¡nada más ni nada menos que renunciar a mi Fe, por el bien del Reino!

Miossens acudió en mi auxilio.

—Tan solo será por una breve temporada, hasta que logremos salir de aquí. El gran Calvino ha escrito en algún lado que es legítimo que el fiel finja cuando su vida corre peligro. Así que, finge.

—¡Señor, no puedo! —le contesté entre sollozos.

—¿No te gusta el teatro? Te he visto interpretar a quien no eras para hacer reír a los demás. Esta vez, hazlo, para reírte tú mismo. ¡Engaña a estos papistas mentecatos! Di mi palabra a Enrique y Miossens que haría lo que ellos querían de mí.

Ese mismo día me arrepentí. Y al día siguiente. Y también al día siguiente del siguiente. Durante todos ellos maldije mil veces este parecido con Enrique que me había salvado la vida. ¿Por qué me tuvieron que confundir con nadie? ¿Por qué no acabaron conmigo en aquel rincón de la rue de Béthizy, junto a todos los demás?

Durante los días posteriores a mi captura, tuve ocasión de asistir a los esfuerzos de los Valois por justificar la matanza de la noche de San Bartolomé. Felipe de España y ese al que llaman Santo Padre estaban pletóricos. En cambio, no lo estaban la reina Isabel de Inglaterra y la mayoría de los príncipes alemanes. Para ellos se urdió en la cámara de la reina madre una increíble explicación sobre lo sucedido, que daba la vuelta a la verdad como se hace con una media. De dar fe a los mensajes que les enviaron desde París, Coligny y el resto de caudillos reformados conspiraban, hasta tal punto que, si no se les hubieran adelantado, habrían matado a la reina madre y a los Guisa y convertido a Carlos IX en marioneta suya. ¿Les creyeron? Yo no estaba en Londres ni en Heilderberg para saberlo.

Dos nobles reformados, huyendo de la muerte, habían encontrado refugio en casa del embajador inglés. Uno era François de Beauvois, uno de los capitanes más queridos por Coligny. El otro, Arnault de Cavaignes, consejero del Parlamento de Toulouse. Ambos habían asistido desde las primeras filas al enlace de Enrique y Margarita, en el cortejo del rey de Navarra. Los soldados de la reina madre los sacaron de la embajada sin consideración alguna al embajador.

Tuve un poco de suerte. Al contrario que a Enrique y Miossens, a Armagnac y a mí no nos obligaron a asistir al juicio de los dos nobles. Los acusados lo confesaron todo. Los verdugos del rey de Francia suelen ser muy convincentes. Ahora, desde aquella ventana del Ayuntamiento de París, podía apreciar los frutos de su trabajo. Los condenados subían al patíbulo ayudados por algunas personas, ya que ninguno de los dos era capaz de caminar.

Los tambores hicieron callar con prontitud la plaza llena. Un ujier se dispuso a leer los cargos contra los dos condenados. Traición, intento de secuestro, tentativa de asesinato, conspiración con el enemigo extranjero... ni una sola mención a la religión.

—¡Mentira! —solté, entre dientes.

El ujier, además de al pueblo, se dirigía a los embajadores extranjeros, que, como nosotros, se encontraban en los balcones y ventanales del Consistorio, espectadores, invitados especialmente por el Louvre. Con la vista puesta en ellos, repetí, más alto:

—¡Mentira! —esta vez en francés.

Detrás de mí, la mano del suizo me golpeó de nuevo en la espalda.

—¡Silencio!

Beauvois ofreció el cuello al espadón del verdugo tan manso como un cordero. Cavaignes, en cambio, les puso las cosas difíciles a los ayudantes del ejecutor. Al llegar su turno, el consejero del Parlamento de Toulouse alzó la voz, con la vista clavada en el balcón central del Ayuntamiento.

—Enrique, ¿no habéis de decir nada? —le escuchamos en toda la plaza.

Le hicieron hincar las rodillas, y con mayor fuerza aún le obligaron a inclinar la cabeza.

—Enrique, ¿no habéis de decir nada? —le escuchamos, más quedamente.

El cadalso volvió a teñirse de rojo con su sangre. Mis mejillas hicieron lo mismo, de pura vergüenza.

Siendo niño le oí contar a mi abuelo Miguel cómo, en 1516, tanto le disgustó el fracaso del segundo intento de Enrique II de Albret por recuperar el reino, que, aunque solo tenía trece años, se vio afectado por unas fiebres que a punto estuvieron de hacerle dejar este mundo. Yo no tenía más que dos años más cuando me precipité en el mismo pozo. El origen era el mismo: la imposibilidad de soportar el último embate que el enemigo me había infligido a mí y a los míos. Por fortuna —o desgracia— para mí, en la corte del rey de Francia no faltaban los médicos.

Cuando me recuperé, me encontré con una desagradable sorpresa. Debía asistir a la instrucción para que la doctrina de la Iglesia Católica prendiera en mí. Era la condición puesta por el rey de Navarra, en los días posteriores a ser encarcelado, para ceder a «su conversión». Una extravagancia, por cuanto Enrique de Borbón había sido ya dos veces siervo del príncipe de Roma. La primera, al nacer, hasta que su madre rechazó la misa y prefirió la cena. La segunda, siendo mozo, durante otra temporada que pasó en la Corte de Francia. Las supersticiones papistas, por tanto, no le podían resultar extrañas.

No era mi caso. Apenas contaba cuatro años cuando abracé la Reforma junto a mi abuelo Miguel. Mi adhesión a los ideales calvinistas no habían conocido interrupción hasta que, en París, la desgracia se cernió sobre mí y tuve que enmascarar nuestra fe. Con Gilen, amigo mío y casi hermano, me había acercado alguna vez hasta las inmediaciones de la iglesia de Gárriz, para burlarnos de la misa y los latinajos. Sin embargo, ello no me hizo mayor conocedor de las creencias de la mayoría de mis vecinos.

Condé, Armagnac y Miossens no se unieron a Enrique. Ellos no necesitaban

clases «para regresar a la Santa Madre Iglesia». Quise aprovechar la ocasión para agregarme al grupo de los dispensados. No lo conseguí. En la corte de Francia no faltaban curas. Me mandaron a un canónigo de la catedral de París llamado Boissonnot, para que examinara mis conocimientos. Le bastaron un par de preguntas para dejar en evidencia que no sabía nada de los mandatos y las plegarias de la Iglesia de Roma. Lleno de rabia, me olvidé de todo disimulo.

—¿Qué hace falta para ser de los vuestros? ¿No es suficiente con beber vino y simular que estás bebiendo la sangre de Dios?

Una vez metido en harina, le dije todas las cosas que había guardado para mí durante las últimas semanas. Desde ese que llaman Papa hasta el último cura, no quedó una persona en la Iglesia de Roma sin recibir su ración de insultos.

Con la ayuda de un guardia suizo, Boissonnot me llevó a trompicones a través de las escaleras y los pasillos del Louvre. En uno de ellos, nos topamos con un grupo de mujeres. La que iba en cabeza vestía de negro de los pies a la cabeza. Era, con mucho, la más vieja, la más fea y la más gruesa de todas ellas.

—Señora... —se inclinó ante ella el canónigo de Notre-Dame.

A pesar de haberla visto varias veces, era la primera vez que tenía a Catalina de Médicis enfrente de mí. Sostenía el gobierno de Francia con mano severa, donde debería hacerlo su hijo enfermo. Yo la consideraba la asesina de Juana de Albret. Había sido la promotora de la matanza de la noche de San Bartolomé. Una víbora que nos mantenía presos.

—El caballero de Mailu está mejor destinado al fuego que a la Santa Madre Iglesia —empezó a decirle Boissonnot, señalándome con un dedo—. Este hijo del demonio se obstina en el error. Perdéis el tiempo ofreciéndole salvar su vida.

Levanté la cabeza, con orgullo. No puedo decir que el clerizángano no me hubiera calado bien.

Los ojos de la Reina Viuda se clavaron en mí. Solamente me había sentido examinado tan detenidamente por los de Juana de Albret. No quería, pero me vi obligado a humillar la cabeza. Me acordé de las historias que corrían sobre ella: en los relatos más inocentes que circulaban se contaba que tenía tratos con Belcebú. Su mano fría me alzó el mentón. La que fuera mi reina también me había cogido del mismo modo, las dos veces que hablé con ella.

—Mailu... —dijo, como para su coleteo.

Me observó por izquierda y por derecha. Por delante y por detrás. Después de un momento, que me pareció un siglo, Catalina de Médicis le contestó así al canónigo:

—¿Tan escasa fe tenéis en vuestro credo que no confiáis en que valga para traer al rebaño a un incrédulo?

La reina madre nos deparó más sorpresas. Hizo volver a Boissonnot a Notre-Dame y en su lugar nos trajo a Hugues Sureau du Rosier, natural de Orleans. Enrique ya lo conocía y yo mismo había oído hablar de él, porque hacía mucho que había dejado el sacerdocio para convertirse en ministro reformado. Como nosotros, sobrevivió a la

matanza de la víspera de San Bartolomé, tras lo cual había vuelto a su primer estado, cura de nuevo, después de pedir clemencia en todas las instancias que hubo menester.

La decisión de Catalina hizo que a los Guisa y sus afines les saliese el humo por las orejas. La florentina hizo poco caso de sus reproches.

—¿Qué mejor guía para quien ha de recorrer un camino, que otro que ya lo ha recorrido? —parece que dijo.

Sureau du Rosier presentaba un aspecto enfermizo, escuálido y pálido, tan pálido que le puse *Nievesucia* por sobrenombre. Desde el primer momento le cogí ojeriza: un ministro reconvertido al sacerdocio debía de ser el mayor de los traidores. Durante las semanas que pasé con él, mi opinión no mejoró. Nada en el comportamiento de *Nievesucia* revelaba al pastor que había sido. No mostró la más mínima complicidad con nosotros. Se comportó todo el tiempo como un cura. A decir verdad, tampoco Enrique ni yo le mostramos la menor simpatía. He llegado a pensar si él, como nosotros, no estaría representando una comedia, por salvar la vida. Si él, al fin y al cabo, no nos estaba considerando tan traidores como nosotros a él.

Durante varias semanas, nos explicó con voz meliflua los «errores» de las doctrinas de Calvino. Yo tenía orden de Enrique, más firme que nunca, de no llevarle la contraria. Y así la cumplí, sin rechistar ni media palabra. En esas semanas supe de verdad qué es la hipocresía. Que te hierva la sangre en las venas y, no obstante, no exteriorizar ni una pizca de ese ardor. El semblante de Enrique todavía expresaba menos desazón que el mío.

Además de en mi lengua, sabía orar en bearnés y francés. Tanto en una como en otra, no cambiaba más que la forma; permanecía la esencia. Ahora, era distinto. La esencia que Sureau de Rosier quería meternos en la cabeza era completamente nueva, y la nueva esencia aspiraba a un envoltorio también nuevo.

Había estudiado algo de latín. Por medio del ministro Etxeberri, primero. Después, en la Academia de Orthez. Si entonces alguien hubiese predicho que algún día fuera a rezar en el idioma en que César escribió sus hazañas y Séneca, sus pensamientos, le habría tomado por loco. Sin embargo, comencé a repetir en esa lengua sepulcral las cosas que salían de boca de *Nievesucia*: *Pater noster*, *Ave Maria*, *Salve Regina*, *Ego peccator*... Enrique se mostraba más diestro que yo, pero en ello no tenía gran mérito, ya que no se le había borrado de la memoria su época de papista. Aun sin contar con esa ventaja —si se le puede llamar ventaja—, mi mente le hizo un hueco a esa ristra de palabras extrañas.

El alemán Lutero escribió que la prostitución, el asesinato, el robo y el adulterio no son tan perjudiciales para el alma como una misa papista. Nuestro Calvino coincidía con el orondo exdominico en la repulsión por la misa. En el Louvre se decía misa a diario, a la que solía acudir la reina madre, y también sus hijos: el rey Carlos IX —con el mismo aspecto enfermizo que de costumbre—, el duque de Anjou

—tan acicalado como siempre—, el duque de Alençon —tan feo como siempre— y Margarita, la joven esposa de Enrique y, por tanto, reina de Navarra —tan bella como siempre—. A los cinco hugonotes que estábamos retenidos en la corte nos obligaban a acudir todos los días. A Enrique y a Condé los empujaban hasta las primeras filas. A Miossens, a Armagnac y a mí nos correspondían lugares menos principales. Al principio, los ojos de todos se clavaban en nuestras personas, por ver cómo nos comportábamos. Poco a poco, nuestros observadores se fueron acostumbrando, como también los obligados. Al menos, así hicieron los demás. Yo jamás me habitué. La colorida vestimenta de los sacerdotes me parecía insultante. El olor de las velas me mareaba.

Al acabar la odiosa ceremonia, Catalina de Médicis solía acercarse a nosotros para evaluar nuestros progresos.

—Decidme, Enrique, mi amado yerno, ¿qué dura más: la Cuaresma o el Adviento?

La Cuaresma dura cuarenta días y el Adviento solo un mes. Mi rey no siempre era capaz de responder de esa manera.

—Decidme, Mailu, aparte de la Pascua, la Navidad y Pentecostés, ¿cuál es la otra gran festividad cristiana?

La respuesta correcta era la festividad de la Virgen de Agosto. De tan nervioso como me solía encontrar, no siempre acudía hasta los labios.

Si quedaba satisfecha, nos animaba a continuar en el estudio. Si no acertábamos, el águila italiana que mandaba en Francia nos propinaba una avinagrada reprimenda. El rostro de Enrique nunca expresaba gran preocupación. A mí las regañinas de aquella mujer me dejaban mal temple.

Estoy convencido de que me esforzaba tanto, por ahorrarme esos malos tragos. Los catorce artículos de la fe, los diez mandamientos de la ley de Dios —de lo poco que no tuve que aprenderme desde el principio, ya que en eso coincidían la Reforma y Roma—, los sacramentos de la Iglesia, las siete virtudes —tres teologales o divinas y cuatro cardinales— y sus siete contrarios pecados capitales, las catorce obras de misericordia, los siete dones del Espíritu Santo, los cinco sentidos, las tres potencias del alma... todo eso me había aprendido al cabo de pocas semanas. El propio *Nievesucia* se admiraba:

—Ya sabes más que muchos curas. Incluso más que algún que otro obispo.

Enrique no se había afectado por mi celo por aprender. También a él le sorprendieron mis avances. Creí que iba a alegrarse. No podría decir que fuera precisamente así:

—Anda, Joanes, para de estudiar. Estás dejando como a un idiota a tu señor —me censuró, con su especial forma de mezclar bromas y veras.

La reina madre no eligió mal momento para dar por concluida nuestra instrucción. Condé ya había abjurado, y con él también Miossens y Armagnac, ante la corte francesa en pleno. Ahora le tocaba a Enrique, y a mí con él.

De entre todos los pasos que hube de dar, fue la confesión previa la que resultó más humillante. Las distintas ramas de la Reforma discutían sobre la predestinación o sobre la presencia real de Dios en la Eucaristía. Empero, todas coincidían en que el perdón de los pecados es facultad de Dios, y no de ningún tipo de intermediario.

—¿Tengo que decirle ahora mis pecados a un cuervo negro? —me quejé a Enrique.

—Si los papistas tienen razón, será bueno para ti. Y si no la tienen, ¿en qué perjudicará a tu salvación?

Al día siguiente, me introdujeron en la iglesia de Saint-Michel. Recé el *Credo in Deum*, con Enrique, ante toda la corte de Francia. El propio nuncio, Salviati, me dio la bienvenida a la Iglesia Católica de Roma.

—¿No estás orgulloso? —me susurró Enrique, tras la ceremonia—. Has estado casi a la misma altura que un rey. El mismísimo representante del Papa te ha impuesto sus manos. ¿Habías soñado nunca algo semejante?

—Ni en la peor de mis pesadillas.

En el exterior de la iglesia, el rey de Francia y la reina madre nos aguardaban. Carlos IX le dio a Enrique un sonoro abrazo.

—Primo mío, hermano mío.

Hacía tiempo que Enrique no se dirigía a mí en esos términos.

Catalina de Médicis se acercó a mí, ignorando ostentosamente a su yerno.

—Os felicito, caballero de Mailu. Ahora sois uno de los nuestros.

Sus ojos volvieron a explorar cada resquicio de mi cara y mi cuerpo. Al menos, me dejó en paz el mentón. En algún momento se cansó de inspeccionarme, y giró su cabeza:

—¡Cósimo!

Se acercó hasta nosotros alguien al que no había distinguido entre tantos príncipes de Francia y Roma. Él también vestía ropas oscuras, pero no tenía aspecto de cura, fraile o abad. Por la palidez de su rostro se podía deducir que no pasaba mucho tiempo a la intemperie. Catalina se dirigió a él, brevemente, en italiano. Los ojos de aquel hombre la relevaron en la labor de examinarme. Lo tomé como una nueva afrenta. Otra más, aquel día.

Hizo uso del mismo idioma para decirle algo a la reina.

—Cósimo dice que le gustaría veros algún día en su laboratorio de la gran torre.

En aquel instante caí en la cuenta de a quién tenía delante.

En París, casi todos consideraban a Cósimo Ruggieri como uno de los hombres más poderosos del reino. Era fama que Catalina le pedía consejo antes de tomar la más nimia decisión. Disponía de una habitación en el Louvre para él solo. Brujo, adivino, hechicero. En la capital era opinión común que él era quien le allanaba el camino a Catalina en sus tratos con el diablo.

Dios sabe que no me asusto por cualquier cosa. Me alejé de allí sobrecogido por el miedo.

—De ahora en adelante serás el perro guardián del rey de Navarra —me espetó Miossens.

Todavía no éramos libres para salir del Louvre, pero ya nos podíamos mover por palacio sin tener a un suizo pegado a la espalda. Acababan de devolverme la pistola, el puñal y la espada. Y con ellos, acababan de encomendarme una misión concreta.

—En ese quehacer estarás a mis órdenes.

Apreciaba a Miossens. Era un guerrero, como yo. Me llamaba primo. Él sí. Nuestro rey y él eran amigos del alma.

—Han dejado a Enrique con vida, Joanes. Pero en este nido de alimañas muchos son los que quisieran verlo muerto. Tu trabajo será evitar que eso ocurra.

Me concedieron una pieza minúscula, contigua a la habitación de Enrique. Estaba provista de dos camas: una, para mí; la otra, para mi tocayo, Joanes Armagnac.

A él no le tenía tanto aprecio.

Cuando lo conocí, Joanes Armagnac era un hombre regordete, de unos cuarenta años. Sus antecesores habían sido dueños de toda Navarra, de media Guyena y de una buena porción del Bearn. De ello no quedaban más que los restos en el patrimonio familiar. En tanto que camarero mayor de Enrique, su responsabilidad consistía en que al rey no le faltara comida ni bebida, ni un lugar cómodo para dormir ni ropa elegante para vestir. Aunque ponía bastante empeño, a menudo no disponía las cosas al gusto de su señor. Enrique, en tales casos, no tenía miramientos para dirigirse a él en los peores términos en presencia de quien fuera. Además de abroncarlo, nuestro rey gustaba de humillar a su camarero real, poniéndole apodosos ridículos. Camino de París, empezó a llamarle *Juanito Sudores*, ya que, con el calor del verano, cumplir con los caprichos de su señor le provocaba chorros de sudor. En la capital francesa la reina madre le dotó de algunos sirvientes y algún dinero para que continuara ejerciendo su labor. Le costaba adaptarse, y eso hacía poner en danza a la cruel lengua de Enrique:

—El último criado de palacio me sirve mejor que tú. ¿Quién se va a asombrar, Juanito, de que mis antepasados vencieran a los tuyos?

En tales ocasiones, los labios le temblaban al camarero real, y las lágrimas pugnaban por salir. Ver tratado de aquella manera a un hombre hecho y derecho no me despertaba gran compasión. Joanes de Armagnac me parecía un ser pusilánime y despreciable, merecedor de todo mi desdén. Supuso una mala noticia para mí tener que compartir habitación con él.

El mismo día en que me obsequiaron con un rincón de palacio, solicité permiso para ir a la rue de Licorne. Quería recoger mis pertenencias de la posada de la Croix de Fer. No quisieron complacerme. Enviaron a un recadero en mi lugar. A su vuelta, tuve que saldar con él la deuda contraída con el posadero. Le pagué contento. Me lo notó sin dificultad.

—¿Tanto te alegra recuperar tus cuatro harapos?

El mozo no llegaba a los doce años. A pesar de ser tan joven, ya despuntaba en él la insolencia propia de los criados del Louvre.

—¡Calla, botarate! —estrellé mi puño en su hocico.

El recadero, por otra parte, no iba muy descaminado: a excepción de mis galas como acompañante del príncipe a la boda real, «cuatro harapos» constituían el resto de mis posesiones. Evidentemente, no era eso lo que me interesaba. Además de recuperar la ropa, también hice lo propio con esa pequeña biblioteca mía que había producido la pluma de Leizarraga y los otros.

En los días posteriores a la noche de San Bartolomé, había presenciado con mis propios ojos la quema de libros sustraídos de las casas y posadas de los reformados en plena calle. La providencia no quiso que los míos corrieran la misma suerte. A pesar de haber transcurrido más de un mes, no faltaba ni uno solo: el libro de oraciones, el calendario, el manual del cristiano, la confesión de fe, el Nuevo Testamento, el catecismo.

Nunca he sido aficionado a la oración. Aquel día hice lo único que podía animarme en la oscuridad en la que me encontraba. Abrí el que llevaba por título *Konfesionea* y empecé a leer en voz alta, en venganza por todos los Credos de las semanas anteriores:

Guk dugu sinhesten eta ezagutzen Iainko bat bera dela, eta hura esentia bakoitz bat bera, espiritual, eternal, invisible, muthatzen eztena^[2]...

No le di cuenta a Enrique de mi pequeño tesoro. Quién sabe si no me ordenaría que lo destruyera todo. Tampoco tenía ninguna gana de dejarlo a la vista de Armagnac, mi compañero de habitación. En el palacio me habían entregado una caja de madera barata para que tuviera dónde meter mis cosas. Los libros los coloqué en el fondo, ocultos por mis «harapos». No saldrían de ahí más que cuando estuviera a solas.

En Francia el rey no era rey.

El rey Carlos IX de Francia era capaz de cualquier crueldad, tanto con sus súbditos como con los animales. En cambio, no tenía ninguna autoridad en el gobierno de su reino. Solo le apasionaban la caza y su amante, Marie Touchet. El día lo dedicaba a la caza. La noche, a Marie. Y, así, en lo uno como en lo otro, se aplicaba tan ferozmente que terminaban extenuados y agotados tanto él como sus compañeros de caza o su querida. Tras tales excesos, caía enfermo, y en varios días no se levantaba de la cama, llegando casi hasta los umbrales de la muerte. El resto del tiempo lo ocupaba en otros menesteres, leyendo o componiendo música, odiando a su hermano, el duque de Anjou, o compadeciéndose porque los franceses no lo amaban.

El verdadero rey de Francia, sin duda, era la reina madre. Yo la odiaba. La temía.

Pero no por ello se me hacía extraño ver a una mujer en las más altas instancias. ¿Acaso Juana de Albret no había gobernado con mano firme el reino de Navarra? A los franceses les resultaba más insólito que a mí que fuera una mujer la que tomara las decisiones. En la corte francesa la tarea de las hijas de Eva se limitaba a parir y a estar bellas. A Catalina de Médicis la llamaban la «reina negra». Antes de llegar a París, creía que era a causa de sus crímenes. O porque tenía tratos con el diablo, por medio del siniestro Ruggieri. Terminé sabiendo que era su vestimenta de viuda lo que dictó el sobrenombre.

Catalina tomó la costumbre de hacer llamar a Enrique. Aprendí pronto que dichos encuentros presagiaban lo peor.

—Mira, Joanes, qué he escrito.

Puso un texto en mis manos. Aquella mañana había estado con la florentina. Había pasado la tarde escribiéndolo, después de un breve encuentro con Miossens.

—Lee.

La letra de Enrique era grande, como si no temiera que el papel se le fuera a acabar, e inclinada hacia la derecha. Su firma era lo más difícil de desentrañar, a pesar de consistir en una línea recta, casi en paralelo con el papel.

—¿No tienes nada que decir?

Se trataba de un edicto dirigido a los Estados del Bearne. Invalidaba las ordenanzas de Juana de Albret y restauraba la religión romana en el señorío. Le devolví los papeles sin un gesto. Me acordé de mi abuelo Miguel, muerto al pie de los muros de Gárriz en nombre del Reino y de la Fe. También de Juana de Albret, y de la última voluntad que aquella gran mujer le expresó a su hijo.

—Si yo ahora soy católico, mis súbditos también lo tendrán que ser, ¿no es así? —insistió, acalorado.

Contuve las lágrimas con fuerza y sacudí la cabeza, sin afirmar ni negar. Me encontraba en la corte de los Valois; yo también estaba aprendiendo algo. Me retiré abatido.

Días más tarde, Catalina de Médicis lo volvió a llamar. El encuentro dio como fruto otro texto que, como en la anterior ocasión, Enrique acabó poniendo en mis manos. No mostraba el pesar del otro día.

—Hablo de un amigo tuyo.

El susodicho escrito era de la extensión del edicto anterior. Por medio de él, Enrique destituía a Bernard d'Arros como teniente general del reino y nombraba en su lugar a Antonio Agramont, conde de Bidache, como ya lo fuera otrora, mientras que él regresase.

A pesar de mis esfuerzos, estaba pálido cuando le devolví el papel.

—Ahora sí que no podrás volver a Navarra, si no es conmigo.

La sonrisa de Enrique era cruel. Conocía de mi boca el torpe duelo que yo había sostenido con el hijo de Agramont, Filiberto de Guiche.

—¡Es que con los hijos de los poderosos, por si acaso, es mejor no andar a

mandoblazos!

Sacudía, como jugando, el papel que él mismo había firmado.

La noche de San Bartolomé a Agramont no le tocaron ni un pelo. Con las calles de París todavía ensangrentadas, partió hacia Navarra, seguramente enviado por Catalina. Todavía no debía de saber que yo estaba con vida; de otra forma, no hubiese desaprovechado la ocasión de pedir mi muerte a la reina madre o al rey de Francia. En el clima de aquellos días, se la habrían concedido, sin tener que pagar las cien libras de plata que había ofrecido por mi cabeza. Algo que no desconocía el propio Enrique.

Mi abuelo Miguel, cuando hablaba de la casa de Agramont, traía a la memoria un pasaje de las Sagradas Escrituras: «Nadie puede servir a dos señores». La madre de Enrique, Juana de Albret, había tenido la misma visión perspicaz cuando desposeyó a Agramont del cargo de teniente del reino. De todo ello me acordé. Y todo ello callé, por temor a ofender a mi rey.

Enrique algo tuvo que notarme. Súbitamente, desapareció su sonrisa.

—Lo que concede una reina, un rey lo quita —soltó antes de desaparecer de mi vista.

Miossens me dio la noticia:

—Prepara tus cosas, nos vamos a La Rochelle.

Se me iluminó la cara.

—¡A La Rochelle!

La sarracina de París había desencadenado otras matanzas, igual de crueles, en otras muchas ciudades francesas. Durante meses, los papistas se habían entregado a masacrar gente de la Religión en todos los rincones del reino. Ni en una ni en otras consiguieron aniquilar totalmente el partido de la Reforma. En la parte sur y occidental del reino, los seguidores de la Fe declararon odio eterno contra el rey y la reina madre de Francia. En la rebelión, los rocheleses se destacaban sobre el resto.

No constituía una sorpresa. La Rochelle era el puerto más seguro de la Reforma desde los Pirineos hasta el Loira. Una prueba tangible, y bañada por el Atlántico, de hasta dónde podían alcanzar las raíces de la nueva fe sobre la tierra más estéril, por encima de todas las penalidades. Allí fue donde, en 1568, se dirigió Juana de Albret, cuando se decidió a apoyar a los reformados franceses. Pasó allí dos años, todo el tiempo que duró la guerra. Los libros que guardaba en lo más hondo del baúl de mi habitáculo habían sido imprimidos en La Rochelle, desde donde habían viajado a mi reino. La ciudad, por tanto, no hacía otra cosa que volver por sus fueros, a luchar en primera línea. ¿Cómo no iba, pues, a darme saltos el corazón con la noticia que Miossens me traía? Las palabras se atropellaban en mi boca, compensando el silencio de meses.

—¡Al infierno todo este atajo de curas! ¡Al infierno sus misas y procesiones! ¡Sus

inciensos y sus comuniones! ¡Sus confesiones y sus cultos! ¡Y al infierno también toda la casta de los reyes de Francia...! ¡Nos vamos a La Rochelle, a combatir por la Fe!

Los ojos de Miossens rehuyeron los míos:

—Te equivocas, Joanes.

Escuché las explicaciones del primer noble del reino, con la sangre congelada en las venas. Iríamos a La Rochelle, sí. Pero contra La Rochelle. Había escuchado antes monstruosidades. Ninguna tan enorme como aquella.

—¿Debemos unirnos al enemigo y plantar batalla a los nuestros? —me temblaban los labios.

—Son rebeldes, Joanes. La reina madre les ha enviado un gobernador. No uno cualquiera: La Noue, un señor caballero, de la Religión.

Todos los reformados de Francia sabían quién era La Noue. Un héroe en batallas tanto contra los españoles como contra los papistas.

—Pues lo han apaleado y lo han expulsado de la ciudad.

—¿Qué esperaba, presentándose en nombre de la reina madre?!

Miossens torció el gesto.

—Le han mandado mensajes vergonzosos al rey de Francia. No aceptarán su autoridad y solo se confiarán a sus ministros y sus regidores en el Ayuntamiento.

—¡A quién puede extrañar!

—El propio Enrique les ha mandado cartas para que cesen en su obstinación. Sin embargo, han hecho oídos sordos.

Callé al oír el nombre de nuestro señor. No así Miossens:

—Se han vuelto contra un rey, y quien se vuelve contra un rey, se vuelve contra todos los reyes.

No hallé con qué razón contestar a esa razón.

Un torbellino más violento que los que había conocido hasta entonces me hizo sacar una mano del interior de la capa. Me adelanté al viento, atrapando el sombrero por un tris. Evité una vez tras otra que se me volara, aunque, a decir verdad, lo mismo daría si no hubiese llevado nada en la cabeza. El viento tempestuoso de febrero lanzaba la fría lluvia directamente sobre mi cara. Contra ella, era inútil el sombrero. Chorros de agua corrían por mis mejillas y por mi cuello. Aunque esas recias gotas apenas me molestaban. Todos mis sentidos estaban entregados al espectáculo que tenía ante mí.

Esa misma mañana había visto el mar por vez primera. Desde ese momento, me encontraba bajo su influjo. No podía retirar la mirada de él. A Gárriz pocas veces llegaba noticia sobre el mar. Al ministro Etxeberri, que era de San Juan de Luz, debía de resultarle familiar, pero apenas le escuché palabra alguna al respecto. Dos semanas antes, en Tours, había llegado a mis oídos la conversación de un arcabucero:

—El mar es más extenso que toda Francia. Como cien veces este río.

Estábamos contemplando las turbias aguas del Loira, subidos a una gabarra. La plana barcaza nos llevaba de una orilla a otra. Entonces también estaba lloviendo. Desde que salimos de París, la lluvia había sido nuestra compañera de viaje. Lluvia y más lluvia, sin parar. El arcabucero, un bretón, hablaba francés con lengua de trapo.

—Cualquier cosa se oculta debajo de la superficie del mar —añadió—. También los seres más terribles.

Ahora tenía el mar frente a mí. Sabía que podía ser unas quinientas o mil veces mayor que el Loira a su paso por Tours, y no solo cien veces mayor. También sabía que era posible que bajo su piel, lisa y espumeante, vivieran seres terroríficos, pero que jamás serían más terroríficos ni más admirables que las olas que se alzaban y rompían entre rugidos.

Después de desafiar a todos los vientos del Atlántico, la primera galera acababa de echar anclas en la acogedora bahía de Chef-de-Baye. Ahora presenciaba las maniobras de la segunda, desde mi atalaya, en un promontorio que se alzaba sobre la bahía. La embarcación todavía no había escapado del ancho mar, pero no le llevaría mucho. Con todos los remos asomando, se acercaba con rapidez a la primera, atenta a las señales que se le hacían desde el pequeño puerto. Pronto, ella también se encontraría en lugar seguro. Prueba de ello sería la desaparición de aquel bosque de remos. No hacía mucho que sabía que no se movían por sí solos, esto es, que había gente que vivía y moría remando dentro de esos enormes barcos.

La tarea que debían desempeñar aquellas dos galeras contrarrestaba la fascinación que me provocaba la escena. Ni la que pugnaba por entrar en la bahía ni la que había ya fondeado en ella iban a quedarse mucho tiempo en Chef-de-Baye. Habían de partir al mismo día siguiente, hasta colocarse frente a La Rochelle, bloqueando así su puerto.

—Entonces sí que será en vano que vengan a ayudarles por mar.

Lo acababa de escuchar en el pequeño puerto de Chef-de-Baye. Los ingenieros franceses y los italianos del entorno de Strozzi todavía discutían sobre la maniobra que habría que realizar para tal fin. Desde el lugar donde me encontraba los veía a todos en el muelle, del tamaño de los enanos. Strozzi, paisano de la reina madre y hombre de su confianza, había sido elegido por Catalina de Médicis para que comandara la flota que bloquearía La Rochelle. Parecía que italianos y franceses no se acababan de entender del todo. Los unos desconfiaban claramente de los otros, y viceversa, lo cual le daba, al menos, alguna alegría a mi corazón prisionero. Un ejército en el que los mandos no se entienden está descabezado, y un ejército descabezado nunca gana una guerra.

Sobre el promontorio, tres cañones parapetados en tabloneros apuntaban al mar. En torno a ellos, los artilleros se guarecían de la lluvia en unas chozas fabricadas de mala manera con bojes y maderas. Aquellas raquíticas covachas no eran tan altas como para albergar dentro a nadie puesto en pie. Advertidos de mi presencia, sus inquilinos tuvieron que salir a la intemperie, a presentarme sus respetos. Su cortesía no ocultaba

la irritación que sentían.

Saqué tono de oficial, convencido de que mi vestimenta haría el resto.

—¿Vuestro superior?

—Está en el puerto, señor —me respondió uno de ellos.

Llevaba puesta por encima de la cabeza una vieja zalea de cabra, que también le cubría la espalda. Tenía la cara manchada de barro.

—Así que, ¿no hay aquí nadie que esté al mando?

—Marcel, el cabo.

Apareció al instante, parapetado bajo un pellejo sucio de vaca. Estaría preguntándose para qué demonios había aparecido ese joven señorito, en el momento en que más llovía.

—¿La Rochelle por dónde cae? —retomé el tono.

Sería, al menos, diez años mayor que yo. Su rostro embarrado examinó el mío, seguramente buscando algún rastro de locura.

—En esa dirección, señor —extendió su brazo derecho con un gesto de resignación—. En línea recta hay unas dos leguas desde aquí hasta las murallas enemigas.

Seguí la línea de la costa. No mucho rato. La bruma levantaba una barrera ante mis ojos.

—¿En medio hay alguno de los nuestros?

—Los hombres del duque de Nevers, señor. Nosotros también estamos a sus órdenes.

Suspiré. La vista se me fue hacia los cañones. Después, al alterado mar.

—¿Y si La Rochelle está en esa dirección, a quién tratan de asustar desde aquí estos cañones del duque de Nevers?

—A las embarcaciones rochelesas, señor. Estas dos galeras que ahora veis —también la segunda había acabado por entrar en la bahía— sustituyen a las que nos arrebataron la semana pasada.

Hice esfuerzos por reprimir la alegría.

—Conque se llevaron unas galeras como estas, esos canallas.

—Con sus capitanes dentro, señor, y también liberaron a los galeotes. Y, todo ello, ante los ojos de todos cuantos se encontraban en el pueblo de Chef-de-Baye, sin que nadie pudiera hacer nada. Desde entonces estamos nosotros en este alto, con cañones y todo, para que no vuelva a ocurrir un contratiempo similar.

Los artilleros volvieron a sus chozas y yo inicié el camino de vuelta descendiendo del promontorio. Lo que había oído me levantó un poco el ánimo afligido. Por la cuesta abajo, mis ojos saltaban del mojado camino a la bahía. Una chalupa estaba saliendo de la primera galera hacia el puerto. Sentí temor por los que iban en su interior, tan desvalidos y tan frágiles me parecieron.

Bajo el aguacero, hice a la carrera el trecho que me restaba antes de llegar al pueblo. La lluvia, más virulenta, y el viento, más fuerte, me empujaron al portón de la

iglesia. Los soldados que vigilaban junto a la puerta me recibieron con aire burlón. Llegaba calado.

—¿Estáis haciendo méritos para ingresar en la guardia real escocesa, señor? —me preguntó uno de ellos, antes de prorrumpir en una sonora carcajada.

—A ellos les da igual estar bajo la lluvia o al sol. ¡Son como ranas! —dijo otro.

Eran hombres del duque de Anjou. Habíamos llegado juntos desde París. Desde los primeros días me rehuían. Sabían que yo pertenecía al grupo del rey de Navarra, y eso me otorgaba un estatus indeterminado, ni totalmente del mismo ejército, ni claramente enemigo.

Habían encendido una pequeña fogata junto a la entrada de la iglesia. Algunos trozos de madera procedían del altar. Me hicieron un hueco a su lado. Primero acerqué las manos a las llamas, y después el sombrero empapado.

—¿Siguen dentro? —levanté la vista hacia la puerta.

Me hicieron un gesto afirmativo.

Farfullé una excusa y avancé hacia el interior de la iglesia. En medio del templo había una mesa en torno a la cual se sentaba un grupo de hombres. El altar, las imágenes y todos los demás objetos del interior de la iglesia habían sido destruidos por los míos dos años antes. Tanto la mesa como las sillas habían sido traídas esa misma tarde desde La Saussaye y La Fons.

—Me parece increíble lo que estoy oyendo —habló uno de los que estaban sentados a la mesa.

Reculé un poco hacia el exterior para que los participantes en la reunión no advirtieran mi presencia.

—Si nuestro hermano el rey me ha nombrado jefe de este ejército, no es para que comparta el mando con nadie.

Solo podía ser el duque de Anjou. Carlos IX, el sempiterno enfermo, no tenía descendencia; Anjou hablaba con la superioridad de saber que al morir su hermano heredaría la corona.

—Pues yo también soy hermano del rey. No me apartaréis de mandar a mi gente.

Tenía que ser el duque de Alençon, el hermano menor del rey de Francia, que también soñaba con la corona.

Algunas voces se sublevaron enojadas.

—Entre todos los que estamos aquí, solo yo conozco La Rochelle —esa era la voz de Enrique de Navarra—. Yo soy el más apropiado para dirigir el asedio, porque hace no mucho estuve sitiado en su interior.

No habían pasado dos años desde entonces. También mi madre Catalina había estado en La Rochelle, como Enrique, junto a su marido Eneko Ezponda y la mayor parte de sus hijos. Yo faltaba. No quisieron llevarme con ellos.

El recuerdo me dejó un sabor amargo en la boca. Un sabor amargo, pero sin embargo más dulce que el que me dejaban las palabras de Enrique. ¿Iba él a liderar el asedio? Se me puso el vello de punta. Afortunadamente, el murmullo que siguió a la

propuesta del rey de Navarra no indicaba gran conformidad.

—El conocimiento de la ciudad no conlleva de por sí una mejor dirección de las operaciones. Para ello es necesaria la experiencia, y yo soy el más experimentado de todos.

Era el duque de Guisa, nuestro mayor enemigo. Algunas voces lo secundaron conformes. No tenía que pensar demasiado para saber de quién se trataba: los duques de Mayenne y Aumale, Luis de Gonzaga, Nevers... Poco a poco iba conociendo la voz de cada uno.

Salí afuera. Alrededor del fuego los soldados me miraron de soslayo.

—¿Por fin se han puesto de acuerdo en algo? —me preguntó uno, con insolencia.

En lugar de contestarle, volví a salir bajo la lluvia.

Las casas de los pescadores del puerto se encontraban, en lo que a comodidad se refiere, a un nivel todavía inferior que el de las chozas que los artilleros habían pergeñado en lo alto del promontorio. Ni siquiera entre los montañeses más pobres había visto refugios tan míseros como aquellos. A falta de algo mejor, habíamos desalojado a uno de ellos aquella mañana, nada más llegar al pueblo. Ignorábamos cuánto tiempo pasaríamos en Chef-de-Baye, horas o semanas, pero, por si acaso, necesitábamos un lugar para cobijarnos.

Al volver al oscuro chamizo, me encontré a Miossens y Armagnac en la misma postura en que los había dejado: jugando a los dados, sentados sobre el suelo húmedo. Con ellos se hallaban dos capitanes, llamados Daireaux y Campet, con los que los dos allegados a Enrique habían hecho amistad durante el viaje hasta allí. Yo no me acercaba a ellos. Al tal Campet lo había oído alardear de la cantidad de hugonotes a los que había rebanado el pescuezo, el pasado agosto, en la calle de Saint-Germain.

—¿No te habías mojado lo suficiente desde París hasta aquí y necesitabas más? —me saludó Miossens.

Armagnac ni se molestó en girar la cabeza hacia mí. Iba perdiendo la partida. Estaba ridículo, vestido de soldado. No me invitaron a unirme a ellos. Antes les había dicho que no. Me aproximé al hogar. El fuego era tan pobre como toda la casa, y llenaba de humo la estancia. Los jugadores parecían no haberlo advertido.

—Cuando erais heréticos, ¿cómo os las apañabais sin jugar a los dados? —preguntó Campet.

Armagnac blasfemó, después de perder otra vez.

Un murmullo hizo que saliera afuera. Los participantes en la reunión abandonaban la iglesia, protegidos por sus sombreros y sus capas. No me había equivocado. Allí estaban todos los que tenían alguna relevancia en el ejército del rey de Francia. Las últimas semanas me habían permitido conocerlos a todos. Enrique de Valois, duque de Anjou, marchaba el primero, erguido y bello. Iba rodeado por un grupito del que formaban parte Biron, que el año anterior había viajado con nosotros desde Pau hasta París, el mariscal de Cossé, Villequier, La Tour d'Auvergne,

Brantôme, el conde de Retz y el propio Strozzi. Su hermano Alençon, un enano jorobado de aspecto turquesco, representaba la cara opuesta de Anjou; venía más atrás, solo y malencarado. Detrás de él, los Guisa formaban otro grupo compacto. Lo encabezaba Enrique de Guisa, flanqueado a derecha e izquierda por sus hermanos, los duques de Aumale y Mayenne. La presencia de Gonzaga, Nevers y Montluc delataba la fuerza del partido católico. Sin temer a la lluvia, se acercaba a todos ellos, surgida sabe Dios de dónde, una tropa de criados, cada cual trayendo un caballo sujeto por la brida.

En nuestro chamizo los tahúres dieron la partida por concluida. Daireaux y Campet pasaron junto a mí, para unirse también ellos a los demás. Tan solo Daireaux se despidió de mí.

Condé y Enrique de Navarra fueron los últimos en salir de la iglesia. Ningún criado los esperaba. Vinieron directamente hacia nosotros. Parecían de buen humor.

—¡Qué cara de funeral, Juanito! —le espetó Enrique a Armagnac—. ¡O acabáis de enteraros de que vuestra esposa se ha hecho amante del obispo de Leskar, o habéis vuelto a perder a lo dados!

El camarero mayor sentía, más que ningún otro entre nosotros, añoranza de su familia. Trató de relajar el ceño de forma bastante lastimosa.

—Mejor así, Juanito. Y ahora, muchachos, marchémonos de aquí.

El corazón me dio un vuelco. Durante un momento, la sonrisa de Enrique me había hecho entender algo que no era. Miossens debía de tener la misma inquietud.

—¿Han aceptado vuestra propuesta? —le inquirió.

—No, pero no importa.

—Entonces, ¿quién guiará a las tropas? —volvió a preguntar el primer noble del reino.

—Cada uno nos ocuparemos de nuestra parte del frente —respondió Condé.

—Así es imposible vencer —se sorprendió Miossens.

—Precisamente —se le amplió la sonrisa a Enrique.

—Les engañaremos, ¿no? —le preguntó el rey de Navarra al duque de Alençon.

Enrique era algo más robusto que yo. No obstante, me sentía cómodo con las ropas que me había prestado. Incluso vestido de militar, jamás me había puesto tan finas lanas y pieles, ni calzado tan confortable.

—Aun vestido de rey, sigo viéndole pinta de un basto piquero —respondió el duque.

Resultaba ridículo escuchar algo así de semejante espantajo. Pero ahí no había lugar a la risa. La mera mirada de sus ojos diminutos causaba dolor.

El duque abrió la boca, para añadir algo. Se quedó callado: fuera, un cañón había vuelto a desgarrar la noche.

—¿Este molino es lugar seguro? —preguntó, con muestras de nerviosismo.

El molino en cuestión había molido poco trigo en los últimos meses. Era el último techo cubierto de nuestras líneas, antes de las trincheras. Quedaba justo fuera del alcance de los cañones de los rocheleses. A cambio, solía ser su primer objetivo cada vez que hacían una incursión.

—Tranquilo —respondió Enrique—, son los Guisa, tratando de vengar a su hermano.

La víspera, un arcabuzazo lanzado desde las murallas había tumbado a Claudio de Lorena, duque de Aumale. Desde entonces, cegados por la sed de venganza, los Guisa parecían querer destruir La Rochelle con sus únicas fuerzas, disparando sin cesar sus cañones, hasta ponerlos a punto de reventar. No se observaba la misma furia en todas las líneas de sitiadores. En nuestra zona, era el rey de Navarra el que estaba al mando. Aquí, la artillería permanecía en silencio, como un niño que duerme.

Enrique retomó el asunto que se traían entre manos:

—No me parece tan basto —dijo mirándome—. Solo precisa andar más erguido para parecer un rey.

Traté de colocar recta la espalda, haciéndome eco de las palabras de mi señor. Eso apenas iluminó el semblante del duque.

—Al menos, recordará todo lo que tiene que decir.

A una señal de Enrique, repetí algunas de las frases aprendidas, tal como las había oído de boca de los dos nobles señores. No permitió que me extendiera.

—Dicen que en las Indias hay pájaros que repiten las cosas igual —masculló Alençon.

Sin añadir nada más, se dirigió hacia la puerta del molino. Fuera había un grupo de criados a la espera del duque, cada uno portando una linterna. Escoltado por ellos, se alejó en la oscuridad de la noche.

Volví mis ojos hacia Enrique. Topé con una sonrisa en sus labios.

—Ese cuellorcorto no anda desencaminado —se refería a su primo y aliado de ocasión—: careces de majestad.

Me pregunté dónde se adquiriría la majestad. Mi señor me contestó, antes de que se lo planteara.

—Los que hemos nacido para ser reyes la poseemos de por sí. Afortunadamente, en La Rochelle no hay más que tenderos que no tienen ni idea de lo que es la majestad.

Nos aguardaba Maizeau. Maizeau era rochelés, de la Religión y armador. Su barco comerciaba en tiempos de paz con Inglaterra y los Países Bajos, pero ahora llevaba meses amarrado, sin salir a la mar. Al borde de la bancarrota, Maizeau trabajaba ahora para Enrique. Desde que habíamos llegado a los pies de las murallas de su ciudad, lo había visto en innumerables ocasiones surgir de las entrañas de la noche y desaparecer en las mismas penumbras.

El rey de Navarra alargó su dedo hacia mí.

—Promete que regresarás. Te den la respuesta que te den y te dicte el corazón lo

que te dicte.

No le negué lo que me pedía.

Enrique me dio una última instrucción.

—Ante ese atajo de traga-salitres deja que hable la sangre que llevas en las venas.

¿La sangre de mis venas? Hasta que no abandoné al rey de Navarra, no me percaté de qué hablaba.

Un soldado nos condujo a Maizeau y a mí a través de la red de trincheras y barricadas. Nos tropezábamos con hombres de armas dormidos al borde de la zanja. La mayoría estaban acostumbrados a las idas y venidas nocturnas de Maizeau. Si no se fijaban en mí, se mostraban impertérritos. Distinto era cuando reparaban en mi presencia.

—Señor —me dijo uno, en voz baja, al pasar a su lado—. Llevadme también a mí con vos junto a nuestros hermanos de fe, lejos de esta peste de papistas.

Llevaba cuatro días sin llover y, sin embargo, acabamos llenos de barro el recorrido hasta el final de nuestras líneas. A partir de ese punto, solo quedaban sesenta pasos hasta las murallas. Lo sabía perfectamente, ya que yo mismo los había recorrido alguna que otra vez en varios asaltos frustrados. Los cañones de los Guisa habían elegido ese momento para callarse. Se me hizo un nudo en el estómago en la oscuridad de esa noche sin luna.

—Es seguro que nos esperan, ¿no? —le pregunté a Maizeau, tan quedo como pude, al salir fuera de la trinchera.

Sin responderme, me tomó de la mano. La suya era extremadamente blanda, poco hecha a armas o herramientas. Sin embargo, estrechó con fuerza la mía. Alguien —a la vista estaba que no Maizeau— había plantado unas pequeñas estacas en el suelo, señalando el camino. Mi guía las tanteaba con el pie, procurando no pisarlas, lo cual hacía todavía más torpe nuestro caminar de borrachos. No había más que charcos en esa zona. Cuando el agua me cubrió hasta las rodillas, me di cuenta de que estábamos en el foso. Más de uno de nuestros hombres se había ahogado en él durante los ataques de los últimos meses. En esa ocasión, debíamos de estar en un paso elegido, porque no nos hundimos más. Casi nos dimos de bruces contra la muralla. En aquella oscuridad, todavía parecía ser algo. De día se la veía por mil sitios deteriorada, agrietada y cubierta de parches. En pie, a pesar de todo.

—El reino de Dios —dijo una voz desde arriba.

—Así en el cielo como en la tierra —respondió Maizeau.

No se abrió ninguna puerta. Con la ayuda de unas cuerdas arrojaron una escala que nos sirvió para ascender. Antes de asomar la cabeza por el parapeto, varios pares de manos me introdujeron a la fuerza dentro de la muralla. Querían desarmarme y no les daba miedo hacerme daño. Yo no estaba dispuesto a ello. Maizeau protestó débilmente, tan débilmente, que ni siquiera dio a conocer mi nombre supuesto:

—No son modos tratar con violencia a unos emisarios.

Una voz habituada al mando le respondió:

—Déjanos eso a nosotros, Maizeau. Y alégrate si no te tratamos igual.

Por el tono se notaba que ardía en deseos de zurrar al mercader.

—Dile a tu amigo que se esté quieto —añadió—. Si no, los dos iréis muralla abajo.

Maizeau se quedó callado. Si no se atrevía a interpretar el papel que le había tocado en aquella fiesta de disfraces, yo sí estaba dispuesto a cumplir con el mío. Hice uso de mi voz más áspera:

—Dejad de poner vuestras sucias manos sobre mí, mequetrefes. ¡No sabéis con quién estáis tratando!

Seguramente mis palabras no desprendían mucha majestad. En cambio, se parecían lo suficiente a lo que hubiera dicho Enrique en idéntica situación. Tuvieron un efecto inmediato. Los que a mi alrededor me golpeaban detuvieron sus manos al instante, e igualmente se volvió un punto más humilde la altanera voz de su jefe.

—¿Quién sois? Soy el capitán Vaudorne.

Vaudorne. No tenía que simular ninguna simpatía con el poseedor de ese nombre, según las instrucciones dadas por Enrique.

—Lo sabréis cuando me llevéis ante las autoridades de la ciudad.

—Entonces, hasta llegar allá, seréis tratado como otro cualquiera.

Me vendaron los ojos con un trapo.

—No tratéis de quitároslo. Si no, os llevaremos encadenado, seáis quien seáis.

—Mejor ni lo intentéis —mascullé desafiante.

Una mano me asió del brazo para guiarme escaleras abajo. Antes de que comenzara la guerra y lo desbaratara todo, Gilen y yo solíamos jugar a la gallina ciega por los fosos de Gárriz. Éramos capaces de andar, incluso de noche, por aquellos lugares tantas veces recorridos sin perdernos. Nada que ver con aquellas tinieblas de La Rochelle.

Descendí las murallas encogido por el miedo a precipitarme al vacío. Cuando mis plantas hollaron suelo más firme, no tuve más preocupación que la de andar erguido. Fue un trecho corto y silencioso. No conté más de quinientos pasos, desde que me taparon la cara hasta que noté que entrábamos en un edificio. Subimos otras escaleras, al cabo de las cuales me pareció que entrábamos en un recinto amplio, como en un salón. El lugar debía de estar lleno de gente, a juzgar por los murmullos de alrededor. La oscuridad había aguzado mi oído; oí sin esfuerzo cómo uno de los presentes le preguntaba al tal Vaudorne por qué mi espada seguía en su sitio. No contestó. En aquel punto me soltó la mano que me había guiado hasta allá.

—Helo aquí —anunció la misma voz amenazadora de antes. Ahora parecía curiosa.

Al mismo tiempo, me quitó el embozo de delante de los ojos.

Unas pocas y miserables velas iluminaban la pieza, que parecía una iglesia papista en tiempo de pascua. Con su exigua ayuda, pude contar a unas veinte personas a mi alrededor. Su delgadez me trajo a la memoria los últimos días de

Nabarrenx. El grupo más numeroso correspondía a los soldados, pero también destacaba el ropaje oscuro de los ministros. Otros se cubrían con el sombrero de los regidores de la ciudad. Uno de ellos tomó la palabra.

—Alumbrad al emisario. Quiero ver qué rostro tiene.

Me acercaron las antorchas hasta tan cerca que sentí su calor en la piel. En la sala se produjo una suerte de conmoción.

—¡Señor! —exclamaron algunas voces.

Entre ellas no se encontraba la del tal Vaudorne, que se había retirado a un lado, con el aspecto de quien, por el momento, ha cumplido su trabajo. Tenía una fea herida a un lado de la cara, donde también le faltaba un ojo. Me observaba fijamente con el único que le quedaba sano.

—Maizeau, ¿por qué no nos habéis dicho que el rey de Navarra vendría con vos? —dijo, azorado, el que acababa de hablar. Debía de ser Jacques Henri, alcalde de La Rochelle.

El comerciante balbuceó alguna excusa.

El hombre que se encontraba al lado del que parecía Henri habló más pausadamente. Presentaba arrugas de persona muy mayor. Como el otro, portaba el sombrero de los regidores. A pesar de que no lo distinguía bien, sentí cómo sus ojos perforaban mi piel.

—Hace dos años también tuvimos entre nosotros al príncipe de Navarra, con su madre, la muy amada reina.

—¡Que esté ya en los cielos! —le interrumpió uno a su lado.

—Que en el cielo esté..., por supuesto —no muy contento con la interrupción—. Pero aquel príncipe de hace dos años tiene poco que ver con el presente rey.

Algunas voces mostraron su conformidad con las palabras del anciano:

—Así es, Salbert.

Era Salbert, por tanto. El antiguo alcalde de La Rochelle. Me habían advertido que sería uno de los más duros. Se dirigía a mí.

—Os dimos cobijo, a vos y a cuantos llegaron con vos. Vos, en cambio, pagáis ahora a cañonazos nuestra bienvenida de hace dos años.

Sin dejarme tiempo para contestar, uno de los ministros le tomó la vez:

—Os lo decimos claramente, *Navarra*: no queremos nada de alguien que ha regresado a las corruptas faldas del obispo de Roma.

Enrique y Condé me habían dado noticia de algunos de los ministros de La Rochelle. Consideraban a un tal Odet de Nort como cabeza de todos. Debía de ser ese, puesto que era el de mayor edad de los presentes.

—Mucho menos, con alguien que no se avergüenza de unirse a los asesinos de su propia gente —siguió otro. Seguramente, por los detalles que me habían dado, era La Place, uno de los más fervorosos.

—No sabemos qué viento os ha traído hasta aquí. Ya sea la tramontana o el poniente, no sois bienvenido —habló uno de los capitanes. Le faltaba la mano

izquierda. Enrique me dio detalles de uno manco. Le llamaban La Salle.

Me temblaban las piernas. Intenté recuperar mi anterior actitud altiva.

—Si tanto amabais a Juana de Albret, dejadle hablar a su hijo.

Hicieron lo que les pedía.

Lo que tenía que decir salió fácilmente de mi boca. Acababa de memorizarlo aquella misma tarde, después de una larga sesión en el molino. El propio Enrique había sido mi maestro. La medida de mi éxito se cifraba en la sorpresa de mi audiencia. Sin embargo, incluso antes de acabar, ya sabía que aquella gente no iba a morder el anzuelo.

—¿Pretendéis hacernos creer que, si hacemos una salida, vuestros soldados se van a unir a los nuestros? —preguntó uno de los jefes militares de La Rochelle.

—Mis soldados... y también los del duque de Alençon.

Noté que su desconfianza aumentaba. Después de unos murmullos, me preguntó el que yo tomaba por La Place:

—¿Por qué razón habría de unírseos el duque de Alençon? ¿Se ha hecho de repente amigo de la Reforma?

Podía decirles que sí, que así era. No me creerían, ni aunque hubiese sido cierto. Necesitaba una explicación mejor. Por ejemplo, la verdad.

—Lo más seguro es que no aprecie a su hermano Anjou. Quiere ser él el rey de Francia cuando muera Carlos.

—¿Y nuestros arcabuces han de otorgarle el trono a semejante pájaro? —volvió a intervenir Salbert.

Yo también tenía la misma duda: ¿qué ganábamos convirtiendo en rey de Francia a ese error de la naturaleza? Enrique había previsto la pregunta. Repetí el argumento de mi señor de la manera más convincente posible.

—Si ayudamos al duque de Alençon a convertirse en rey, sabremos de su gratitud.

El que debía de ser La Place sacudió la cabeza de forma negativa:

—Yo no haré tratos con uno que guarda fidelidad al Moloch de Roma.

—Y yo no arriesgaré a mis hombres a una trampa, sin ninguna garantía —lo secundó el capitán manco, ese que podía ser La Salle.

Estaba claro que íbamos a llegar a eso. Tenía preparada una réplica, aprendida en la larga sesión con Enrique. Mi voz se impostó mientras la pronunciaba.

—Yo mismo seré vuestra garantía. Yo mismo saldré con vosotros, blandiendo mi espada, a unirme con mis soldados y los del duque de Alençon.

En un primer momento, un silencio absoluto siguió a mis palabras. Después, se desataron algunos murmullos que poco a poco fueron en aumento. No les comprendía más que a medias. Usaban el dialecto de la zona, bastante diferente del francés de los nobles y de los libros. Cortó súbitamente el debate el que había hablado primero cuando entré en la sala. Sí, debía de ser Jacques Henri, el alcalde de La Rochelle.

—Ignoro si alguna vez se ha visto a un rey haciendo lo que vos estáis haciendo —se volvió hacia mí—. Venís a nosotros con las manos vacías, pidiendo que confiemos,

como confiamos en vuestra madre. Pero no sois una garantía suficiente. Si queréis luchar a favor de la Religión, basta con que os quedéis con nosotros, a este lado de las murallas. No pidáis que abandonemos su protección —me dijo, con el tono de quien tiene la última palabra.

Busqué algún nuevo argumento, alguna razón no empleada. Inútilmente. No había nada que añadir. Había fallado. Responder afirmativamente al ofrecimiento de permanecer en la ciudad asediada, por otra parte, dejaría al descubierto el engaño, más tarde o más temprano. Me tomarían por un espía y me colgarían de una viga, después de clavarme por el culo una pica hasta la empuñadura. Rechacé también esa opción, a pesar de que todo mi ser no me pedía otra cosa.

Volvieron a taparme los ojos. Maizeau se despidió de mí al salir del edificio. No iba a volver conmigo. Vaudorne me acompañó hasta la muralla, comandando a los soldados que me acompañaron fuera. Hicimos el recorrido en silencio. Él fue el que me quitó la venda de los ojos. Cuando estaba a punto de salir descendiendo por el muro, el capitán inclinó su cabeza hacia mí. Me acercó su único ojo.

—A mí no me has engañado como a los demás —me susurró—. Tú no eres Enrique de Borbón.

Algunos de sus hombres llevaban un mosquete en una mano y una mecha encendida en la otra. No me esforcé en contestarle. Bajé, pesadamente, uno detrás de otro, los peldaños de la escala. Llegué a los pies del muro sin oír ningún disparo. Incluso yo mismo me sorprendí.

Con la espalda encorvada, cubrí el trecho hasta la trinchera a toda velocidad y sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Enseguida perdí la referencia de las estacas que a la ida nos habían mostrado el camino a Maizeau y a mí. Cientos de veces tropecé, caí y me levanté, antes de llegar junto a nuestro primer centinela. Iba embarrado de los pies a la cabeza mientras que las elegantes ropas de Enrique presentaban desgarrones por todas partes.

—Os esperábamos, señor.

Encontré al rey de Navarra en el mismo lugar donde lo dejé. Estaba sin dormir, a pesar de lo tarde de la hora. Le di noticia de mi fracaso en cuatro palabras. No puedo decir que se sorprendiera.

—Es gente inteligente. En su lugar, yo tampoco me habría fiado.

No estaba molesto conmigo. Es más, parecía contento, cosa que no se podía decir de antes.

—Esa peste de rocheleses está de suerte. Acaba de llegar la noticia: el asedio ha terminado. Reclaman en París al duque de Anjou, nuestro líder amadísimo. Parece ser que necesitan a nuestro primo fuera del reino de Francia.

Me quedé mirándole fijamente, sin comprender nada.

—¿Sabes en qué parte del mundo queda Polonia?

UNO, DOS, TRES, CUATRO..., conté desde una torre próxima a la puerta de San Martín: Me cansé antes de llegar a doscientos. Eran carruajes alargados, diferentes a los que se ven en Francia o en Navarra. Tirando de cada uno de ellos se afanaban ocho acémilas, sobre cada una de las cuales montaba un lacayo. En cada carro viajaba un obispo o un noble importante, algunos en el interior del carruaje; otros, al lado, montados a caballo.

Este inusitado ejército estaba a punto de entrar en París y los soldados del rey de Francia no se lo estaban impidiendo en absoluto. Al contrario, a fin de darles la bienvenida, el duque de Guisa —recién convertido en el gran chambelán de la corte — los observaba, junto con los otros príncipes de la casa de Lorena, con el preboste de los mercaderes y con los consejeros municipales.

Como los parisinos gustan de tales eventos, todo el mundo había cerrado sus tiendas y talleres, y se había echado a las calles, dejando, por un día, sus santos y sus vírgenes dentro de las iglesias. Una semana antes, éramos un ejército vencido y, aun y todo, los vecinos nos habían recibido como vencedores. Todo un día duraron, entonces, las procesiones interminables, con todo tipo de frailes, monjas y curas de todos los conventos y parroquias de la ciudad. De solo recordarlo, me entraban arcadas.

Bajé de la torre y me abrí paso a codazos entre la gente hasta la primera fila. El olor a sudor era espantoso en las inmediaciones a la puerta de San Martín. De nuevo estábamos en agosto y el sol volvía a dominar el cielo sobre la capital del reino de Francia. Por ese día le disculpé que me hiciera transpirar tanto a mí como al resto de la muchedumbre. Cuando estábamos frente a La Rochelle, llegué a dudar si el calor del sol volvería a acariciarme la piel.

Todo estaba dispuesto para deslumbrar a los extranjeros. A punto de abrirse las puertas, mil doscientos arcabuceros dispararon al cielo. Todos los pájaros de la ciudad echaron a volar con el estruendo. Por capricho de algún consejero de la reina madre, los principales edificios de París habían sido coloreados de rojo, para lo que se había utilizado la sangre de docenas de bueyes. En todas las bocacalles había escritos que alababan a los extranjeros, aunque no fuese cosa segura que fueran a entender una sola palabra. Todos los presentes conteníamos la respiración, en la creencia de ir a contemplar algo nunca visto. No nos defraudaron.

—¡Los polacos! —gritaban miles de gargantas, incluida la mía.

Más fácil habríamos creído si nos hubiesen dicho que se trataba de salvajes de las lejanas tierras del Nuevo Mundo. Pero dicen que aquellos andan desnudos, y estos, sin temerle al calor de agosto, llevaban sombreros altos, cubiertos de joyas y confeccionados con raras pero hermosas pieles. También eran de piel los largos

abrigo de los visitantes, que les llegaban hasta la altura de unas botas adornadas de seda y oro. Nada más sorprendente para los franceses, que, como se sabe, dejan sus piernas al aire, hasta los muslos. Otra extravagancia: los visitantes llevaban la nuca rasurada, sin un solo pelo.

—¡Qué hombretones! —exclamó a mi lado una mujer.

Estaba en lo cierto. Los extranjeros eran más altos que la mayoría de nosotros; y sus bigotes y barbas, más poblados y largos que la gente de aquí. Los nobles llevaban arcos, un arma que se veía cada vez menos entre los soldados franceses y navarros, a excepción de los hombres de la guardia escocesa. Sus espadas no eran rectas, sino curvadas, a la manera de las hoces, y decoraban sus empuñaduras con joyas. Los escuderos portaban al hombro pesadas mazas de hierro. En los carruajes, el freno de los animales era de plata, mientras que las gualdrapas estaban adornadas con correas de oro.

A pesar de estar tan acostumbrados a ver todo tipo de manifestaciones y procesiones callejeras, los parisinos estaban disfrutando de lo lindo. La gente, apelotonada, así lo demostraba, con gritos y palmas. Costaba oír otra cosa y, a pesar de ello, entre todo ese clamor, un sonido llegó a mis oídos:

—¡Chulos, cabrones, dejadme paso! Quiero ver igual que vosotros, soy tan cristiana como vosotros.

Era una voz extremadamente aguda, procedente de una garganta femenina. A pesar de ello, no me volví. De camino hacia allá, me había encontrado con cientos de arpías, capaces de soltar frescas como esa o aun mayores.

—Tened cuidado con vuestros zapatones. Si me pisáis, arderéis en el infierno.

Esta vez sí que giré la cabeza. A mi espalda había una multitud, pero nadie que revelara a la persona que había proferido tan ácidos ruegos. A unos pasos de mí, unos hombres y mujeres de aspecto patibulario se burlaban de algo o de alguien. Nadie se movió para dejar paso a nadie.

No tardó mucho en volver a oírse la estridente voz.

—Miserables, al menos tomadme en brazos, para que yo también pueda ver.

Volví a mirar hacia atrás. En el mismo lugar de antes, las risas aumentaron de intensidad, señal de que no había nadie dispuesto a cumplir la curiosa petición.

—¡Así reventéis, rastreros cerdos parisinos!

No me hubiese movido de donde estaba, de no haber sido porque la última ristra de insultos los escuché en mi idioma. No había oído a nadie hablar en vascuence desde que dejé Saint-Palais, año y medio antes. Olvidándome del desfile de los polacos, eché a andar abriéndome paso a empujones entre la gente. Pocos protestaron. Vestía con ropa regalada por Enrique, que incluía un sombrero con pluma verde. Seguramente me tomaban por algo más que un simple caballero. Me abrieron paso entre murmullos, pero ni por esas conseguí distinguir a la maldiciente. Dudé entre utilizar mi idioma o no. Me rodeaban putas de dos cuartos y espadachines sin espada. Aunque inspiraba respeto, no me fiaba de ellos. Muchos de los que anduvieron

masacrándonos en las mismas calles un año antes eran de esa misma clase de gente.

—*Nor dabil laguntza beharrean?* —por fin osé preguntar quién pedía socorro.

Después de tantos meses, me sonó extraño el vascuence al salir de mis labios.

El vocerío aumentó un grado a mi alrededor. «Estos también son polacos», oí decir a alguien. El malentendido me tranquilizó.

—Yo misma.

Dirigí mis ojos hacia el punto de donde procedía la respuesta, sin ver a ninguna persona que pudiera ser su autora.

—¡Aquí abajo, ciego del diablo!

Bajé la vista. La sorpresa me dejó de piedra. La mujer que estaba a mis pies no medía ni la mitad que yo.

—Aúpame, maldito hijo de Calvino, y no te quedes mirándome como un pasmarote.

La gente del pueblo huye de los locos, los enanos y los deformes de cuerpo o mente. Causan miedo, o asco. Si no acaban con ellos recién nacidos, no los mantendrán mucho tiempo en sus casas. Solos y abandonados, morirán en la cuneta de algún camino, de hambre y frío. Sí, es verdad que no a todos aguarda ese final. Pero su destino no suele ser mucho mejor: allá donde vivan, se convertirán en culpables de todos los males y en chivos expiatorios de todas las culpas. Los niños los recibirán a pedradas. Los mayores, a bastonazos.

¡Dichosos, entre ellos, los que consigan despertar en la gente la admiración o la risa! Al menos tendrán qué comer y dónde dormir. A cambio, habrán de deambular por los caminos, convertidos en blanco de todas las miradas, al servicio de algún feriante. Algunos, sin embargo, se ahorrarán las penas de la vida errabunda, hallando acomodo en algún palacio.

A diferencia del populacho, a los poderosos del mundo les causa provecho rodearse de algún que otro loco, enano o deforme. Destaca así más su sensatez, su grandeza, su hermosura. En la corte de Juana de Albret no conocí ningún bufón. A la reina de Navarra no le agradaba escuchar de boca de nadie aquello que ningún otro le diría o aquello que ella estaba obligada a callar. La risa, por otro lado, visitaba parcamente sus labios. Un peludo cachorro de hombre-oso procedente de los montes del valle de Aspe causó sensación durante unos meses entre los cortesanos y la gente del pueblo, pero ya había muerto para cuando yo llegué al castillo de Pau. En cambio, el cuerpo diminuto del hijo de un oficial de Artix hacía las delicias de todos. Apenas medía más de una caña, y cargaba una joroba a la espalda. Sin embargo, ¡qué trinos, los suyos, cuando se ponía a cantar!

El palacio de Pau no tenía ni punto de comparación con el del Louvre. Ni en la cantidad de gente diminuta ni en su reputación. Tanto en las cocinas como en los pasillos, así en las escaleras como en las estancias de los reyes, en las comidas como

en las fiestas, en cualquier lugar se encontraba uno con esos seres pequeñitos y cabezones. No eran un mero entretenimiento. Como si se tratara de una corte minúscula surgida a la sombra de la gran corte, en esa pequeña tropa había unos con mando; y otros, mandados; unos, sirvientes, y otros, servidos. No me acostumbré enseguida a ver mujeres de corta estatura vestidas con pieles y piedras preciosas, igual que princesas y damas de honor, o, todavía más pasmoso, grotescos hidalgos con derecho a portar espada como lo tenían los caballeros. En la corte de Francia, hasta contaban con una «casa», como los príncipes de sangre, e incluso un gobernante para dirigirla. Cuando yo estaba en París, dicho cargo lo ostentaba el señor de Bezons. El tal Bezons era menudo como un renacuajo, pero más valía no pasar a su lado sin saludarlo como corresponde a un caballero: se contaban historias de gente descuidada a la que había desangrado de una breve puñalada en la pierna. No está de más decir que estos pequeños nobles disponían de sus capellanes, sus lacayos, sus damas y sus criadas, todos del mismo tamaño.

En el Louvre ya me había encontrado en alguna ocasión con la enana a la que tomé en brazos. Le decían *La Luzienne*. Un apodo era, para la mayoría de ellos, su nombre.

—¿Ves a ese hombre apuesto que está entre el duque de Guisa y Konarski, el obispo de Poznan?

La tal Luzienne sabía mejor que yo quién era cada cual. Alargué la mirada hacia donde señalaba el dedo índice de la pequeña mujer. En el tablado levantado junto a la puerta de San Martín, los que abrían la comitiva polaca acababan de juntarse con los mandatarios que tenían el encargo de recibirlos en nombre del rey de Francia. A Guisa, rata inmunda, lo conocía bien; y sobre Konarski tampoco había confusión. Era el que conversaba con el jefe de la casa de Lorena, vestido de general de la Iglesia Romana. Me costó distinguir a alguien más entre ambos. A primera vista me pareció un niño. Una segunda inspección me hizo darme cuenta de que se trataba de otro exiguo ser de la misma casta que la de la que tenía en brazos. Lo conocía y no era «apuesto» en absoluto.

—Krassovski.

—Claro que es Krassovski —dijo con un suspiro.

Krassovski era el enano favorito de la reina madre de Francia. Polaco, como los visitantes. Corría el rumor de que él había sido el que hizo saber a Catalina de Médicis que el trono del reino de Polonia y el ducado de Lituania se encontraban vacantes. Si así era, él había echado a andar la rueda que acababa de llegar hasta las puertas de París.

—¿No es hermoso?

—¿Hermoso?

Se me estaban cansando los brazos.

La Luzienne sacudió su cabezota, como fascinada.

—Es mi amante. El hombre más apuesto de París.

El nombre de pila de La Luzienne era Francisca. Llevaba ocho años en la corte de París. Le fue presentada a Catalina de Médicis en San Juan de Luz, en el curso de un viaje que la familia real realizaba por Francia. A diferencia de las personas de medidas corrientes, las de mezquino tamaño ablandaban el corazón de la severa gobernanta del reino. Algo que seguramente ya conocía la familia de Francisca.

—Desde el momento en que mi señora me vio quiso llevarme con ella.

En París, creyendo que provenía del puerto labortano, le decían Luzienne. En realidad, ella había nacido en el castillo de Senpere, y era hija de sus señores. Llevaba años sin hablar otra lengua que el francés. Parecía querer desquitarse conmigo. No cerraba el estrecho hueco de su boca.

—Jamás me había alejado más de cuatro leguas del castillo paterno, y mira por dónde, un día estaba en Bayona, donde se celebraba una fiesta organizada por mi señora para todos los nobles y caballeros llegados de la corte de España...

Me recitó uno por uno a todos los invitados a dicha gala. Después, el atuendo y colocación de cada uno, las viandas que se les sirvieron, los pasatiempos de que disfrutaron.

—No faltaba el príncipe de Navarra junto a sus primos —me sorprendió—. Mi señora organizó una naumaquia, esto es, una batalla naval en medio del río Adour, con el propósito de dejar boquiabiertos a los españoles. No sé si lo consiguió del todo. El duque de Alba no alteró su rostro...

¿Una batalla naval en el Adour? ¿Y asistió el duque de Alba, azote de nuestros correligionarios en los Países Bajos? Le repetí la historia a Enrique, creyendo que era una vulgar invención.

—Así fue, no hay ninguna mentira en ello. Tuve al duque de Alba a dos vergas de mí hace ocho años en Bayona, cuando yo era un niño. ¿Quién te lo ha contado?

Mi señor torció el gesto.

—No te fíes de esos minúsculos bribones. Además del ojito derecho de Catalina, también son sus oídos, todos, sin exceptuar ninguno.

—Creía que para eso ya disponía de sus damas y damiselas.

—Las más bellas y las más feas, todas le rinden servicio. Lo mejor es que te mantengas alejado de tu nueva amiga.

El día anterior había estado en la sala principal del Louvre, gracias a La Luzienne. Había presenciado, de cabo a rabo, la petición de los visitantes extranjeros a Carlos IX para que su hermano, el duque de Anjou, fuese rey de Polonia. También pude advertir, igual que la mayor parte de los presentes, qué poca voluntad tenía el elegido de convertirse en la cabeza de un pueblo tan remoto, y cuántas ganas tenía el cada vez más enfermo rey de Francia de perder de vista de una vez por todas a su hermano.

—Parece ser que tras la ceremonia —añadí en mi relato a Enrique—, lejos de la mirada de todos, Anjou se allegó a su madre, anegado por el llanto; dicen que le rogó

que mandase a los polacos a su país y le permitiese quedarse en Francia. La reina madre lo reprendió duramente.

Enrique me miró con asombro. Tenía en sus manos un puñal con empuñadura de oro. Un regalo de los polacos para el rey de Navarra.

—¿Cómo has sabido todo eso?

—Me lo ha dicho La Luzienne.

Mis siguientes informaciones procedían del propio Krassovski. Al parecer, se lo había contado en la cama a mi nueva amiga.

—A la mayoría de los polacos no les ha gustado su nuevo monarca. Tantas perlas en el traje, tantos perfumes... No les ha parecido muy hombre.

Enrique estalló en carcajadas.

—¡Ni se lo parecerá mientras los peluqueros le peinen y le empolven la melena!

Por voluntad u obligación, todos los que dormíamos en el Louvre sabíamos de las aficiones del duque. Amaba sin medida la ropa, los perfumes y las joyas. También hacía tiempo que nos habíamos enterado de cuánto le gustaba disfrazarse de mujer.

—El disgusto de sus futuros súbditos todavía ha hecho disminuir más su deseo de partir a Polonia —continué, refiriendo las habladurías.

Otro chisme del agrado de Enrique.

—¡Lo tiene crudo! Nuestro coqueto primo va a hacer lo que le diga su mamáita. Además, mejor para nosotros si el viento se lo lleva rápido lejos de aquí.

Durante un momento, se quedó esperando más chismorreos. Pero yo ya había vaciado mi saco. Enrique quedó pensativo un buen rato.

—Tal vez no sea tan malo que frecuentes esas amistades —me dijo por fin—. Pero ella no debe saber de tu boca nada nuestro. ¿Sabrás estar callado, aunque os recreéis en esa lengua diabólica vuestra?

Luzienne me llevó a las Tullerías. Catalina de Médicis quería ofrecer una fiesta a sus visitantes de oriente. Cuando llegamos a París el año anterior, estaban dándole los últimos retoques al edificio del palacio. Durante los últimos meses lo habían estado equipando. El resultado era como para dejar pasmado a cualquiera.

—Mi señora ha traído a Francia toda la belleza de Italia —me advirtió Francisca, con admiración no disimulada. Cuando mencionaba a su «señora», la fealdad de su rostro menguaba.

Ya desde la misma entrada cegaba su oro, sus vidrios, sus luces. En la sala principal había una suerte de peñasco, de buen tamaño, hecho en plata todo él, y sobre esa fingida roca, dieciséis nidos, y en cada uno de ellos, una joven, completamente desnuda, representando las dieciséis provincias del reino. Las ninfas, de cuando en cuando, se levantaban y recitaban versos de Ronsard, sin mostrar ningún pudor a las miradas de la mayoría de los hombres y de algunas de las mujeres presentes. El mismo embajador de España, don Francisco de Álava —un hombre

triste y mustio, donde los haya—, se hallaba admirado, sin poder apartar los ojos de las bellezas de las provincias de Francia.

No solo para la vista, también había deleites para el oído. Catalina había hecho traer algunos cantantes de su país. Sus melodías transportaban a los invitados hasta el cielo. Los músicos habían llegado de las mismas tierras. En sus manos, la flauta silbaba, vibraba el laúd. Otros tocaban un curioso instrumento, nunca antes visto por la mayoría de los presentes. Era una especie de *argizaiola*^[3] que, en vez de cera, tenía unas finas tripas, tensadas a lo largo, sobre las cuales los músicos hacían resbalar suavemente una vara corta. El sonido que de él se extraía solo lo superarán los justos que canten a la mesa de Dios. Los tañedores italianos llamaban al instrumento *violino*.

Entre tantas cosas dignas de admiración, brillaban los grandes de Francia y la tropa de damiselas de Catalina de Médicis, vestidos a cuál más primorosamente.

Si quienes conocíamos la vanidad y la ostentación de la corte parisina estábamos admirados, ¿cómo no lo iban a estar los que venían de la lejana Polonia, para los que se celebraba la fiesta? Estaban como embriagados por cuanto veían sus ojos y oían sus oídos. El pequeño Krassovski, rodeado de compatriotas de imponente estatura, se las veía y se las deseaba para atender a las peticiones de todos ellos. Según me contaría más tarde Francisca, la mayoría pretendían de él que les allanase el camino hasta las bellezas de los nidos de plata.

Los extranjeros recibieron con alharacas a la reina de Navarra. Todos los presentes en la gran sala de las Tullerías, olvidados de ninfas y músicos, volvieron sus miradas sobre la recién llegada. Vestía un vestido tejido en terciopelo rojizo de España y tachonado de pequeñas piedras preciosas. El sombrero era del mismo material, y tan recargado como aquel de plumas y perlería. Entró en la sala con su amiga, la condesa de Nevers, flanqueada por sus dos damas, Charlotte de Beaune y Louise de Montigny, y con otra a sus espaldas, la española Victoire d'Alaya. Todas ellas rivalizaban en belleza entre sí, aunque ninguna refulgía con la intensidad de Margarita. Casi todos los polacos, olvidándose de Krassovski, acudieron donde ella. Margarita se dirigió a ellos en latín. Hablaba el idioma de Cicerón sin que se le trabase la lengua. Sus hermanos y esposo no llegaban a tanto. A nuestro lado, un alto noble polaco exclamó algo a voces.

—Dice que, después de contemplar belleza tal, no quiere ver nada más en este mundo.

Era Krassovski, que se había acercado a donde estábamos. Francisca no ocultó su alborozo. Su amante no parecía tan enfervorecido. Pocas veces me han mirado desde tan abajo y, al mismo tiempo, tan intensamente.

—Así que este es el fogoso escudero de *Navarra*.

Su tono no me agradó. Emanaba cierta enemistad, tal como ocurría con sus ojos. Los músicos iniciaron un alegre son de danza y el enano se marchó con Francisca del brazo. No me apené por ello.

—Joanes, ¿cómo has dejado que se te escape la cabeza de alfiler que tienes ahora por amiga?

La palmada que Enrique me dio en la espalda me propinó un buen susto. Mi señor debía de llegado a la vez que Margarita, pero también yo había tenido ojos solo para su esposa.

—¿Qué te parece, Juanito, la nueva amiga de nuestro Joanes? ¿Te apañarías para bailar tú con esa miniatura de mujer?

A la izquierda de Enrique, las mejillas de Armagnac enrojecieron.

—Si vos me lo ordenarais...

La tímida respuesta del camarero real hizo soltar una carcajada a Miossens, que estaba a la derecha de Enrique.

—Mi rey, Joanes tendría que enseñarle primero cómo doblar el espinazo hasta la altura de esos dos palmos. Pagaría un buen dinero por verlo.

Enrique rio a su vez. Hasta hacía no demasiado tiempo, Miossens me llamaba «primo». Desde lo de La Rochelle, quién sabe por qué, me trataba con más distancia. Eso me dolía. Armagnac, en cambio, se comportaba como siempre con respecto a mí: compartíamos habitación y la voluntad de servir al rey de Navarra. Nada más.

Enrique hizo una breve señal hacia su mujer. La hermana del rey de Francia seguía pastoreando el rebaño de polacos.

—Que los hombres la rodeen, en eso consiste la felicidad para la reina de Navarra.

Se alejó de mi lado, escoltado por sus dos acompañantes, pero no para aproximarse a los músicos ni para unirse a los que bailaban. El duque de Alençon lo esperaba en un rincón de la enorme sala. Solo ver de nuevo al jorobado de los Valois me provocó otro escalofrío, y ver quién lo acompañaba hizo aumentar mi pésima opinión acerca de él. Dos hombres estaban con el hermano menor del rey de Francia. Uno, La Molle, era un conde de Provenza. Bello, de tez pálida, culto y tan presumido como una mujer, igual de empolvado y perfumado. El otro, no tan acicalado, era un amigo suyo italiano: el conde de Coconas. Se rumoreaba de él que era informante de Felipe II. Ambos habían participado en la matanza de San Bartolomé, y gustaban de airear sus hazañas. No podía ni imaginar de qué hablaban esas cornejas con mi rey.

—Señor de Mailu, ¿cómo es que no bailáis?

Observando la inusitada reunión, me había olvidado de la estrella de aquella noche. Tenía frente a mí a la reina de Navarra. Hice una tosca reverencia. Era la primera vez que se dirigía a mí después de nuestro encuentro en su cámara del Louvre. Había dejado atrás a sus damas y llevaba un polaco colgado del brazo. Precisamente el que un momento antes había clamado sobre la belleza de Margarita. Me miró como a un rival, el muy estúpido.

—¿Cómo es que no bailáis?

—No sé bailar, señora.

Su cara angelical se contrajo como espantada.

—No es posible. ¿No tenéis quien os instruya?

—No, señora —respondí, cohibido.

—¿En qué se emplea, pues, Louise con vos?

Bajé aún más la cabeza, para que no advirtiese el rubor en mis mejillas.

—Hace mucho que no hablo con la señora de Montigny.

Ni hablar, ni nada más. Durante los últimos meses había recordado más de una vez la bañera de la damisela.

—¡Louise, venid aquí inmediatamente! —ordenó Margarita de Valois.

Por decreto de Juana de Albret, en nuestra patria el baile estaba proscrito, igual que la blasfemia, la embriaguez, las ramerías, el teatro, la mendicidad, los naipes y los dados; todo al mismo nivel que el baile. En el templo de Saint-Palais, en multitud de ocasiones habíamos oído a Etxeberri hablar sobre la danza como camino de perdición.

—La música despierta al demonio. Cada patada de los danzantes a Satán le da pie.

Cuesta pensar que mis torpes tanteos tuviesen la facultad de atraer al Maligno. En todo caso, dicha virtud la tendrían las enseñanzas de Louise.

Todo lo que hacemos los humanos en este mundo posee sus reglas. La danza cortesana no es excepción. Lo que resultó más difícil de aprender fue qué ha de cuidar y qué no el bailarín en un lugar tan selecto. Después, ya nos quedó poco tiempo para los branles y las pavanas. Poco tiempo, claro está, en opinión de Louise, que era gran aficionada. A mí se me hizo largo el que transcurrió hasta que los músicos callaron por fin, y todavía más largo el recorrido de los reyes de Navarra y su séquito, desde las Tullerías hasta el Louvre, en fila, alumbrados por sirvientes de palacio. Que Dios me perdone, pero yo solo pensaba en el lecho de Louise.

Mi espera fue recompensada. Tan pronto llegamos a sus aposentos, saltamos el uno sobre el otro. En la primera embestida, Francia superó a Navarra. En la segunda, fue el rojo estandarte de Navarra el que salió victorioso. Una vez firmada la paz, llegó el turno de las preguntas. Mostró curiosidad sobre el asedio de La Rochelle. Y todavía más curiosidad acerca de «la nueva amistad» entre el rey de Navarra y el duque de Alençon. No la satisficé, al contrario que ella a mí. El sueño me venció antes de que correspondiera a su favor. Estaba aprendiendo a desenvolverme por el Louvre.

Al día siguiente, hice la siesta con Louise, que me había mandado una invitación para ir a sus habitaciones. Se repitió lo de la víspera: primero el ardiente ayuntamiento de nuestros cuerpos; luego, el interrogatorio. Mi silencio la dejó quejosa.

—Antes me contabais más cosas.

—Yo, ¿cuándo he contado...?

Recordé cuándo: el año anterior, con Coligny recién herido, anduve fanfarroneando delante de ella. También le anuncié la venganza de los hugonotes, la misma víspera de San Bartolomé. Esa misma noche salieron los papistas de sus cubiles, a pasarnos a cuchillo. ¿Habría tenido algo que ver en ello mi baladronada?

No dormí aquella noche.

Al día siguiente se lo hice saber a Enrique, aligerando mi relato de los detalles relacionados con la carnicería de un año antes.

—Me alegro por ti —me contestó, sin una traza de cólera—. La señora de Montigny le repetirá tus palabras a la reina madre tan rápidamente como Luzienne, pero, a cambio, podrás montarla, sin avergonzar a nadie de tu alrededor. No como a Luzienne. Cuando te aburras de tu rubia amiga, avísame. Gustosamente le haré una visita a la cama.

No parecía muy preocupado. Acababa de explicarme que había pasado la noche con otra componente de la tropa femenina de Catalina: justamente con Charlotte de Beaune, dama de honor de su esposa Margarita, la compañera morena de Louise.

Mi amiga enana se lo tomó de manera muy diferente. Me abordó sin abrir yo la boca.

—¿Pero no eres un hugonote leal? ¿Cómo puedes perderte en el coño de una papista enemiga?

—¡Sí que corren las noticias en el Louvre!

Mi pequeña pulla no logró que cambiase de conversación.

—¿Qué dirán en tu pequeño reino cuando lo sepan?

Parecía que se burlaba de mí, pero bajo la burla había acritud.

—Vuestros ministros no estarán contentos contigo. Estoy segura de que en esos libros hugonotes que escondes entre tus cosas hay palabras amargas para...

Le interrumpí enfurecido.

—¿Has andado hurgando entre mis cosas?

Me fui de su lado sin esperar respuesta. Los libros, al menos, seguían en su sitio, sin que nadie, aparentemente, los hubiese tocado. Volví donde Enrique, esta vez más preocupado. Primeramente, tuve que confesarle mi pecado. No le había hablado antes de los libros.

Me salió por donde menos esperaba, como tan a menudo me sucedía con el rey de Navarra. Me recriminó, sí. Pero no por conservar los libros, sino por haberme escapado de Francisca.

—Los polacos negocian con dureza con mi primo Anjou. Mamaíta Catalina les organiza aparatosas fiestas, pero ello no les ablanda el corazón como para decir amén a todas las pretensiones de su hijito. Eso solo te lo puede contar tu enana. Ve donde ella y haced las paces.

Hasta entonces, Francisca era la que había sabido encontrarme, sin que yo fuera a por ella. Me acerqué a las estancias de la reina madre, en la planta baja del ala sur de palacio. En el Louvre, la mayor parte de los enanos pululaban por esa zona. Iba

preguntado entre las criadas y lacayos que me encontraba por el camino si habían visto a La Luzienne. Sus indicaciones me llevaron hasta un piquero suizo al que repetí la pregunta.

—Esperad.

Entró y salió rápidamente por la puerta que guardaba. Él me indicó que pasase adelante.

Aunque nunca me he considerado alto, de repente me sentí grande como una montaña. En aquella sala todo era pequeño: las mesas, los asientos, las pinturas y los tapices de la pared, las ventanas, los candelabros, las arquetas, la chimenea, y hasta el propio techo quedaba más cercano al suelo que en el resto de salas y aposentos. También eran más pequeñas las damas y los lacayos que me contemplaban. En toda la sala no había de mi tamaño más que una silla de respaldo alto, cubierta de cojines. Aquella silla, y la persona que se hallaba sobre ella: una mujer gruesa, vestida de negro que, más bien recostada que sentada, me observaba de arriba abajo desde esa postura. No era la primera vez que me desnudaban los ojos de Catalina de Médicis. En cada ocasión, hubiese preferido un ataque de mercenarios albaneses antes que el de esa mirada. Ahora mismo, deseaba estar en cualquier otro lugar que no fuera aquel.

—¡Este sí que es un honor! El caballero de Mailu, visitando a la reina viuda de Francia.

Era la primera vez que me dirigía la palabra desde el día de nuestra abjuración. Incluso se me hizo extraño mi nombre en su boca. Aunque se expresaba en términos cordiales, su semblante, de color y aspecto gélido, desmentía dicha afabilidad. La consideraba la asesina de Juana de Albret. Había sido instigadora de la matanza de la noche de San Bartolomé. Una serpiente que nos tenía presos. Y, sin embargo, le debía reverencia. Doblar la espalda me dolió, por el asco que me inspiraba aquella mujer y todo cuanto la rodeaba.

—Yo soy la que tiene retenida a vuestra amiga Luzienne.

La enana me saludó tímidamente. Estaba sentada junto a la soberana de Francia, en un pequeño asiento sin respaldo ni cojín. Idéntico era el que, a un gesto de Catalina, me trajo un lacayo. Sentado en él, la mitad del trasero me quedaba fuera.

—Casualmente, mi amiga y yo hablábamos de vos.

Francisca refrendó las palabras de su señora con una inclinación de su gran cabeza. Aquella que cuando estaba a solas conmigo era todo palabras y aspavientos, mostraba rigidez y silencio ante Catalina de Médicis.

—Nos ha dado pie una misiva del teniente general del reino de Navarra, el conde de Agramont.

Se me cortó la respiración al oír el nombre del señor de Bidache.

—Ayer recibí su escrito —Catalina seguía hablando—. Me daba muchas noticias de vuestro reino. Hay un rebelde, que le da algún quebradero de cabeza. Arrus, o Arras, o...

—Arros —aunque alterado, pronuncié orgulloso el nombre del que había sido mi jefe en Nabarrenx.

Catalina hizo como si no me hubiese oído.

—De cualquier modo, a vos os dedicaba más espacio en su carta que a ese alborotador. Por lo visto, os daba por muerto en los desgraciados incidentes del año pasado.

Eso era lo que habían sido para la reina madre de Francia los estragos de la víspera San Bartolomé: unos «desgraciados incidentes».

—Acaba de enterarse de que continuáis vivo, lo cual parece ser que le causa disgusto. Diría, sin mucho miedo a equivocarme, que no sois grandes amigos. ¿No es así?

Cualquier otro hubiese trazado una sonrisa, aunque fuera falsa, al formular una pregunta de respuesta tan obvia. Catalina de Médicis ni se esforzó.

—Así es.

—Desgraciadamente, no tengo su carta a mano. Os leería literalmente las líneas en las que os menciona. Porque ya no recuerdo...

Interrumpiéndose, se dirigió a la enana:

—Luzienne, tal vez seas capaz de resumirle a este joven caballero la esencia de lo que el señor de Agramont quería expresarme.

Francisca se hizo oír por primera vez:

—Básicamente, que sentiría gran placer si recibiera la cabeza de Joanes Mailu dentro de un saco lleno de sal.

Escuchando a la enana, cualquiera hubiera pensado que era precisamente eso lo que ella ansiaba ver. La reina madre dejó transcurrir unos instantes para observar mi miedo. Sus ojos daban frío, un frío muy grande.

—Ya le he contestado que, sea cual sea el asunto que tiene con vos, no deseo despojar a mi yerno de un valioso escudero.

Mi aliento recuperó la vía hasta los pulmones. Farfullé algunas palabras de agradecimiento, no demasiado entusiastas. A Francisca le floreció una sonrisilla en sus feos morros. Catalina, sin alterar su semblante, cambió de tema.

—Luzienne es una gran lectora. Me agrada escuchar su voz.

Acababa de darme cuenta de que Francisca tenía un libro en sus manos.

—Mostrad al joven caballero qué estáis leyendo para mí.

La mujercita tornó sus ojos hacia el libro, en la página en que lo tenía abierto.

*Andre eder jentil batek bihotza deraut ebatsi
Hartzaz orhoit nadinian deusere ezin iretsi
Nik hura nola nahi nuke hark banenza onhetsi
Ezin benturatuz nago beldur dakion gaitzi^[4]...*

Podía esperarme muchas cosas, no algo semejante. Ahora sí que asomó una sutil sonrisa a los labios de la reina madre. Después de provocarme miedo, esperaba mi

desconcierto.

—En Gascuña tienen vuestra lengua por bárbara. Comparada con mi italiano, evidentemente, no es nada. Sin embargo, me endulza los oídos. A pesar de no comprender una palabra.

Sobre una mesita había una bandeja, repleta de algo de un rojo amarillento cortado en cuadraditos iguales. Tenían mucha fama los cocineros que Catalina traía de su país y los dulces que le preparaban. Francisca acercó la bandeja a su señora. Uno de esos cuadrados desapareció en la boca de la reina madre.

—Ya sabéis cómo son los franceses con su idioma —su gesto abarcó a todos los demás de la sala—. Les parece que no hay otro en el mundo.

Le ordenó a Francisca que me enseñara el tal libro. Su título estaba en latín. Su contenido, en vascuence. Había oído hablar de él, por boca de mi abuelo. Había sido escrito por Etxepare, párroco de Eiheralarre, en tiempos de Miguel Mailu. Un ferviente beaumontés, el dichoso Etxepare, enemigo de la Fe y del Reino. No resultaba extraño que Catalina lo apreciase.

—Aunque a veces resulta francamente impúdico, es mejor que las hugonoterías que guardáis en vuestro cuarto.

Francisca rehuyó mi mirada. Sucia delatora. En Madrid, en Roma y en París, mis libros terminaban en la hoguera. La propia reina me alargó la bandeja con las golosinas. Tomé una. La miel de las abejas no podía ser más dulce.

—Simplemente es un consejo. Por otra parte, no tenéis de qué preocuparos. Yo misma he leído las Sagradas Escrituras y libros de oración en idiomas distintos al latín.

Se quedó callada, como queriendo calibrar el efecto de su confianza. No la creía. Eso era lo que le estaba dando a entender, sin necesidad de palabras.

—He tratado de entender vuestra doctrina, en la creencia de que ello me ayudaría a traer la paz en el reino. En vano. Cada cual no mira más que su verdad, sin pensar tan siquiera que pueda estar equivocado. ¿Tan importante es la Teología, como para darnos pie a que nos matemos los unos a los otros?

La incredulidad dio paso al escándalo en mi interior. Que ahora empezase a cantar las alabanzas de la Eucaristía o del culto a la Virgen no me provocaría sentimientos más dulces que la indiferencia de Catalina. Si trataba de adularme de aquella manera, se confundía de camino. Si equiparaba a Roma y Ginebra, era señal de que no creía ni en una ni en otra. ¡Y qué pecado más grave que no creer en ningún dios!

—Mirad esto. Ayer mismo me lo trajeron de Lyon. Lo hizo un correligionario vuestro.

Era un pasquín. Dibujado en él, se mostraba a la propia reina madre con dos hombres en la cama. Uno vestía como un cardenal papista. El otro podía ser un abad, o el prior de una orden religiosa que no supe reconocer.

—“La nueva Jezabel: lamevergas de los siervos de Roma» —leyó—. Así me llaman.

Me llamó la atención su aflicción. Lo que decía aquel papel no estaba muy lejos de la imagen que yo tenía de ella.

—Si supieran qué poco me importaría abrazar por completo la doctrina de Calvino, si ello contribuyese a unir las heridas entre franceses y asegurar la corona de mis hijos...

Tomó otro dulce de la bandeja. No volvió a hablar hasta terminar de masticarlo.

—Por lo demás, una cosa habéis de saber, Mailu: la única mujer en toda la corte de Francia que le es fiel a su marido es la reina madre. Tiene mérito, considerando cuántos años lleva viuda.

Llegado a ese punto, calló Catalina. El ánimo se me había ensombrecido bajo aquella urdimbre de palabras. Odiaba a esa mujer, ella debía de saberlo. Sin embargo, me había dejado con vida, por segunda vez, y, de modo sorprendente, me estaba abriendo su corazón. No creía que regalara cualquier oído con las cosas que me estaba confesando. Y no resultaba fácil adivinar por qué o para qué quería que fuese yo confidente de su alma.

Ya había pasado el tiempo de las confesiones. Comenzó a hablar con otro tono.

—Antes os he mentido. Cuando entrasteis, Luzienne y yo estábamos hablando de vos, pero ya nos habíamos olvidado de la carta de Agramont.

Como antes, la enana, asintió a las palabras de su señora, con un ligero golpe de cabeza.

—Le acababa de contar cómo el otro día mi consejero Cósimo me recordó que tenía deseo de veros.

Había pasado más de un año desde que había conocido a Cósimo Ruggieri, el día de mi abjuración forzosa. Desde entonces, siempre había tratado de mantenerme lejos de su pálido semblante. Ignoraba si los rumores eran ciertos y si, efectivamente, era el intermediario entre Catalina y Belcebú. Francisca se había reído de mí por creerlo. En palabras de la enana, desde su «laboratorio» de la torre principal del Louvre, lo que él observaba eran «estrellas y planetas». Yo, a ser posible, no tenía ninguna intención de poner un pie en aquel lugar.

—¿A qué propósito necesitaría verme vuestro consejero? —me salió con voz muy débil.

De nuevo sentí el peso de su mirada sobre mí, en la peculiar manera que la reina madre tenía de observarme.

—¿No sentís curiosidad sobre vuestro futuro?

Catalina de Médicis estaba en lo cierto. Las leyes matrimoniales no tenían vigor en el palacio del Louvre. Francisca de Senpere estaba esposada con un bufón de la corte conocido como *El manco*, pero se amancebaba con Krassovski. Charlotte de Beaune, por su parte, amén de hacerle las noches más breves a Enrique de Navarra, debía hacerle un sitio a su marido, barón de Sauves y secretario de estado. Por otro lado, un

caballero italiano, de nombre Brancaccio, era el marido de mi amante Louise de Montigny ante los ojos de Dios. Jamás lo vi en París; servía a los intereses genoveses en una isla del Mediterráneo. El duque de Anjou no halló una amiga vulgar cuando consiguió los favores de Marie de Clèves, que, aparte de hija de una noble familia, era la esposa del príncipe de Condé que se podía decir que estaba preso como nosotros... De todos ellos, el último me causó escándalo. Viví como una afrenta personal el amorío entre Anjou y Marie de Clèves.

—¿Y a ti qué más te da? —se rio Francisca de mí—. Esto no es Navarra. Esto no es Ginebra. Esto es la corte de Francia. Mira hasta qué punto está el duque enamorado: ¡está dispuesto a renunciar al trono de Polonia, si eso le obliga a separarse de Marie!

Volvíamos de una sastrería junto a la puerta de Saint-Honoré hacia el Louvre. Francisca acababa de encargarse unas calzas para Krassovski. Le hacía muchos regalos a su amante.

—Condé, además, dicen que ya tiene con quién consolarse...

El nombre estaba en boca de todos: Charlotte de Trémouille. Una de entre las centenas de damas de honor de Catalina de Médicis.

—... si necesitase consuelo, claro.

Condé era un hombretón, sin igual en el campo de batalla. Pero su escasa pasión por las mujeres hacía tiempo que daba que hablar entre los papistas. No dejé que la enana siguiera por ahí.

—El príncipe es primo del rey de Navarra. Insultas a todo su linaje.

—Anjou también es primo de tu rey.

No había pensado en ello. Realmente, a mí el linaje me importaba poco. O casi nada, al lado de la religión. El asunto no me causaría ni frío ni calor, si Condé no hubiese sido jefe de los reformados franceses hasta que se convirtió en cautivo de Catalina.

—¡No les basta con convertirnos a las falacias de Roma, y tienen que acostarse con nuestras mujeres! —escupí mi indignación.

La respuesta de Francisca no se hizo esperar ni un segundo.

—Pues, desde que está con Anjou, Marie va tremendamente complacida a misas y procesiones.

Así era, al parecer, para mi vergüenza. Le repliqué desde otro flanco.

—A la fuerza ha de embelesarse con procesiones, porque hace tiempo que tengo oído que Anjou se complace más con los hombres que con las mujeres.

Francisca suspiró. Seguramente, desde que empezamos a discutir sospechaba que acabaríamos llegando a eso.

—Todos los reyes y los principales nobles de Francia eligen a sus favoritos entre los cortesanos, y los colman de favores y honores a cambio de su amistad —me contestó, sin arriesgarse a más.

—Hasta el último mono sabe que algunos de los acompañantes de Enrique de

Valois, además de monterías, batallas, fiestas y salones, comparten también la cama con su señor.

Los favoritos de Anjou formaban un grupo compacto, un pequeño ejército, en torno a su generoso patrono. Todas las damas y damiselas del Louvre solían convenir en una cosa: alrededor del duque se hallaban los mozos más hermosos de palacio. En aquella época, Du Guast lideraba aquella tropa. La última estrella era Jacques de Lévis, conde de Quélus. Tenía diecisiete años, unos pocos meses más que yo.

—Entonces ya sabes qué sencillo es todo esto —admitió, sin por ello dar su brazo a torcer—: Anjou monta a Lévis, mientras que a Marie de Clèves le escribe cartas de amor con su propia sangre. Eso es algo que hacen muchos hombres.

—Sí, pero con dos mujeres.

Ya avistábamos el palacio real. Ralentiqué el paso, por hacer un favor a Francisca. A las cortas piernas de la enana les costaba seguirme.

—¿Tanta diferencia hay?

Me sentía incapaz de responder. Una vez hice de mujer para un hombre, aunque en contra de mi voluntad. En cambio, ningún hombre había hecho de mujer para mí.

—No deberías sorprenderte tanto. La esposa de Condé no es la primera mujer de Anjou. ¿A que no adivinas quién lo inició en la carne?

No estaba tan atento a los chismes del Louvre como para conocer las viejas historias.

—Louise de la Béraudière, a la que llaman *La Belle Rouet*.

Ese nombre hizo que bajase la mirada hacia la enana. Louise de la Béraudière era la misma que aprisionó entre sus muslos a mi padre, Antonio de Borbón, para conducirlo hacia Roma.

—¿Eso también fue una orden de la reina madre? —pregunté.

A pesar de superar la treintena, esa mujer todavía destacaba entre las damas de Catalina.

—Puede ser. Mi señora nunca ha llevado bien la afición por los hombres de su hijo predilecto.

El tema suscitaba en mí sentimientos encontrados, asco, odio y también una turbia atracción.

—En Navarra quemamos a la gente así.

—En Francia también. Siempre que no seas hijo o hermano del rey.

Estaba claro.

—¿Y después de Louise?

—Anjou, dicen, aprovechó las lecciones de la señora de la Béraudière para ser el primer instructor de su hermana Margarita, cuando no eran más que unos jovencitos.

En mi época de soldado de la Reforma, historias semejantes corrían de boca en boca. Las teníamos por verdaderas. Sin embargo, confirmadas por una papista, su certeza aumentaba. Ahora no quería oír esa verdad. Hablábamos de la reina de Navarra.

—Luego, el rey Carlos se unió a la fiesta —siguió Francisca, sin piedad—. Y ya sabes qué sucede cuando hay dos gallos y una sola pollita. La animadversión que se profesan los dos hermanos proviene de esa época. De la misma forma ha devenido en odio la fascinación que Anjou sentía por su hermana.

Solo deseaba que callara.

—¿En las buenas familias de Navarra nunca pasan estas cosas?

Me negué a contestarle. Ya nos encontrábamos en el oscuro portalón del Louvre. Ello no hizo que bajase la voz.

—Dicho sea de paso, ¿sabes quién es el último amante de Margarita?

El último amante de Margarita era el conde provenzal La Molle, amigo del duque de Alençon, que conformaba con su compinche, el conde italiano de Coconas, una entente tan fuerte como la que forma la uña con la carne; tanto que la amante de Coconas era la condesa de Nevers, amiga íntima de Margarita. Desde que los vi en la fiesta de las Tullerías departiendo con el rey de Navarra, en más de una ocasión me había encontrado con La Molle y Coconas entrando o saliendo de la habitación de Enrique. A pesar de ir familiarizándome con las costumbres del Louvre, me parecía excesivo mantener una amistad así con el que te está adornando la frente con una hermosa cornamenta. No podía imaginarme qué se cocía en esos encuentros. Solo sabía que había que mantenerlos en secreto.

—Ni media palabra a tus amiguitas, ni a la rubia ni, mucho menos, a la enana —me ordenó mi señor.

Al poco, tuve ocasión de recordar la advertencia de Enrique. Estaba citado con Louise en su habitación, y la damisela me dispensó su habitual buena acogida. Primero lo hicimos como el rey Carlos y Marie Touchet. Después, como el duque de Anjou y Jacques de Lévis. Tras lo cual, caí rendido por el sueño, sin fuerzas para nada.

—Con poco os basta para quedaros más seco que una fuente en pleno verano —se burló de mí mi amante—. Eso no le pasa a La Molle.

Me volví hacia ella en la oscuridad del cuarto.

—¿Vos y La Molle...?

—Pocas son las mujeres que no han recibido alguna vez en su lecho a Boniface. Es fama que los suyos son los mejores muslos masculinos del Louvre.

¿«Boniface»? El duro puño de los celos me impactó en plena cara.

—Antes se decía que cada vez que estaba con una mujer, acto seguido, oía misa, para pedirle perdón a Dios. ¿Sabéis cuántas misas oía al día?

—Ni en sueños lograría saberlo —grazné.

—Tres o cuatro. Ahora, desde que la reina de Navarra le concede sus favores, dicen que se acerca menos a la iglesia.

—Peor para él.

—Le sobra tiempo para reunirse con el duque de Alençon. También con vuestro señor, el rey de Navarra, es decir, con el marido de su amante. ¿No es algo sorprendente?

De nuevo, Louise había conducido la conversación al tema que le interesaba. Recordé una expresión que había oído a Francisca.

—¿Por qué sorprendente? Esta es la corte de Francia.

Las negociaciones con los polacos habían concluido. Por el Louvre corría el rumor de que las promesas realizadas por los representantes de Catalina de Médicis ascendían a tanto dinero como para arruinar varias veces al reino de Francia, ya de por sí empobrecido. ¿Acaso no les habían prometido, entre otras cosas, que los franceses fabricarían para ellos una flota que dominaría todo el Báltico?

—Siempre habrá tiempo para faltar a nuestra palabra —le escuché a uno de los que había andado en los tejamanes de aquellos días.

Algunos de los polacos ya habían regresado a su país. Otros seguían en París, con intención de recorrer el camino de vuelta a Cracovia con su nuevo monarca. El nuevo rey no tenía prisa por ponerse en camino. Se había ido ya un soleado septiembre, llegaba un lluvioso octubre, y Enrique de Valois, duque de Anjou, rey de Polonia y gran duque de Lituania, continuaba en París. Mientras tanto, la salud del rey Carlos IX de Francia empeoraba de día en día. No tenía hijos varones, tan solo una hija pequeña, de su mujer Isabel de Austria. Al morir, Anjou subiría al trono.

—Al rey Carlos se le ha metido en la mollera que su hermano no se marcha a Polonia porque está esperando su muerte como un buitre —me explicó Francisca.

—Así que el rey Carlos está equivocado —dije yo.

—¿Equivocado en qué?

Los arrebatos de ira de Carlos IX habían dado mucho que hablar, no solo en el Louvre sino también en las cortes extranjeras. Esta vez, su cólera fue tan terrible que los que la presenciaron creyeron que iba a caer muerto allí mismo. Que iba a caer muerto allí mismo o que acabaría con su hermano en idéntico lugar. Su madre Catalina logró apaciguarlo. Dicen que un sudor de sangre teñía de rojo su cuerpo.

Un día, a finales de octubre, Enrique me ordenó:

—Dispón tus cosas, marchamos en el séquito de Anjou hasta la frontera de Lorena.

No suponía una sorpresa. Todos cuantos dormíamos bajo el techo del Louvre esperábamos ese momento.

Enrique bajó la voz:

—No dejes aquí nada que después quieras conservar. Si todo va bien, no volveremos.

Con la cara iluminada, quedé a la espera de más detalles. Estos no llegaron. Durante los días siguientes, mi buen humor resultó patente:

—¿Tanto te alegra tener que salir de viaje? —me inquirió Francisca—. Pareces un pájaro en medio del trigal.

—No me alejo de París desde que regresé de La Rochelle.

La última noche antes de partir la pasé con Louise. Sin pretenderlo, la traté con más cariño de lo normal.

—Oídmeme, esto no es una despedida. Dentro de un mes estaréis aquí de nuevo. Además, tendréis consuelo con las mujeres de Lorena.

Al día siguiente, abandonamos París junto a toda la corte francesa. Mis armas y mis libros fueron lo único que llevé conmigo. El pueblo llano la bautizó como «la caravana de los polacos». En verdad, tan solo quedaban unos pocos de aquel país, encabezados por Adam Konarski, obispo de Poznan, y el príncipe Radziwill, que era gran mariscal de la corte. Junto a ellos, toda la familia real francesa se puso en camino, acompañada por sus respectivas «casas», el consejo real, una infinidad de criados, así como un numeroso despliegue de soldados destinado a labores de protección y vigilancia. Tampoco hay que olvidar la gran tropa de franceses que Anjou llevaba a su nueva residencia, en la que se incluían consejeros verdaderos o ficticios, médicos, favoritos, amigos, más que amigos, y la que sería la guardia personal del nuevo rey de Polonia: una escuadra de soldados gascones, traídos directamente del asedio de La Rochelle. Yo marchaba en un puro nervio, encendido por la inminente promesa de libertad, con lo que tuve que resignarme a la lentitud del viaje cortesano. No me alejaba cuatro vergas de Enrique. En cuanto él me hiciera una señal, saldría al instante detrás de él. Un buen día acabó por darme sus instrucciones:

—Está todo ultimado. El día que te diga, estate preparado para desalojar en un santiamén. Tú, por si acaso, ándate cerca de Armagnac. Es un inútil pusilánime, pero tampoco quiero dejarlo aquí. Contaremos con una tropa de gente de la Religión en los alrededores. Nos protegerán si los soldados del rey salen tras nosotros. Nos llevarán a Sedán, y, si allí no estamos seguros, a algún principado alemán reformado.

Sedán, Alemania... No sabía muy a ciencia cierta dónde se encontraban esos lugares. Tenía la sensación de que nos alejaban aún más de Navarra. No por eso me desalenté.

—El duque de Alençon vendrá con nosotros.

Escuchar el nombre del funesto jorobado e invadirme una inmensa desazón fue todo uno. Mi rostro me delató hasta tal punto que Enrique se vio obligado a ofrecerme una explicación:

—Aunque vaya a Polonia, Anjou seguirá siendo el heredero a la muerte de Carlos. Catalina ha decidido relegar por completo a Alençon.

Me faltaban luces para entender los temas dinásticos. Me había dado cuenta de que no en todos los países era lo mismo, es decir, que la ley navarra no servía para Francia, ni la francesa para Polonia. Ya no sabía qué era lo habitual y qué no lo era. Hubiese creído cualquier cosa que me dijeran, incluso que la reina madre decidiera quién de sus hijos sería el próximo en ser coronado.

—Así pues, Alençon está más decidido que nunca a alzarse contra su madre.

—Con la ayuda de los reformados —concluí.

Me acordé de la inútil misión que me llevó al interior de La Rochelle.

—Con la ayuda de los reformados, evidentemente.

Durante todo el rato que conversamos, Miossens estuvo a nuestro lado. Solía estar locuaz. Aquel día hacía su jornada en silencio y ceñudo.

Dos días más tarde, el primer noble del reino me abordó a solas. Era de noche y yo iba a hacer de vientre fuera del campamento.

—Joanes, es necesario reconducir este asunto.

No sabía exactamente de qué me hablaba.

—¿No es una locura fiarnos de Alençon y de sus aduladores?

En el fondo estaba de acuerdo con él. La perspectiva de marchar del brazo con Alençon me acongojaba. Todavía más si sus «aduladores» eran gentuza como La Molle y Coconas. Pero mis impresiones contaban poco, si Enrique opinaba lo contrario. Por otro lado, estaba dispuesto a quedar en deuda con ellos, si el precio era la libertad.

—Yo haré lo que mande mi señor.

A la mañana del día siguiente, recién levantados, nos rodearon veinte miembros de la guardia escocesa. Sujetaban sus habituales arcos largos, dispuestos a emplearlos contra nosotros. Hice gesto de echar mano a la pistola.

—Quieto, Joanes —me gritó Enrique—. Morirás por mí cuando sea necesario, no antes.

Obedecí su orden contra mi voluntad, aunque sabía que llevaba razón: si hubiese tomado la pistola, no habría pasado un segundo antes de que me ensartaran una buena docena de puntas de flecha.

Nos desarmaron en un abrir y cerrar de ojos, tras lo cual, su jefe, con gran cortesía, pidió a Enrique y Condé que lo acompañaran. Los vimos alejarse, rodeados de escoceses, hacia el carro y la tienda de la reina madre. La mitad de los soldados se quedaron con nosotros. En mi rostro se podía leer la inquietud.

—No te apures. No les harán nada —me amonestó Miossens.

No le pregunté cómo sabía eso.

La espera se prolongó. El suceso había detenido la corte vagabunda. Llegó la hora de poner en marcha la comitiva y nadie se movió. Los cortesanos, sin saber qué hacer, se paseaban alrededor de nosotros, como si contemplaran bestias provenientes de remotos países. De ahí, se llegaban hasta el emplazamiento de la reina madre de Francia, en busca de noticias. A veces, oíamos incluso sus comentarios:

—Les cortarán la cabeza, ¿no?

—Así ha de hacerse con los traidores.

El débil sol de noviembre había hecho la mitad de su recorrido en el cielo, cuando volvió Enrique.

—En fin, muchachos. Nos quieren tanto en la corte de Francia, que he decidido

quedarme otro poco más.

Miossens empezó a decirle algo. Enrique, ostentosamente, le dio la espalda.

Para la tarde, nos encontrábamos cabalgando ente los carros del rey y la reina madre de Francia. Por orden de Catalina, ese sería nuestro sitio, día y noche, mientras durara el viaje. Quién sabe cuándo nos devolverían las armas. Seguíamos rodeados de escoceses, con los arcos dispuestos. Alençon también iba en el grupo, tan preso como nosotros. Su feo semblante y el de Condé eran los que expresaban la mayor rabia. Enrique mostraba mucho menos duelo. O mejor dicho, ni pizca de él. No paraba de conversar con el rey de Francia, al que transportaban más muerto que vivo sobre un camastro instalado en un carruaje. De cuando en cuando, sentíamos un sonido ahogado, como una especie de suspiro, y entonces sabíamos que Carlos IX reía. *Navarra* iba a su lado, recordando historias de cuando eran muchachos. Hablaron larga y apasionadamente de una pelea con bolas de nieve en Carcasonne, nueve años antes. De vez en cuando, Enrique alzaba la voz y se dirigía a Alençon, desde el caballo.

—Vos también estabais allí, Francisco, recibiendo mis bolazos.

El duque, que marchaba más atrás, se enderezaba tanto como se lo permitía la joroba, sin hacer el mínimo ademán de contestar a su primo.

Armagnac y Miossens iban un poco más adelante que yo. Estuvieron discutiendo vivamente durante un buen rato, en voz baja. Acabé por arrimarme y acercar la oreja. Tengo la certeza de que se percataron de ello, a pesar de lo cual no se callaron.

—¿Cómo os habéis atrevido a acudir a la reina madre? —le preguntaba Armagnac a Miossens. Parecía horrorizado.

—No a la reina madre. A la reina Margarita de Navarra. Le debía la vida.

—Yo también, y, sin embargo, no he ido donde ella a delatar a mi rey.

—Como siempre, no entendéis nada. Había que acabar con esa locura. Eso es lo que he hecho.

—Enrique os matará.

—Me perdonará. Me debe demasiado. Él mismo sabía que no era su hora.

Anduvimos varias semanas bajo la lluvia, por los enfangados caminos de la Champagne, hasta detenernos en un aldea llamada Vitry. Carlos IX había empeorado, afectado por una especie de extraña viruela.

—Esta vez, sí —le oí a un sirviente de palacio.

Pasamos cuatro días sin movernos de aquel lugar. Al quinto, escuchamos unos horribles gritos procedentes del carruaje de Carlos IX. El rey de Francia, a voz en grito, le pedía a Anjou que se marchase de una vez por todas.

Al día siguiente, llegó la hora de las despedidas. Lo juro: a pesar de saber cuánto se odiaban el uno al otro, vi lágrimas en los rostros de ambos hermanos al despedirse para siempre. También lloraba Alençon, aunque odiaba al nuevo rey de Polonia tanto como su hermano mayor. Y todavía lloraban más Margarita y Catalina, al ver partir, respectivamente, al hermano preferido de tiempo atrás y al hijo del alma de siempre.

Los nobles polacos y franceses, los soldados de nuestra escolta, los frailes y los curas que nunca faltaban, toda clase de criados, criadas y sirvientes al servicio de la corte, fuimos testigos de los abrazos, los sollozos y los aspavientos de los Valois. Actuaban para nosotros en una representación sin bis y nosotros les agradecemos su empeño, tratando justamente de no perder detalle.

—¡Ah, qué familia! —exclamó Enrique, como para sí.

En algún momento, Catalina juzgó que ya era suficiente.

Los carruajes, los animales y los caminantes emprendieron viaje hacia el este, lentos como anillos de un apático lución.

La marcha del amanerado Anjou y sus favoritos hizo menguar en la corte de Francia la fatuidad y la afectación. Con la llegada del invierno, una suerte de lienzo oscuro recubrió los habituales colores claros del Louvre, y un lánguido silencio derrocó los sones y los bailes de sus fiestas. El rey Carlos IX seguía agonizando, sin llegar nunca al último aliento, convertido en un cadáver que respiraba. Y tendría consuelo, si fuesen esas las únicas malas noticias para la reina madre. El sur del reino volvía a incendiarse. Además de en La Rochelle, en Montauban, en Nimes y en varias zonas de Gascuña y Languedoc los reformados se libraban del yugo parisino. Montgomery, el que fuera mi jefe en Orthez, había alcanzado tierra en Normandía, con ayuda de la reina Isabel, trayendo consigo un pequeño ejército desde Inglaterra. En poco tiempo, la Reforma avanzó posiciones también en el noroeste del reino. Desde Navarra nos llegaban noticias confusas, pero la mayoría confirmaba lo que había oído de boca de Catalina de Médicis: al parecer, Bernard d'Arros, tomando la mano de los reformados del Bearne, no se había rendido ante Agramont, ahora católico. Enrique estaba contento. Nadie le recordó que Arros estaba desobedeciendo las órdenes que él mismo había dado.

Desde que volvimos a París la vigilancia sobre nuestras personas se relajó. Enrique se presentaba ahora como un muy buen amigo de Carlos IX, lo que le atrajo alguna clase de gratitud por parte de su primo. Un día, Enrique apareció ante mí con un joven caballero a su lado. Su cara no me resultaba desconocida.

—Te presento al señor d'Aubigné, será mi escudero junto contigo.

Ningún rey contaba con un único escudero. Hasta la fecha había creído que al de Navarra le bastaba conmigo.

—Hazle partícipe de tu confianza. Es de los nuestros.

Su saludo fue tan gélido como el mío.

Agrippa d'Aubigné tenía entonces veintidós años, uno más que mi señor. Había participado en las guerras contra los papistas, al lado de Condé. Se encontraba en París el día de la boda de Enrique, como tantos otros caballeros reformados. Gracias a un duelo, no le atrapó la matanza de la noche de San Bartolomé, al haberlo apartado de la ciudad. Había vuelto por su cuenta a París, «con la intención de servir al rey de

Navarra». Ciertas poesías que había compuesto le abrieron las puertas del Louvre. Nadie le exigió, no como a mí, que abjurara de su fe. Enrique, por su parte, solo le pidió una cosa: «que no se significase en sus cosas de hugonote». Si hubiese estado en nuestro mismo lance, no sé si habría abjurado de la doctrina de Calvino tan pronto como nosotros. En lo referente a la Religión, se mostraba inflexible. Lo cual hacía que me acercase a él. Pero el estrecho apego que Enrique le mostraba me hacía alejarme. Hacía mucho tiempo que ya no era el «hermano» de mi rey, ni tampoco su «bravo pamplonés». Tuve que resignarme a ver cada día a Aubigné en la minúscula corte que el rey de Navarra mantenía en el Louvre. Al menos lo alojaron en la habitación de Miossens. Agrippa provenía de la región de Saintonge. Mi rey siempre empleaba el bearnés con nosotros. De ahí en adelante, empezó a usar el francés, salvo cuando el recién llegado no estaba con nosotros.

Para Enrique, su amistad con Carlos IX no fue óbice para volver a las andadas. El rey de Navarra pasaba más tiempo en las estancias del duque de Alençon, que en la cama de su amante Charlotte de Beaune. Según me percaté, dichas reuniones contaban con nuevos participantes desde principios de año a esta parte, y no con cualquiera. En una de ellas reconocí al mariscal de Montmorency, hijo del condestable de Francia.

¿Se realizaban las reuniones sin que la reina madre se enterase? Lo dudo. La red de informantes de Catalina se extendía hasta los lugares a donde no llegaba ningún oído. Sin embargo, más que el entendimiento entre su hijo y su yerno, le preocupaba, parece ser, el ambiente fúnebre que se respiraba en el Louvre. Con la intención de espantarlo, tomó la decisión de trasladar la corte al castillo de Saint-Germain.

—¿Para qué? —pregunté tan pronto como lo supe.

—Para celebrar el martes de carnaval —me respondió Enrique—. Todos acudiremos. Desde los príncipes de sangre de Francia hasta el último mozo de cuadra.

La noticia incrementó el movimiento en torno a Enrique y Alençon. Durante los días anteriores a partir hasta un ciego hubiera percibido la dinámica de reuniones, encuentros y mensajeros. La inquietud de mi señor aumentó. Armagnac solía ser, como de costumbre, el que pagaba los nervios de nuestro señor.

—Oídmeme bien: si esta vez Miossens le va con el cuento a alguien, te haré a ti responsable —le dijo Enrique, una vez que estaba yo delante.

—¿Por qué a mí, señor? —preguntó, asustado, el camarero real.

—Porque eres un culpable muy cómodo, Juanito.

No había necesidad de que Miossens le fuera con el cuento a nadie para que se corriera la voz de que algo se tramaba. Louise me lo sacó a colación, la víspera de marchar.

—A *Navarra*, vuestro señor, no le beneficia la mala fama de Alençon —dijo encadenando un suspiro con otro—. Si alguien le hiciera saber qué se trae entre manos esa corneja de hijo suyo, no dudes que mi señora Catalina estaría dispuesta a ser generosa. Muy generosa.

La damisela estaba sentada a horcajadas sobre mi persona. Con cada sacudida sus pechos blancos brincaban, bailando para mí.

—Lo tendré en cuenta, amor mío.

No se podía decir que me hubiese comprometido demasiado.

A la misma mañana siguiente le comuniqué a Enrique las palabras de Louise.

—La vieja perra algo ha olido. Tendremos que adelantarnos a ella.

No era un viaje largo. Saint-Germain dista unas diez leguas de París. Dicho paraje, rodeado de bosque, era residencia habitual de los reyes de Francia desde Francisco I. El propio Carlos IX y también Margarita habían nacido allí.

El castillo era más pequeño que el Louvre, y habían tenido que acondicionarlo. Me colocaron con Miossens, Armagnac y Aubigné, en una pequeña habitación ciega, anexa a la de Enrique. Por su parte, Louise debía compartir con Charlotte de Beaune la suya, contigua a la de Margarita. La primera noche, tuve que aguardar hasta que vi a Charlotte entrar en la habitación de Enrique, para ir a cortejar a Louise. Al día siguiente, Enrique se burló de mí a causa de ello.

—Hoy por la noche, yo iré a esa habitación. No te importará si me confundo de cama y me meto en la de Louise, ¿no?

Reí, como ríe el criado las gracias de su amo.

Los dos días posteriores a nuestra llegada a Saint-Germain los pasamos cazando. Carlos IX, desatendiendo a sus médicos, participó en ambas batidas. Fue el primero en poner su caballo al galope, también el último en detenerse. En el entretanto recorrió todos los caminos del bosque, con un frenesí tal que parecía haber apostado a que la muerte lo atraparía cabalgando. Tres veces lo vi acercarse al ciervo cercado por los perros y, clavando su puñal en su cuello, manchar sus manos con la sangre del animal. Al final del segundo día, hubieron de llevarlo al castillo en camastro. Temblaba, empapado de sudor. Una masa oscura salía de su boca.

—Difícilmente verá el sol de mañana —me hizo saber Francisca, cuando nos encontramos esa tarde.

—Eso ya lo he oído antes.

Por cuatro días estuvieron sin separarse de la cama del enfermo la reina madre y la mujer de Carlos, Isabel de Austria. Había colas en los pasillos contiguos, donde todos los nobles y los cortesanos pasaban las horas, cuando no andaban chismorreando o confabulando. Las preparaciones para el carnaval habían sido suspendidas. Oí cómo Alençon y Enrique se lamentaban por ello.

Al cuarto día, sorpresivamente, el rey llamó a su habitación a Marie Touchet, su amante, y echó fuera a todos los demás. Durante las horas siguientes se debatió vivamente en el pasillo contiguo si gozar de Marie le perjudicaría o le causaría beneficio. A la mañana siguiente volvió a abrirse la puerta del dormitorio del rey, de donde salió la señora de Touchet, rendida pero sonriente. Carlos de Francia estaba algo mejor.

Lo anunciaron por la tarde: la celebración del martes de carnaval se realizaría

según lo previsto en un principio. Volvieron a iluminarse los rostros de mi señor, del hermano del rey de Francia, de Condé, de Montmorency y los otros.

—¿De qué os disfrazaréis? —me preguntó Louise.

Se hallaba con su amiga Charlotte, en la habitación que les había correspondido a ambas en el castillo. Tenían intención de presentarse al baile como las concubinas del Gran Turco.

Nunca había asistido a una celebración de martes de carnaval. Desde que la reina Juana había visto la luz, no había carnavales en Navarra. ¿Para qué había de haberlos, si eran el prolegómeno de la Cuaresma, y la Cuaresma una superstición papista que ofendía a Dios?

—No lo sé.

Entre risas, comenzaron a discutir entre ellas cuál sería la forma más adecuada de disfrazarme. Como era caballero, una decía que debía ir de porquero, y la otra, que de fraile; una, que de damisela, y la otra, que de caballero polaco, como los que habíamos visto en París el pasado otoño.

Enrique entró súbitamente en la habitación.

—Ángeles míos, ¿a qué viene este escándalo?

Se quitaban la palabra la una a la otra por contestarle.

—No tenéis que romperos la cabeza —dijo él, entonces, mientras acariciaba la melena de Louise—. Yo ya tengo el disfraz adecuado para Joanes.

—Tú serás yo, y yo, tú.

Ya para entonces sabía que en carnavales la identidad de las cosas se trastocaba; lo que estaba abajo se ponía arriba, y lo que estaba arriba, abajo. Ya sabía, por otra parte, cómo era vestirse de Enrique. El año anterior había penetrado en La Rochelle de esa guisa, y dos años antes lo había hecho en la habitación de Margarita.

Lo más sencillo era intercambiar la ropa. Enrique y yo ya éramos de la misma talla, tanto en altura como en anchura. Él eligió qué iba a llevar yo. De entre lo mío no había dónde elegir. Él tenía una barba más cerrada que yo, pero eso lo solucionamos fácilmente desde la víspera, dejando las caras de ambos más lampiñas que las de un ministro. Otras cosas resultaban más difíciles.

—Recuerda el consejo que te di en La Rochelle. Camina erguido, con arrogancia. Nunca seas el primero en saludar, solo a los reyes de Francia. Mira con altivez a los que no son de tu condición y háblales de igual manera —me fue desgranando sus consejos uno detrás de otro—. Prueba. Ordéname algo.

Enmudecí. ¿Qué iba a ordenarle a mi rey?

—Venga, no tenemos todo el día.

—¿Me traeríais...?

—¿«Me traeríais»? ¿Desde cuándo se trata así a los súbditos?

—¿Tráe... me?

Carlos IX después de la cacería de dos días no sudaba más de lo que sudaba yo en ese momento. Enrique se divertía de lo lindo.

La víspera del martes de carnaval me dijo:

—No esperaremos a mañana para comprobar si la gente se lo cree. Esta noche tú serás el rey de Navarra y yo Joanes Mailu.

Después de que anocheciera comprendí qué quería decirme, cuando fui a la habitación de Louise y Charlotte. Enrique se encontraba dentro, en la cama de mi amante. Habiéndose consumado el canje, a mí tal vez me correspondía entrar en la de la suya. Me marché de allá sin atreverme a hacerlo.

Al día siguiente, me recibió con burlas.

—Me has dejado en la estacada, Joanes. He tenido que cumplir dos veces mi trabajo. Primero con la rubia y después con la morena.

Tuve que hacer un esfuerzo colosal para poder sonreír.

Igual que en el Louvre, también en Saint-Germain el día rompía con una misa. La reina madre y sus consejeros, el rey, algo más restablecido, y su esposa, Margarita y sus damas, Anjou, los Guisa... La capilla era menor que la de París y no cabían todos. Enrique encontró la manera de permanecer fuera. A continuación, avanzamos de espaldas. Un instante más tarde, caminábamos por los pasillos del castillo, siguiendo a un criado de Alençon.

—Apréndete este camino, Joanes. En breve, habrás de recorrerlo solo.

Llegamos hasta una puerta que daba al patio trasero del interior del castillo. Desde allí hasta la muralla mediaban unos veinte pasos. A los pies de la muralla teníamos la segunda puerta de la fortaleza. Era mucho más pequeña que la puerta principal, tanto, que no permitiría pasar a la vez a un jinete y su caballo. Precisamente, se encontraban allí dos figuras con otras tantas monturas: La Molle y Coconas. Caía la típica lluvia de febrero y el día no había amanecido del todo. Solo había un par de soldados vigilando. Los dos espadachines conversaron un poco con ellos. Luego, les dejaron salir del castillo.

Enrique me dio el resto de las explicaciones en su cámara, con Condé, Miossens, Armagnac y Aubigné presentes. En resumidas cuentas, durante la sobremesa, a una hora concreta, debía acercarme a la entrada que acababa de conocer y abrir la puerta a la tropa de soldados que traerían consigo el provenzal y el italiano.

—Serán nuestros. De la Religión.

Su misión consistiría en apresar al rey y la reina madre de Francia y matar a los Guisa y al resto. El gobierno del reino de Francia quedaría en manos de Alençon y de sus partidarios. Nosotros quedaríamos libres y en disposición de volver a Navarra. Eso era lo más grato de todo.

Enrique y yo volvimos a intercambiar nuestras ropas. Según eligió él, me puse botas largas, espuelas, espada, pistola y capa. No eran atuendos para un baile de máscaras. Sí para alguien que se dirige a la batalla o a un duelo.

—No llamarás tanto la atención. Vas a una fiesta de disfraces. De esa forma,

estarás preparado para cualquier incidencia.

Para la cara me entregaron una máscara, en la convicción de que la mayoría del resto de invitados también llevaría una. Me pareció un complemento inútil. Un penacho de plumas verde, distintivo de Enrique, ya adornaba mi sombrero.

Nadie dudó de quién era aquel que aparecía en el gran salón de Saint-Germain con aspecto tan vulgar. Una mujer disfrazada de cortesana vino a mí enseguida.

—Enrique, no os habéis esforzado nada con vuestro atuendo —me reprochó—. ¿No tenían para poner os nada más vistoso que esta triste máscara?

Ella también iba enmascarada, y casi dejaba al descubierto ambos senos. No llevaba corsé. Su cabello moreno, genuino, le caía suelto sobre el hombro, donde refulgían algunas pocas perlas. Si su voz no la hubiese delatado, no sé si habría reconocido a «mi esposa» Margarita de Valois.

La reina de Navarra se lo recriminó también a «mi» amante Charlotte.

—También es labor vuestra que mi marido se presente como es debido.

Se alejó de nosotros con la condesa de Nevers echando pestes de esos «paletos navarros». Diría que buscaban por toda la sala a sus amantes, La Molle y Coconas. Era obvio que Margarita ignoraba nuestros planes.

Convocaron a la gente principal a la mesa. Yo no me moví. Enrique me empujó por detrás para que me fuese acercando. A su lado estaba Louise. Eso me causó envidia. Por el camino me crucé con Alençon, que había optado por la imagen de un héroe de la antigüedad como disfraz y un Héctor giboso, al que le costaba ocultar con un trapo su nariz picada de viruelas.

—Primo, la flecha ya ha salido de la ballesta —susurró a mi paso.

También él me había confundido con Enrique.

A la mesa, traté de ponerme al lado de Condé, pero me sentaron entre Margarita y Catalina. Presidían la mesa la reina madre y la mujer de Carlos IX, Isabel de Austria. El rey de Francia seguía en la cama, no se sabe si retenido por la enfermedad o por su amante. Los músicos hacían bien su trabajo, la comida era deliciosa y los sirvientes no paraban de cebar todas las chimeneas, para que no pasásemos frío. Sin embargo, algo pesado flotaba en el ambiente, como si una negra sombra revoloteara sobre nosotros. Margarita, que seguía enojada conmigo, no me dirigió la palabra en todo lo que duró la comida. Su madre respondió poniendo cara de pocos amigos a todos mis débiles intentos de entablar conversación. Solo deseaba que todo acabase cuanto antes y volver a ser Joanes Mailu. Pero antes de eso, tenía una misión y, por saber cuándo debía acometerla, no apartaba la mirada de Enrique. Mi rey compartía mesa con unos cuantos caballeros y nobles de segundo rango, en un rincón perdido de la sala. Armagnac lo acompañaba, con el terror dibujado en el rostro. Si ocurría algún imprevisto, mi señor lo responsabilizaría a él.

Antes de que concluyese la comida, se abrieron las grandes puertas de la sala. De pronto, callaron música y charlas, e hizo entrada un tropel de soldados. Por un momento pensé que eran los nuestros, que a saber cómo habían logrado abrir la

puerta del castillo. Enseguida me di cuenta de mi error. A esos hombres los comandaba el señor de Chambes, capitán de la guardia francesa del rey. Traía aspecto de venir de luchar, empapado como estaba de sudor propio y sangre ajena. Se dirigió directamente a la reina madre.

—Vuestras indicaciones eran correctas. Los hemos atrapado en un bosque cercano. Eran unos doscientos. Hemos matado a la mayor parte. Y también apresado a unos pocos.

En ese momento hicieron entrar a La Molle y Coconas, encadenados y cabizbajos. La sangre que traían no era de ningún otro. Margarita y la condesa de Nevers se arrancaron en gemidos, pidiendo a voz en grito la libertad de sus amados.

—¡Silencio, niña estúpida!

Aunque el bofetón de la reina madre solo había alcanzado a su hija, hizo callar a las dos. La mujer posó sus ojos sobre su hijo Alençon, luego sobre Condé, y finalmente sobre mí.

—Amado hijo, amados sobrinos, creo que debemos tener una larga conversación.

Me quité la máscara, por dejar mi rostro al descubierto. Nadie se percató de la confusión. Alargué la vista hacia donde estaba Enrique, suplicándole ayuda. Mi señor miraba a Armagnac. Tal vez le estaba diciendo a su camarero real que la culpa de todo era suya.

EL CASTILLO DE VINCENNES, en toda su extensión, no tenía mucho que envidiar al Louvre. Contaba con muros más sólidos que los de la residencia habitual de la corte. Su debilidad estribaba en su localización, fuera de las murallas de París. En caso de ataque, los parisinos no podrían prestarle ayuda directamente. De cualquier forma, la reina madre de Francia no debía de confiar en la fidelidad de los habitantes de la capital, puesto que no era la primera vez que prefería la protección de Vincennes a la de ellos. Once años antes, en 1563, fue allá donde se guarecieron en una ocasión en que los seguidores de la Religión trataron de tomarlos como rehenes. Por lo demás, en verano solían acudir a él, cuando el calor convertía las calles de París en un lugar hediondo. Esa vez recorrimos el camino que lleva de Saint-Germain hasta allá con el frío de febrero como compañero. En un solo día. El rey Carlos de Francia había vuelto a enfermar. Durante el trayecto, le oí quejarse:

—¿Por qué no me dejáis morir en paz?

Tan pronto como llegamos, me condujeron hasta una habitación de la torre principal, en la puerta de la cual apostaron dos centinelas. En el otro extremo de la misma torre descomunal encerraron a Alençon. Condé iba a ocupar una tercera, pero supo engañar a sus guardianes en el camino de Saint-Germain a Vincennes. Llevaba bajo sus posaderas un caballo veloz. Unos meses después nos llegaron noticias suyas desde Alemania. Había vuelto a la Religión y trataba de reclutar un ejército con la ayuda de los reformados alemanes.

En Francia no se acostumbra a dar tormento a un príncipe de sangre para que reconozca su culpa. Todavía menos si sucede que el tal príncipe de sangre es, a su vez, rey, aunque sea de un reino minúsculo como el de Navarra. Afortunadamente. Aparte de lo que podía figurarme, poco sabía, muy poco, de lo que habían estado tramando mi señor y el duque de Alençon en el castillo de Saint-Germain. Igualmente, poco, muy poco, pudo obtener Catalina de Médicis de su conversación conmigo. Mucho más locuaces resultaron ser La Molle y su compañero, pero en su caso era comprensible, puesto que los tormentos no les estaban vedados. Como las respuestas no podían ser de mi cosecha, pasé toda la conversación afanándome por acertar con los argumentos que Enrique de Navarra hubiera utilizado en su propio favor.

—No pretendía haceros mal ni a vos ni a los miembros de vuestra familia, sino obtener la libertad para regresar a mi reino.

Todo ello lo dije, presa del temor y, al mismo tiempo, en un esfuerzo ímprobo. Temor de que el mínimo detalle me fuera a delatar. Esfuerzo, por recordar cada gesto de Enrique. Ni mis palabras ni mi actitud provocaron un solo pestañeo en el gélido rostro de la reina madre, ni el menor temblor en su velo negro.

Por orden de Catalina, nadie de entre los cercanos a Enrique tenía derecho a verme. Charlotte de Beaune, al parecer, no se contaba entre ellos. Recién llegados a Vincennes, apareció en mi celda de la torre principal. Los suizos no le impidieron el paso. Ella me trasladó, sin saberlo, un recado de Enrique.

—El caballero de Mailu me ha dado un mensaje ciertamente insolente para vos.

Charlotte me pareció tan bella y bien dispuesta como año y medio antes cuando la conocí en la antesala de la habitación de Margarita, junto con Louise. Pero ello aún me cohibía más.

—¿Qué mensaje?

Aparté la mirada de su pecho generoso. Ignoraba cómo tratar correctamente a la amante de mi señor.

—“Portaos como un rey».

Se me mudó el color del rostro. No quería portarme como un rey.

—No creo que ese Mailu sepa qué es el respeto —parloteaba Charlotte—. A mí me ha hablado como si se dirigiera a su querida. Deberíais castigar a vuestro escudero... Aunque eso ya lo hará mejor mi señora.

Le pregunté espantado:

—¿Por qué lo decís?

—Vos mismo me lo dijisteis: Mailu era el encargado de abrirles la puerta del castillo a los hugonotes en Saint-Germain.

Le pregunté a bocajarro, con aspereza:

—¿Lo has denunciado a la reina madre?

Miró hacia otro lado, con las mejillas enrojecidas.

«Los oídos de Catalina de Médicis», ese nombre les puso el propio Enrique a las damas y damiselas de la corte francesa. Mi señor me aconsejó y ordenó que me guardara de ellas. Con Louise no seguí su consejo la víspera de San Bartolomé, y mi alma iba a cargar con esa falta de por vida. Me ayudó a aligerarla un poco observar cómo el propio Enrique no se aplicó su propio consejo.

En cualquier caso, sobre todo esto reflexioné más tarde. En aquel momento, con ganas hubiese azotado a aquella mujer.

Ni la toqué. Enrique era lo primordial.

—Os mentí —le dije—. El caballero de Mailu nada sabía de nuestro juego. Yo mismo debía abrir la puerta del castillo, disfrazado de Mailu.

No resultaba muy creíble, pero mi firmeza compensaba la inverosimilitud. La cólera hacía que actuara con más altivez. ¿No era la altivez el distintivo de los reyes?

—Joanes es mi fiel servidor —añadí—. Quiero que esté conmigo. Decídselo así a la reina madre, igual que le decís otras muchas cosas.

El miedo asomó a la cara de Charlotte. De pronto, se me puso de rodillas, a una pulgada de mí.

—Mi señor, pegadme y golpeadme, si así se calma vuestro enojo —sollozó—. El mucho amor que os tengo me ha llevado a delataros.

Rodeó mis muslos con sus brazos, a modo de plegaria. No se los hice retirar.

—La perspectiva de perderos de mi lado me causaba tan hondo dolor que no se me ocurrió otra manera de impedirlo. Perdonadme, mi señor.

Adelantó aún más su cabeza. Completamente sorprendido, no la rechacé.

—Perdonadme, os lo ruego.

Su aliento me cosquilleaba entre los muslos. No me moví de mi sitio.

Charlotte no era Louise, pero era mejor que ella en los juegos de Afrodita. Ya oscurecido, se levantó de mi cama, con la excusa de que Margarita necesitaría de ella. Mientras se vestía, me dio la espalda aquella que acababa de entregarme su cuerpo entero.

—Vos no sois Enrique —soltó de pronto.

El corazón me dio un brinco.

—¿Qué decís? —pregunté con la voz desfallecida por el miedo.

—No sois el Enrique de antes.

A unas fiebres les debo no haber presenciado la ejecución de La Molle y Coconas. No me causó pena. Hacía tiempo que Catalina les tenía ojeriza. Lo pagaron caro. Se dice que les aplicaron duros tormentos. Ya estaban para el arrastre, cuando los condujeron a la Place de Grève. La espada del verdugo no les arrebató más que un hálito de vida. Sus cuerpos fueron descuartizados y cada pedazo fue colgado de una horca en las principales puertas de París. Las cabezas, en cambio, se quedaron clavadas en una estaca en el lugar mismo de la ejecución tal como manda la tradición.

Dicen que las amantes de los condenados, la reina de Navarra y la condesa de Nevers, no se hallaban presentes en Grève. No obstante, por la noche, las dos enamoradas atravesaron todo París en una carroza bien cubierta con cortinas de cuero curtido, hasta el pie del patíbulo. El trato lo había cerrado el maestro de hotel de Margarita, Jacques d'Oradour. Se dice que dos criados de palacio depositaron el dinero en la mano del verdugo. A cuánto ascendió la suma, de todo se oyó en Vincennes durante los días siguientes. La mayoría se inclinaba por una suma de treinta libras a cambio de las cabezas de los dos ejecutados. Se dice que las amantes las embalsamaron y las llevaron a sus estancias. Hay testigos que afirman haberlas visto a cada una besar su respectivo amasijo de piel y huesos.

—Si se hubiesen limitado a eso, todavía. Pero no se limitaron a eso..., señor.

Charlaba conmigo Joanes Armagnac, camarero mayor de Enrique. Como todavía me encontraba enfermo, había conseguido permiso para visitarme. Pero por mandato de la reina madre, un cabo de la guardia francesa se hallaba con nosotros en la habitación. Era de un pueblo al lado de Burdeos. Por lo que entendía el gascón mejor que yo. El indeseado invitado nos había llevado a hablar de forma indeseada.

—¡Han aparecido en la corte vestidas de luto, sin ningún miedo al escándalo!

Hacía dos años que conocía a Armagnac. Hasta entonces, solía actuar como si yo

nunca estuviese presente. No me dirigiría la palabra de no mediar una necesidad acuciante o una orden directa y concreta de Enrique, y, a ser posible, no me miraría ni a los ojos. Como venganza, no me reprimía las ganas de mostrar alguna sonrisa cuando Enrique lo pateaba. Y he aquí que, de pronto, debía hablarme como si yo fuera el rey. No estaba resultándole fácil, pero hay que admitir que se desenvolvía bien.

—Han bordado calaveras en sus vestidos..., señor. En sus collares y en sus cabellos portan adornos del mismo tenor.

—Es terrible, sí —me indigné yo también, aunque no tanto como mi interlocutor.

Su insistencia me resultaba curiosa. Armagnac no acudiría a mí, de no haber sido enviado por Enrique.

—La reina madre de Francia desea llamar al orden a las dos mujeres. Pero estima que antes que nada es deber de sus maridos.

Como en muchos otros aspectos, también en eso me encontraba confundido. Desde que había llegado a la corte de Francia, ya no sabía exactamente cuáles eran las obligaciones de los maridos y cuáles las de las esposas.

—El conde de Nevers se halla en Cracovia, sirviendo al rey de Polonia. La reina de Navarra, en cambio, tiene a su marido aquí.

Comprendí qué quería ordenarme Enrique por boca de Armagnac: nada más ni nada menos que reprendiera a su mujer Margarita. El caballero de Mailu reprendiendo a la reina de Navarra. Ello superaba con creces las tareas que se me habían encomendado hasta la fecha.

Conservaba una esperanza: que quienes me tenían preso denegaran el permiso para ver a la hermana del rey de Francia. No quisieron concederme tal favor. El mismo cabo de antes me acompañó hasta la habitación de Margarita. Por el camino me dijo su nombre: Louis Pessac. Debía de tener mi edad, unos diecisiete años.

Dos mujeres aparecieron a la vez ante mí. Una de ellas era Gillonne de Thorigny, hija del mariscal de Matignon y nueva ama de cámara de la reina de Navarra. Era grande, ancha de hombros, de belleza un poco masculina. Louise se encontraba con ella. El corazón se me aceleró en cuanto vi sus cabellos rubios. Apenas pude reprimir los deseos de abrazarla y descubrirle quién era realmente. A pesar de los encantos de Charlotte, había empezado a añorar el tiempo que pasaba con ella.

—Mi señora Margarita no se encuentra en condiciones de recibir ninguna visita.

No vacilé. Había pasado varias horas considerando qué era lo que debía decir y hacer. Avivé la voz:

—Decidle a vuestra señora que está aquí su enfurecido marido.

Louise, temblando, se protegió tras la figura corpulenta de Gillonne.

—Quitaos de delante —le pedí a la ama de cámara de Margarita.

Cruzó los brazos, desafiante. No era mera pose: mis empellones no hicieron que se apartase del medio. Empecé a blasfemar, como un espadachín en un tabernón, y, al mismo tiempo, di dos pasos atrás para tomar fuerza.

Una luctuosa nube con incrustaciones doradas cayó sobre mí en un mar de lamentos.

Margarita tenía los ojos enrojecidos y del color de la harina su cara siempre pálida. Lucía de nuevo cabello oscuro. Un ángel transido de tristeza.

—Me lo ha matado, Enrique. Me lo ha matado.

El abrazo de la reina de Navarra me trajo algo que jamás había aspirado: el dulzor de mil flores y otras tantas hojas recubriendo el olor salino de una real hembra. Olí a Ramona, a Louise y a Charlotte, a las tres a la vez, mientras sus lágrimas se precipitaban por mi cuello. No las detuve. Era difícil continuar con la farsa del marido engañado.

—Me lo ha matado, Enrique —me estrechó aún más contra su pecho—. Esa puta italiana ha matado a quien más amaba en este mundo.

No recuerdo si la empujé yo o fue ella la que me atrajo hacia la cama, donde la consolé de la única manera que sabía.

Podría haber venido el propio Enrique. O, si tanto le costaba tratar de rey a un súbdito suyo, al menos podría haber mandado a Miossens, para que el primer noble del reino hiciese el trabajo en su lugar. Pero no. Prefirió humillarme enviándome a su escudero francés.

—¿Consentimiento? ¿Para qué necesitas mi consentimiento? —respondí a la petición de Agrippa d'Aubigné.

—No es tan solo para mí.

Pessac seguía con nosotros. A d'Aubigné le correspondía resultar humilde conmigo ante la mirada y el oído del cabo. No le resultaba fácil ocultar su orgullo.

—El caballero de Mailu así como el barón de Miossens precisan de vuestro consentimiento, mi señor.

El instruido escudero se había equivocado: atendiendo al orden natural de las cosas, a un barón se le debía mencionar en primer lugar y después al caballero. Pessac no dio muestra alguna de haberse percatado de ello.

—¿Acaso están indispuestos Mailu y Miossens, para no acudir ante mí como haces tú? —levanté la voz.

No tenía que simular enfado. Estaba verdaderamente molesto. D'Aubigné no debía de esperar una reacción semejante, y no sé por qué no, puesto que mi contestación no desentonaba en boca de un rey.

—No, señor, no están indispuestos —me hizo un gesto de irritación, sin que Pessac lo advirtiera—. Temían molestaros, pero están prestos a venir, si tal es vuestro deseo.

—¿Por qué habrían de temer incomodarme?

—Quisiéramos partir contra el hereje rebelde de Normandía, siempre que vos otorguéis vuestra anuencia.

Debería costarle a d'Aubigné decir tal cosa. El «hereje rebelde de Normandía» era nuestro Montgomery. El involuntario causante de la muerte del esposo de Catalina de Médicis había sido comandante mío, cuatro años antes, durante la sangrienta jornada en que recuperamos Orthez. La Reforma en Francia había producido multitud de líderes militares en los últimos años, entre los que Gabriel de Lorges, conde de Montgomery, era el que más renombre poseía; renombre que, asimismo, había aumentado desde que consiguiera escapar de la matanza de la víspera de San Bartolomé. Refugiado en Inglaterra, había organizado, con ayuda de la reina Isabel, los socorros para La Rochelle. Desde el otoño anterior, se encontraba en su patria normanda, combatiendo de nuevo a favor de la Religión.

—Pretendemos partir con el mariscal de Matignon —añadió d'Aubigné, imbuido por completo en su papel—, en la armada que está formándose por orden del rey de Francia.

Noté que los oídos de Pessac permanecían atentos y alerta sus ojos.

—¿Es menester que partáis los tres? —pregunté cada vez más dolido.

—Así lo deseamos, sobre todo el caballero de Mailu.

Sus últimas palabras sobraban. No dudaba que el plan de ir a Normandía había sido concebido por Enrique. No había que ser muy avisado para adivinar sus intenciones. En cuanto surgiera la ocasión, los tres escaparían del ejército del mariscal y se unirían a Montgomery.

—Podéis partir en buena hora. Tenéis mi consentimiento —respondí fríamente.

—No parecéis complacido, señor.

Tal vez no pretendía burlarse de mí, aprovechando la presencia de Pessac. En aquel momento así me pareció.

—Erráis. Estoy vivamente complacido...

Y debía estarlo. Enrique se hallaría libre y entre las gentes de la Religión. En el año y medio anterior no había soñado otra cosa. Pero la luz tenía sus sombras, y una de esas sombras era yo, que no estaría ni libre ni entre mis correligionarios.

—... a pesar de que no me quedaré solo de buen grado.

Solo e indefenso. Si se propagaba que quien se encontraba confinado en Vincennes era una persona distinta a Enrique de Borbón, al rey de Francia y a la reina madre no les haría mucha gracia. Saldría bien parado si el asunto no se dirimía en la place de Grève.

—Estoy dispuesto, si es por el bien del Reino y de la Fe.

No eran palabras propias de un rey, sino de un humilde siervo. De cualquier manera, no turbaron el rostro de Pessac. Los ojos de d'Aubigné brillaban ahora. El franchute irradiaba felicidad.

—Armagnac se quedará con vos.

—Buena compañía para un preso.

Mi pulla le dejó indiferente.

—Os recordaremos en Normandía.

Mi resentimiento acabó por aflorar.

—En especial, el caballero de Mailu, ¿no es así?

—Exactamente, mi señor —una tímida sonrisa se dibujó en los labios de d'Aubigné—. En especial, el caballero de Mailu.

Lo he dicho hace no mucho. Alençon se hallaba preso en otra habitación del extremo opuesto de la torre. No nos permitían juntarnos. Cosa que no me pesaba en absoluto. Margarita hacía las veces de mensajera suya. Ocultos entre sus ropas, me traía mensajes escritos de su hermano menor. De su lectura deduje que el duque seguía sin saber nada de la suplantación del rey de Navarra. Yo no le correspondía de igual modo. Tenía un conocimiento vago acerca de los negocios que el príncipe había tenido con Enrique. Por otra parte, tan solo estar a su lado me enfermaba. Desgraciadamente, Vincennes era pequeño. Una vez que fui a visitar a Carlos IX, vino hacia mis brazos.

—¿Mis mensajes no merecen una respuesta vuestra? —me susurró al oído—. Todavía podemos estar a tiempo de maquinar algo antes de que muera mi hermano.

Estreché aquella espalda arqueada con la boca bien cerrada.

—Enrique —alzó la voz, sin preocuparse de la gente que nos rodeaba—, también en este brete debemos permanecer juntos.

Confundí a Carlos tan fácilmente como a su hermano Alençon. Creyó a pies juntillas que yo era Enrique, aunque esto tenía menos mérito. Los ojos le fallaban a quien estaba a punto de apagarse. Dos o tres veces por semana acudía a visitarlo, animado por Armagnac, y también necesitado de salir de mi habitación. Mi parco discurso igualaba al del rey, cuando el dolor no le hacía enmudecer. A menudo traía a la conversación historias de la infancia, anécdotas vividas junto al verdadero Enrique.

—Por Dios, primo, ¿cómo es posible que no recordéis a ese profesor de latín? ¡Si os burlabais de él continuamente!

Como no tenía mucho quehacer, jamás he leído tanto como entonces, excepto durante el breve lapso en que me aficioné al *Amadís* en el castillo de Agramont. Darme así a los libros ayudó a que mi torpe francés llegase a la altura del que se espera en boca del rey de Navarra. Anteriormente conocía a Ronsard, a partir de que Margarita me hubiese prestado *Les Amours de Cassandre*. Era el poeta preferido del rey de Francia. En el Louvre podía vérselo en cualquier momento. Los aduladores pronunciaban su nombre por lo bajo. Se comentaba que, por encargo de Carlos IX, estaba preparando un largo poema para ensalzar la grandeza del reino de Francia. No obstante, a mí, la mitad de sus palabras me resultaban desconocidas, y me parecía inútil preguntarle a mi vigilante Pessac, que todavía entendía menos que yo de los libros de Ronsard. Distinto era con Rabelais. No le plugo al cielo que lo conociera, ya que llevaba varios años muerto cuando llegó a mis manos su *Grandes et inévitables chroniques de l'énorme géant Gargantua*. Alguna palabra u otra se me atravesaba,

pero no tuve paz hasta leérmelo de cabo a rabo. Las hazañas de Amadís me habían llenado de asombro cuatro años antes. Los excesos de Gargantúa me llevaron de sorpresa en sorpresa, haciéndome saltar la osadía del autor de la admiración al estupor, y viceversa. Durante esos días comprendí que un libro puede tener la capacidad de hacerte desternillar de risa, que es lo que me sucedió con Gargantúa, con su hijo Pantagruel, así como con los otros dos libros que siguieron al primero.

Aquel 1574, esas lecturas me valieron de asidero para impedir que mi ánimo se abatiese hasta lo más hondo. Me encontraba en un lugar extraño y entre enemigos. El destino había querido que tuviera que conducirme como un farsante todas las horas del día, sin poder distraerme ni un solo momento. Como si no bastara con eso, habían desaparecido los que hasta entonces habían sido mis compañeros. No podía acercarme a Francisca, si no quería delatarme. Lo mismo ocurría con Louise. ¡Cuánto añoré a Louise y sus blancos pechos durante las primeras semanas de mi «reinado»!

Que Dios me perdone; la amargura de la soledad la endulcé en brazos de Charlotte. Endulzarla, en la medida de lo posible. Porque tampoco me convenía con ella adormecer mis sentidos. Charlotte no dejó enseguida de decir que era «otro Enrique». De pronto, le parecí «rejuvenecido». La pura verdad; Enrique entonces tenía veinte años y yo no había cumplido los dieciocho. También advirtió otro tipo de cambios en su amante. El rey de Navarra rehuía el agua, y a mí, en cambio, me encantaba, desde que Louise me hizo aficionarme a ella. Además de sus axilas, a Enrique también solía apestarle la boca, ya que, al contrario que yo, moría por el ajo. Charlotte no salió ganando en todos los aspectos. A veces protestaba porque en sueños hablaba en una lengua desconocida.

—Sin duda, bearnés.

—No era bearnés —respondía ella.

Charlotte era despierta. Bastante más que Louise. Como en el amor no le iba a la zaga, la habría disculpado fácilmente, si, a cambio, me hubiese aportado tanta información sobre la corte como mi anterior amante. Pero no era así, ya que era más callada, lo cual me convertía en más ciego y en más sordo en un momento en que la vista y el oído me eran más necesarios que nunca. Armagnac acudía a mí cada mañana. No haberlo hecho hubiese despertado recelos. Pero no se mostraba muy locuaz, dejando patente en todo momento cuánto le repugnaba hablar a alguien de rango inferior como si se tratase de un superior. De esa forma, Margarita se convirtió en mi principal fuente de información durante mi arresto en Vincennes.

Consideré a Charlotte como un paliativo de la pérdida de Louise. Un pequeño bien, entre tanto mal. A Margarita, en cambio, como una retribución por convertirme en Enrique. Envenenada retribución, en ocasiones, pero retribución, al fin y al cabo.

De la noche a la mañana, me convertí en el sustituto de La Molle en el lecho de la reina de Navarra. Desde que vino a mis brazos en busca de consuelo, casi no pasaba día en que no nos juntásemos, si no en mi habitación, en la suya. Dos o tres veces por semana mandaba a Gillonne, su camarera mayor, que la ayudase a desvestirse y me

empujaba sobre la cama, empleando maneras de esposa.

—Mi dulce marido...

No se avergonzaba de abrazarme mientras aún se hallaba presente la sirvienta. Cuando la vencía el cansancio, me daba cuenta de todo, y me preguntaba por todo. No volvió a mencionar al conde provenzal decapitado. Aparte de eso, no había ningún tema de conversación vedado, ni siquiera esos que las esposas no han de tratar con sus maridos.

—¿Cómo está mi amiga Charlotte? ¿Es con vos tan agradable como es menester? Si os aburrís de ella, o si queréis algo de diversión, hay cierta damisela alemana, del cortejo de la reina Isabel...

Yo no mostraba idéntica curiosidad respecto a sus asuntos. Los primeros días, los ojos se me escapaban a cada rincón de su habitación, por ver si veía la cabeza de La Molle. Al poco tiempo supe que se encontraba enterrada en la capilla de San Martín, en Montmartre, junto a la de su compañero Coconas.

Charlotte, de pronto, había encontrado un nuevo amante. En ningún sitio está escrito si Margarita encontró otro marido. Tengo la impresión de que, antes de que yo lo sustituyera, Enrique no frecuentaba demasiado la cama de la hija de los Valois y que, igualmente, Margarita se prodigaba muy poco en la de su marido, el Borbón. No es fácil de creer, ya que la hermana del rey francés superaba con creces a cualquier otra mujer, pero es cosa sabida que no discurren por el mismo camino el corazón y la entrepierna.

—Creía que te portarías más «regiamente» —me dijo al final de nuestro primer encuentro.

Tampoco en las labores amorosas era fácil ser rey. Y menos junto a una reina semejante.

Margarita era como un torbellino que me arrastraba con ella. Sabía cómo dar placer; y aún más cómo recibirlo. No solía contentarse con una sola vez. Necesitaba repetir. Ni siquiera me dejaba sin mi parte las veces que se encontraba inapetente. En alguna ocasión, aquejada por fuertes dolores menstruales, no se sintió capaz de yacer conmigo.

—Gillonne, ¿querrías acostarte en mi lugar? —preguntó a su camarera real.

Ignoro hasta qué punto cumplió de buen grado el deseo de su señora. Su frialdad habría terminado por enfriarme a mí también, de no ser porque sabía que Margarita nos observaba, amándose a sí misma de propia mano.

Muchos hombres sueñan con una mujer así toda su vida. Yo no estaba soñándolo, sino que la tenía de carne y hueso, sí, al menos, cuando a ella le apetecía. Sin embargo, no podía gozar plenamente de un regalo tal. Incluso en los momentos más fogosos, la sombra de Enrique me rondaba. Incluso en los momentos más dulces, tenía que recordar que la destinataria de mis ímpetus era la mujer de mi señor. Cuando nuestros cuerpos sudorosos se separaban, las entrañas se me hacían un nudo y el corazón me acusaba de traición. Traición al Reino. Traición a la Fe.

Enrique había elegido el momento propicio para largarse con viento fresco. La ejecución de La Molle y Coconas no terminó de aplacar la cólera de Catalina de Médicis. De la noche a la mañana, algunos de los más grandes nobles franceses se vieron presos. A más de uno, como al mariscal de Montmorency, lo había visto en las reuniones del Louvre y de Saint-Germain, junto a Enrique y Alençon. Súmesele a eso la cada vez más precaria salud del rey Carlos IX; los rumores circulaban por doquier por la corte de Francia.

Bastante avanzada la primavera de aquel 1574, Margarita me trajo la noticia:

—Mi madre ha enviado a Châtelet a su «veedor de estrellas». Desde allí no contemplará mucha porción de cielo.

Parecían palabras frívolas, pero en el rostro se adivinaba que había llorado. Por otra parte, conocía que Châtelet era una de las prisiones de París.

—¿«Veedor de estrellas»?

—Ruggieri.

Después de los poderosos miembros del clan de Montmorency, tocaba el turno del influyente consejero de Catalina y brujo italiano. La noticia no me disgustó. La reina madre había mostrado por dos veces su deseo de que Ruggieri me examinara en su lugar de trabajo de la torre principal del Louvre. Su mera mención me ponía la piel de gallina. De forma que ya no debería acudir ante él. Oculté mi alegría, al percibir la aflicción de Margarita. No era habitual en ella. La reina de Navarra no se condolía fácilmente de las desgracias ajenas.

—Creen que le ha hecho un mal de ojo a mi hermano, el rey —me informó.

Según parece, una pequeña figura humana de arcilla encontrada en la casa de La Molle había hecho germinar la sospecha. Alguien creyó verle parecido al rey. El espadachín confesó a sus torturadores que lo había fabricado el mago. Negó, sin embargo, que representase a Carlos IX.

—Era yo —terminó llorando Margarita—. Seguramente Boniface se lo encargó a Ruggieri.

Margarita también empleaba «Boniface» para referirse a La Molle.

—¿Para qué?

—Para que jamás me desenamorase de él, claro está.

No estaba tan mal pensado, conociendo a Margarita.

No pregunté qué era lo que mantuvo viva la sospecha. Carlos, el sempiterno doliente, llevaba meses en la agonía más larga, apagándose siempre pero sin acabar de apagarse del todo. Viéndolo doblado por el dolor, ¿cómo no iban a buscar la culpa en la maldición de algún malvado?

Ruggieri tenía una oportunidad de seguir con vida: en la ejecución de La Molle, cuando leyeron los cargos contra él, no se mencionó el de regicida. De ser así, habría sufrido una muerte mucho más despiadada. El verdugo no le habría dejado un hueso sano, ni un miembro del cuerpo sin ser arrancado. Fuego, hierro, esparto, agua..., le

habría dado a probar de todo y su martirio habría durado horas. De no haberse descartado la sospecha, igual de horrible habría sido también el final del brujo de Catalina.

—Así pues, testificarás a favor del «veedor de estrellas».

Las lágrimas se le cortaron de golpe.

—Ni aunque el propio Boniface me lo pidiera, resucitando de entre los muertos solo para ello.

... todavía no nos hemos topado, mi rey, con la armada del cruel y sedicioso señor de Montgomery. No creáis, por ello, que tardaremos en mostrar al feroz enemigo el filo de nuestras espadas. Tenemos listas cabalgaduras ligeras, para que no nos fallen cuando nos dispongamos a volar, como en las cruzadas de otrora, contra sus débiles líneas. Dios nos sea propicio, cuando así suceda.

El caballero de Mailu os transmite cálidos saludos. A través de mi pluma me hace recordaros algo digno de vuestro conocimiento: que, puesto que la felicidad del súbdito se cifra en satisfacer la voluntad de su señor, igual que el guerrero Menelao cumplía la del dios Ares, el rey de Navarra ha de sentirse contento en esta ocasión...

Se extendía más la carta de Agrippa d'Aubigné. Humo de pajas y palabrería. El franchute escribía bellamente, pero precisaba de dos hojas para expresar lo que se podía resumir en una. Por otra parte, sabía que mis ojos no serían los únicos que se posarían sobre la carta. Su florido verbo había hallado, con bastante facilidad, la fórmula para no despertar las sospechas de los espías de Catalina y, al mismo tiempo, darme noticia acerca de ellos. Seguramente no suponía una hazaña tan grande, pero me preguntaba para mis adentros si sería capaz de hacer lo mismo, si me encontrara en un brete parecido. Lo que me transmitía de parte del «caballero de Mailu» también contenía un mensaje claro: Enrique estaba satisfecho conmigo. Ello, en principio, debía llenarme de contento. Una pregunta nublabla dicho contento: ¿mi rey se encontraría tan satisfecho, si supiera que su súbdito se acostaba a la vez con su amante y con su esposa?

Como estaba en mis pensamientos, apenas escuché el nombre de la visita que me anunció el soldado que vigilaba al otro lado de la puerta. Seguramente debí de pensar que se trataba de Pessac, ya que también aquel día tenía intención de visitar a Carlos IX.

No fue pequeña mi sorpresa cuando vi a Francisca junto a la puerta. Llevaba casi tres meses sin contacto alguno con ella, desde que nos trasladamos de Saint-Germain a Vincennes. Añoraba las conversaciones que manteníamos, así como los paseos que daba a su lado.

—¡Francisca!

Me puse en pie, y también avancé dos o tres pasos hacia ella. Entonces, la enana

inclinó su menguado cuerpo hacia mí, diciendo en francés:

—Sire.

Me quedé donde estaba, con el cuerpo rígido. No existe ningún rey en el mundo que se dirija a sus inferiores sin antes esperar el saludo respetuoso de estos. Era imposible que Francisca no se hubiese percatado. La mujercilla actuó como si nada hubiera visto.

—Vengo a vos enviada por mi señora. Hay algo que quiere encomendaros.

Venía con un criado palaciego que portaba un baúl. Lo reconocí al instante. En él guardaba mis pertenencias.

—Vuestro súbdito, Joanes Mailu, se lo dejó olvidado en Saint-Germain. Como ha partido a Normandía a combatir a los rebeldes, a mi señora le ha parecido que no podría estar en mejores manos que en las vuestras.

Abrí el baúl. El Nuevo Testamento, el catecismo, el ABC del cristiano... No faltaba uno solo de mis libros.

Se lo agradecí valiéndome de unas torpes palabras que no bastaron para que la mujercilla dejara de insistir.

—Ya es olvidadizo ese caballero vuestro. Marcha a la guerra y se deja precisamente las armas. Es extraño, porque las apreciaba terriblemente, ya que eran regalo de su abuelo.

Francisca no sabía todo eso de boca de nadie más que de mí mismo. Me reprendí por ser tan desprendido en hablar de mi persona.

—Mi señora todavía no desea conceder permiso para haceros llegar tales armas.

Torcí el gesto.

—¿No se fía de mí la reina madre de Francia?

—¿Acaso sois de fiar, rey de Navarra?

Charlotte me trajo dos noticias el mismo día.

—¿No habéis encontrado más alegre a Margarita estos últimos días?

Me lo preguntó mirándose al espejo. Acababa de levantarse de mi cama, y con la ayuda de una criada se recomponía el peinado. Su cara mostraba una sonrisa forzada.

—Últimamente he visto menos a mi mujer.

Pasaba de una semana que no venía a mí. Por otro lado, las veces que había acudido junto a ella sus sirvientes me expresaron que no podía recibirme.

—No es sorprendente. Ya tiene quién le llene el vacío dejado por el difunto La Molle.

Fruncí el ceño, enmudecido por la sorpresa. En mi simpleza, creía que Margarita se había olvidado de amantes desde el día en que me introduje en su cama.

—Se llama Saint-Luc. Un espadachín —me aclaró, sin que yo se lo preguntara.

Charlotte estaba gozando de mi desazón. No se esforzó en disimularlo.

—Le gustan así, que sepan envainar bien su arma.

—Yo también sé envainar la mía —le recordé, desabrido.

—Bien lo sé, mi rey. Margarita es boba, si busca fuera lo que ya tiene en casa.

Charlotte había estado con su marido antes de venir a mi habitación. El barón de Sauves era secretario de estado en la corte de París. Gracias a ello supe la otra noticia:

—Se dice que han apresado al traidor señor de Montgomery en Normandía.

No conocía muchos detalles.

—Parece que está de camino. Lo traen a París en volandas.

—¿Quién va con él?

—¿Eso qué importa?

La alegría de Charlotte avivó aún más mi doble pesadumbre. Me lo advirtió.

—Os ha afectado profundamente el apresamiento del rebelde.

Desde febrero sustituía a otra persona, aunque no hasta el punto de fundirme con él. En mi interior, Joanes se impuso sobre Enrique:

—Peleé a sus órdenes en la guerra de hace tres años.

Se sorprendió:

—¿Un rey de Navarra subordinado a un simple conde?

Estuve a punto de morderme los labios. Salí presto del lodazal:

—Entonces no era más que príncipe de Navarra.

Charlotte dio por buena la explicación.

—Es preferible que no penéis por Montgomery. Catalina no desaprovechará la ocasión de vengar a su marido, después de tantos años.

Esa misma noche hice llamar a Armagnac a mi habitación. No vino de buen grado. Debía de tener sueño, o tendría mejores ocupaciones que reunirse conmigo. Mostró una actitud cercana a la insolencia. Tal vez estuviera cansado de su misión en la farsa que le estaba obligado a representar Enrique. De nuevo, Pessac no renunció al capricho de ser la sombra de mi visitante. Pocos ayudados de cámara le habrán hablado a su rey con tanta brusquedad delante de un cabo de la guardia francesa.

—Me habéis llamado en balde. Sé tanto como vos de la historia de Montgomery, solo lo que se rumorea por los rincones de palacio, nada más.

Las conversaciones entre Armagnac y yo no solían desarrollarse en ese tono desde que Enrique y yo intercambiamos nuestros papeles. A lo sumo, hablábamos en clave, tratando de confundir a Pessac, que escuchaba. Aquel día «mi» camarero mayor no estaba dispuesto a actuar como siempre. Levantó aún más la voz:

—Tendréis que recurrir a algún otro para saber si ha ocurrido antes de que Miossens, D'Aubigné y Mailu alcanzaran su objetivo. Recibí su última carta hace diez días y en ella...

La última misiva que había llegado a mis manos era de hacía tres semanas al menos. Era fácil colegir que había informaciones que Armagnac no compartía conmigo. Pocas veces me había comportado como un rey desde que me convertí en él. Aquella fue una de las primeras:

—¡Memo, no me fatigues con explicaciones inútiles! Tráeme esa carta que me

has ocultado hasta ahora. La leeré sin ayuda tuya. De aquí en adelante, todos los mensajes procedentes de Normandía llegarán directamente a mis manos.

El rostro de Armagnac enrojeció como el de una cereza en junio. Pessac lo observaba.

—Como deseáis, señor.

Humillar a Armagnac supuso un buen reforzamiento personal. Por lo demás, resultó inútil. Nada nuevo saqué de la lectura de la carta. Igual que la anterior, había sido escrita por d'Aubigné. En cada párrafo, donde él decía «entrar en combate» yo lo traducía en mi interior por «escapar». No se había apagado su firme deseo de esfumarse con Montgomery en cuanto tuviesen la primera ocasión.

El mariscal de Matignon llegó cuatro días más tarde a París trayendo a Montgomery como botín de guerra. En Vincennes se le brindó un gran recibimiento al vencedor. No hice ningún esfuerzo por perderme el evento. Hice que el desconcertado Armagnac dispusiera para mí el traje más elegante del vestuario de Enrique, ataviado con el cual me presenté en la sala mayor del castillo, cogido del brazo de Margarita, que con su deslumbrante vestido pretendería agasajar a su ama de cámara, Gillonne de Thorigny, cuyo padre era el homenajado mariscal de Matignon. Margarita hacía al menos dos semanas que no me visitaba.

—Quisiera conocer a un hombre —le dije recién entrados en la sala.

—¿Cómo se llama? Quizá pueda ayudaros.

—El caballero de Saint-Luc.

—¡Enrique, por favor!

Se alejó de mí caracoleando entre los invitados. Deje que se fuera. Margarita no era el asunto que me había llevado hasta allí.

Ni tampoco Alençon.

—¡Enrique!

Tan pronto como me vio, el príncipe con hocico de jabalí hizo todos los esfuerzos del mundo por juntarse a mí. Me costó zafarme de sus redes. Querría informarme sobre sus conspiraciones y sus fracasos.

Matignon, la estrella de la noche, estaba rodeado por todos los Guisa. No había uno que no quisiera homenajear al nuevo vencedor. Dos días antes los hubiese rehuido como a una vieja desdentada. Ahora, no dudé en unirme a ellos. Los más papistas de entre los papistas de Francia, radiantes, hicieron educado sitio entre ellos al antiguo hugonote. No tuve necesidad de preguntar lo que ansiaba saber. Matignon, en cuanto me vio ante él, me puso al corriente:

—Vaya, *Navarra*. Vuestros tres hombres se encuentran perfectamente, o, al menos, así lo estaban el día en que me puse en marcha hacia París. No se han destacado demasiado en la batalla, pero todavía tendrán ocasión si lo que buscan es la gloria.

—¿No han regresado con vos?

—Aunque ha caído el pez gordo, aún quedan otros más chicos en los ríos de

Normandía.

Los Guisa rieron, por lo que yo odié a todos los presentes todavía un poquito más.

Un par de semanas más tarde, me encontraba de nuevo en la place de Grève, por segunda vez en mi vida. Trajeron a Montgomery hecho un *eccehomo*. Los torturadores se habían cebado con él, de una manera insólita para con un conde. No obstante, no le escuché ni una sola queja o gemido. No esperaba otra cosa del que fuera mi comandante en Orthez: orgulloso, miraba con desdén a los miles de espectadores que lo rodeaban. Solo una vez lanzó una mirada hacia el balcón central del Hôtel de Ville, e incluso en esa ocasión, con altanería. Catalina de Médicis se encontraba en dicho balcón. Había empolvado más que nunca su rostro. Solo ella sabía qué le rondaba por la cabeza. En todo el tiempo que duró el espectáculo no movió un solo músculo, ni siquiera cuando la espada del verdugo cayó sobre el cuello de la persona que mató a su marido.

No fui el primero en llegar a los aposentos de Carlos IX, en la primera planta del castillo. Catalina se encontraba allí, más viuda y más reina que nunca. Margarita, en cambio, me pareció muy abatida, con lágrimas en los ojos. Agarraba su mano la mujer de Carlos, Isabel de Austria. Durante los últimos días ambas habían estado cuidando del moribundo. Un sacerdote dirigía una especie de oración, a la que respondían fervientemente las tres mujeres. Tal vez yo también me habría sumado a ellas, como buen farsante, si no hubiese advertido que no todos los presentes en la habitación respondían a los latines. El duque de Alençon miraba con rencor a todos los presentes, incluido a mí. Otros dos eran hugonotes: Marie Touchet, la amante del rey, lloraba desde la antesala; al parecer no le habían permitido compartir el lugar con la mujer legítima; Ambroise Paré, por su parte, médico y cirujano de varios reyes, se afanaba junto al enfermo sin que nadie supiera a ciencia cierta en qué. Sobre el lecho, habiendo consumido ya todas sus energías y sin fuerzas ni tan siquiera para sufrir, a Carlos IX se le escapaba el último aliento de vida.

Todas las mujeres de la corte con sus polvos blancos no igualarían la palidez de su tez. En cambio, los ojos del desfalleciente presentaban un color amarillento. Se le marcaba cada hueso y su cuerpo estaba tachonado por sanguinolentos moratones que manchaban la cama. Cuando calló el sacerdote, a una orden de Catalina incorporaron al rey de Francia entre dos ayudas de cámara. Tenía, frente a él, un pliego sobre la cama.

—Firma, hijo.

La reina madre alargó a su hijo una pluma, después de mojarla en el tintero que sostenía un sirviente. Tenía demasiado débil la muñeca, así que ella se vio obligada a guiar esa mano temblorosa, para que hiciese como quería. Cuando volvieron a acostarlo, parecía que el esfuerzo había acabado de agotar al moribundo. La reina madre, para mi sorpresa, puso en mis manos el papel y la pluma.

—Vos también.

Eran unas pocas líneas por medio de las cuales Carlos nombraba a su madre regente, «puesto que así conviene, por la fuerza de su virtud», en tanto no se consagrara al siguiente rey. Por otro lado, ratificaba a su hermano Enrique de Valois, duque de Anjou, para portar la corona de Francia.

Levanté la mirada, sin comprender el motivo de la petición.

—Seréis testigo.

El dedo grueso y recto de Catalina me señaló el espacio en blanco junto a la reciente firma de Carlos.

Yo, Enrique, rey de Navarra y primer príncipe de sangre de Francia, doy fe de que cuanto se recoge en este escrito es cierto.

Primeramente pensé en cómo actuaría Enrique en esa situación. Después, introduje la pluma dentro del tintero. El primer documento que firmaba como rey de Navarra amén de reforzar el poder de Catalina —al menos, en tanto no volviera su hijo predilecto— zanjaba la cuestión sucesoria de Francia. El hecho de que Anjou fuese rey de Polonia no sería obstáculo para que también lo fuese de Francia. Si Alençon albergaba alguna pequeña esperanza de obtener legalmente la corona, ya se había desvanecido.

Comenzó a llegar más gente y a abarrotar la antesala en el mayor de los silencios. En resumidas cuentas, todo el que era alguien en la corte francesa: los príncipes de sangre, los Guisa, la mayoría del Consejo Real... Al contrario que en Navarra, en Francia los reyes realizaban delante de sus súbditos la mayor parte de las actividades de su vida. Nacen delante de gente, comen delante de gente. Delante de gente se visten y desvisten, juzgan, gobiernan a sus súbditos, hablan con Dios y, casi, conciben a sus hijos. Morir delante de gente no era sino el lógico final de toda una vida convertida en espectáculo ajeno.

Pasaron horas. Me encontraba a punto de adormecerme por efecto de los monótonos rezos y del humo de las docenas de velas que ardían en el lugar. Súbitamente, el rey de Francia balbuceó algo a su madre. No era la primera vez. Las ocasiones anteriores había sentido la necesidad de decirle algo a María Touchet. Esta vez Catalina hizo una señal para que me acercara yo. Con aspecto cansado, apuntó hacia su hijo.

—Quiere hablaros.

En ese momento comprendí la función de las velas. El todavía rey de Francia hedía como si la muerte ya lo hubiese alcanzado. Tuve que acercar mi oído a su boca. Hablaba tan quedo, que, si no, no le hubiese entendido.

—Enrique, además de cuñado, habéis sido un buen primo y mejor maestro.

No se refería a mí, pero me emocioné igualmente.

—También vos para mí.

—Mentiroso, más que mentiroso...

Vislumbré una pequeña sonrisa en ese rostro que parecía esculpido a hachazos. Bajó todavía más la voz:

—En algo sí que he sido bueno con vos: si hubiese creído todo lo que se dice de vos, hace mucho que me habríais precedido en el viaje que ahora voy a emprender yo.

Me pidió que me ocupase de su mujer Isabel y de su hija María Isabel, y así lo prometí, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo. Agotó sus últimas fuerzas abrazándome. Cuando volví a mi lugar, me encontré con la aprobación de la reina madre y la mirada celosa de Alençon. Margarita me ofreció su mano, de nuevo, cuando estuve a su lado. Se la tomé. Estaba caliente. De pronto, se me despertó un vivo deseo de poseerla.

En panfletos y libros escritos por miembros de la Religión he leído que Carlos IX murió por no poder soportar la carga de su conciencia. También he oído que estuvo gritando, pidiendo perdón, mientras los fantasmas de todos los que hizo matar la víspera de San Bartolomé se le aparecían alrededor. En verdad, no fue así en absoluto. Falleció muy pacíficamente. Pude escuchar su confesión un poco antes. El sacerdote resultó bastante duro de oído y Catalina le repitió en voz alta lo que su hijo le decía al oído.

—Nunca en mi vida he usado violencia. Solamente cuando el bien del estado así lo ha requerido —le escuchamos todos.

Alguna vez me he cuestionado si lo que Catalina le decía al sacerdote —y de paso a todos los que en aquella sala no tuvieran embotado el sentido del oído— coincidía con lo que su hijo le susurraba. La cuestión no tiene importancia. El cura le concedió igualmente la absolución, con la generosidad a que acostumbra la iglesia de Roma. Aunque no me faltaban ganas, no me puse a gritar que todo eso era una engañifa y una usurpación fraudulenta de la misericordia de Dios.

La noche en que Carlos IX de Francia expiró, quinientos mendigos vestidos de negro, venidos desde París, se apelotonaron a las puertas del castillo de Vincennes. Ellos acompañaron los restos del rey por las calles de la capital hasta Saint-Denis, sosteniendo cada uno de ellos un cirio de cera amarilla. Antes de eso, el médico Ambroise Paré le cortó la cabeza al recién fallecido y la hizo llevar a la abadía de Saint-Antoine-des-Champs, para ser analizada.

La primera decisión que Catalina tomó en calidad de regente fue mandar un jinete a la lejana Cracovia. Lo hizo sin darse tiempo a enjugarse las lágrimas, en lo que tarda en cargarse un arcabuz. Su segunda decisión tampoco se demoró mucho:

—Francisco —su hijo Alençon—, Margarita, Enrique. Basta de Vincennes. Nos vamos al Louvre.

No me permitieron volver a mi habitación. Las carrozas estaban dispuestas, esperándonos, en el patio principal del castillo.

Enrique de Albret. Señor de Miossens y de Coaraze. Primer noble del reino. Llevaba cuatro meses sin verlo desde que partió a Normandía con mi rey y con d'Aubigné. Y más de un mes desde que recibí la última noticia suya por mediación de Armagnac. Miossens no llegó solo. Con él entró el inefable cabo Pessac, mi vigilante. No me contuve: lo estreché en un abrazo, sin importarme si esas eran maneras de un rey.

—¡Primo mío!

Primo de Enrique, está claro. Y también mío. Así me llamó él, al poco de conocerme. Yo era tan Albret como él. Tan Borbón como él. Al principio me tenía en estima. Desde la vuelta de La Rochelle, se tornó algo más frío conmigo. A ello atribuí la laxitud de su abrazo. Precisamente a ello, hasta que reparé en su semblante. Me sacudió la certeza de que algo terrible había ocurrido.

—¿Dónde está nuestro...? —«señor» es lo que me venía a la cabeza pero no podía decirlo. Nunca vi a Pessac tan atento—. ¿Dónde está nuestro Mailu?

Miossens, cualquiera sabe por qué, empleó las mismas palabras que hubiese utilizado un ministro.

—Ha pasado a mejor vida.

No le comprendí al momento. Tuve que reparar en el significado de la expresión «mejor vida», para captar en toda su crudeza lo que acababa de escuchar. Mis piernas empezaron a temblar. Del estómago me subió un agudo dolor que inundó todas mis entrañas. Tenía ganas de llorar. De llorar por mí. De llorar por el Reino. De llorar por la Fe. Ni una sola lágrima acudió a mis ojos.

—Sucedió cerca de Saint-Lô. Nos habíamos trasladado allá desde Domfront. Había huido a dicha ciudad el barón de Colombières, que era el jefe de los rebeldes normandos desde que el conde de Montgomery fue apresado...

Necesitaba sentarme. Y quedarme a solas. Sin embargo, Miossens seguía hablando, adornando la horrible noticia con detalles que yo no le había pedido. A Miossens solía gustarle que su voz clara se oyera lejos. Aquel día hablaba bajo, tanto que teníamos a Pessac encima de nosotros, tratando de no perderse una palabra, lo que hacía aumentar mi malestar.

—... Nosotros no lo conocíamos. Nunca antes lo vimos en el ejército de Matignon. Su nombre..., Duval, me parece. Creo que era bretón. Así se lo oímos decir a un piquero. Un espadachín a sueldo, sin lugar a dudas...

Retrocedí dos pasos buscando aire, alejándome de las dos personas —el narrador, el vigilante— que tenía ante mí. Me parecía exagerada la obstinación de Miossens de detallar cosas que no le interesaban a nadie. No se lo expresé. El dolor me había enmudecido. Y me obligaba a escuchar lo que no quería oír.

—... Insultó gravemente a Mailu, sin provocación alguna por parte de nuestro caballero. Yo estaba presente. Puedo atestiguarlo: se dirigió directamente a Mailu, y sin mediar palabra le espetó: «¡sucio navarro!»...

Miossens levantó intencionadamente la voz, gracias a lo cual pude apartar un instante mi ánimo del dolor y centrarlo en lo que oía. ¡Sucio navarro! Casi lo

consideré una afrenta para mí. Sin ser rey de Navarra, yo también le mostraría la espada al ofensor...

—Agrippa se olió la treta. Sin decirnos nada, se citó con tres ballesteros amigos en el lugar del duelo. Gracias a eso no estamos todos muertos...

Miré a Miossens con incredulidad. ¿A quién le importaba que él siguiera vivo, si Enrique había muerto? Todos los días nace gente que desaparecerá sin dejar ningún rastro. Todos los días muere gente que no dejará recuerdo en la memoria de los vivos. Si en vez de unos fueran otros, no cambiarían ni un ápice el devenir de las cosas. Yo era una de esas personas. Miossens, otra. Enrique, no. Enrique era rey. Rey de Navarra.

—... Mailu y Duval entrechocaron una vez sus espadas —Miossens alzó aún más la voz—. Las entrechocaron de nuevo, siendo en ambas ocasiones el nuestro el que atacaba. No hubo una tercera vez. Diez hombres armados aparecieron de golpe ante nosotros, salidos de entre las sombras. «¡Matadlos a todos!», ordenó el bretón. «¡Matadlos a todos!», contestaron ellos. En ese mismo momento empezaron nuestros ballesteros a disparar.

Y yo, mientras tanto, preso en París. Yo, mientras tanto, usurpador en París, acostándome con la esposa de mi rey. Yo, mientras tanto, en brazos de la amante de mi soberano.

La vergüenza me laceró las entrañas.

—... Cinco de aquellos villanos, contando a Duval, yacían heridos. El resto huía. Yo no tenía más que un pequeño rasguño en el brazo. D'Aubigné, en cambio, había recibido una fea puñalada en un costado. Pero lo peor, con diferencia, se lo llevó el caballero de Mailu: un tajo con la espada le había acertado en pleno corazón. Enfurecidos, en un arrebato acabamos con la vida de todos los enemigos heridos. Una bonita estupidez, la nuestra. De esa forma nos quedamos sin saber a cargo de quién trabajaban los asesinos.

Le miré a los ojos. Volvía a hablarme de cosas que no me importaban. En mi dolor, una pregunta me asaltaba. Y aunque el dolor me nublaba la cabeza, temía pronunciarla. Pessac seguía con nosotros. Se le notaba en el rostro el esfuerzo por memorizar todo lo que estaba oyendo en esa habitación, que luego debería repetir palabra por palabra a su señora. Más que a Pessac, yo temía a la respuesta a mi pregunta.

Tomé aire.

—¿Qué voy a tener que hacer a partir de ahora?

Miossens miró a Pessac. Luego, a mí.

—Ser rey de Navarra, claro está.

DESDE QUE HABÍAMOS VUELTO al Louvre, se había extremado la vigilancia en torno a mi persona. Todas las puertas que daban al exterior habían sido tapiadas, salvo el portón principal. Habían colocado verjas de hierro en las ventanas de mis aposentos. Dos guardias vigilaban permanentemente mi puerta. No aparecía una visita que escapara al escrutinio de Pessac. Como en Vincennes, solo admitía una tímida excepción cuando venían Charlotte o Margarita.

Margarita extrajo un papel del escote. Reconocí la letra de Alençon. No era el primero que me mandaba por medio de las apretadas ropas de su hermana.

Enrique, esta es la ocasión de salir volando, Margarita está dispuesta a ayudarnos.

Levanté la mirada. Me ofreció una leve sonrisa, que no recibió respuesta por mi parte. Se había presentado sin Gillonne de Thorigny. Sabía qué implicaba eso. O, mejor dicho, qué no implicaría. Aquella que no sabía desnudarse sin la ayuda de Gillonne no se desnudaría para mí por sí sola. Llevaba semanas sin contemplar la mullida piel de aquella mujer, sin acariciarla, sin estrecharla. No por ello sentía resquemor, sino un grande e inconmensurable vacío, que la sombra del fallecido Enrique no hacía sino aumentar.

Debatía en mi interior si debía preguntarle de nuevo sobre el tal Saint-Luc. Ella leyó una cuita distinta en mi rostro.

—No podéis permanecer aquí. No estáis seguro. Mirad cómo ha acabado ese caballero vuestro.

—Mailu.

—Mailu. Tenía un gran parecido con vos. Una vez estuvisteis a punto de engañarme valiéndoos de él.

Lo recordaba. Eso había sucedido antes de la desgraciada boda. Aquel día vi a Margarita por primera vez. También a Charlotte. Y a Louise.

—¿No os habéis preguntado quién pagó la mano que movió la espada del asesino?

Esa cuestión había empezado a rondarme muy tarde. Me lo pregunté por primera vez después de haber colmado con lágrimas, en la soledad de mi habitación, el vacío que me había dejado la noticia de la muerte de Enrique. Antonio de Agramont me vino a la mente, pero sin ninguna seguridad.

—¿Vos lo sabéis? —le pregunté.

—Podría adivinarlo si conociera la razón o la utilidad.

—Pero no las conocéis.

—Sí como para saber que vos también os encontráis en una situación comprometida.

¿Le importaba tanto? Todavía no me había quitado de la cabeza al tal Saint-Luc. Cambié de tema:

—¿Es necesario que vuestro hermano Alençon me acompañe en la fuga?

—Con Francisco nos resultará más fácil hallar amparo en su ducado, o en los dominios de Damville.

—¿Damville? —el nombre apenas me sonaba.

Margarita me miró con un punto de extrañeza:

—El hermano de Montmorency, el gobernador de Languedoc. Hace ya tiempo que no obedece en nada a mi madre.

No sabía ni que existía.

—Damville, claro.

Margarita se equivocaba. Una vez fuera de París, mi caballo no me llevaría ni a Alençon ni a las posesiones de ningún pariente papista de Montmorency. No perdería ni un solo instante en ponerme rumbo a Navarra. Allá no debería recordar los nombres de los grandes de Francia.

De todas formas, acababa de escuchar que Margarita había dicho «nos resultará».

—Yo también voy con vos —aclaró.

Ello le daba otro cariz al plan de fuga. Más apetecible, sin duda. La posibilidad de regresar a Navarra junto a Margarita me levantó el ánimo.

—No quiero estar en la corte cuando mi hermano Enrique regrese de Polonia —explicó—. Lo conozco desde niño. No perdonará todo lo que hecho a favor de Francisco.

Me quedé callado. Así que trabajaba para Alençon desde hacía tiempo. Ante mis ojos estaba descubriendo a una Margarita distinta, que no coincidía con aquella que brillaba en las salas de la corte o con la que en el lecho se deshacía en gemidos. Por otra parte, la vuelta de Anjou despertaba mi curiosidad. Durante el velatorio de los últimos días casi había olvidado que Francia contaba con un nuevo monarca.

—¿Está ya en camino?

—Ha pasado Viena. El otro día llegó un mensajero suyo para avisar que estaba a punto de alcanzar Venecia.

Se me hacía imposible calcular la distancia entre aquellos lugares tan remotos y París. La inquietud de Margarita, por otro lado, daba a entender que la aparición de Anjou era inminente.

—¿Cómo saldremos de aquí?

En mi pregunta latía un punto de admiración. Nunca hubiese imaginado enredada en intrigas a esa dama que toda ella parecía vacuidad.

—¿Os habéis vestido alguna vez de mujer?

Margarita entraba y salía siempre acompañada. También cuando venía a mi habitación. De forma que los guardias habituales dejaron pasar sin problemas, además de a la reina de Navarra, al grupo de mujeres que la acompañaban. Ni una sola de ellas despertó sus sospechas. Si hubiesen observado más atentamente habrían advertido que el modisto del vestido de una de las recién llegadas nunca había pensado que debería cubrir una joroba. En cuanto entró, reconocí a Alençon. Y en cuanto lo reconocí, supe que aquella historia no podía acabar bien.

Gillonne de Thorigny me ayudó a vestir las ropas que, según se iba quitando, ella misma me ofrecía. En la habitación de Alençon, otra dama acababa de hacer otro tanto. Me acomodé todo al cuerpo, excepto el estrecho corsé que acostumbran a vestir las mujeres de la corte. Tal como la reina de Navarra había pensado, su camarera era de mi misma talla. Dentro de aquellas ropas me sentí más ligero de lo que hubiera imaginado. No obstante, no todo era diversión. Arrastraba la saya y las enaguas. El tocado de la cabeza no me dejaba ver. El calzado no me ajustaba bien y me hacía cojear.

Al igual que se hiciera con otra mujer en la habitación de Alençon, abandonamos a Gillonne en la mía. No se quedó desnuda. Según me vestía con sus ropas, ella se puso las que yo portaba. Diría que ella se quedó más conforme con las mías que yo con las de ella.

Atravesamos los pasillos, las escaleras y los patios del Louvre ante las narices de docenas de guardias, sirvientes y cortesanos. Era la hora posterior al desayuno, y en ese momento el Louvre bullía de gente. Afortunadamente, las visitas y los peticionarios mantenían ocupada a la reina madre en la sala de recepciones. Nos costó creérselo cuando traspasamos el portal del palacio.

Ya habíamos hecho lo más difícil. Nos aguardaba una chalana que había de llevarnos a la orilla izquierda del Sena. No llegamos a subirnos en ella.

Armagnac dio al traste con todo. Por si acaso, no le informé de mis intenciones, tampoco a Miossens. El camarero mayor de Enrique, con respecto a mí, solo cumplía con las obligaciones propias de su cargo lo justo para no levantar sospechas. Aquella mañana ya había estado en mi habitación, asistiéndome al despertar. ¿Para qué volvió? Nunca me lo aclaró. Otro hubiese sumado dos más dos, al entrar y encontrar a Gillonne en mi lugar. Pero para ello hace falta ser más despierto que Armagnac. Al muy estúpido no se le ocurrió otra cosa que avisar a la guardia. Pessac actuó con rapidez. Así le convenía; su cabeza estaba en juego.

Aún hubiésemos tenido tiempo si Alençon no hubiese empezado a discutir sobre a quién correspondía entrar antes en la pequeña embarcación, si a él, «inminente rey de Francia», o a mí, «rey de Navarra». Erraba tanto en lo uno como en lo otro, pero puede disculpársele en lo que a mí respecta. La preeminencia a mí me daba igual. A Margarita, no.

—Aquí, de momento, solo hay un rey: mi marido.

Alençon no se avino a ello. Empezó a gritarle a su hermana. De por sí, ya

formábamos un grupo llamativo; mucho más con esa mujer de voz ronca. Los hombres de Pessac nos hicieron regresar a empellones hasta las puertas del Louvre.

Durante dos días me mantuvieron preso en mi habitación sin ver a nadie. Al tercero, el cabo vino a buscarme. Nos dirigimos al ala sur de palacio; de ahí, a la planta baja. Al poco, nos encontrábamos ante la puerta de la sala de unos meses antes. El suizo que vigilaba me hizo pasar. Pessac no entró conmigo. En el interior, una diminuta criada, después de una breve reverencia, me señaló el asiento bajo que ya conocía. Todo se hallaba tal como lo había visto la vez anterior, las mesas, las pinturas y los tapices de las paredes, las ventanas, los candelabros, los arcones, la chimenea y los mismos techos, tan bajos que me hacían sentir enorme. También en esa ocasión, la criada depositó una bandeja repleta de dulces sobre la mesa.

Al cabo de un rato entró Catalina de Médicis. Sin mirarme, aquella inmensa babosa enfundada en blanco y negro clavó sus ojos en los dulces, mientras conversaba con la sirvienta enana en italiano. Tenía un aspecto más viejo y fatigado que la última vez. Incluso cuando la criada hubo salido, se tomó su tiempo. Por fin, volvió su gélida mirada hacia mí. Para entonces, yo ya prefería la sala de tormentos del Louvre a continuar allí.

—Mi sobrino Enrique nunca hubiese tardado tanto en regañarme o en burlarse de mí —dijo abriendo los brazos, como suplicante—. Caballero de Mailu, os conviene que agucéis vuestro ingenio, si pretendéis adaptaros a vivir entre nobles.

¿Caballero de Mailu? La sorpresa me hizo dudar si había entendido bien.

—Llevo tiempo pensando en quién os podría ayudar a moveros con un poco de donaire en la república de los poderosos. Mi hija Margarita sería una buena maestra. Desgraciadamente, no suele ser tan constante como sería menester. Enseguida se aburre, de las cosas y de los hombres. Vos ya lo sabéis bien.

No acompañó sus palabras con ninguna sonrisa. Lo cual todavía me asustó más.

—Una educación salvaje, las más de las veces, acarrea consecuencias de por vida. Enrique, en su infancia, pasó años en mi corte, sin olvidar su actual estancia. Gracias a ello, lo purgamos de lo más grave y también lo pulimos algo. Sin embargo, jamás abandonó por completo las lamentables maneras de su reino montaraz.

Su mirada causaba miedo.

—No sois tan mal farsante, Mailu. Sin embargo, las formas del duque de Toscana os son incluso más ajenas que a Enrique. Las noticias que, sin acercarse a la verdad, me aportaban Charlotte y, en menor medida, Margarita, me daban mala espina. No ha costado mucho comprobar dichas sospechas.

Recordé el fallo que cometí delante de Francisca. ¡Qué estúpido había sido de nuevo!

—Hubierais podido ser el tercero en el cadalso, junto con La Molle y Coconas. Nadie lloraría por vos. Ante los ojos de los católicos seríais un hugonote. Los

hugonotes, por su parte, verían a un renegado que había estado entre los sitiadores de La Rochelle.

Hablaba sin temblarle la voz, fríamente. En su tono no había dureza ni dulzura más allá de su acento italiano.

—También hubiera servido de escarmiento para mi yerno Enrique, para que dejara de instigar tramas con mi hijo. Tuve quien me aconsejó que os dejara con vida. Posteriormente, otra idea acudió a mi mente.

Catalina hizo una pausa antes de preguntarme:

—¿Creéis en los astros?

Enrique alguna vez me había avisado de que me hablaría de los astros. Le respondí con un gesto carente de significado.

—Yo no sé si creo en Dios. Pero sí creo en el Cielo. En los astros del Cielo, quiero decir.

Su confesión me hizo sentir el frío de una puñalada en mis entrañas. Nadie confiesa a su enemigo nada que pueda labrarle su propia ruina, a no ser que tenga la firme decisión de sellar sus labios para siempre. Nadie. Tampoco la reina madre de Francia.

—Os contaré algo que poca gente conoce.

No quería que me contase nada que conociera poca gente.

—Hace trece años, cuando el vil Montgomery me dejó viuda, mi hijo primogénito se convirtió en rey de Francia. Tenía el mismo nombre que el desdichado duque de Alençon, Francisco. Tenía quince años, y la misma podrida salud que su hermano.

El aspecto de fatiga de Catalina aumentó. Y también mi urgencia por salir de allí cuanto antes.

—Los médicos lo intentaron en vano. Al cabo de unos pocos meses, resultó evidente que el trono del reino volvería a quedar vacante. Entonces, hice llamar hasta el castillo de Chaumont a los más afamados sabios de esta parte del mundo. A uno de ellos lo has conocido en París: Cósimo Ruggieri, que recientemente me ha traicionado cruelmente. No era el único. Junto a él se hallaban Simeoni, que había trabajado al servicio del Papa, y el catalán Ogier Ferrer, y el provenzal Michel de Nostredame, que era el que gozaba de mayor reputación entre ellos.

Ajeno a aquella madeja de nombres ignotos, acababa de recordar una cosa. Una vez retirada la enana, solo Catalina y yo quedábamos en aquella sala. No me encontraba en plenitud de facultades, después de pasar tantos meses preso. No obstante, era un joven bregado y vivo, y mi contrincante, en cambio, una anciana de más de cincuenta años. Tal vez si le retorció el pescuezo podría salir de aquella trampa.

—No os cansaré detallándoos cómo transcurrió la sesión. Una viuda reciente jamás debería pasar por un trance semejante. Basta con que sepáis que en un espejo vi el futuro de mi hijo. De labios de Nostredame supe que Francisco no sobreviviría otro año. Supe también que Carlos le sucedería y que reinaría durante catorce años.

Así fue; así ha sido. Tanto con Francisco como con Carlos se ha cumplido punto por punto lo que los astros me mostraron por medio de aquel espejo, esa negra noche en Chaumont.

La mitad de mi ánimo fingió sorpresa. La otra mitad continuaba dispersa, planeando mi huida. ¿Cómo me enfrentaría a los guardias de la puerta? Recorrí con la mirada los rincones de la sala. No había nada a la vista que pudiera usar para atacarlos: todo parecía demasiado pequeño, demasiado ligero o demasiado romo.

—Desde aquel día sé que a Carlos le sucedería mi tercer hijo, Enrique, el duque de Anjou. También sé que Enrique será rey por quince años, y que con él se extinguirá la dinastía de los Valois en el trono de Francia. Los astros lo han dicho: Enrique no dejará descendencia, y mi otro Francisco, a diferencia de su hermano, nunca ceñirá la corona. Jamás le he dicho que su obstinación es inútil.

Diría que se hallaba próxima a las lágrimas, si no hubiese sabido que en ese témpano de hielo algo así resultaba imposible.

—¿Sabéis qué leyeron en el cielo Nostredame y el resto?

No tenía otra salida que responder.

—No.

—Que Enrique de Navarra sería, por veintidós años, el siguiente rey de Francia.

Permanecí en silencio, como queriendo tomarme un tiempo para reflexionar sobre esa revelación.

—Acertaron con Francisco. Han acertado con Carlos. Lo mismo pasará con el resto. Hace tiempo que tengo esa certeza. El propio Nostredame me lo confirmó poco antes de morir. En la gira que efectuamos por el reino, desvié a propósito un cortejo de 10.000 personas para ir a la aldea de Salon, en la Provenza. No hace tanto tiempo. El príncipe de Navarra tenía doce años, y el sabio lo examinó desnudo. «Será rey de Francia», me dijo por segunda vez.

Asentí con la cabeza, sin advertir hasta qué punto me afectaba todo aquello. Mis sentidos estaban puestos en la chimenea al fondo del salón. Se encontraba apagada, como suele estarlo en junio, pero a un lado se distinguía un trozo de leña sin consumir del pasado invierno. Ya disponía de mi arma.

—Durante estos años, no he odiado a nadie tanto como a Enrique de Borbón. Ni a su madre Juana, ni a su primo Condé, ni a los Guisa, ni a los Montmorency, ni al rey de España, ni a la reina de Inglaterra. Mil veces he deseado su muerte, porque él iba a ceñir la corona sobre la tumba de mis hijos. Los astros así lo proclamaban por boca de quienes saben desentrañar sus misterios, y a los astros no se les puede engañar. Por eso es por lo que hice casar a mi hija Margarita con ese malnacido. ¿Por mor de pacificar el reino? No es completamente incierto, pero tampoco la franca verdad. He procurado la continuación de la dinastía de los Valois, aunque sea con simiente ajena, por mediación del vientre de mi hija.

Había tomado mi decisión. No seguiría escuchando esa vacua historietta. Me levantaría y saltaría sobre ella. Con una mano le tataría la boca y con la otra

estrecharía su cuello, hasta borrar todo rastro de vida. Nunca lo había hecho, pero había visto hacerlo. A continuación, cogería el leño y Dios decidiría si podría matar a los guardias de la puerta o serían ellos los que me matasen a mí.

—Nadie sabe cuántas veces he tenido la oportunidad de acabar de una vez para siempre con ese perro de Enrique. Cuántas veces he debido reprimir el deseo de ordenarlo. Y, mientras, he tenido que soportar sus sonrisitas y sus intrigas. He tenido que soportar su frivolidad, su fanfarronería... ¿Acaso no estaría malgastando las ocasiones de alcanzar mi meta, cobijando mi esperanza en un hombre semejante?

Hizo una pausa.

—Pero dicho problema ha dejado de serlo. Él mismo se metió en el cepo, planeando aquello de Normandía. Yo no he tenido más que cerrar dicho cepo.

Mi asombro no le hizo ni inmutarse.

—Estoy mayor, pero no tanto como para no darme cuenta de cuándo un tordo quiere escapar de la jaula. Yo misma ordené al mariscal de Matignon que admitiera a los hombres del «rey de Navarra». Yo misma...

Realizó un gesto elocuente, que sustituyó los detalles.

Lo que acababa de oír me dio la fuerza que me faltaba. No había sido Agramont quien había pagado a los asesinos de «Mailu». Empecé a recitar para mis adentros los «artículos de Fe», empezando por el «Creo en Dios todopoderoso...». Una forma de dar un plazo al tiempo. Cuando llegara al «amén» saltaría sobre la vieja.

Debió de advertir en mí algún brillo especial. Por primera vez me miró a los ojos.

—¿Aún no adivináis por qué seguís vivo? ¿Por qué estoy conversando con vos?

La pregunta me atrapó cuando estaba recitando para mis adentros: «... descendió a los infiernos...». Mi falta de respuesta no la desalentó:

—¿Aún no? —repitió.

Tuve que responderle. Lo mismo que antes:

—No —sin dejar de rezar por lo bajo: «... creo en el Espíritu Santo...». Me levantaría. La mataría.

—Porque sé de vos, Mailu. Sé de quién sois hijo. De quién sois sobrino. Y nieto...

Estaba petrificado. «... En la comunión de los santos. En el perdón de los pecados...».

—He tenido que gastar algún dinero. Nada que el tesoro de Francia no pueda pagar. He de confesaros que mi sorpresa solo lo ha sido a medias. Vuestro rostro revela vuestro origen a quien no quiera estar ciego. Saber que también vos sois hijo de Antonio de Borbón para mí ha sido la confirmación de una sospecha. En cambio, no tenía ni la más remota idea de que también fueseis del linaje de los Albret. Por vuestras venas corre dos veces sangre real, y aun así, igual que le pasó a vuestro abuelo, no habéis sido recompensado ni con un mísero priorazgo. ¿No lo encontráis injusto?

Esta vez mis labios no pronunciaron una respuesta. Acababa de decir «amén»

para mis adentros. No me levanté. No la maté. De pronto, quería escuchar lo que aquella mujer decía.

—Sois tan Albret como Enrique. Tan Borbón como Enrique. La gente os confunde con él, tal es el parecido. Sin embargo, los astros a él le deparaban un trono, y a vos nada. ¿Nunca habéis sentido deseo de rebelaros contra el destino?

Se trataba de una pregunta que nunca me había planteado. Titubeé en busca de una respuesta.

—Soy bastardo —terminé por decir—. Mi labor consiste en servir al Reino y la Fe.

Con un gesto apartó mi razonamiento.

—Los primeros días tras la traición de Ruggieri anduve a ciegas. Sin sus consejos, me he sentido como un cojo sin su bastón. ¿Cómo afrontar los duros años que me quedan?

Por un momento calló y su silencio me retrotrajo a mi primer propósito. Tenía que levantarme. Tenía que agarrarla del cuello. Tenía que matar a esa vieja estúpida.

—Entonces puse mi mirada en vos. Mis perspectivas cambiaron. Por primera vez desde que soy reina, no estaré sometida a los astros. Vos seréis el instrumento para que los burlemos, aunque sea un poco. No sois Enrique, pero estáis siendo Enrique. Podéis serlo siempre, de ahora en adelante.

—¿Ser Enrique?

—Rey de Navarra, duque de Vendôme, señor principal del Bearne, conde de Foix y Bigorra, vizconde de Tartas, Tursan, Gabardan y Marsan... Y algún día, si todo va bien, también rey de Francia.

ABRÍ LOS OJOS, alarmado. En la penumbra que me rodeaba todo me resultaba desconocido. Se oyeron unas pisadas contra el suelo. Al mismo tiempo, un hilo de luz rasgó la oscuridad del aposento.

—¡Josèphe, Madeleine!

El berrido de la mujer del posadero ensordeció mis oídos. Y aun y todo, a tiempo. Si hubiese abierto la boca un instante más tarde, se habría dado de bruces con mi espada. Durante el viaje, había recuperado el derecho a portar conmigo el viejo regalo de mi abuelo. No era cuestión que el rey de Navarra viajase sin espada por esos caminos de Dios.

—¡Las dos, corred a la cocina! —retomó la palabra el ama.

El habla del Dauphiné o, como ellos dicen, del Daufinat, no dista mucho del bearnés o del gascón. Alençon no les entendía nada.

—¡En pie, muchachas del demonio!

Junto a mí un cuerpo tibio empezó a agitarse. No recordaba quién era, si Josèphe o Madeleine. Por un instante, el contacto con su piel desnuda me avivó el deseo. No la retuve. La víspera la había aceptado a mi lado sin mucho entusiasmo, cediendo ante Alençon.

—¡Y ahora, Enrique, estas putillas de postre de la cena!

Las hijas del posadero habían estado sirviendo nuestra mesa. La una era bizca; la otra, coja. No eran primerizas. Ambas tenían mañas en esquivar las manos de los comensales y en hacer oídos sordos a sus ofertas obscenas. El duque depositó una onza de oro sobre la mesa, delante del padre:

—Envíanoslas a la habitación —dijo de manera que fuese oído por todos los presentes.

Lo consideré una bravuconada. Habíamos cabalgado más de treinta leguas desde que partimos de Lyon al punto de la mañana. Tenía los muslos y las nalgas para pocos trotes.

—Para mí la más joven.

Podría haber dicho «para mí la coja, para ti la bizca». Pero lo dijo de esa otra manera. En la repleta posada, Alençon y yo debíamos compartir habitación.

La mayor —la bizca— tenía quince años. Le pregunté la edad, cuando apagué la vela y la tumbé junto a mí. No volvió a abrir la boca. Su hermana menor estuvo largo tiempo gimiendo, desde la cama contigua. No creo que por placer. La mía me recordó a Ramona: su boca desprendía olor a cebolla cocida, pero su piel no olía a musgo húmedo, sino a hierba cortada hace tiempo. Antes de que el ama se las llevase de la habitación, tuve tiempo para poner en sus manos algunas monedas de plata. Ni la una ni la otra lo agradecieron.

Alençon seguía en la cama, roncando. Yo me vestí y salí en silencio de la habitación. Abajo, entre los ruidos del desayuno resonaban las risotadas de los soldados. Ya habían empezado sus bromas soeces. Apostaría a que el duque y yo éramos su tema de conversación matutino. Tal vez así lograrían avergonzar a las jóvenes sirvientas que anoche no se ruborizaron.

Las carcajadas cesaron en el acto cuando llegué yo abajo. Todavía no me había habituado al silencio que un rey impone a su paso. El posadero, servicial, hizo ademán de acercarse a mí. Lo detuve señalando con un dedo la puerta de la posada. Todavía no tenía ganas de desayunar.

La luz iba ocupando tímidamente el vacío que dejaba la oscuridad en Beauvoisin. Septiembre había mostrado su cara más cruel durante los últimos días. El trayecto de la víspera lo habíamos completado bajo la lluvia. Ahora, la mañana pregonaba su deseo de retornar al verano.

Acompañado por aquella templanza, mis pasos me arrastraron fuera del pueblo. Hacia el este, el sol todavía no había salido por completo, aunque sí lo suficiente como para revelar el alto manto blanco sobre el horizonte cada vez más despejado. Desde que dejara mi reino, tres años atrás, mis ojos no habían tropezado con ningún monte. Durante el día anterior, la niebla nos los había ocultado. Los que ahora se alzaban ante mi vista eran imponentes, tan descomunales como surgidos de una pesadilla.

—El más pequeño de estos es dos veces mayor que el más alto del Bearn.

Miossens llevaba un rato a mi lado. Dos meses atrás hubiese agradecido su comentario. Aquel que me pidió ser rey de Navarra no había vuelto a acercarse a mí, salvo en casos inexcusables, desde que volviera de Normandía. Por lo que parece, su conciencia no le permitía tratarme como rey. Había tenido que adaptarme a mi nueva tarea con la triste ayuda de Armagnac.

—Exceptuando el tamaño, no es tan distinto de la perspectiva que en los días despejados tenemos hacia Aspe desde mi castillo de Coaraze.

Yo había estado en Coaraze. No se lo recordé. Clavé mi mirada en las nevadas cumbres, sin volverme en ningún momento hacia el recién llegado. Había empezado a aprender a comportarme como un rey.

—¡Dios mío, qué daría por estar en Coaraze!

Mi alma se consumía en la misma nostalgia. Aunque no hasta el punto de compartir mi sentimiento con Miossens.

La vuelta hasta la posada la realicé escoltado por Pessac. El cabo de la guardia me había seguido todo el tiempo. El mandato de la reina seguía en vigor, más riguroso si cabe, por el temor a que Alençon y yo tratásemos de huir hasta la cercana Ginebra. Si de eso recelaba, más prudente habría sido no enviarnos a los confines del reino. En la manera de ver de Catalina de Médicis, el protocolo —palabra que aprendí en la corte francesa, *le protocole*— se hallaba por encima de cualquier otra razón.

—¿Quién mejor para dispensarle al nuevo rey de Francia la bienvenida a su reino

que su propio hermano y su cuñado?

No consultó nuestra opinión.

Desayuné a solas, servido por la más joven de las dos hermanas de la casa. La coja, no sé si Josèphe o Madeleine. Alençon todavía no se había levantado y tampoco a la otra hermana se la veía. Concluí que el duque la podía haber metido de nuevo en su cama. Tras el refrigerio, mandé al criado de la posada que ensillara mi caballo. Además de Pessac, otros dos soldados se pegaron a mi espalda.

—¿Sabéis en qué dirección queda Navarra? —les pregunté, antes de partir al galope.

Habíamos salido de París dos semanas antes. A pesar de que en todo momento y circunstancia me encontraba vigilado, no tener que respirar el aire hediondo de la capital supuso un premio para mí. Disfruté de la caricia del viento durante un rato, en frenética cabalgada. A continuación, más despacio, guie mi montura hasta un río cercano, sin que mis vigilantes se despegaran de mí. Tan pronto puse un pie en el suelo, ya los tenía a mi lado. Les informé maliciosamente:

—Este es el río Guiers. La otra orilla no es Francia, sino Saboya.

Probablemente lo sabían.

—¿Quién quiere zambullirse conmigo?

Durante las dos últimas semanas me habían visto hacer lo mismo en el Sena, en el Saona y en el Ródano. Pero ninguno de ellos era una frontera. Calculé que el río decrecido por el verano mediría unas treinta o cuarenta vergas hasta la otra orilla. El agua bajaba calma en aquella parte. ¿Qué no sería aquello en primavera? Me vino a la memoria la vez en que estuve a punto de ahogarme en el río Gave, en Orthez.

Me desnudé.

—¿Vais a dejarme solo? —repetí mi falsa invitación—. Si me ahogo, ¿qué le habréis de decir a vuestra señora Catalina?

Los dos soldados miraron hacia Pessac. Ninguno de los tres sabía nadar. Les di la espalda.

Por la tibieza del agua se adivinaba el verano reciente. El río ofrecía en aquella parte una entrada suave, pero enseguida se hacía profundo. Antes de dar tres pasos, me cubría hasta el cuello. Menos de veinticinco vergas me separaban de la orilla de Saboya.

Las ondas me avisaron de cierto movimiento tras de mí. Eran casi de una pulgada, mostrando la cantidad de peso que se había introducido en el río. Me rodearon chapoteando y se pararon a mi altura, impidiéndome seguir adelante. Pessac sostenía la espada en su mano.

—Señor, tanto para mí como para vos será bueno que volváis a tierra —me advirtió desde el caballo.

Durante los últimos días habíamos vivido más de una situación semejante. Me burlé de él.

—¡Estás como para embarcar a las Indias, Pessac!

Buceé hasta la orilla. Sabía que era algo que inquietaba a mi guardián.

Volvimos al pueblo. Toda la tropa se encontraba dispuesta a partir en el exterior de la posada. El señor de Chambes, capitán de la guardia, se aproximó a mí presa de la desesperación de quien no sabe qué hacer:

—Sire, temo que aparezcan y que no nos hallemos presentes.

Rogaba que hiciera algo. No tenía ganas de hacer nada. Miré a mi alrededor.

—¡Miossens!

Cada vez tenía que forzar menos mi garganta para imponer respeto.

—Subid a nuestra habitación y haced saber al duque de Alençon que le aguardamos para salir hasta el puente.

El semblante del primer noble de Navarra palideció. Era la primera vez que le daba una orden directa.

—¿Yo..., señor? —dijo, crispado por la humillación.

—Por supuesto.

Había demasiada gente alrededor para desobedecer a su «rey».

Al poco, escuchamos la voz del duque en la segunda planta de la posada, gruñendo y maldiciendo. Miossens volvió a presentarse en el exterior. Volvía más colorado de lo que fue.

—Os ruega que esperéis —balbuceó, mientras me ofrecía una mirada aviesa—. Quiere desayunar primero.

Se lo agradecí con un gesto afirmativo.

El sol pegaba más fuerte. Resultaba agradable. No me hallaba a disgusto en ese ambiente soldadesco y varonil, lejos de la ostentación y la fatuidad de la corte. La mayoría de ellos procedía de tierras llanas. La proximidad de aquellas eminentes montañas blancas, en lugar de emocionarlos como a mí, les inquietaba.

—Las gentes de estos lugares creen que un espíritu llamado Alp habita en esas cumbres —decía uno de ellos.

En Gárriz, solíamos oír historias parecidas de boca de Domingo Abaurre, referidas a Irati y Aezkoa.

—En invierno el tal Alp descende de las montañas a perturbar la paz de los valles —tomó otro la vez del anterior.

—Dios no quiera que nos atrape aquí el invierno —dijo un tercero, sin poder ocultar su desazón.

Por fin apareció Alençon fuera de la posada. Más jabalí que nunca, traía restos de comida y bebida en las comisuras de los labios.

—Enrique, me has dejado solo con la hembra bisoja —me reprochó.

—Prefiero hacérmelo con mi caballo, Francisco, antes que montar mucho tiempo a una yegua cojitranca.

Las carcajadas acentuaron su rostro porcino. Entre todos los presentes, solamente yo sabía que esas risas ocultaban el miedo que lo atenazaba. Yo también tenía motivos para temer.

Con los jinetes en primer término, los piqueros detrás y, por último, los arcabuceros, la comitiva atravesó las calles de Beauvoisin, hasta el final del pueblo, donde había un puente y, guardándolo, la ciudadela. En las inmediaciones se agolpaba la gente esperando el desfile: los soldados de la fortaleza, el consejo de la villa, un montón de paisanos. Hacía mucho que no se veía a un rey de Francia en Beauvoisin.

Nos recibió el castellano. Un tal Bajart. El día anterior no me había resultado simpático. Apenas se expresaba en francés, y, aun y todo, solo quería hablar con Alençon. En su rostro pude leer que seguía un poco dolido con nosotros. Habíamos preferido dormir en la posada, dejando de lado a su pequeña ciudadela.

—Menos mal que estáis aquí. No he podido dormir en toda la noche de preocupación. Dios jamás me hubiese perdonado si llega a ocurrirnos cualquier desgracia...

—No os inquietéis tanto por nosotros. Estamos sanos y salvos —le interrumpió Alençon—. No podía ser de otra forma, con mil hombres a cargo del vigoroso señor de Chambes velando por nosotros. Mi madre, la reina, no está dispuesta a perdernos.

El señor de Chambes torció el gesto. Precisamente, el día anterior se había mostrado partidario de alojarse en la ciudadela. Bajart continuaba en sus trece.

—Mil hombres no bastarían si se hubiese presentado el barón de Adrets. El jefe de los hugonotes del Daufinat nos ha visitado en dos ocasiones desde que yo guardo este castillo. La última vez, hace cuatro años, prendió fuego a la capilla de San Lorenzo y al convento de los carmelitas, con los monjes dentro. En cambio, le hicimos retroceder cuando intentó hacerse con la ciudadela.

Llegamos hasta el comienzo del puente, donde nos detuvimos. Era de madera, de construcción antigua.

—Vuestro abuelo, el rey Francisco I, pasó por aquí, camino de Italia —le explicó a Alençon.

También lo habían cruzado mis dos abuelos, Miguel Mailu y Enrique II de Albret. Luego les dieron una buena tunda en Pavia. Una tunda a los reyes y a los que no lo eran.

—Entonces decidió que este lugar precisaba de un puente de piedra.

En las orillas se apreciaban unos sillares junto a las columnas de madera.

—Jamás ha podido llevarse a cabo, por falta de fondos.

Bajo el puente, aunque diezmada por el verano, el agua corría con viveza, como en los ríos de mi país.

Al otro lado se alzaba otro pueblo, semejante al de nuestra orilla, que contaba asimismo con una fortaleza. Sus soldados nos saludaron con la mano.

—No hemos tenido incidentes con los saboyanos en los últimos años, desde que vuestro padre, Enrique II, firmó la paz con ellos —continuó contándole Bajart a Alençon—. Nos entendemos contra los hugonotes, porque al otro lado de la frontera tampoco se libran de esa plaga.

El duque me miró con aire burlón, pero sin lanzarme ninguna pulla habitual en él. En ello se reconocía cuán nervioso se sentía. Yo dije lo que él calló.

—Así es, una terrible plaga.

—El cabecilla de los hugonotes saboyanos se llama Montbrun. Suele merodear por el santuario de Chambéry, asaltando y asesinando peregrinos.

Memoricé ese nombre también. Montbrun y Adrets. En caso de escapar, debería tener a quién acudir. En cualquier caso, no estaba seguro de si quería huir tan lejos de Navarra.

Por fin, un clamor se extendió al otro lado del puente. Unos jinetes se adelantaron. Enseguida nos trajeron la confirmación.

—¡Ya llega!

A mi lado, el terror paralizó el rostro de Alençon. Realicé un último repaso mental sobre los asuntos que podían tener pendientes el nuevo monarca de Francia y el de Navarra. Enrique de Borbón había participado en todas las intrigas para alejar del trono a Enrique de Valois. El que ahora venía debía de estar al corriente de todo ello, informado durante su ausencia por su madre Catalina. ¿También le habría comunicado a su hijo el tejemaneje, que ella misma ideó, para quitar de en medio a su yerno y sustituirlo? Prefería que no fuera así.

En el otro extremo del puente apareció una tropa de soldados más nutrida aún que la nuestra, y se detuvo allí mismo, tal como habíamos hecho nosotros. Los que iban en cabeza se dispensaron saludos y parabienes.

—¡El saboyano lo ha dotado de una bonita escolta! —se sorprendió Bajart.

Solamente ocho jinetes entraron en el puente. Caras conocidas de antaño, Du Guast, el más favorito entre los favoritos, el hermoso Quélus, Miron, el médico, el gordo Villequier... Y delante de todos ellos, deslumbrante y sonriente, Anjou, que después de escapar de la corona de Polonia, venía en busca de la de Francia.

—Que Dios nos ampare —dijo Alençon entre dientes.

¿Le escuchó? El primer abrazo del recién llegado fue para él.

—Francisco, mi hermano del alma. ¿Te encuentro más hermoso o es que la alegría de pisar de nuevo nuestra amada Francia me nubla la vista?

También se vino a mí con los brazos abiertos.

—Enrique, cuñado y primo mío...

Me miró, entre parpadeos.

—Oléis mejor que cuando os dejé. Y también habéis rejuvenecido durante mi ausencia.

Él ignoraba que yo no era yo. Su madre no se lo comunicó. O, si así lo hizo, Enrique de Valois era el mayor comediante del mundo. Tuve que aprender a usar el nombre de mi tocayo, cuando me dirigía a él. Enrique, igual que «yo». No era imposible. Antes había aprendido a llamar «Francisco» a Alençon.

El nuevo rey de Francia nos ofreció su perdón, una vez que emprendió con nosotros el camino de vuelta. Y junto con el perdón, algo más.

—La libertad, está claro, para poder ir donde deseéis, así como recuperar vuestros anteriores cargos y empleos.

No era cosa fácil de creer, pero yo le creí. De pronto, me vi en Navarra. No podía saber de qué forma. Eso era lo de menos. De cualquier manera, Pessac no se alejaba de mí.

—El pasado no cuenta.

Enrique de Valois no cejó en repetírnoslo una y otra vez en el trayecto a Lyon. Tampoco calló mientras cruzábamos el puente sobre el Ródano. La mayor parte del viaje la hizo despotricando sobre Polonia y los polacos. Su clima, sus palacios, su comida, su bebida, sus mujeres y hombres, sus campesinos, sus soldados... No le gustó ni una sola cosa o persona de aquel reino. Y lo que menos, los nobles.

—No les permiten a los reyes ser reyes. ¡Pedazos de micos disfrazados con pieles curtidas y oro! El último labrador de Francia les aventaja en finura a todos ellos.

Comparados con aquellos, en Viena encontró a gente bien distinta, después de salir de Polonia. La bienvenida que le dispensaron los habitantes de la capital imperial le pareció memorable. Hablaba, sin miedo al ridículo, sobre el recuerdo al parecer indeleble que había dejado en ellos.

—Desde los tiempos de Carlomagno no veían a un rey francés en su ciudad, y he aquí que llego yo, la espada de la iglesia de Roma. Mirándome creían que les había llegado a socorrer un arcángel del cielo.

Que yo estuviese a su lado no convirtió su discurso en más prudente: los papistas vieneses parece que, además de «su belleza», aplaudían sus «victorias» contra la Reforma. La de la noche de San Bartolomé incluida.

En cualquier caso, aunque gozó de algunos placeres en la capital imperial... ¡qué no vivió en Venecia! La república merecía sus alabanzas más encendidas, tanto que hubiesen podido causar los celos de cualquier otro.

—¡Qué palacios, qué canales, qué mujeres, qué hombres...! —nos repetía, entusiasmado—. Francisco, Enrique, que no os atrape la muerte sin haber conocido Venecia.

Ya sabía por Alençon que su hermano, tan pronto como llegó a la costa del Adriático, había escrito a Catalina de Médicis solicitándole dinero. Su mamaíta no tardó en satisfacer los deseos de su ojo derecho, enviándole nada menos que treinta mil escudos. Durante las semanas siguientes, se gastaría toda esa suma, más lo que llevaba con él —que no era poco, habida cuenta de que había saqueado el tesoro de Polonia— y otros quince mil más que dejó a deber a los banqueros venecianos. Con ello se podría haber pagado una campaña de un año con un ejército que despejase el camino hasta Pamplona. Enrique de Valois se lo había gastado de fiesta en fiesta, de comercio en comercio y de prostíbulo en prostíbulo.

—Nombré caballero de Francia a un vidriero de Murano, por lo verdaderamente

admirable de sus artículos. En la tienda de un perfumista, sita junto al Gran Canal, me dejé mil escudos, para pagar todo lo que me vendió. Y a un orfebre...

Hablaba sin ruborizarse de los excesos de aquellos veinte días. Sus favoritos, mientras, lo rodeaban entre halagos. Conforme avanzábamos, el semblante de Alençon se iba enconando con cada nuevo detalle.

—A todos se nos ha hecho terriblemente largo el periodo en que Francia ha estado sin rey, especialmente a nuestra madre —le echó en cara por fin.

A los labios de Enrique no asomó la ira, sino una sonrisa maliciosa.

—Vamos, Francisco, confesadlo. Vos no me habéis echado en falta. De buena gana daríais un brazo entero y la mitad del otro a cambio de que me hubiese perdido por los caminos de Italia.

Alençon no negó las palabras de su hermano. Un trecho más adelante, Enrique de Valois añadió con un aire de ensoñación:

—De todas formas, es cierto que en Venecia se me olvidó que era rey de Francia. Nunca he sido más feliz.

A partir de ese momento su amante, Marie de Clèves, fue el tema de conversación de Enrique de Valois. No había podido llevársela a Polonia, así que la había tenido que abandonar en Francia el año anterior. Volvía al reino ardiendo en deseos de reencontrarse con ella. Preguntó por el marido de Marie, el príncipe de Condé.

—¿Continúa en Alemania reclutando mercenarios?

—En julio pasado entró en Borgoña —le contestó el señor de Chambes—, de donde lo están intentando expulsar nuestros soldados.

—¡Dios mío, lo que faltaba! Al menos, eso lo mantendrá alejado de mi Marie.

Enrique de Valois se moría por reunirse con su amante, pero no por afrontar las abominables cargas del gobierno. Tal vez recordaba Venecia y empezaba a pesarle terriblemente la corona que acababa de recibir. Devolvió la conversación hacia su Marie, en busca de cuestiones más agradables.

—Está encinta —nos anunció de pronto—. Un nuevo Condé viene de camino.

No era precisa esa apostilla amarga. Toda la corte sabía que el niño no llevaba sangre de la casa de Valois en las venas. Sabíamos echar cuentas; el que fuera duque de Anjou llevaba diez meses lejos de Francia y de los brazos de Marie.

A las puertas de Lyon, la corte nos aguardaba. La reina madre no regañó al recién llegado por retrasarse tanto. Lloró al ver ante sí al hijo de su corazón. También lloró Margarita, pero era el temor que le inspiraba y no la alegría el motivo de sus lágrimas: la reina de Navarra se había alineado todavía más notoriamente con Alençon desde que su hermano Enrique partiera. Ahora temía que el nuevo rey no fuera a perdonarla. El recién llegado, en cambio, abrazó a su hermana tan tiernamente como a nosotros y, como a nosotros, también a ella le repitió el anuncio de que el pasado había sido olvidado.

Más tarde encomié ante «mi» esposa la generosidad y buena voluntad de su hermano. Margarita se rio de mí:

—Enrique, ¿qué tipo de reyes hay en Navarra, tan ingenuos que no advierten la hipocresía?

La entrada en Lyon no resultó muy exitosa. El nuevo monarca decidió que no quería entrar en la ciudad sin antes reponerse del cansancio y la suciedad del camino. Toda la comitiva pasó unas cuantas horas detenida, mientras lavaban, cambiaban y emperifollaban a su señor. Por decisión suya prescindió del caballo, y acabó montando en un carruaje descubierto tan empolvorado y perfumado como una damisela. Atravesó las calles engalanadas de flores sosteniendo un par de perrillos comprados en Venecia en sus brazos.

Quizás el nuevo rey recordaría el entusiasmo de los vieneses. Por parte de los vecinos de Lyon no cosechó ni un cuarto de aquel fervor. Muchos eran los que miraban; pocos, los que aplaudían. Por el contrario, escuchamos hasta que nos dolieron los oídos sonoros insultos y recriminaciones contra el nuevo monarca y su madre. A pesar de la que estaba cayendo, nadie en la comitiva alteró el semblante. El duque de Nemours, entre dientes, achacó la actitud de la chusma a la labor de los esbirros de los Guisa.

El nuevo rey traía dos carros repletos de objetos comprados o recogidos en su viaje de vuelta. Por la noche nos mostró algunos de ellos mientras cenábamos. Lo que despertó la más viva curiosidad de los cortesanos y nobles lioneses no fueron ni las joyas ni los perfumes.

—Mirad esta pequeña horca.

Enrique de Valois sacó de alguna parte un minúsculo utensilio de cuatro púas. Acababan de depositar un jarrete asado de ternera sobre la mesa. Ayudándose de un cuchillo, cortó un trozo de la pata y, sin utilizar la mano, se llevó el pedazo de carne a la boca usando ese cachivache. Éramos unos cincuenta comensales y ni uno solo salía de su asombro.

—Gracias a instrumentos como este, los venecianos no se ensucian las manos al comer la carne.

Antes de concluir la cena, Enrique de Valois dio a conocer sus primeras disposiciones. Apartó a la mayoría de los hombres de su difunto hermano de las altas responsabilidades del reino, y en su lugar colocó a sus favoritos. No había uno solo entre los despedidos que no fuera fiel servidor de Catalina. Para pasmo de todos, a la reina madre no se le oyó media palabra contra dicha decisión. Ella se hallaba como maravillada, transportada al más excelso júbilo por tener a su hijo recién retornado a su lado. El nuevo rey premió especialmente a los que lo habían acompañado en Polonia, empezando por Du Guast. Puso a su preferido en lugar del señor de Chambes, como capitán de la guardia. Tan solo Margarita expresó su desacuerdo, de forma que todos los de alrededor pudieran oírla:

—¡Aquí tenemos al mayor hijo de puta entre los hijos de puta nombrado nuestro carcelero!

La animadversión entre Du Guast y la reina de Navarra venía de antiguo.

Al cabo de unos pocos días llegó la venganza del rey de Francia. Me llamó a mí en persona a su presencia:

—Mirad de qué se me ha informado hoy: dicen que vuestra esposa ha pasado toda la tarde con un amante.

Me quedé de una pieza. Ni en París ni en Lyon solía saber yo dónde ni con quién pasaba sus tardes Margarita. Tampoco tenía muy claro que fuera un asunto que me concerniera. Por otra parte, yo había pasado mi sobremesa con Charlotte de Beaune, esto es, con la mujer de otro.

—¿No vais a hacer nada?

Había más gente alrededor, esperando mi reacción. Nuevos miembros del Consejo Real y banqueros de Lyon.

Le respondí al rey de Francia con un gesto sombrío y digno a la vez:

—Señor, es tan grave y doloroso lo que acabáis de decirme, que quisiera aclararlo sin más demora.

Me aparté de su lado con la cabeza bien alta y a grandes zancadas, después de recibir permiso para retirarme. A Margarita me la encontré acicalándose para la cena. Desde que saliéramos de París apenas habíamos estado juntos. Se hallaba rodeada de sirvientes a los que no despidió de buen grado a pesar de así habérselo pedido yo. Además, Gillonne de Thorigny permaneció en su sitio. En dos palabras le hice saber qué era lo que me traía ante ella. No se esforzó en negar su culpa. En vez de eso, estalló en improperios contra su hermano y Du Guast.

—¡Cerdos capados! ¡Bujarrones chismosos! Enrique, Francia está en manos de dos medio hombres.

No la acompañé a presencia de la reina madre. Ya estaba bastante harto de sus disputas familiares.

Más tarde supe que un cochero y dos lacayos juraron que aquella tarde habían dejado a Margarita a las puertas de la abadía de Dames de Saint-Pierre. Sin ninguna duda, la habían visto entrar dentro y allí mismo la habían recogido al caer la tarde. Al parecer, durante ese tiempo se había empleado en orar, en compañía de las monjas. A la hora de la cena, el nuevo rey me dedicó unas breves y ambiguas palabras, sin poder ocultar su vergüenza:

—Me alegro, primo mío, de que el asunto se haya aclarado.

Esa noche, la reina de Navarra durmió con el rey de Navarra, como no sucedía hacía mucho. Todos los que se albergaban en el palacio real de Lyon lo supieron, ya que Margarita y sus damas no se quedaron sin pregonarlo a los cuatro vientos. Poder volver a rodear su lechosa cintura fue el beneficio que saqué de aquel asunto. Me trató benévolamente, agradecida. Justo antes de dormirse, me confesó el nombre de su amante: Balzac d'Entragues, un favorito del duque de Guisa.

—¿Balzac d'Entragues? —dije, mezclando dolor con sorpresa—. ¿No era un tal Saint-Luc?

—Por favor, Enrique. Eso fue hace mucho.

Al parecer, Balzac d'Entragues, en Lyon, tenía su casa frente a la puerta trasera del convento de Dames de Saint-Pierre.

Había muerto Marie de Clèves. No me hallaba presente cuando la noticia estalló con todo su estrépito. Los maldicientes aseguran que Catalina de Médicis tuvo conocimiento del mal parto unos días antes, y que no le dijo nada a su enamorado hijo, temerosa de que eso lo derrumbara. Si así fue, no actuó mal. En cuanto se enteró de la noticia, el nuevo rey de Francia cayó al suelo y, enloquecido, empezó a dar patadas a todo y a todos. Yo lo vi algunas horas más tarde, cuando me presenté a darle el pésame acompañado de Margarita. Lo encontramos acostado en la cama, en medio de un mar de cojines. Llevaba puestos los guantes y, por encima de ellos, un anillo ornaba cada dedo. Sus perrillos le agradecían igualmente las caricias, y lo hacían en completo silencio, sin unirse a los aullidos y gemidos de su dueño. Sus favoritos —Du Guast, Quélus, Miron, Villequier...— no le iban a la zaga en el paroxismo de sus llantos.

—He ahí la majestad de la corona de Francia —murmuró Margarita, cuando salimos.

Para el atardecer, la noticia ya corría de boca en boca entre los lioneses y los cortesanos llegados a la ciudad: el rey había decretado un duelo total con motivo de la muerte de su amante. Esperé la cólera de los papistas. Tanto dolor por la muerte de una mujer ajena dejaba en mal lugar la sagrada unión del matrimonio. El entorno del rey no estaba falto de obispos y cardenales, pero ninguno de ellos alzó la voz en contra. A ellos también les contagió la pesadumbre, tal como a todos los demás, desde los nobles principales hasta el último criado. En menos tiempo del que le cuesta cantar a un gallo, el palacio real de Lyon se colmó de terciopelos y satenes negros, de sombreros engalanados con plumas de cuervo y resplandecientes jubones color azabache. Incluso yo mismo, por no ponerme en evidencia, me obligué a rescatar la ropa del luto posterior a la muerte del rey Carlos. Ese mismo medio día se celebró el primer oficio religioso por Marie de Clèves. El segundo, antes de anochecer. Al día siguiente habría otro, al rayar el alba.

A media mañana dispuse de un breve espacio de tiempo para reunirme fugazmente con Charlotte. Sin temor de que llegara a oídos de Catalina de Médicis le expliqué cuán hastiado estaba de tantos curas, tanto duelo y tanto incienso. Ella no estaba de acuerdo conmigo:

—Por tu boca habla el hugonote de otra época.

¿Otra época? Callé lo que me vino a la mente.

—Mientras nuestro rey se deleita en su dolor, añade otra piedra al puente que habrá de sacar a su amada del purgatorio. Ya me gustaría que, cuando yo me vaya, alguien quede dispuesto a tomarse esas molestias.

No le mostré mi disposición para hacerlo. Se fue de mi lado enfurruñada.

Enrique de Valois mandó decir misas por su amada en todas y cada una de las iglesias de Lyon. En algunas de ellas, no bastando con una misa, dos. O tres. Pasábamos el día de iglesia en iglesia, camino de una de ellas o de vuelta de otra. Nadie podría haber ideado un castigo más cruel y violento contra mí, y más cuando me di cuenta de que los oficios se iban haciendo más largos, más pesados y más grandilocuentes conforme pasaban los días. No recuerdo quién me señaló que el propio Enrique era quien disponía las características de las ceremonias, así como sus trajes y el de sus acompañantes. Siguiendo sus órdenes, los tenderos de Lyon trabajaban a destajo. Durante una misa de mediodía, mostró su obra magna ante la mirada de sus súbditos: un vestido de terciopelo negro, recubierto todo él de cientos de calaveras bordadas con hilo de plata. Los vecinos de la ciudad y los de las poblaciones cercanas se acercaban en tropel, confiando en contemplar alguna novedad en cada ocasión.

Todavía seguiríamos en alguna iglesia lionesa, oyendo latines, si Damville, el gobernador de Languedoc, no hubiese propagado un libelo contra Enrique de Valois. Además de hacer oídos sordos a la voluntad de su rey, culpaba de todos los males que aquejaban a Francia al nuevo soberano y a su madre. Asimismo, llamaba a los nobles a la rebelión y a que se pusieran bajo sus órdenes o bajo las del príncipe de Condé. Damville ni siquiera trataba de ocultar su connivencia con el otro enemigo de la corona. A pesar de profesar distinta religión, habían llegado a una alianza, uno desde el sur y el otro desde el norte, con intención de conquistar Francia. En el ejército de Damville luchaban codo con codo reformistas y papistas. Había quien se admiraba por ello. Yo, al menos, en eso coincidía con los Guisa: me parecía tan lamentable como a ellos que se mezclase el agua y el vino en un mismo recipiente.

Durante un breve periodo de tiempo la ira de Enrique de Valois fue superior a su luto. La insolencia de Damville merecía castigo. Los cortesanos respiraron: ¡se acababan los funerales, las procesiones, los oficios! Jamás una corte se había dirigido a una guerra con tanta alegría.

El grueso del ejército se encaminó por tierra hacia el sur. La corte, en cambio, lo hizo navegando por el Ródano. Una veintena de embarcaciones partieron de los muelles de Lyon, llenos hasta la bandera con personas y enseres. El del rey lucía sus cañones a los flancos, mientras piqueros y arcabuceros lo velaban desde chalanas. Margarita me rogó que viajase con ella. Aún debía de sentir el aliento de los espías de Du Guast o de su hermano en torno a ella. Accedí a su deseo, dejando mis cosas en otra embarcación. En la nuestra viajábamos unas cuarenta personas, pero más sitio que todos nosotros ocupaba el equipaje de Margarita. Antes de partir, el capitán del barco intentó impedir la entrada de baúles y fardos, por su excesivo peso. Fue en vano. Margarita no consintió en dejar uno solo de sus trajes o de sus sombreros en Lyon.

Era la primera vez que mis pies abandonaban la seguridad de la tierra firme. También la primera que confiaba mi suerte a unos maderos cosidos los unos a los

otros que se movían a merced de las aguas. Desde que viera mi primer barco cerca de La Rochelle, la aventura de navegar me inspiraba, a un tiempo, miedo y atracción. A pesar de que el Ródano era ancho, no llegaba ni a una cuarta parte de la bahía de Chef-de-Bay. A diferencia de aquella, el río parecía apacible. Sobre su lecho, nos deslizamos río abajo como sobre un caballo puesto a un perezoso trote.

La reina de Navarra no se apartó de mi lado durante la mayor parte de la travesía. Parloteaba sin cesar conmigo, mostrando buen humor. El cálido viento del sur revolvía su peluca rubia. En un par de ocasiones incluso me tomó de la mano, como una enamorada a su amado. En esos momentos, mi corazón se alborotaba y me sentía dichoso. Estuvo bien embarcar a Charlotte en otro barco junto a su marido, Sauves. Margarita me comentó que me agradaría Avignon. Yo no compartía su parecer. Sabía que dicha ciudad había sido sede pontificia en otros tiempos. Al menos, nos dirigíamos hacia el sur, y en el sur estaba Navarra.

El temor a un ataque de los hombres de Damville nos mantuvo alerta. Estábamos preparados para repelerlo, pero el enemigo se encontraba en otro lugar.

Al segundo día de navegación, habíamos recorrido más de setenta leguas desde que salimos de Lyon. Nos faltaba menos de la mitad para arribar a Avignon. Era por la tarde y llegábamos a Pont-Saint-Esprit. Teníamos propósito de amarrar las embarcaciones en aquel lugar y de alojarnos en la localidad. Cuando ya casi avistábamos el muelle de Pont-Saint-Esprit, todo a nuestro alrededor empezó a moverse. Nos ordenaron que nos sujetáramos y que no nos moviésemos de nuestros sitios, pero todos suspirábamos por culminar el viaje de aquel día. De pronto, un violento viraje inclinó hacia la derecha nuestra embarcación.

Por la mañana el capitán había vuelto a insistir en el exceso de carga, tal vez porque el trayecto que teníamos que realizar aquel día era arriesgado. No coseché más éxito que el primer día. También había oído a algún marinero algo sobre un remolino peligroso. Me acordé de todo ello, cuando un golpe casi me arroja por la borda. El capitán del barco y los marineros gritaron:

—¡Todo el mundo a estribor!

Tarde. La carga y la mayoría de los viajeros se habían deslizado hacia babor. Una sacudida aún más fuerte que la anterior me hizo salir despedido. El agua del Ródano, en aquella estación, era más fría que la del río Guiers de Beauvoisin. Sentí su fuerza incluso sin sacar la cabeza. Tenía que alejarme del centro del río si no quería ser absorbido por él. Escuché gritos de desesperación, más ensordecedores que el propio ruido de las aguas. La embarcación había volcado y daba tumbos como un borracho, mientras se hundía cada vez más con cada vapuleo de la corriente. A punto de llegar a la orilla me di la vuelta. La propia agua me devolvió hacia el punto donde desaparecía el que había sido nuestro medio de transporte. No eran pocas las cabezas que pedían ayuda. Yo solo buscaba a una de ellas. La peluca rubia me señaló la posición de Margarita, antes que sus desesperadas brazadas. En cuanto llegué a su lado, se aferró a mi cuello, como un galeote a una tabla. Su abrazo era un obstáculo

para nadar superior a la virulencia del agua. Traté de alcanzar tierra, pero de aquella forma no era posible salir del río. Medio ahogado, estaba ya dispuesto a devolverle a las aguas su despojo. En ese momento, otras manos me socorrieron. Gillonne de Thorigny obligó a su señora a que me liberase de un brazo y a colocarlo alrededor de su cuello. Entre su camarera y yo arrastramos hasta la orilla a la reina de Navarra.

Junto al barco, el agua se tragó a más de treinta personas. Margarita lloró aquella noche, por los trajes, vestidos, zapatos, sombreros y demás que el Ródano le había arrebatado. Después, se durmió tiernamente entre mis brazos y los de Gillonne.

Para entrar en Avignon, salimos del reino de Francia y penetramos en territorio del llamado Pontífice. El príncipe de Roma ya no habitaba allá, como en los siglos precedentes. Un legado suyo gobernaba la ciudad. Sin embargo, en Avignon hasta el aire hedía a Roma. Su sombra se hacía notar en la presencia todopoderosa de la idólatra religión. Si en Lyon abundaban las iglesias, Avignon doblaba su número, sin olvidarnos de conventos y capillas de órdenes, cofradías y congregaciones de todos los colores. Mi paso empezó a flaquear en cuanto puse un pie en la ciudad.

A Enrique III de Francia el ardor guerrero se le agotó en Avignon. Tenía a los soldados de Damville a unas pocas leguas, en Pézenas, y allá envió a su ejército. Lo dirigía Bellegarde, uno de sus favoritos, nombrado mariscal al efecto. Luego se olvidó de tan enojoso asunto.

Solicité permiso para ir con Bellegarde. No consideraba a Damville uno de los míos. No tendría cargo de conciencia luchando contra él. En las circunstancias en que me encontraba, prefería morir de un tajo de espada que ahogado en incienso. No me permitieron ir.

Aquello que para mí resultaba asfixiante constituyó un acicate para el rey de Francia. Antes de dos días había retornado a donde solía en Lyon, de nuevo inconsolable viudo de su amante. Junto a él, toda la corte se vio obligada a volver a deambular de iglesia en iglesia, de oficio en oficio, a cuál más largo, a cuál más pesado, a cuál más solemne. Ciego a nuestra fatiga, el rey no tenía otro contento que su dolor.

El asunto no habría pasado a mayores si la cosa hubiera parado ahí. Desgraciadamente, los aviñoneses adoran ese tipo de representaciones. Se unieron con fervor al duelo del rey de Francia. A las procesiones de los miembros de las cofradías de cada oficio se les añadieron las de las órdenes religiosas. Todas tenían presencia en Avignon y todas aspiraban a organizar su particular exhibición para honrar al rey de Francia y a su concubina. Algunas transcurrían de día; otras, de noche. Nosotros debíamos asistir a todas y cada una de ellas, puesto que el rey no quería faltar a ninguna. A Enrique de Valois le confortaba contemplar esas filas de monjes, bajo la luz de las antorchas, mientras entonaban el oficio de difuntos rodeados de fieles, algunos orando, otros azotando su cuerpo con disciplinas. A mí

ese horripilante espectáculo me quitaba las ganas de todo.

—Hoy he entendido por primera vez en mi vida cómo debe de ser el infierno —me quejé ante Margarita—. ¡Mayor obra del demonio que ver a esos alelados golpearse la espalda! Nuestros ministros están en lo cierto: los papistas vivís en las tinieblas.

Igual que a Charlotte, a la reina de Navarra no le ocultaba mis puntos de vista. Desde que la saqué sana y salva del agua, su reciente buena disposición hacia mí era más evidente. No se separaba de mí ni de noche ni de día. Ni siquiera había tenido ocasión de estar yo con Charlotte durante las últimas jornadas. Y la verdad era que no me dolía tanto.

—Vamos, Enrique —se rio Margarita—, sois un soldado. En cualquier batalla contra los ejércitos de mi madre y mi hermano habréis visto más sangre.

—En la guerra solo los locos se hieren a sí mismos. ¡Con qué embeleso contempla vuestro hermano a los penitentes! ¿En verdad creéis que la sangre le concede a alguien el perdón de sus pecados?

Margarita no se enfadaba conmigo, no como Charlotte. Sus réplicas, con todo, no eran tan distintas.

—No entendéis nada. Enrique busca la redención de su amada Marie.

—¿La reden...?

—Obra para que suba a los cielos.

—Si estaba predestinada para el infierno, tan solo Dios podría conceder tal cosa.

—Mi pequeño hereje —me acarició la cabeza, como a un crío—, no tenéis que creer en la redención. Tomáoslo como una farsa.

Algo de su madre había quedado en Margarita.

—Puestos a presenciar una farsa, prefiero la que interpretamos con motivo de vuestro casamiento.

—¿Vuestro casamiento? ¡Querrás decir nuestro casamiento!

Aunque hacía meses que vestía las ropas de Enrique, había vuelto a surgir el Joanes de debajo de su piel.

—Evidentemente.

Una mañana de esas nos dieron la noticia: el nuevo rey de Francia se había hecho miembro de los «penitentes negros». Antes de la hora de la comida, varios cortesanos se apuntaron a la misma cofradía. Otros prefirieron a los «penitentes azules». Catalina era de ellos. Volví a mostrarle mi perplejidad a Margarita.

—He conversado con vuestra madre en dos o tres ocasiones. Adherirse a cofradías no casa bien con los puntos de vista que me ha expuesto en todas ellas.

—No resulta tan sorprendente —me contestó con malicia «mi» mujer—. Si Enrique se lo pidiera, mi madre se presentaría desnuda a una recepción con el nuncio del Papa.

Aquella noche, el rey de Francia se puso en cabeza de su nuevo séquito como un «penitente negro» más. De esa guisa, atravesó las principales calles de Avignon.

Apenas pudieron oírse sus cantos y sus oraciones. Al mismo tiempo volteaban las campanas de toda la ciudad y disparaban salvas los cañones que habían de usarse contra Damville.

A pesar del estruendo, Margarita oyó mi pregunta:

—¿Cuándo nos dejará tranquilos el cretino de vuestro hermano?

—Cuando sepa que Marie ha ascendido a los cielos.

Resoplé.

—¿Eso quién se lo hará saber?

El rey de Francia eligió la noche de nochebuena de 1574 como punto culminante de su pasión por la desaparecida Marie de Clèves. Decretó que en la procesión de esa noche se juntaran todas las órdenes, cofradías y congregaciones de la ciudad, y se puso a la cabeza de todas ellas, con un cirio en la mano. Hacía un frío espantoso. Del cielo caían pequeños copos de nieve. En medio de aquel gélido ambiente, Enrique de Valois se cubrió con una leve blusa de tela áspera y se caló un capirote. Nada más. Estableció que todos los cortesanos y cortesanas saliesen de la misma manera. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos caminaban tras sus pasos, medio desnudos en plena noche.

Yo era uno de ellos. Iba maldiciendo por dentro a la casa de Valois y a todos los franceses, pero ahí estaba, arrastrado por Margarita en contra de mi voluntad. Se había puesto de rodillas ante mí.

—¡Os lo ruego, Enrique de Borbón! ¡Os lo ruego, hijo de Juana de Albret! ¡Concededme este favor, no despertéis la cólera de mi hermano!

Margarita sabía cómo pedir las cosas.

Mi ausencia no hubiera pasado inadvertida. Duques y duquesas, obispos y cardenales, condes y condesas, damas y caballeros..., allí se hallaba todo el que era alguien en la corte francesa. Doblemente ridículos bajo aquellos sombreros ridículos y con las vergüenzas ora descubiertas ora cubiertas, a capricho del viento. En otras circunstancias no hubieran faltado chanzas y salidas procaces. Temblando, en mangas de camisa, nos quedaban pocas ganas para bromas.

Nos separaron: los hombres delante; las mujeres atrás. Nos pusimos en marcha, mientras yo maldecía entre dientes. Hasta que no hubo pasado un buen rato, no me percaté de que el sufrimiento iba apaciguándose en el rostro de mis prójimos. En un intento de averiguar el origen y la razón de esa transformación, reparé en el sonido de los pasos de los monjes, en sus monótonos cantos, en las llamas serpenteantes de las teas que sostenían en sus manos. Hasta ese momento, me había resistido a ese baile de máscaras. Al poco, mis ojos empezaron a tornarse ciegos, y sordos mis oídos ante nada que no fuese el ruido de las pisadas, los cánticos, la luz de cirios y antorchas. La ira se me aplacó. El frío se atemperó en mis extremidades. Como sucedió a la mayoría de los que seguían al monarca doliente, esas imágenes y esos sonidos

repetidos colmaron también mi espíritu, hasta vaciarlo completamente de todo lo demás.

Después de dar una vuelta completa a la ciudad, nos extendimos delante de la plaza del palacio papal. El viento golpeaba allá con más fuerza. Antes de que el frío volviese a apoderarse de nosotros, algunos penitentes empezaron a azotarse. ¡Eran dignos de verse los rostros de los que nos rodeaban, obnubilados por el espectáculo! En un momento dado, un joven que se hallaba cerca de mí le quitó el látigo de la mano a un monje y comenzó a emplearlo con la persona que tenía a su lado. Ambos eran favoritos de Enrique de Valois. Un poco más allá otros cortesanos los imitaron. Uno de ellos era el duque de Guisa. Al poco, se contaban ya por docenas los que mutuamente se fustigaban con furia mientras salían cánticos, rezos y ruegos de sus bocas. De pronto, un caballero me ofreció su espalda y sus nalgas. Mi mirada escapó hacia el lado de las mujeres. Primero, hacia Margarita. Después, hacia Charlotte. Ambas aguardaban mi reacción.

—¡Toma!

Sin reparar en nada más, me puse a azotarlo, con una especie de turbio placer. Otro hizo lo mismo conmigo. No me resistí. Aquella locura de carne desnuda y sangre también se había apoderado de mí. Ninguna mujer se nos unió. Pocos eran los hombres de edad. Sin embargo, los que clavaban su mirada en nosotros nos alentaban con sus cánticos, con sus rezos, con su deseo. Enrique de Valois, en el culmen de la ebriedad, era de los que más alto cantaba.

Nuestros brazos acabaron por vencerse, faltos de fuerza y agotados por el dolor. Primero, a uno. Luego, a los de su alrededor. Finalmente a todos. Al último restañar de los azotes le siguieron los jadeos de cientos de gargantas. Hasta entonces no me había dado cuenta: hacía tiempo que habían callado los rezos y los cánticos. Se me suscitó la duda de si no había estado soñando. La sangre de la gente era verdadera. Verdaderos, mi dolor y el sudor de todo el mundo.

Nadie soltó un latín ni hizo ninguno de esos gestos que tanto aprecian los papistas. La gente empezó a abandonar la plaza, como señal de que la ceremonia había llegado a su fin. El rey de Francia podía darse por satisfecho. Su amada debía de hallarse bastante más cerca del cielo. Rodeado de los suyos, se marchó de la plaza envuelto en una manta. Apoyaba su mano sobre el hombro ensangrentado del hermoso Quélus. Mientras había durado la penitencia, Quélus había sido de los que con mayor firmeza había dado y más calladamente había recibido. También otros mantenían viva la llama del delirio. Dos favoritos, bañados en sangre, se alejaban por un estrecho callejón, abrazados el uno al otro. Vi cómo Charlotte se acercaba al duque de Guisa. Sus miradas eran de las de quienes están dispuestos a sumar placer al placer. No todo el mundo estaba en ello. Al cardenal de Borbón, uno de los más importantes consejeros de Catalina, se lo llevaban entre varios criados. Aquella misma noche entregó su alma, a causa del aire helado que aterió su corazón.

Margarita vino a mí temblando, y no solo de frío. Sin decir ni una palabra, me

cogió de la mano. Me arrastró hasta el palacio papal. Los cortesanos regresaban; sus pasillos y sus oscuras escaleras estaban repletos de gente. Poco le importó a Margarita. No esperó a llegar a la habitación. En un rellano de la escalera se despojó de la áspera blusa.

—Ven, penitente mío.

Me atrajo hacia sí, apoyando su espalda sobre un tapiz. Me rendí mansamente. Al día siguiente, me odiaría también por ello.

A la reina de Navarra todavía le duró un mes y medio más su buena disposición hacia mí. En febrero de 1575 consagraron a su hermano en la catedral de Reims. La ceremonia duró toda la mañana, desde que amaneció hasta bien pasado el mediodía. Durante la misma, Enrique de Valois se cambió siete veces de ropa. Por distraer el tiempo, Margarita se entretuvo haciendo ojitos con un favorito del duque de Alençon, un muchacho bien plantado, algún año mayor que yo. Cruzaron sus primeras palabras en la fiesta de celebración del inicio del nuevo reinado. Yo mismo los vi, galanteando, en la sala mayor del palacio episcopal de Reims, en mitad del baile. Desde que regresamos de Avignon, Charlotte no se apartaba del duque de Guisa, pero en aquel momento tenía a mi lado a mi amante de tantos meses.

—¿Quién es ese petulante que está con mi mujer?

Charlotte soltó una risita.

—Louis de Clermont Bussy d'Amboise. Un mal rival para un marido.

Creo que logré no alterar mi semblante.

—¿Qué lo hace tan mal rival? —pregunté simulando indiferencia—. Según veo, es de verbo fácil. ¿Aparte de eso...?

En ese instante, el tal Bussy susurraba algo al oído de Margarita, que le contestaba con esa risa de pretendida timidez que yo tan bien conocía.

—Es un excepcional duelista. No pierde uno solo. Además de eso, dicen que tiene dinero, sin olvidar que usa la pluma tan hábilmente como la espada.

—¿La pluma?

—Sus sonetos hacen enloquecer a las mujeres. Y parece que no es el único don con que lo ha dotado el Señor.

No quise profundizar en el conocimiento que Charlotte tenía de esos otros enseres de Bussy.

Margarita y Bussy seguramente fijaron su primera cita para el día siguiente. Lo supe sin que nadie me lo comunicara, al ver esa tarde a la reina de Navarra alejarse de palacio en una carroza.

Durante las siguientes horas, abofeteé a un lacayo por una menudencia y por una razón tan ligera como esa estuve a punto de batirme en duelo con un favorito del duque de Guisa. Mandé a Miossens a paseo, cuando me trajo un decreto sobre el gobierno del Bearne para que lo firmara, e intimidé a Armagnac como si fuera el

verdadero Enrique de Navarra. Por la noche, me encaminé a la habitación de Margarita, con intención de reclamarle lo que, como marido, era mi derecho. Gillonne de Thorigny salió a mi encuentro.

—Señor, la reina de Navarra hoy se encuentra fatigada. Será mejor que vengáis otro día.

Me sentí humillado.

—¿Desde cuándo le está vedado al rey de Navarra entrar en la habitación de su esposa? —bramé.

Ya conocía mis empujones y, sin embargo, no se amilanó. Me habló en el mismo tono de antes:

—Si carecéis de compañera en esta fría noche de febrero, puedo ayudaros a encontrar alguna de vuestro gusto entre las criadas.

Yo no quería acostarme con una criada. Quería hacerlo con Margarita.

—No hace falta que os diga que yo misma estoy disponible, si así lo deseáis —añadió Gillonne.

Recordaba nuestra vez anterior.

—¡Prefiero hacerlo con un témpano de hielo!

Margarita necesitó menos tiempo para alejarse de mi lado que el rey de Francia para olvidar a la Marie de su alma. Los dos eran Valois, al fin y al cabo. Aquel que, allá en el sur del reino, nos había tenido en luto riguroso de iglesia en iglesia, eligió para desposarse a una prima de los Guisa. Había conocido a Louise de Vaudémont un año antes en Nancy, camino de Polonia. Era dulce, encantadora y tímida, y, algo sorprendente, estaba sinceramente enamorada de su marido. Enrique de Valois se casó con ella dos días más tarde de su consagración como rey de Francia, en la misma Reims. La ceremonia iba a empezar de par de mañana, pero Enrique nos hizo esperar hasta la tarde. Pasó todo ese tiempo vistiendo, peinando y acicalando él mismo a su futura esposa.

—Estáis en un estado lamentable —me volvió a sacar los colores Catalina de Médicis—. Un porquero piamontés andaría más limpio que vos.

Su insulto precisaba de respuesta.

—Yo solo soy un soldado. Un soldado navarro —añadí, simulando orgullo.

La reina madre alzó las manos.

—Ese soldado navarro murió en Normandía. Sois el primer príncipe de sangre de Francia. Cuñado del rey. En la corte os debéis comportar con arreglo a ello.

¿Con arreglo a ello? Desde que habíamos regresado al Louvre me habían introducido en labores propias de «mi categoría», junto a los más grandes nobles de la corte, lo que, concretamente, conllevaba pasar el día corriendo detrás del rey de Francia desde la mañana hasta la tarde. Hasta la fecha, me había librado gracias a la enfermedad de Carlos IX y a su fallecimiento. Mi particular estatuto —ni de plena

cautividad, ni de plena libertad— había contribuido a mantenerme ajeno al día a día de la corte, que había cambiado poco. La vigilancia ininterrumpida del cabo Pessac no había desaparecido una vez en París. Sin embargo, ahora Francia disponía de un rey con buen estado de salud, y ese rey con buen estado de salud aspiraba a las reverencias y adoraciones de sus súbditos. Fue un capricho del fatal destino que me correspondiera ocupar un lugar destacado entre dichos súbditos.

—La mayoría de los nobles de este reino daría media vida por poder ayudar a vestir a su rey una sola mañana. ¿Por qué razón no puedes cumplir con eso como corresponde?

¿Que por qué? Me sobraban todos los lacayos que pululaban en torno al recién levantado. La mayor parte de sus prendas me resultaban desconocidas. Sin olvidar, además, que había que presentárselas en un orden establecido. Me acordé de Enrique. De Enrique de Borbón. De mi Enrique. Y de cómo lo asistía Miossens para vestirse por las mañanas. Yo no me atreví a pedirle tal cosa al primer noble del rey de Navarra, ni él tampoco se ofreció para ello. Armagnac lo hacía en su lugar, no de tan mala gana.

—El rey de Navarra no necesitaba la ayuda de ningún sirviente —le contesté a ella—. Las prendas que llevaba puestas eran las propias de un rey, pero, a la vez, fácilmente reconocibles. Se las vestía sin ninguna ceremonia ni teatro.

Catalina enrojeció. Me regañó como lo hacía mi madrastra, Estefanía, cuando era pequeño.

—¡Ya basta! No comparéis esos míseros cuatro montes vuestros con el reino más excelso que ha dado la Cristiandad. Los reyes de Navarra, no lo sé, pero los de Francia son elegidos por Dios. Se queda corta cualquier cosa que se haga para expresar la grandeza que se le debe a ese hecho sublime. Si queréis haceros un sitio en la corte de Francia, meteos esto en vuestra cabeza hueca.

Recién llegado a París, la mitad de eso habría bastado para hacerme callar del todo. Pero ya llevaba un año siendo rey, aunque no tenía muy claro rey de qué.

—Por una vez estamos de acuerdo, señora. Yo no quiero tener ningún sitio aquí. Dejadme ir a Navarra.

Catalina volvió una vez su mirada hacia mí, aparentemente a punto de estallar. Nunca le había contestado tan descaradamente. Súbitamente, su rostro se iluminó.

—Dejaros ir a Navarra, para que seáis allá rey, claro está.

Vacilé. Mi regreso a Navarra constituía un motivo habitual en mis reflexiones. No tanto por anhelo de volver a recorrer los lugares que pisé en mi infancia, como por deseo de favorecer al Reino y a la Fe. Tenía, de todos modos, una capacidad limitada para imaginarme mi regreso convertido en rey. Empezaban a darme vahídos cuando trataba de convencerme de que en caso de volver a Navarra, debería hacerlo como cabeza del reino.

—Oíd bien, mi soldadito navarro: si de verdad pretendéis ser un día rey de Navarra, no encontraréis mejor campo de pruebas que la corte de Francia.

Quizás estaba en lo cierto, pero si alguna vez sucedía tal cosa, no sería por convertirme en experto en *etiquette*. Catalina de Médicis aprovechó mi actitud más sumisa para retomar su cantinela.

—Creía que aprenderíais a fuerza de ver. Me equivoqué. Además de ojos, precisaréis de otros apoyos para alcanzar un comportamiento con arreglo a vuestra categoría.

Mientras conversábamos, una criada había permanecido en un extremo de la sala. Desapareció a un gesto Catalina, para volver un momento después acompañada de una diminuta figura.

—Si fueseis más joven, os pondría un severo gobernante para que os instruyera. Desde el momento en que sabéis matar al prójimo, ya es tarde para ello. Es otro tipo de persona la que os traigo para que os instruya.

Francisca me saludó inclinando hacia mí su exiguo cuerpo.

—Rey de Navarra, ¿en qué idioma de vuestro reino deseáis ser instruido?

A las sesiones con Francisca la reina madre les impuso un horario y una duración concreta: una hora al día, después de la misa que se decía para la corte. Una razón más para que yo estuviera deseoso de que el cura terminase cuanto antes. La mayor parte de la hora discurría en francés. Casi siempre, en el último trecho nos deslizábamos hacia nuestro idioma. Las costumbres y los usos cortesanos no eran lo único que debía conocer un príncipe de sangre.

Además de retomar las animadas conversaciones de un año antes, con la enana de Senpere hallé la forma de no errar en las tareas que pretendían encomendárseme en el Louvre. No todo llegó al instante. Mi escaso interés era compensado por la paciencia de Francisca. Empezamos por las cuestiones relativas a la camisa del rey. Tres días más tarde, no se hallaba en toda Francia nadie más experto que yo en la ocupación de vestir al primer hombre del reino. Después de ser vestido, el rey solía reunirse a diario con los principales príncipes y con sus nobles de cámara. Él hablaba y el resto escuchaba. Francisca me enseñó a simular atención. También me preparó para la sobremesa. A aquella hora, a diferencia de la mañana, solía ser la hora de escuchar para el que ocupaba el trono de Francia. ¿Qué es lo que escuchaba? Las preocupaciones, peticiones o, simplemente, las noticias de sus nobles principales así como de otros de estamentos más humildes.

—A tales encuentros, habéis de aportar alguna cosa digna de saberse o alguna opinión al menos una vez por semana —me aconsejó Francisca—. Un noble levanta suspicacias cuando no tiene nada que decir.

—¿Qué tipo de suspicacias?

—Su silencio se considera señal de que confabula contra su rey.

La parte más agradable para mí era la que seguía a la sesión de audiencia. El rey abandonaba los muros del Louvre en compañía de sus próximos y se dedicaba a jugar

a pelota. O a cabalgar. O a cazar. Yo ya había dejado muy atrás la época en que no era ducho en tales menesteres. Solo que, además de a sostenerse sobre el caballo, era necesario adiestrarse en otros aspectos para poder servir de compañía al rey francés. Para todo ello resultaban inestimables los consejos de mi pequeña amiga.

—En el juego de pelota es lícito ganarle al rey. Pero no conviene humillarlo con una derrota desmesurada. Igualmente, en la caza, es sensato conceder ventaja a nuestro señor cuando corre tras el ciervo, para que suya sea la primera, la más hermosa y la mayor pieza.

Al anochecer, era el tiempo de la cena, con todos los príncipes de la familia. Yo era uno de ellos. Francisca también me instruyo para dar la talla en el que debía ser el último acto público del día.

—Jamás empezareis a comer si el rey no ha comenzado. Después, los consejos que os he dado para la audiencia vespertina también valen para la cena: los chismes y las historias maliciosas y sorprendentes divierten al rey y de paso al resto de comensales.

Igual que en la Academia de Orthez y con el ministro Etxeberri, también con Francisca fui un alumno aplicado. Mi alma de farsante se había adormecido durante esos últimos meses. Solo tuve que sacar ese instinto a la superficie para empezar a sentirme más cómodo entre esa caterva de cortesanos. Miossens y Armagnac se mostraban los más maravillados con el cambio. Maravillado y complacido se hallaba el camarero mayor. Maravillado y no tan complacido, el primer noble del reino.

Conforme pasaban las semanas, comprobé que yo también podía ser ingenioso, atento, encantador y locuaz cuando era eso lo que se esperaba de mí. No tuvo que pasar mucho tiempo para moverme con mayor soltura. Si no hice más todas las payasadas a que se acostumbraba en la corte parisina, fue porque advertí que al grado que mantenía en la corte de Francia le convenía marcar mi propia personalidad. Y es que era precisamente eso lo que se esperaba del rey de Navarra, cierto aire agreste, que me otorgaba una especie de dispensa para pisotear la dichosa *etiquette* de vez en cuando para regocijo de esa panda de petimetres y casquivanas. Enrique de Valois se burlaba de mí cuando me salía el hijo de verdugo que llevaba dentro.

—¿Cuanto más navarro, más bruto, mi querido primo?

¡Qué risas entre los cortesanos!

Atendiendo una ley no escrita, me correspondía responder a la broma real con una educada risa. A veces, la tentación era demasiado fuerte.

—¿Cuanto más francés, más melindroso, mi querido cuñado?

Los cortesanos no reían... hasta que el propio rey de Francia irrumpía en una carcajada.

—¡Sois terrible, Enrique! ¡Verdaderamente terrible!

Mi primo decidió que quería que yo fuese su compañero en sus paseos a caballo y en

el juego de pelota. Empezó a consultarme en las audiencias vespertinas y en las cenas, ya fuese sobre una petición de algún consejo municipal de Auvernia para celebrar una feria en la villa, ya fuese sobre una queja del embajador de Génova sobre los ataques de los moros a sus barcos. Muchas veces, me las veía y me las deseaba para salir de tales aprietos. No sabía si pretendía tomarme la medida o si lo animaba una motivación distinta.

—Se dice que el rey de Francia os tiene cada día en mayor estima —me dijo un día Francisca.

Esa era la manera de la enana de hacerme llegar los mensajes de su señora, Catalina de Médicis: «se dice».

—Pues deberé tener cuidado.

—¿Cuidado, por qué?

—No quisiera tener que pasar a cumplir las tareas de su tropa de favoritos, igual que Quélus y los demás.

—¡Que Dios os guarde el trasero! —se echó a reír Francisca.

Catalina no fue la única en advertir que a Enrique de Valois le agradaba tenerme a su lado. Dos o tres meses antes, en Lyon, los hombres y las mujeres de la corte me rehuían. Poco me importaba. Yo ponía el mismo empeño en escapar de ellos. Pero en París, hasta el más furibundo de mis enemigos se acercaba a mí.

—Parece ser que todos los señores quieren ser mis amigos, y todas las damas, mis amantes —me sorprendía ante Francisca.

—¿Verdaderamente es así? —me preguntaba ella, tensa de pronto.

—En el caso de ellos, puro teatro.

—¡Menudas putas! —graznaba con ira exagerada.

Después de desayunos, comidas y cenas, las habitaciones y dormitorios del Louvre eran testigos de un incesante ajeteo. Tal como nuestra difunta reina Juana de Albret le advirtió en alguna ocasión a su hijo, nunca conocí a gente tan inclinada al pecado de la carne como los hombres y las mujeres de la corte francesa. Tenía entonces 18 años. Era joven y libertino como un verraco de dos años. Me uní a la fiesta del fornicio sin temor al castigo divino. En una misma semana yacía con tres o cuatro mujeres. Algunas veces, con dos el mismo día, una al mediodía, la otra por la noche. Duquesas y criadas. Solteras y casadas. Jóvenes y no tan jóvenes. Mi custodio Pessac, que era testigo, me miraba con admiración.

Algunas de ellas venían a mí por su propio pie. A otras era yo el que las atrapaba en mis redes, sin mucha fatiga por mi parte. Algunas pocas me las enviaba Margarita, quien después me inquiría sobre ellas:

—¿Se ha mostrado lo suficientemente agradable? Esposo mío, yo solo deseo vuestro deleite.

Puede que verdaderamente Margarita buscara mi satisfacción. Sin ella, claro. Desde que se enamoró de Bussy, no conseguí que se acostara a mi lado. El hecho de tener con quién consolarme solo aliviaba en parte la pena, y solo calmaba en parte mi

rabia. Una tarde, al advertir que salía fuera del Louvre, se lo reproché dolido:

—¿No os da cargo de conciencia ir a encontraros con ese mal hombre?

Me mandó a tomar viento.

Al día siguiente, después de cenar con toda la familia, me siguió hasta mi habitación. Traía a una dama suya de la mano.

—¿Conocéis a Victoire d'Alaya?

La conocía casi desde la primera vez que entré en el Louvre. Victoire d'Alaya, en belleza, no desmerecía de Charlotte de Beaune ni de Louise de Montigny. Sin embargo, jamás me acerqué a ella. Era española, había llegado a París muy joven, en el séquito del antiguo embajador Francisco de Álava. Era sobrina segunda suya, según parece. Se quedó en el Louvre para enseñar a Margarita algo de la lengua de Castilla. El año anterior había oído que le entretenía las noches al duque de Alençon.

—Margarita, ya cuento con suficientes espías en palacio, para añadir una del rey Felipe.

En la corte se hallaban divididas las opiniones sobre Victoire d'Alaya. Al parecer de algunos, la joven cumplía con la misión de informar a Catalina de las idas y venidas de su hija. Según otros, sus informaciones llegaban a oídos del embajador español Diego de Zuñiga, y de ahí viajaban hasta Madrid. A juicio de un tercer grupo, trabajaba tanto para ella como para él.

—Bobo. Os la traigo para que en todo sea con vos atenta y amable. Deberíais agradecermelo.

No lo hice. No obstante, Margarita se fue sola de vuelta. Aquella semana, llevaba tres noches sin compañía en el lecho, y no quería llegar a una cuarta. Victoire se parecía a las mujeres de mi tierra. Su nariz era de cierto tamaño y dos castañas por ojos le iluminaban el rostro. Eso no fue lo que ablandó mi corazón.

—Desnúdate —le ordené.

No me demoré en caricias. Sin perder el tiempo, me tumbé sobre ella, como hace un guerrero con la mujer del enemigo. La hice objeto de fieros embates, sin preocuparme si le hacía daño. Hasta entonces, había permanecido callada. Entonces, la escuché entrecortadamente:

—*Ene, ene... Ez, ez, ez...*

Victoire hablaba mi idioma.

Victoire no era Victoire, sino Victoria. Ni tampoco Alaya, sino Ayala o, aún más propiamente, Aiara. Nunca había conocido ningún vasco español, así como sí conocía a vascos franceses de Lapurdi o de Zuberoa. Sabía de su existencia. Miguel Mailu había luchado contra ellos en su juventud. Formaban parte del invasor, cuando los pérfidos castellanos se apoderaron de la mayor parte del reino. Mi vieja espada había pertenecido a uno de ellos. Mi abuelo se la arrebató en la lid, y, antes de salpicarse las manos de su sangre, le preguntó cómo se llamaba.

—¡Martín Epaltza! —contestó él, antes de morir.

Varios años más tarde, la espada del tal Martín Epaltza me la legó a mí.

Miguel Mailu me había contado que los antepasados de los vascos españoles en algún tiempo habían sido súbditos de Navarra. Pero que aquella época había pasado hacía mucho, antes de que muriese el abuelo del abuelo de mi abuelo. En nuestros días, los vascos españoles y el resto de súbditos del rey Felipe bebían veneno del mismo abrevadero. Y así ha sido hasta donde la memoria me alcanza.

Al oír a Victoria en mi lengua, algo dentro de mí dio un vuelco.

Victoria de Aiara no se expresaba como en las tierras de Mixa o de Ciza. Ni tampoco como en Zuberoa o en Lapurdi. Tampoco hablaba de la forma en que había oído hacerlo a mi abuelo, que es como suelen hablar los pamploneses. De su boca salían palabras y expresiones que nunca había escuchado. ¿Y qué diré, por otro lado, de su fragancia? Su boca no tenía sabor de cebolla cocida; ni su piel parecía musgo húmedo, como la de mi desaparecida Ramona. Igual que la mayoría de las mujeres de la corte francesa, Victoria frecuentaba a los perfumistas. Lo cual apagaba su olor propio, bajo el aroma pretendidamente encantador de un millar de flores. Sin embargo, en su idioma había algo, en su olor había algo, que me recordaba a lugares y gentes a las que alguna vez yo había amado.

Tuve que refrenarme para no expresarle todo ello a la propia Victoria. No me olvidaba de los rumores que pesaban sobre ella. También en el amor tenía que seguir siendo Enrique de Navarra, dejando a un lado al antiguo Joanes Mailu. Por otra parte, la sorpresa de Victoria parecía tan grande como la mía. Por lo visto, ignoraba que fuera de su terruño hubiese vascongados. Seguramente habría hablado en su lengua con poca gente, una vez salió de allá.

—Solamente con mi tío el embajador y con dos o tres criados —me explicó, en su curiosa dicción, después de que nos ayuntáramos por segunda vez.

Según parece, yo era el primero desde que había llegado a la corte de Francia. Aunque todavía no había perdido la costumbre, al principio se manejó despacio, no muy fluidamente. Diría que no se encontraba tan encantada como yo de haber encontrado un interlocutor.

—¿Vais a volver? —le pregunté al día siguiente, al levantarnos.

—Si vos queréis, sí, mi rey.

Tenía motivo para excusarme con Margarita. Así lo hice ese mismo día. Me disculpó más fácilmente de lo que pensaba la brusquedad de la víspera. Escuchó con una sonrisilla burlona la cálida alabanza que le hice de Victoria.

—Me congratula vivamente que os complazca tanto mi dama. Siempre os he dicho que no tengo otro deseo que agradaros.

Seguramente no lo decía hipócritamente. Probablemente albergaba la esperanza de que, si yo me unía en serio a otra mujer, la dejaría a ella tranquila en sus tratos con Bussy.

Distinto fue con Francisca. Un acontecimiento de tal calibre no podía ocultárselo

a la enana favorita de Catalina. Con Margarita algunos detalles carecían de importancia, pero al hablar con mi pequeña amiga, eran dignos de reseñar.

—Aiara, no Alaya —le dije, dispuesto a darle todas las explicaciones— de la parte de Álava. Hablamos toda la noche en vascuence, como hacía tiempo no hablaba.

El rostro de la enana no compartía mi alegría.

—¿Habéis tenido que tomar a una ramera española para que descubráis cuán dulce es vuestro idioma en la cama?

Aquel día la instrucción duró menos que de costumbre.

A Armagnac no le agradaron las trazas con las que me presenté a la última cacería del rey de Francia. No me explicó en dónde radicaba mi error. Al parecer, estaba «poniendo en solfa el buen nombre del reino de Navarra». La relación entre mi camarero mayor y yo, sin llegar a la amistad, era más cálida que antes.

—La próxima vez yo os ayudaré a elegir vuestra ropa.

Tenía dónde elegir entre las prendas que Enrique había dejado en su habitación.

La siguiente cacería tuvo lugar ocho o diez días más tarde, si llamarlo cacería no es excesivo. En verdad, iba a ser un vespertino paseo a caballo, en los alrededores de Versalles, durante el cual soltarían un ciervo, lo que daría ocasión de desperezarse a los podencos del rey. Tan pronto lo supo Armagnac, acudió a renovar su oferta. Nos citamos en la habitación que después de ser de Enrique había tomado para mí. Bajo la mirada de Pessac, él eligió las calzas, la capa, el sombrero y las botas apropiadas. Mientras me ayudaba a vestir, me dio la noticia:

—El hermano del rey de Francia ha huido. En los pasillos de palacio no se habla de otra cosa.

—Ya era hora.

No me esforcé en simular sorpresa.

Todos los que en el Louvre podían posar sus nalgas sobre un caballo rondaban las caballerizas. Enrique de Valois siempre llegaba el último. Aquel día fue de los primeros. Un buen número de compañeros de caza se había apiñado junto a las puertas de las caballerizas. Margarita se encontraba algo más retirada. No vi rastro alguno de su amante Bussy. La hija de los Valois me saludó justamente como para no levantar rumores entre las malas lenguas del Louvre. Llevaba días enfadada conmigo.

El semblante de Margarita me decía a las claras que no quería que yo estuviese allá. No le hice caso. La reina de Navarra conversaba con la marquesa de Sillery, que alabó mi capa de piel. Yo, a cambio, dije un cumplido sobre su sombrero. Hacía tres semanas había visitado mi habitación, mientras su marido se encontraba con el rey. Volvió con él más garbosamente de lo que vino.

—Vuestra esposa y yo comentamos las últimas decisiones de los doctores de la Sorbona —me explicó con una sonrisa.

Era seis o siete años mayor que Margarita. Bastante más robusta que ella, tanto de brazos, como de piernas. Podía dar fe de ello.

—¿Qué se ha decidido, pues, en la Sorbona? —dirigí mi vista hacia el monarca francés. Los caballos ya se encontraban fuera, pero él todavía no había montado.

—Han vuelto a prohibirnos a las mujeres el uso del *calçon*. Dios no debe de querer que los hombres y nosotras en nada nos vistamos de igual forma —suspiró.

—¿Ni siquiera para la caza?

—Ni siquiera cuando el viento agita nuestras faldas sobre el caballo.

—Por una vez estoy de acuerdo con los doctores de la Sorbona.

La marquesa se rio. Margarita no. Me pregunté hasta qué punto sería una torpeza en mi situación solicitarle otro encuentro a aquella mujer. Desde que había empezado con Victoria, no había sido de ninguna otra.

—¡Enrique!

El rey de Francia venía hacia mí, rodeado de sus habituales amigos y guardias. Nunca se había visto monarca alguno ataviado de tantas sedas, tantas joyas y tantos colores. En todo ello, sus favoritos solo bajaban un grado. Se podría decir que competían entre ellos por ver quién mostraría mayor semejanza a su señor. El abrazo del rey de Francia fue más flojo que el de siete meses antes en Beauvoisin.

—Tenía miedo de que vos hubierais huido también.

—Señor, ¿por qué habría de ir a ningún sitio?

Evité la mirada de Margarita. Ella fue la que tres días antes me trasladó la invitación para fugarme con Alençon. Le respondí que no tenía intención de ir con su hermano a ningún lado. Me gritó durante una hora. Su insulto más leve había sido «navarruzo de mierda».

Sin retirar su mano de mi espalda, el rey de Francia hizo saber a todos los que lo rodeaban:

—*Navarra* no me ha dejado. *Navarra* sigue conmigo.

Algunos empezaron a aplaudir.

Du Guast que, desde que Enrique era rey, iba acumulando cargo tras cargo, no parecía tan entusiasmado conmigo como su señor. Extendió su dedo hacia mí:

—Aunque no habéis huido, algo debíais de saber sobre la fuga.

No pestañeé:

—Ni la menor idea.

Estaba dispuesto a batirme en duelo con él si me tachaba de mentiroso. No hubo necesidad.

—Enrique, elegid un caballo y cabalgad a mi lado —cortó el rey de Francia—. Hace tiempo que no hablamos con calma.

Tal como deseaba el Valois, nos dirigimos juntos a las caballerizas. A mis espaldas oí la irritada voz de Du Guast.

—Y vos, silenciosa mujer, ¿no sabéis nada de la fuga de vuestro hermano pequeño?

Se dirigía a la reina de Navarra. Si al hablar conmigo se le notaba la rabia, con Margarita, emanaba odio. Du Guast debía de sentirse muy seguro del favor real para hablarle así a su hermana.

—Si supiese algo, tampoco os lo diría —le contestó mi esposa.

En el camino me encontré con el barón de Codun y no me gustó. Sabía de dónde venía, puesto que allá precisamente me dirigía yo. Jérôme Gondi, barón de Codun, era uno de los italianos del entorno de Catalina. Su cargo oficial era el de introductor de embajadores en la corte francesa. Además de ello, servía a su señora yendo de un lado para otro y tanteando las verdaderas aspiraciones y propósitos de los españoles. En el Louvre corría el rumor de que utilizaba a cientos de mensajeros e informadores para ese fin, y que charlaba casi a diario con el embajador de España, Diego de Zuñiga. Quienes lo odiaban, en cambio, opinaban que el oro del rey Felipe se colaba fácilmente en sus bolsillos.

—Me complace veros aquí, rey de Navarra.

Miraba con ojos de milano, con una de esas miradas que atraviesan la piel por ver qué se oculta tras ella. Me pregunté si Gondi sabría quién era yo en realidad. Le devolví el saludo, no tan efusivamente, y se perdió por los pasillos.

Al otro lado de la puerta, si no fuese por los tapices de las paredes, el *scriptorium* de Catalina se podría confundir con la mesa de labor de un escribano. Allá donde existían las más amplias salas, la todopoderosa reina madre de Francia prefería un estrecho habitáculo para dictar sus cartas o escribirlas de su puño. El habitáculo solo contaba con dos sillas. Una era bien amplia y disponía de dos cojines grandes, uno sobre el asiento, otro a la espalda. La otra silla era pequeña y desnuda. Esa fue la que me correspondió. Entre ambos había una mesa, cubierta de papeles y libros sobre la que la criada anduvo buscando un hueco para dejar la bandeja llena de dulces. Catalina selló su boca hasta que hubo salido. Nada más se cerró la puerta, me espetó:

—Se dice que pasáis las noches y los días con la señorita de Alaya.

La reina madre de Francia estaba bien enterada. Desde que Margarita me la trajo por vez primera, prácticamente no había estrechado a otra mujer en mis brazos. Con todo, la preocupación de Catalina me resultaba novedosa. En el tiempo que llevaba en París había advertido que la reina madre no era aficionada a meterse en los asuntos amorosos del prójimo, siempre que no afectasen a sus intereses.

—¿Se siente ofendida vuestra hija? Fue ella quien trajo a Victoria a mi cama.

Nunca me había dirigido a la reina madre en términos tan crudos. Ambos, ella y yo, nos percatamos al mismo tiempo de ese hecho. Todavía guardaba rabia en mí contra Margarita.

Catalina cogió un dulce de la bandeja de la mesa y se lo introdujo en la boca. Eran del color de la sangre, perfectamente redondos, elaborados en forma de onza de oro.

—No he recibido queja de mi hija. La ofendida, en todo caso, sería otra persona. Aunque había despertado mi curiosidad, no le pregunté de quién hablaba.

Bajó la voz:

—Lo que me quita el sueño es pensar si os conduciréis con prudencia. Los hombres no sabéis contener la lengua delante de vuestras amantes.

Me reí.

—¡Quién lo sabrá mejor que vuestras damas!

No se movió ni un músculo en su pálido y rechoncho semblante.

—No sois tan despreocupado como para no conocer los rumores que circulan sobre la señorita de Alaya, ¿no es así? Hombres de toda mi confianza hace tiempo que me han aconsejado que me cuide de ella.

Había oído esas maliciosas palabras. Sin creérmelas.

—¿De quién habláis, de Gondi? ¿Del barón de Codun? Me he encontrado con él mientras venía hacia aquí. ¡De él tampoco sabe nadie para quién trabaja, si para vos o para Felipe de España!

Ni siquiera parpadeó. ¡Cómo no iba a estar al corriente de lo que se contaba sobre su gente!

—En cualquier caso —le recordé—, los consejos de esos hombres de vuestra entera confianza no serán de tanta consideración cuando no habéis apartado a Victoria de vuestro lado.

Se encogió de hombros. Consideré el gesto como una cesión ante mis razones mejores fundadas. En verdad, por aburrimiento o desgana, estaba renunciando a explicarle a un ignorante las verdades de este mundo.

—Nadie tiene por qué saber sobre nuestro pequeño asunto; y menos que nadie, los españoles. Vos deberíais ser el más interesado en ello. Sabéis cuál es el castigo para el impostor. Si se propagase quién sois en realidad, no podría salvaros del fuego.

Me resultó desagradable el modo henchido en que pronunció dichas palabras.

—Por lo demás, no es cuestión mía a quién metéis en vuestro lecho. Siempre que no descuidéis la labor de darle a mi hija un hijo varón.

El tiempo que Margarita había pasado conmigo durante las últimas semanas difícilmente convertirían en abuela a esa mujer. La pulla con la que le contesté tomó otra dirección:

—Que sea varón o hembra, en Navarra no importa. Estamos orgullosos de nuestras reinas.

Levantó la voz:

—¡Asno ignorante! ¿A quién le importa Navarra, cuando Francia puede algún día necesitar un hijo de Margarita?

La gruesa mano de Catalina trazó dos veces el recorrido hasta la bandeja. Miró alrededor, como si tratara de cerciorarse de que en la sala no había nadie más. Después, recuperó su tono anterior y cambió de tercio:

—Estáis haciendo progresos en vuestro trabajo de rey.

—Tengo buenas maestras —bajé yo también la voz.

Permaneció callada un buen rato.

—¿Estáis aprendiendo tanto como para volver a Navarra y ser, de verdad, su rey?

—me preguntó finalmente.

Un mes antes, la sola mención de tal ventura hubiese sacado de mis entrañas una respuesta semejante a la que Jesucristo le dio a Dios: aparta de mí este cáliz. Durante todo ese tiempo, le había dado al asunto alguna que otra vuelta.

—Sí, lo estoy haciendo.

—No tengáis prisa. Al pollito navarro no le ha llegado la hora de convertirse en gallo.

Sus palabras me dolieron.

—¿Acaso no es vuestra voluntad que me porte como un rey?

Catalina se llevó otro dulce a la boca. Batió con fuerza su mandíbula abultada.

—Si cumplís mi voluntad. No en otro caso.

—Estoy dispuesto a cumplir vuestra voluntad.

Me miró más penetrantemente.

—Tal vez sea cierto que estáis preparado. Mentís como un rey.

CUANDO TENÍA DIEZ AÑOS, mi abuelo Miguel puso en mis manos las riendas de una potranca de morro blanco. Desde entonces, he sido poseedor de no pocas monturas. Nunca les puse nombre alguno, puesto que nadie que conociera tenía esa costumbre. En Pau, pero sobre todo en París, encontré los primeros caballos dotados de tal gracia, aunque eso no hizo que me inclinara yo también a ponérselos. En la capital de Francia, había conocido a más de un *Pegasus*, ninguno de los cuales me pareció jamás capaz de echar a volar. Algunos bastante tenían con soportar al jinete encima, hasta tal punto caminaban lentos y exangües. En cambio, las patas del Pegasus que ahora tenía ante mis ojos parecían que fueran a despegar del suelo.

Durante un paseo vespertino, alabé el porte nervioso del alazán sobre el que Enrique de Valois descansaba sus posaderas. Fue pocos días después de la huida de su hermano Alençon. Al día siguiente, me regaló el caballo.

—Cuidadlo bien. Es hijo de dos obsequios reales.

Corría como una exhalación. Las explicaciones de rigor me las concedió una vez hubimos circundado todo París.

—Su padre llegó con el embajador inglés, como presente de la reina Isabel. A su madre, por su parte, nos la entregó el duque de Alba, junto con los mejores deseos del rey Felipe.

—Así que es español —se me ensombreció el semblante.

—¿A qué vienen esos remilgos? ¡También en la cama montas a una española!

Reí con el rey de Francia.

La semana siguiente, la corte se trasladó a Vincennes, de caza. Pasé todo el día junto a Enrique de Valois. Alguna cosa había aprendido desde las monterías en las que participé en las proximidades del castillo de Coaraze con el príncipe de Navarra, Enrique, al que acababa de conocer. Montado sobre Pegasus podía haber destacado sin mucho esfuerzo, persiguiendo a los jabalíes. Preferí seguir los consejos de Francisca. Mi lanza traspasó la dura piel del cerdo salvaje lo justo para aplacar mi mortífera afición, no más. Algunas veces, después de ayudar a levantar la pieza, rechazaba participar en su captura. Otras veces, llegaba a acercarme a la presa montado sobre Pegasus, pero cedía el honor del primer golpe a mi primo.

Una de las ocasiones en que permanecía más atrás, Du Guast se acercó a mí sobre su caballo.

—Nuestro señor no es ciego ni tonto. Terminará por advertir que fingís ser un cazador más torpe de lo que en realidad sois.

Louis de Bérenger, barón de Guast, el primero entre los favoritos de Enrique de Valois, me dirigía la palabra en contadas ocasiones, y cuando lo hacía no era precisamente para regalarme los oídos. Cuando acababan de regresar de Polonia, tan

notorio era su desprecio para conmigo que más de una vez me provocó deseos de acometerlo con mi espada. Le respondí de inmediato:

—Yo también juraría que vos podríais destacaros más en una cacería.

Su mirada se endureció.

—¿Con esto? —levantó su brazo derecho, cuyo extremo se hallaba envuelto en vendas.

Durante el cerco de La Rochelle, el mosquete de un reformado le dejó la mano casi inservible. Un duro golpe, para un espadachín como él. En las primeras semanas de nuestro cautiverio, se había pavoneado ante Enrique, Condé y ante mí, de haber matado con su propia mano «a más de veinte hugonotes». Desde entonces, no lo apreciaba más que a una legaña de mis ojos.

Me disculpé, fingiéndome apenado.

—Había olvidado vuestra desgracia.

No la había olvidado en absoluto. El día en que le dispararon yo también me encontraba frente a La Rochelle, entre los sitiadores. Di gracias al Cielo cuando me enteré de la noticia. La herida, sin embargo, todavía lo ensalzó más ante los ojos de Enrique de Valois. Su mano tullida no supuso impedimento para acumular cargos relacionados con las armas. Ya he mencionado que el rey de Francia lo había nombrado jefe de la guardia francesa.

Du Guast se emplazó junto a mí, obligando a su caballo a adoptar la velocidad del mío.

—La Fortuna nos ha traído hasta aquí a los dos. Llevaba tiempo deseando charlar cara a cara con vos.

No era mi caso. Puse mis sentidos en estado de alerta.

—Noto que no sentís gran aprecio por mí.

No le faltaba sagacidad. En aquella época trataba de no hacer gala de mi animadversión por él. Había empezado a darme cuenta de las ventajas de no manifestar excesiva enemistad hacia el todopoderoso cortesano, especialmente desde que el rey de Francia mostraba constantemente su voluntad de tener buena relación conmigo.

—Nunca me habéis dado ocasión de mostraros mi aprecio —le respondí, con la prudencia de un rey.

—Os contamina el odio que vuestra esposa Margarita me profesa.

¿Contaminarme a mí Margarita? Era ridículo. No podía ver a Du Guast bastante antes de sustituir a Enrique. Seguramente, para él la sangre de la víspera de San Bartolomé no había sido nada más que un inocente pasatiempo.

—¿Ya sabéis qué se rumorea en la corte sobre ella, verdad?

Sobre Margarita podría rumorearse cualquier cosa, de lo que buena parte sería verdad.

—Que pasa demasiado tiempo con la señora de Thorigny. Demasiados días. Demasiadas noches.

No alteré la expresión de mi rostro. Lo sospechaba. Lo que me dolía era que se hubiese propagado la historia. En la corte francesa no faltaban los maridos cornudos. Nadie caía en el ridículo por ello. Que el motivo de los cuernos fuese otra mujer era más duro de llevar.

—¿No vais a decir nada?

No, no iba a decir nada.

—Deberíais apreciar en más mi información. Yo os estimo mucho más de lo que pensáis.

No me esforcé en fingir que le creía.

—Desearía que tuvierais toda esa estima en cuenta, cuando me respondáis a la pregunta que debo haceros.

Difícilmente lo podría hacer. La noticia que acababa de darme no me había convertido en íntimo suyo.

La liebre saltó por donde menos esperaba.

—¿Vuestro corazón guarda todavía un lugar para la señora de Sauves?

Charlotte se mantenía alejada de mi lecho desde antes de regresar de Lyon, y, si he de ser sincero, no la echaba de menos. Era impresionantemente bella. Sin embargo, en los últimos meses de nuestra relación se convirtió en el legado más gravoso de la herencia que recibí de Enrique. Pero con Du Guast prefería hablar de Charlotte que de Margarita.

—¿De vuestra pregunta debo de deducir que estáis interesado en la señora de Sauves?

Su habla se dulcificó.

—Así es. Y ella no es indiferente a mis requerimientos.

Menudo estúpido. No era necesario haber pasado mil años en la corte francesa para comprender que la reina madre pretendía espiar de más cerca al favorito de su hijo. Para ello, ¿quién mejor que su dama Charlotte? En el Louvre no se hablaba de otra cosa: mamaíta Médicis no se sentía muy contenta con muchas de las decisiones de su hijo predilecto, tras la mayoría de las cuales se hallaba la mano de Du Guast.

Le contesté en el mismo tono estrafalario de la pregunta. También había aprendido eso.

—Si así son las cosas, habéis de saber, señor, que la señora de Sauves hace mucho que está fuera de mi corazón.

Du Guast parecía aliviado.

—Mejor así. No quería provocar un malentendido con vos a causa de una mujer.

—Sois muy considerado conmigo, señor —proseguí con el mismo nivel de hipocresía.

No le pregunté si le había hecho la misma pregunta al marido de Charlotte, el barón de Sauves, o al propio duque de Guisa. De hacer caso a lo que se rumoreaba en la corte, el jefe de la casa de Lorena me había reemplazado entre las piernas de Charlotte.

—Entre caballeros, nobleza obliga —me respondió—. Si no fuera por los modales, estaríamos a la altura de vulgares labriegos o menestrales.

—Así es —le contesté yo, sin su entusiasmo. Mi abuelo fue un vulgar menestral, metido a soldado.

—Si entre los hombres como debe ser no existe respeto y miramiento, ¿dónde queda la nobleza, dónde el honor, dónde la confianza y la amistad...?

Sin tratar de responder, dejé que el caballo anduviera algunas vergas a su voluntad. No lograba imaginar adónde quería ir a parar Du Guast con esa retórica suya.

—Quien no se comporta con modales no es sino un bellaco. Por desgracia, vivimos rodeados de no pocos de ellos.

Sacudí la cabeza sin mucho ahínco, como afirmando. Empezaba a inquietarme el empecinamiento de aquel hombre. ¿De quién hablaba? Algunos meses antes, me había acostado con un montón de mujeres, pero no se me había ocurrido pedirle permiso a nadie por adelantado. Traté de recordar si entre ellas había alguna amante de Du Guast que pudiera dar pie al favorito del rey a estar ofendido conmigo.

—No son pocos —insistió él—. De cualquier manera, yo, por encima de todos, tengo presente a uno, tan carente de esas cualidades que ni el nombre de noble merece.

Me hice cargo de mi situación. Llevaba una lanza en la mano y, asida al cinto, mi vieja espada. Tendría con qué defenderme si el manco me atacaba. ¿Pero estaba él solo? Giré la cabeza a derecha e izquierda. Detrás de cada árbol de las inmediaciones podría haber un hombre al que se le hubiese pagado para matarme.

—Me refiero a Bussy, claro está. Louis de Clermont Bussy d'Amboise.

Solté la empuñadura de la lanza. Pocas veces me sentó tan bien escuchar el nombre del amante de «mi» esposa Margarita. La última pregunta de Du Guast sonó a música celestial en mis oídos.

—Alguien debería darle su merecido. ¿No creéis?

En los ratos que pasaba con Victoria, nuestros cuerpos terminaban por fatigarse de los juegos del amor. Entonces, a menudo, conversábamos sobre Margarita. Ella conocía a su señora mucho mejor que yo. Permaneció a su lado para iniciarla en los secretos de la lengua de Castilla, pero ya solo se dedicaban a ello cuando a Margarita le apetecía, algo que ocurría pocas veces. El resto del tiempo, cumplía con ella las obligaciones de una damisela. Permanecía junto a Margarita casi día y noche. Si se aburría, debía entretenerla con su conversación. Si estaba triste, consolarla. Y si se enfadaba, era obligación suya soportar su cólera y tratar de calmarla. También entraba en sus quehaceres informarle de todo lo que pudiese resultar interesante para la señora, y ser su enviada en un sentido amplio del término, en las cosas que la señora misma no podía llevar a cabo o que no convenía que hiciera. Victoria, al principio, me hablaba

poco de Margarita. Más adelante, al observar que yo moría por conocer cosas de su ama, me traía cada día alguna noticia suya.

Gracias a Victoria sabía que Margarita se reunía cada tarde con Bussy, en la casa que el espadachín poseía en la calle de Sainte-Avoye. Yo mismo la había visto alguna vez tomar la carroza, en el patio del Louvre, acompañada de la dichosa Gillonne de Thorigny. Asimismo, la alavesa me informó de que Bussy había empezado a visitar la habitación de Margarita, en el propio palacio.

—¿Cómo se las apaña para entrar?

—Sobornando a algunos guardias.

Ese mismo día lo puse en conocimiento de Du Guast.

Una semana más tarde, una tropa de quince hombres aguardó a Bussy en el exterior del palacio. Quince contra uno. Ningún otro tendría posibilidades de salir con vida de una emboscada semejante. Tal vez fueran los asesinos más torpes de París. Y Bussy, por su parte, el espadachín más temible. Sobre el encontronazo compuso luego unos versos que corrieron por la ciudad, en los que afirmaba que mató allá mismo a dos de los quince contrarios e hirió a otros cinco. A cambio de lo cual solamente había recibido una herida en la mano. El resto lo ignoro, pero la última parte, al menos, era la pura verdad.

Supe por boca de Victoria de la reacción de Margarita. Miedo, al principio, cuando le llegó la primera noticia. Alegría, luego, al saber que su amante vivía. Ira, finalmente, una vez que dedujo a sueldo de quién habían actuado los asesinos.

—Du Guast está muerto, aunque todavía no lo sabe —dicen que dijo a sus cercanos.

Si sospechó algo de mí, no lo mencionó en presencia de Victoria.

Por la noche, como de costumbre, la cena, presidida por el rey, nos reunió a toda la familia. Margarita no tuvo reparo en sacar a la mesa lo sucedido la víspera. Se dirigió directamente a su hermano:

—Anoche han estado a punto de asesinar al barón de Bussy, junto al Louvre. ¿Vuestra justicia no debería actuar para castigar a los responsables?

Una llama se apoderó por un instante del rostro de Enrique de Valois. Sin embargo, su voz sonó serena.

—Hermana mía, todavía no ha nacido el que pueda librar las calles de París de sus peligros nocturnos. Si los parisinos pasan temor en sus casas, con más razón debería temer aquel que después de anochecer, Dios sabe con qué intenciones, abandona el calor del hogar.

Dos semanas más tarde, una inusitada comitiva hizo que los parisinos se asomaran a las ventanas. Bussy volvía a la calle. No iba solo. Llevaba con él a una marabunta de gente; familiares, amigos y empleados, todos armados hasta los dientes. A algunos oí que eran cien. A otros, que doscientos. Hubo quien no tuvo reparo en decir que quinientos. En cualquier caso, lo suficiente para desairar a la escolta de un duque. Enrique de Valois no contempló el espectáculo, pero tuvo quien se lo

comunicara. Los gritos del rey francés se oyeron en toda la primera planta del Louvre. Para la tarde, ya había firmado el decreto que desterraba de París al insolente. Esa noche, Victoria me informó de las lágrimas de Margarita.

Pocos días más tarde, me correspondió ser compañero del rey en el juego de la pelota. En París no jugaban a la pelota como en Gárriz o en Pau. Por miedo de quebrarse la mano, utilizaban, al menos los nobles, unas maderas con cuerdas a las que llamaban *raquette*. Para jugar, mejor que un prado llano o los fosos de los castillos, preferían, sobre todo en invierno, unos pequeños recintos cubiertos llamados *tripot*. Nuestro Enrique era diestro tanto en una como en otra modalidad. Muchos aficionados del Louvre solicitaban al rey de Navarra el honor de formar pareja con él. Fue él quien me aficionó a la modalidad parisina. Hasta tal punto que, cuando empecé a suplantarlo, nadie advirtió el cambio. Toda la gente que había querido jugar con mi soberano, quería ahora hacerlo conmigo. Incluso Enrique de Valois.

Ya he olvidado quiénes eran nuestros rivales aquel día; pero no el hecho de que los ganamos con facilidad. El rey de Francia se hallaba contento cuando salimos del *tripot*. En el exterior, se unió a nosotros Du Guast, escoltado por un grupo de soldados. El favorito no jugaba a pelota, por tener su diestra inutilizada. En mi presencia, le informó a su rey de varios asuntos, uno de los cuales llamó mi atención:

—Bussy se ha unido al duque de Alençon.

Lo dijo despreocupadamente, como si el hecho de que el diestro espadachín se hubiese unido al ejército del hermano rebelde fuese una nimiedad. Al monarca francés la noticia tampoco le disgustó.

—Mejor así. La próxima vez que venga a París solo pisará la plaza de Grève. ¿No estoy en lo cierto, Enrique?

Obviamente, me declaré de la misma opinión.

Como era habitual, el cabo Pessac me esperaba en el portal del Louvre. Desde que la reina madre se lo ordenara, hacía más de un año que se había convertido en mi sombra, fuese a donde fuese. También el rey de Francia se había acostumbrado a verlo siempre cerca de mí.

—He ahí a vuestro Pessac, incansable en su cometido de libraros de todo mal.

Acepté su broma a medias.

—Estáis en lo cierto, señor... ¡Aunque todavía ignoro a ciencia cierta qué males son esos!

Enrique me observó como si se le hubiera pasado algo por la cabeza. Se giró hacia Du Guast, que debía irse ya hacia su casa, pero que todavía caminaba tras nosotros mientras subíamos por las escaleras del Louvre. Al menos, sus guardaespaldas se habían quedado a las puertas.

—Oíd, Louis, ¿no es ya momento de dar otra responsabilidad a este valioso soldado?

En su calidad de jefe de la guardia francesa, Du Guast poseía potestad directa

sobre Pessac.

—Señor, ¿es un asunto que debemos dirimir ahora? Vuestra madre...

—¡No mencionéis a mi madre!

Entramos en la cámara del rey de Francia. Solamente nosotros tres. Un sirviente le ayudó a despojarse de su ropa sudada.

—En la situación en que estamos los soldados son más necesarios en Borgoña o en Languedoc que en el Louvre.

Era una orden clara. Se acabó la vigilancia hacia mi persona. Si hubiera dado rienda suelta a mis sentimientos habría empezado a brincar de contento. No alteré mi expresión, ni siquiera cuando Enrique de Valois se dirigió a mí.

—No dudo que continuaréis sirviéndome tan fielmente como en estos últimos meses.

—Nada me causa más placer que servirlos.

Hasta hacía bien poco, yo mismo me admiraba cuando esa afectada forma de hablar me salía sin inmutarme. Ya no.

—No obstante —osé decir, aprovechando la ocasión—, primo mío y cuñado, no deberíais olvidar que, mientras yo me encuentro aquí, Navarra está sin rey.

En el rostro de Enrique de Valois no perdió fuerza su sonrisa.

—Sin rey, pero no sin gobierno. Vos mismo nombrasteis a Antonio de Agramont como teniente general del reino.

—Es un nombramiento que realicé forzado por vuestra madre —a ese respecto no me costaba ponerme en el papel del verdadero Enrique—. Desde entonces, además, guerrea contra los hugonotes de Bernard d'Arros...

—Contra los vuestros.

¡Claro que contra los míos! ¡Quiénes, si no, los hombres del barón de Arros! ¿Y qué era, en cambio, Antonio de Agramont? Un sucio traidor, dos veces traidor. Traidor al Reino. Traidor a la Fe.

No caí en la trampa.

—Sabéis mejor que nadie qué daño ocasiona a un reino estar sin rey. Si estuviese allí, podría restablecer la paz.

Enrique de Valois se encontraba completamente desnudo. Otro sirviente le trajo una silla con un agujero bajo el cual dispusieron un bacín. El rey de Francia aposentó sus posaderas en dicho asiento mientras Du Guast y yo guardábamos una respetuosa distancia.

—Mi querido Enrique —el esfuerzo le enrojecía las facciones—, os aprecio tanto, que no os quiero lejos de mí.

Con la nariz fruncida, aparté la mirada del oscuro zurullo que cayó desde el agujero del asiento hasta el bacín.

—Mi señor trata de deciros —medió Du Guast— que dudamos si, una vez volváis a vuestro reynecito, no despojaréis en el acto del gobierno al conde de Agramont, no reinstauraréis el culto ginebrino y no acabaréis declarando la guerra al

rey de Francia, junto con Condé, Alençon y Damville. Mi señor no quisiera correr ese riesgo.

«Reinecito». Esas palabras revivieron el antiguo odio que procesaba por aquel hombre. Empezaba a arrepentirme de haberle ayudado en el asunto de Bussy. Respondí mirando a Enrique de Valois.

—Mi intención es la de mantenerme como aliado de Francia —me daba cuenta de que negar la tercera de las razones esgrimidas por Du Guast conllevaba afirmar el resto. No me importó—. ¿Quién va a ayudarme a luchar contra España, si no es Francia?

Enrique de Valois, ahora sí, frunció el ceño. Se había puesto de pie y dejaba que el sirviente le limpiara con un paño su trasero.

—¡Peste de hugonotes! Solo pensáis en luchar contra España. ¿Vos también queréis, como el difunto Coligny, invadir los Países Bajos?

Erguí la cabeza.

—¿Quién se acuerda de los Países Bajos? Yo hablo de Pamplona.

Ya no me sorprendía la sorpresa que mis fantasías inspiraban en los demás.

—Pamplona. En la Gran Navarra —empecé a decir—. Ahora los españoles...

Du Guast me hizo callar:

—Un sucio y mísero villorrio, capital de un país sucio y mísero.

Me entraron ganas de desenvainar la espada. No lo hice. En vez de ello, empecé a explicarle al rey de Francia el proyecto que durante las últimas semanas había pergeñado cuidadosamente, mientras los sirvientes lo vestían para la cena y lo perfumaban como a una puta.

Albergaba pocas dudas en lo que respecta a Armagnac. Durante el último año, había acudido a mí cuantas veces lo había requerido. Contra su voluntad, al principio. Más voluntarioso, en los últimos tiempos. En lo tocante a Miossens no albergaba la misma seguridad. El día en que me trajo la noticia de que Enrique había fallecido me ordenó «ser rey de Navarra». Una vez puesto a ello, no existía otra salida para mí, ni seguramente para él, que no fuera la de seguir siéndolo. Más tarde, había dejado claro que no me iba a ayudar en tal juego. Solo cuando nos encontrábamos ante miradas ajenas me saludaba con la reverencia que se le debe a un rey, e incluso entonces, a regañadientes. ¡Tan alto era el dolor que le ocasionaba tener que servir a uno de origen más bajo que el suyo! En el Louvre se hacían lenguas de la insolencia con que Miossens me trataba. No obstante, vino cuando lo convoqué. Vino, aunque escuchó lo que tenía que decir sin que de su cara se moviese un músculo.

El hecho de no estar en presencia de Pessac por primera vez en un año dio alas a mis palabras. Sin embargo, durante el tiempo en que hablé, no dejé ni por un instante de sentir la animadversión que me profesaba el señor de Coaraze, igual que un can presente un enemigo.

—¿Otro año aquí? —me interrumpió Armagnac.

No hacía mucho que me había confesado su nostalgia por volver. Llevaba tres años sin ver a su mujer y sus cuatro hijos, que se encontraban en Pau.

—Exactamente, el tiempo que nos cueste derrotar a los enemigos de la Corona Francesa. Luego nos dará libertad para volvernos a Navarra —le respondí.

—Os toma el pelo. La derrota de los enemigos de la Corona Francesa no se solventará en un año, ni en dos.

Miossens seguía sin articular palabra.

—No tiene por qué ser así. Guisa ha vencido a Condé en Dormans.

—Pero no ha logrado expulsar de Borgoña a los lansquenets luteranos.

Traté de no perder los estribos. Con Enrique jamás había oído a Armagnac opinar sobre el gobierno de las naciones. Tenía que empezar precisamente conmigo. ¿Su cometido no se limitaba a atender las habitaciones y a dirigir a los lacayos?

—Está bien —admití, y proseguí hablando para mis dos interlocutores—. Ignoro cuándo sucederá. Al fin y al cabo, el rey de Francia pretende una sola cosa de nosotros: la certeza de que Navarra no colaborará con quienes se han aliado contra él por asuntos de religión y demás. Si se lo concedemos, nos dejará marchar.

—¿Convertida Navarra al credo de Roma?

También esa había sido mi preocupación en mi conversación con Enrique de Valois y con Du Guast.

—Eso tampoco. A cambio, él está dispuesto a garantizarnos que Francia no se inmiscuirá en los asuntos de nuestro reino. Tampoco en los temas de religión.

Lo que decía agradaba a Armagnac. Podía notarlo en su cara. La mirada de Miossens reflejaba sentimientos muy diferentes; todos, reprobatorios.

—Hay más. Si garantizamos nuestra amistad, Francia estaría dispuesta a ayudar a Navarra a recuperar nuestra capital perdida.

A Armagnac le brillaban los ojos.

—¿Es cierto eso?

—Cierto.

Aunque de forma tácita, agradecí la fe de Armagnac. Miossens, en cambio, hizo un gesto dando a entender que ya había escuchado lo suficiente. Me miró a los ojos y me habló en un tono en que nadie se hubiera dirigido a un rey.

—Además de con nosotros, ¿habéis tratado de este asunto con alguien más?

Enrojecí, humillado de pronto.

—Claro que no.

Me odié a mí mismo por la humildad que demostré.

—¿Ni siquiera con vuestra amiguita española?

El súbito arrebolado de mi rostro me delató. Obviamente se lo había contado, mismamente la tarde del día anterior.

Miossens abandonó la sala gesticulando.

Victoria nunca precisaba de la asistencia de las criadas para vestirse o desvestirse. Incluso los corsés que constreñían su cuerpo, ella misma se los quitaba y se los ponía, sin admitir la colaboración de nadie. Por eso, tal vez, lo realizaba más lentamente que otras cortesanas. Por contrapartida, otorgaba al acto de desnudarse cierto carácter de espectáculo. Al principio, tuve la impresión de que era algo innato, es decir, que actuaba sin conciencia de la pasión que levantaba en mí. No tardé en advertir que cada gesto, cada movimiento suyo, era provocado y no espontáneo, y seguramente ensayado ante un espejo antes de reunirse conmigo.

Aquel día sus zapatos, su vestido y su lencería cayeron al suelo sin provocar ningún destello en mi mirada. La misma contemplación de su cuerpo lechoso, que en otras circunstancias había avivado las llamas de mi interior y mi exterior, no me despertó nada. Yo también me encontraba desnudo sobre la cama, donde mi falta de pasión saltaba a la vista.

—¿Es que a mi hombre le ha afectado algún frío viento?

Se dirigió directamente a mi entrepierna. Tan pronto sentí su lengua húmeda, aparté bruscamente de mí su cabeza con mis manos.

—¡Señor! —protestó.

No comprendía qué me ocurría.

—¿Qué está haciendo? —pregunté.

La joven se arrodilló encima de la cama. Tenía el pelo castaño, tanto el de la cabeza como el del bajo vientre. Sus pechos eran pequeños, tan solo dos ciruelas, comparados con los de Louise o Charlotte.

—¿A quién os referís, señor?

—Ya lo sabéis —respondí, levantando un poco la voz.

Victoria suspiró.

—La reina de Navarra acababa de dormirse cuando he venido aquí. La despedida ha agotado sus menguadas fuerzas.

Cuando volví de cabalgar con el rey de Francia, se oían los suspiros de Margarita desde el patio del Louvre. Tuvimos suerte. De haber llegado un momento antes, nos hubiésemos dado de bruces con la carroza que se llevaba de palacio a Gillonne de Thorigny por siempre jamás.

—Ha sido vergonzoso. ¡Qué abrazos, qué besos se han prodigado!

Igual que yo, Victoria nunca había apreciado a la camarera mayor de Margarita, para la que utilizaba el apelativo *el Carnero*.

—“Ahora sí que os quedáis sola, mi melocotoncito» —imitó la alavesa la voz de Gillonne—. Una mujer nunca osaría decir ciertas cosas a un hombre. Esas eran las que se decían la reina de Navarra y la señora de Thorigny.

«Relaciones perversas». En eso consistía, en boca de Du Guast, el trato entre las dos mujeres. Con esas mismas palabras me había expresado yo, esa mañana, al hablar con Margarita. «Relaciones perversas».

—La reina de Navarra ha cesado antes de llorar. Sin embargo, hasta que se ha

dormido, no ha dejado de clamar venganza.

Desde la mañana, las palabras de Margarita resonaban en mi interior: «¡Nunca!, ¿oís, Enrique?, ¡nunca me volveréis a tocar! ¡Ya no soy vuestra mujer!».

Me tumbé boca arriba sobre la cama, mirando hacia el techo.

—¿Venganza? ¿Contra mí?

—Ya no. Solo mencionaba al señor Du Guast.

Margarita no era tonta. Sabía quién hablaba por mi boca cuando le ordené que despidiese de su lado a su camarera. Nunca le había dado una orden como rey de Navarra y como marido. Esa era la primera. La reina de Navarra no podía imaginar con qué gusto hice mía la propuesta del favorito.

—Ha estado diciendo, hasta caer dormida, que Du Guast tiene las horas contadas.

—Pues el señor Du Guast debería andarse con ojo. Margarita es buena cumpliendo sus amenazas.

Si así lo hiciera, tampoco me importaría gran cosa. No apreciaba a Gillonne de Thorigny. Tampoco a Du Guast.

Nos quedamos callados. Victoria aprovechó para acostarse a mi lado de espaldas. Sin mover el brazo, me bastaba con extender los dedos para tocar su culo blanco y redondo. Su voz me llegó desde más lejos de lo que en realidad se hallaba.

—Contadme otra vez lo del otro día —sus palabras destilaban dulzura.

—¿Qué, del otro día?

No podía apartar a Margarita de mi pensamiento. «¡Nunca!, ¿oís, Enrique? ¡nunca...!».

—Eso de que conquistaréis Álava, después de entrar en Pamplona.

Doblé la espalda, de manera que su culo se acercó a mí. Mis dedos, sin mucho entusiasmo, cosquillearon su piel dura y al mismo tiempo sedosa.

—Pues, eso mismo. Como Álava nos perteneció, así volverá a ser algún día, en el futuro.

—Entonces, el palacio de Artziniega será para mí.

Su mano remontó mis muslos. Le dejé hacer.

—¿Qué palacio decís?

—El de Artziniega.

Me dirigí con curiosidad a la sala de audiencias del Louvre. Con curiosidad y a la vez con desasosiego. Enrique de Valois en la cena del día anterior me había hablado de «una pequeña sorpresa». Le había rogado que se explicara. «Una pequeña sorpresa», había repetido y en ese momento me había parecido que el rey de Francia y su madre Catalina se hacían un gesto cómplice. En otra ocasión, quizás no me hubiese percatado, porque mis ojos reposarían sobre Margarita. Pero ella hacía días que no aparecía a cenar. Se encontraba indispuesta desde que expulsé a Gillonne de Thorigny, así que no me pasaba inadvertido nada de lo que ocurría en aquella mesa

extensa y cada vez más vacía. Por ejemplo, podía apreciar cuántos días llevaba el rey de Francia, rendido entre los brazos de sus favoritos, sin complacer a su mujer Louise de Vaudémont. O qué punto alcanzaba el distanciamiento según se decía cada vez mayor entre Enrique de Valois y la reina madre. Al parecer, en lo que a mí se refería, no tan grande. Parecía que a ese respecto sí se entendían madre e hijo.

Como de costumbre, la sala de audiencias se hallaba repleta. La gente, dispuesta de acuerdo a su grado de nobleza, esperaba su turno para poder exponer sus asuntos ante el rey. Vi a Miossens y a Armagnac en un rincón. El día anterior, Enrique de Valois me había pedido que requiriera su presencia, algo que había hecho aumentar tanto mi curiosidad como mi desasosiego.

El rey, sentado en el trono, disponía de una privilegiada perspectiva sobre la concurrencia. Me llamó tan pronto como entré.

—¡Mirad, primo, a quién tenemos con nosotros!

Me adelanté, abriéndome paso entre la gente hasta la primera fila. Tenía derecho a ello. Era el rey de Navarra. El primer príncipe de sangre de Francia. Por el camino, mi mirada se cruzó con la de Miossens. Me hizo un gesto inusual con el que trataba de prevenirme de algo. Enrique de Valois alargó su dedo hacia la persona que se hallaba más cerca del trono. El corazón me dio un vuelco.

—Mi rey.

Filiberto de Guiche me saludó con una reverencia.

La última vez que lo vi, acababa de asestarle al hijo del conde de Agramont una estocada en la espalda de donde le manaba abundante sangre. Hacía seis años de eso. Entonces no vestía con tanta elegancia como la persona que se encontraba ante mí. No obstante, reconocí sin ningún esfuerzo su hocico arrogante.

—Al heredero de Agramont le ha bastado recibir mi llamada para venir como una centella a París, dejando tierras, padre, mujer e hijos —me explicó Enrique de Valois—. Como es súbdito mío y también lo es vuestro, me ha parecido la persona más adecuada para que sea miembro de vuestra cámara mientras os encontréis entre nosotros. No resulta decoroso que el séquito del rey de Navarra sea tan reducido.

El propio Enrique de Valois algo había tenido que ver en la radical reducción del séquito del rey de Navarra, puesto que la noche de San Bartolomé no anduvo, precisamente, de jarana con sus favoritos. Tuve una buena ocasión de recordárselo, pero no la aproveché. Tampoco me vi capaz de mostrarle «mi» gratitud. Me sentía demasiado anonadado. Me había traído a la persona que más me detestaba en toda Navarra para que le hiciera un hueco a mi lado. Ni siquiera tenía forma de rechazarlo.

Enrique de Valois reparó en mi silencio.

—¿Quién mejor para honrar tus habitaciones que el hijo del Teniente General de Navarra? —argumentó, un poco apurado.

Oyéndolo así, no parecía tan descabellado. Pero a ese poema le fallaba la música, si uno consideraba quién y en qué circunstancias había llevado a Agramont a ser Teniente General de Navarra. Así que, además de para vigilar mis idas y venidas,

Filiberto no solo había venido a París para confirmar dicho nombramiento forzado, sino también para allanar el camino para suceder a su padre. Desde ese puesto la casa de Agramont podría continuar velando tanto por sus intereses como por los de Francia. Evidentemente, no por los de Navarra.

Consideré todo ello. Y al considerarlo, me di cuenta de dos cosas. Por un lado, de que cada vez pensaba más como rey. Por otro, que no había razón para que Filiberto me reconociera. Yo también había envejecido seis años desde el lance de los fosos de Bidache —ya alcanzaba los diecinueve—, y mi aspecto, vestido además como un rey, tampoco era el de entonces. De ello daba fe el recato que Filiberto mostraba en mi presencia.

Volví mis ojos hacia la multitud de la sala. La mayoría seguía aguardando su turno, indiferentes a lo que allá se trataba. Cuando hablé, lo hice no solo para el rey de Francia, sino también para ellos:

—No había advertido que a mi cámara le hiciera falta más gente —le lancé una pulla a «mi» primo—. Con todo, si ese es vuestro deseo, sea bienvenido Filiberto de Guiche. Ojalá demuestre que puede servir a la vez a Navarra y a Francia.

No hubo respuesta por parte de quien ocupaba el trono. El recién llegado volvió a hacer una reverencia ante él, y una segunda, a mí.

—Así procuraré, señores, favorecer a mis dos reyes.

Recordé el viejo dicho de mi abuelo: «Nadie puede servir a dos señores...».

Nuestra audiencia había llegado a su fin. Abandoné la sala, con Filiberto pegado a mi espalda. Miossens y Armagnac venían detrás de nosotros. Por una vez, no abandonaban al rey de Navarra. Intercambiaron unos tibios saludos con el recién llegado. Ya se conocían. El de Guiche miró luego a nuestro alrededor, como esperando ver a alguien más. Ya no era el mismo que el del interior de la sala. Volvía ahora a desplegar su arrogancia de seis años antes.

—Señor —me preguntó al fin—, tengo oído a mi padre que os acompañaba como escudero un joven de la tierra de Mixa. De Gárriz, según creo.

Palidecí.

—Supongo que os referís a Joanes Mailu —se adelantó Miossens.

Tanto el barón de Coaraze como Armagnac conocían la vieja pelea que me enfrentó con Filiberto. El primer noble de Navarra se encontraba tan tenso que cada músculo y cada tendón suyo parecía a punto de estallar.

—Joanes Mailu, cierto. Tenía un asunto que arreglar con...

Lo interrumpí rápidamente:

—Mataron a nuestro Joanes en Normandía el año pasado.

Filiberto me miró con una mirada que nadie debe lanzar a un rey.

—¡Lástima!

—Así es, una lástima. Sentíamos gran aprecio por él.

Enterrado de esta forma Joanes Mailu, salimos fuera del palacio, según nos pidió Filiberto. Conté no menos de veinte acémilas ante el portón del Louvre, y en torno a

las bestias otras tantas personas, entre arrieros, soldados y criados. El hijo del conde de Agramont disponía de un séquito mayor que el del rey de Navarra.

—He de buscar para hoy una buena posada para mí y para mis cosas. Mañana, quisiera hacerme con un hotel. Quiero sentirme cómodo durante el tiempo que pase en París.

El señor de Guiche ordenó algo a uno de sus criados. Este rebuscó entre las alforjas que cargaban las mulas y volvió a nuestro lado con un mosquete y un libro:

—Este hermoso mosquete es un regalo de mi padre. Lo ha hecho traer desde España, de la zona de Guipúzcoa. El libro, por otra parte, os lo entrego por ruego de mi esposa.

—¡Vaya! —se me iluminó la cara.

Incluso antes de tenerlo en mis manos ya sabía que se trataba de un ejemplar del *Amadís de Gaula*. Seguramente, no el mismo que seis años antes dejé sin terminar de leer en Bidache, pero sí un hermano gemelo suyo. ¿Cómo era posible? Pura casualidad. La mujer de Filiberto, la hermosa Diana de Andoins, no podía saber que el Joanes de entonces era el Enrique de ahora.

—Le repetí mil veces que un libro no es un regalo adecuado para un rey —se excusó el imbécil de Filiberto—. En vano. No descansó hasta que lo vio dentro de una alforja y la alforja sobre una mula.

—Vuestra encantadora esposa sabe de mis aficiones.

Hace tiempo, en otra vida, había arriesgado mi cuello por aquella mujer. Con todo, su recuerdo me era agradable. Arrebaté de las manos del criado el libro y el mosquete, pero devolví el arma a Filiberto.

—Cuando le escribáis, decidle a vuestra hermosa Diana que me ha hecho dichoso. Tan dichoso como Corisanda a Florestán.

—¿Como quién a quién?

Le di la espalda y avancé hacia el portón del Louvre.

—¿Y el mosquete? —preguntó Filiberto.

—Devolvédsele a vuestro padre —respondí sin girar la cabeza—. El rey de Navarra no lo necesita.

Miossens y Armagnac me seguían. Aunque no podía ver sus rostros, percibí, por una vez, la conformidad de ambos.

Oí la noticia por los pasillos del Louvre. Me la confirmó Francisca, cuando como cada mañana nos reunimos para que me diera clases.

—Habéis oído bien. Ruggieri ha vuelto a su viejo laboratorio de la torre principal. La reina madre lo ha rehabilitado en todas sus funciones.

Me había olvidado totalmente de Cósimo Ruggieri. Año y medio antes, cuando prendieron a La Molle y Coconas, el brujo italiano de Catalina fue el tercero en tomar el camino de Châtelet. Era el autor de una figurita de arcilla, encontrada en casa del

entonces amante de Margarita, que guardaba un sospechoso parecido con el siempre enfermo rey Carlos. Finalmente, el asunto del muñeco quedó en nada. De esta forma, la ejecución de los otros dos conspiradores en la place de Grève no resultó más atroz que de costumbre y el «veedor de estrellas» se salvó del patíbulo. Catalina de Médicis acabó por apiadarse de su viejo consejero. Aunque no del todo, puesto que fue condenado a galeras. Me apenó poco perder de vista a Ruggieri. Antes de su caída, la reina madre estaba empeñada en llevarme a la torre del italiano, para que su sabio me «reconociera», y cada vez me costaba más esquivar su capricho. Eso hubo de ser antes de que Catalina descubriese quién soy en realidad.

Recibí con semblante alegre la noticia de la reaparición del adivino.

—Así que remando con tesón ha purgado todos sus pecados —le dije a Francisca.

La enana no se hallaba dispuesta a añadir ningún detalle más. Los últimos meses —concretamente desde que había empezado a verme con Victoria— nuestra relación se había vuelto mucho más fría. Apenas me hablaba de ella. Hacía tiempo que no nombraba a su amante, Krassovski.

—Preguntádselo a vuestra potranca española. Tal vez sepa más que yo de mi señora.

Eso mismo hice aquella tarde, preguntárselo a mi querida alavesa. La noticia corría de boca en boca por el Louvre y Victoria era amiga y compañera de muchas de las damas de Catalina. Se prestó alegremente a saciar mi curiosidad:

—Parece que desde el mismo día en que lo encarcelaron lo echaba de menos la reina madre.

Yo mismo era testigo. Por entonces, en una conversación, la propia Catalina me dijo que se sentía como «un cojo sin bastón».

—No ha sido capaz de buscarle sustituto durante el tiempo que ha estado preso.

—Pues, yo creía que había superado su ausencia.

Esa había sido, al menos, la impresión que saqué después de hablar con la reina madre.

—Parece que no. Y cada día lo echaba más de menos desde que su hijo le manifestó su voluntad de gobernar sin consultarle a ella.

Victoria puso en mi conocimiento cosas que ignoraba.

—Por lo visto, la reina madre se presentó en la galera que servía de prisión a Ruggieri, para rogarle, como a un amante, que volviera. Le ha restituido todos los bienes que le confiscaron cuando lo tomaron preso.

No pasaron muchos días antes de que Catalina me llamara a su presencia. Por dos veces me zafé, arguyendo obligaciones para con su hijo. La tercera vez, en lugar de llamarme, fue ella la que se presentó, mientras yo ayudaba a Enrique de Valois a vestir su camisa. No se dirigió a mí:

—Hijo, me complacería que el rey de Navarra me acompañara a misa, a la abadía de Saint-Antoine-des-Champs.

—Mi pérdida será vuestra ganancia, señora.

No tenía escapatoria.

Empecé el día con un doble castigo, puesto que después de los oficios diarios del Louvre nos dirigimos a los otros.

Ya antes había apreciado la extensión de París. El viaje de aquella mañana me mostró que mi impresión se había quedado corta. El Louvre distaba de Saint-Antoine-des Champs casi dos leguas, que había que recorrer primero por la orilla del Sena y luego entre calles. Durante ese recorrido, pasaron ante mis ojos embarcaderos, plazas, iglesias y mercados. Por el camino, la reina madre lució galas de parisina de toda la vida dándome detalles pormenorizados de todos ellos. Francisca era la tercera pasajera de la carroza, pero no abrió la boca. No tenía otro cometido que sostener la bandeja de dulces de su señora. Aquella era la hora en que debía estar con ella recibiendo instrucción.

En la abadía, después de la ceremonia religiosa, Catalina tuvo un encuentro con la abadesa, del que tampoco pude escaparme. Ella se mostró «muy honrada» por la visita del rey de Navarra a «sus pequeñas posesiones». De no ser por la vestimenta, no hubiera encontrado gran diferencia entre aquella mujer y las duquesas y marquesas del Louvre. La reina madre la llamó «prima» durante el transcurso de la conversación. En el camino de ida me había explicado que las rentas de cincuenta calles de París pertenecían a la abadía.

A la vuelta me volvió a formular su antiguo deseo.

—Ruggieri ha de veros.

Estaba esperándolo, aunque no tenía la menor intención. Contaba con argumentos para negarme.

—Hace un año y medio me manifestasteis que conmigo no estaríais bajo los designios de las estrellas por primera vez desde que erais reina. ¿Por qué queréis volver a sus dictados?

La pregunta produjo un pequeño titubeo en el rostro imperturbable de la reina madre. Hacía tiempo que cenaba cada día con ella. Hasta la fecha no había notado cuánto había envejecido.

—En algo ha de creer una persona que cada día se encuentra más cansada y sola. Me pregunté si también con el resto del mundo se mostraba tan franca.

—Me dijisteis que yo sería el instrumento para burlar a los astros.

La línea de sus labios se entreabrió ligeramente.

—Ya no soy tan optimista. Necesito a Cósimo para despejar mis dudas.

Empezaba a enojarme.

—¿Qué duda tenéis sobre mí?

—La misma de siempre. Si llegaréis a ser rey de Francia.

En lo que a mí respecta, lo tenía meridianamente claro: no tenía ninguna intención de ser rey de Francia.

—Ese hijo del infierno no va a ponerme un ojo encima.

Tomó uno de sus dulces y lo examinó a conciencia.

—Mi hijo no se alegrará de saber quién sois de verdad.

—No os creerá.

—Francisca ratificará cuanto yo diga.

Con su cuerpo más pequeño y su cabeza más grande que nunca, Francisca movió el mentón asintiendo. Parecía que todo aquel tiempo había estado esperándolo.

Esgrimí un último argumento:

—No quiero.

Ella tenía la boca llena. Lentamente, muy lentamente, masticó su bocado, que tragó lentamente, muy lentamente.

—Os explicaré qué sucederá si no queréis: acabaréis en la place de Grève y vuestro pequeño e insignificante reino quedará a merced de Francia.

Desde que derrotara al ejército de mercenarios luteranos de Condé en Borgoña, el duque de Guisa volvía a ser el hombre más celebrado de París. Pero, a diferencia de lo que sucedió la víspera de San Bartolomé, esta vez la gloria se cobró su parte: el tajo de una espada le había dejado una cicatriz que le cruzaba la cara. La gente cuyo entendimiento no se encuentra ofuscado por la superstición solamente vería una desgracia en ello, y no, en ningún caso, la mano de Dios. Así debía de ser, puesto que el difunto padre del duque ostentaba una cicatriz exactamente igual en el mismo lugar, recuerdo de una herida recibida ante distintos enemigos y en distinto campo de batalla, de la que provenía su sobrenombre: *El Acuchillado*. Así que tan pronto como se extendió la noticia de la nueva herida de su hijo, la muchedumbre ignorante, y la no tan ignorante, convirtió al joven duque en *El segundo Acuchillado*, como si se tratase de una especie de reencarnación de su padre, venido a salvar al reino de Francia y a la Iglesia de Roma de las perversas huestes de herejes. Después de que lo trajeran a la capital a curarse, el hotel que la Casa de Lorena poseía en la rue du Chaume se convirtió en lugar de peregrinación para nuestros más encarnizados enemigos. Cada día el gentío se agolpaba en sus alrededores, cientos de hombres y también numerosas mujeres, tratando de ver a su conductor. El rey de Francia llevaba mal esa fama.

—¿Qué ven en él? —nos preguntaba, quejoso, un día sí y otro también—. Una cuchillada en la mejilla... ¿Qué cosa más horrible! ¿Cómo puede hacer eso grande a nadie?

—Ello, señor, de por sí no hace grande a nadie. No obstante, deberíais ir a visitarlo —le aconsejó Du Guast—. En caso contrario, la chusma empezará a murmurar.

—Queréis decir que seguirá murmurando. Estos miserables parisinos no hacen otra cosa. ¿Por qué no me aman? Soy más devoto de la Iglesia que nadie, les ofrezco mejores espectáculos que nadie, por el momento no he decretado nuevos impuestos... ¿Qué más quieren de mí?

Al día siguiente, una compañía de cincuenta caballeros escoltó a Enrique de Valois hasta el hotel de Guisa. Yo era uno de ellos, y no era el único navarro. Filiberto de Guiche también se unió a nosotros, por expreso deseo de nuestro señor.

Veía casi cada día a Filiberto, desde que este se hallaba en la corte, siempre en actos relacionados con el rey de Francia. En tales ocasiones, como el primer día, se pegaba a mi espalda, aparentando cercanía o sumisión hacia mi persona. En verdad, aparte de las cortesías habituales, apenas nos dirigíamos la palabra el uno al otro. Por lo demás, desconocía a qué se dedicaba el resto del día.

El hotel de Guisa estaba conformado por tres enormes bloques de edificios, tan amplios como la mitad del Louvre, a uno de los cuales antes se le llamaba el hotel de Navarra, porque perteneció a un antiguo rey de mi país. Eso lo sabía gracias a Margarita, pero saberlo no había sido acicate suficiente para visitar su interior. Pocas veces paseaba por París por mi cuenta; cuando lo hacía, rodeaba la rue du Chaume para no pasar por delante.

Lo había aprendido de Francisca: «Un rey ha de saber abrazar a quien quisiera hacer matar». La enana también intentaba instruirme en tales artes en sus clases matinales. Sobre cómo ha de hacerse, Enrique de Valois me aleccionó en el hotel de Guise.

El duque yacía en su lecho, aquejado de fiebre, con la mitad del rostro herido cubierta por un paño. Aun y todo, era capaz de hablar y hasta de reír. El rey de Francia hizo ambas cosas con él. Reparando en su conversación, un extraño creería que jamás se había visto monarca más orgulloso de su súbdito, ni súbdito más devoto de su monarca. Tanto me maravilló, que yo mismo empecé, a imitación de ellos, a sentirme eterno amigo del duque de Guisa. Llevados por la conversación, terminaron rememorando las diabluras que de niños compartieron los «tres Enriques» —el de Valois, el de Borbón y el de Guisa, puesto que el nombre del duque también era Enrique—. Estuve cerca de la perdición: como más de una vez me había sucedido con el difunto Carlos IX, dos o tres veces quedó patente que yo no recordaba la anécdota que ellos referían.

—Si no cuidas tu memoria, en breve te conocerán en Navarra como Enrique III, *El Olvidadizo* —bromeó conmigo el postrado duque.

Todos saludaron entre risas la gracia del enfermo; el rey de Francia con más alboroto que nadie.

Fue el propio duque quien, al final, sacó el tema de la caza.

—Deberíais venir conmigo cuando se me cure esta futesa —alargó su dedo hacia la herida—. Cuento con un gran maestro cazador a mi servicio, de los que no hay.

Nos citamos para ir a la caza del ciervo un día sin concretar.

Por fin, todos los caballeros que se habían desplazado con nosotros se despidieron del duque, acercándose uno por uno hasta su lecho. Cuando le llegó el turno a Filiberto, Enrique de Valois ya estaba fuera de la habitación. Pero yo seguía dentro. Escuché perfectamente las palabras de Guisa a Agramont.

—Otra vez aquí, Guiche.

Entre la rue du Chaume y el Louvre, la primera parte del recorrido la cubrí junto a Enrique de Valois.

—Valiente hijo de puta, pretencioso, infame, víbora rastrera...

Después de haberse mostrado tan afectuoso con el duque, lo infamaba sin pelos en la lengua. Quizás, en ese mismo momento, en su cama, Guisa estuviese haciendo otro tanto con el rey de Francia.

Forcé a Pegasus poco a poco a ralentizar la marcha. En un momento dado, el caballo del hijo de Agramont y el mío estuvieron a la par. Le susurré:

—Así que la de hoy no era la primera vez que estabais en el hotel de Guisa.

Por el rabillo del ojo observé cómo se ruborizaba mi antiguo enemigo. Hice un esfuerzo por contener la risa.

—El rey de Francia se disgustará cuando lo sepa.

Piqué espuelas sobre Pegasus para alejarme de él. Antes de un breve trecho, Filiberto me alcanzó.

—¿Qué debería hacer para que el rey no lo sepa?

No me lo esperaba. Hasta ese momento mi intención había sido ir a toda prisa con el chisme donde Enrique de Valois, a ver si le cogía ojeriza al orgulloso señor de Bidache. Quizá no fuese lo más conveniente.

—¿Qué deberíais hacer? Lo primero, no olvidar jamás que yo también soy vuestro rey.

—No lo olvidaré —contestó al instante—. ¿Lo segundo?

—Os lo haré saber cuando llegue el momento.

Junto al portón del palacio nos apeamos de los caballos y se deshizo la compañía. Vislumbré a Miossens y a Armagnac mezclados entre los criados que debían ocuparse de nuestras monturas. No era lo habitual. Todavía tenía a Guiche a mi lado cuando Miossens se adelantó hacia mí. Se saludaron sin aprecio. El primer noble del reino no venía solo.

—Mirad quién está aquí, llegado desde Normandía.

Necesité más que un golpe de vista para reconocer a Agrippa d'Aubigné. El escudero francés de los últimos tiempos de nuestro Enrique presentaba un aspecto flaco y avejentado. Parecía que desde la última vez hubiesen pasado, no veinte meses, sino ocho años.

—Señor.

Aubigné seguía siendo el mismo. Me saludó tan fríamente como cuando partió de París, con una leve inclinación de cabeza. Yo tampoco me prodigué en atenciones.

—He tenido pocas noticias tuyas en este último año y medio.

Realmente, me había olvidado de él en ese tiempo. Lo último que supe de Aubigné fue que lo habían herido de gravedad, cuando mataron a Enrique. Si Miossens supo más de él, se lo guardó para sí.

—¿No os alegra que vuelva vuestro escudero?

La inacostumbrada afectación de Miossens tenía algo de penoso. El señor de Coaraze no estaba dotado para la comedia. Armagnac, más atrás, estaba lejos de sentirse alegre.

—¿Contentarme? Claro que me contenta. «Alegraos en aquel día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa es grande en los cielos».

Evidentemente, Miossens no había asistido a la Academia de Orthez. Aubigné se lo aclaró.

—Lucas, VI, 23.

Aubigné era instruido. Mucho más que yo. Además de la espada, la pluma también le había concedido cierto prestigio. Precisamente la fama de sus poemas le había franqueado las puertas del Louvre. A cambio de ello, nadie le forzaba a cambiar de fe.

—¿Has escrito muchos poemas en este tiempo? —le pregunté, aún más hipócritamente, al recién llegado—. ¿También sobre la muerte del caballero de Mailu?

Me había desentendido de Aubigné durante año y medio. Su sola visión me había devuelto a la memoria cómo, dos años antes, su aparición me relegó en la confianza de Enrique. Ahora él estaba muerto; y yo, en su lugar.

—Bastante trabajo he tenido curándome de la estocada que recibí, señor —dijo llevándose la mano al costado—. Ahora no viviré más que para servir al rey de Navarra.

Señalé a mis espaldas. Filiberto de Guiche seguía ahí, observando lúgubrementemente a los hombres de mi séquito recién reforzado.

—Últimamente esto está lleno de gente que pretende servirme. Hablad entre vosotros, como buenos servidores de este rey. Tendréis mucho que deciros.

Desde que Alençon escapara de la corte, el número de comensales había disminuido en las cenas del Louvre. Últimamente solo nos congregábamos cinco personas a la mesa: el rey de Francia, su mujer, Louise de Vaudémont, la reina madre, Margarita y, por último, el probo muchacho que suplantaba a su marido. O sea, yo. Catalina a eso le llamaba su «familia». La mesa solía estar bien servida. Aquel día, cuando Villequier entró en el comedor, acabábamos de dar cumplida cuenta de unos barbos pescados en el Sena, después de un potaje, e íbamos a acometer unos pollos que servirían de entrante al cordero y la ternera. Aquella panzada la culminaría algún dulce de inspiración italiana.

Nadie se sorprendió de ver a allí a Villequier. A diferencia de otros favoritos, el chambelán de Enrique de Valois disponía de una habitación propia en palacio. Entre los que rodeaban a Enrique de Valois, él era el de mayor edad; frisaba los cuarenta. Villequier servía a su señor desde mucho tiempo atrás. De dar pábulo a las habladurías de París, había sido él el que introdujo al joven duque de Anjou en las

veleidades del negocio carnal con sus iguales. A mí me recordaba a nuestro Armagnac. Todos cuantos vivían en el palacio del Louvre o lo frecuentaban estaban acostumbrados a ver la figura oronda y sudorosa de Villequier, subiendo y bajando las escaleras, yendo junto al rey o viniendo de parte del rey.

Aquella tarde traía la angustia dibujada en su rostro.

—¿Qué sucede, René? —Enrique de Valois estaba ese día de buen humor—. ¿El Papa se ha hecho luterano?

—Louis, señor.

Louis era Du Guast. Villequier no guardaba hacia él ni celos ni envidia. Ambos se sentaban en el Consejo Real, y ambos recibían por igual la gratitud del rey en forma de títulos, regalos y favores. Du Guast ayudaba a su señor a manejar los hilos invisibles del gobierno del reino. El quehacer de Villequier se ceñía a la corte y sus aledaños. Los parisinos decían que se complementaban, y al decirlo guiñaban un ojo y añadían: «se complementan mucho».

—¿Qué le pasa a Louis? —se levantó Enrique de Valois.

Villequier sollozó.

La cena de «familia» acabó en ese instante. Enrique de Valois abrazó a Villequier, entre alaridos y lágrimas. Su mujer y su madre se precipitaron a consolar al esposo y al hijo. El alboroto atrajo a sirvientes y soldados. Alguien hizo llamar al médico Miron, para que se ocupara del rey.

—¿Qué le han hecho, Marc? ¿Qué le han hecho a mi Louis? —repetía ante el médico, con el rostro hundido en el regazo de su madre.

La noticia sacó a los favoritos y a los grandes cortesanos de sus casas y hoteles respectivos, a los que acabó conduciendo hasta nuestro comedor. En medio de ese caos, un solo rostro continuaba imperturbable. La reina de Navarra, ajena a todo el guirigay, siguió cenando, como si nada, sin que una sola palabra de duelo acudiera a sus labios.

Yo tampoco me significué expresando mi dolor. Después de darle el pésame a «mi» primo, conseguí salir de allá por fin. Tenía un pretexto: el Consejo Real debía reunirse y yo no formaba parte de él.

—¡Enrique!

No había sido el único en salir. Margarita había abandonado la sala tras de mí. No me dirigía la palabra desde que la obligué a despedir a Gillonne de Thorigny.

—¿Huis como un ladrón?

En su pregunta se mezclaba la miel y la hiel.

—Aquí nadie me necesita.

—¿Y fuera de aquí, sí?

Tenía cita con Victoria. Últimamente le había fallado pocas veces. No obstante, me detuve en el pasillo, hasta que Margarita llegó junto a mí. El olor de su perfume se me introdujo hasta lo más hondo de mis fosas nasales.

—Hoy me siento contenta —susurró, en un tono que excitaba e intimidaba a la

vez.

—¿Contenta, por qué? —le pregunté estúpidamente.

Me tomó de la mano, me besó en cada dedo y se la metió en el escote. Llevaba meses sin sentir en mis yemas la cálida piel de sus pechos. Su tamaño era por lo menos dos veces el de Victoria. Creo que antes de introducir yo la mano estaban ya duros sus pezones.

—Dijisteis que no os volvería a tocar —pronuncié apenas.

—Navarra necesita un heredero.

En algún lugar está escrito que Cristo es el norte del hombre y que el norte de la mujer es el hombre. Yo aquella noche perdí el norte y a ratos también el sur. Esa noche Margarita se impuso a mí, en una acometida salvaje que llegaba a producir pavor.

Por fin me liberé de su abrazo y empecé a vestirme.

—No os vayáis —me rogó, zalamera, desde la cama.

Margarita tenía el aspecto de una gata saciada después de haberse zampado al ratón. Completamente descubierta, mirando hacia el techo, con los ojos muy abiertos.

—Si os quedáis un poco conmigo, os contaré algo que nadie sabe.

Vacilé. Tal vez Victoria continuaba esperándome.

—¿Sabéis quién es el barón de Vitaux?

El nombre no me resultaba totalmente desconocido. Algunos meses atrás había matado en un duelo a uno de los favoritos de Enrique de Valois. Desde entonces andaba huido de la venganza del rey y de Du Guast.

—Amigos que me aprecian me hicieron saber cuál era su escondite: la iglesia de los Grandes Agustinos. Preferí ir yo en persona. No resultó fácil convencerlo.

—¿Convencerlo?

—De que matara a Du Guast.

Giró su cuerpo hacia mí. Embelleciendo su desnudez —si ello fuera posible— solo había un collar de perlas.

—Aparte de dinero, me pidió otra cosa.

—¿Otra cosa?

Deslizó su mano por el moreno prado de entre sus muslos.

—Las baldosas de la iglesia estaban verdaderamente frías.

Aguardamos hasta la siguiente luna llena, la décima del calendario. Si hubiese habido alguna nube, deberíamos haber esperado a la undécima. No hizo falta. Aquel 1575, octubre mostró en París su cara más afable, incluso después de oscurecer.

El asistente de Ruggieri vino a mi habitación a punto de dar la medianoche. Había despachado hacía un rato a Victoria, que no paró de repetirme que no acudiera al brujo y que escapase del Louvre cuanto antes. Armagnac, la víspera, me había dado el mismo consejo. Su obstinación casi me pareció enternecedora. Mi amante recelaba

del diablo. Mi camarero mayor, de algún asesino a sueldo. Con gusto habría accedido a lo que una y otro me pedían, si no hubiese estado cautivo de Catalina. Cautivo de Catalina y, he de confesarlo, también un poco picado en mi curiosidad.

En una cosa no hice oídos sordos a sus consejos: debajo de la camisa, me vestí una cota. También me ceñí un puñal al cinto. Del demonio no me protegería, pero sí, algo al menos, de los enemigos de carne y hueso. Tras la muerte de Du Guast, en el Louvre había quien iba así no solo de noche, sino también de día. Yo, por amores y amoríos, había realizado cientos de salidas a deshoras por los pasillos vacíos de palacio. Aquella noche, siguiendo la luz del criado de Ruggieri, no me acompañaba la despreocupación de otras veces. Detrás de cada sombra creía ver a un enemigo dispuesto a clavarme su espada.

Conté cuatro soldados del servicio de la reina madre junto a la puerta de la torre. Nos franquearon el paso sin problemas. El mismo Ruggieri salió a recibirnos a la puerta.

Nos saludamos brevemente.

Incluso a la débil luz del criado, eran notorias en el brujo las marcas del tiempo que había permanecido en galeras. Se encontraba mucho más delgado, presentaba heridas en la cara y en las manos. A pesar de su capacidad adivinatoria, no parecía que Cósimo Ruggieri hubiese sido capaz de prever sus desgracias.

Solo el brujo y yo entramos en la sala de la torre. El lugar estaba decorado de forma particular. La mayor parte de las paredes se hallaban cubiertas por tapices negros, de forma que solo se dejaba a la vista una de entre todas las ventanas. Salvo por ese lado, un gran espejo adornaba cada uno de los otros tres muros de la estancia. El lugar estaba tachonado de velas, gracias a las cuales me percaté de que, aparte de Ruggieri y de mí mismo, alguien más se encontraba presente en la sala: en un extremo de la pieza, Catalina y Francisca esperaban en silencio, sentadas cada una en un asiento de su respectivo tamaño. El brujo me colocó en medio de la sala, lugar donde en el suelo había dibujados dos triángulos entrelazados.

—Por favor, desvestíos, señor.

—¿Por completo?

—Por completo.

Nunca me había desnudado ante aquellas dos mujeres. Pero más me turbaba quedarme sin cota y puñal, al albur de una agresión. Mi vacilación debió de ser más evidente de lo que hubiera querido; la voz de la reina madre me golpeó desde atrás:

—¡Desnudaos de una vez!

En el momento en que empecé a quitarme la camisa, comenzó Ruggieri a apagar las luces. Oía sus soplidos que semejaban los bufidos de un mulo cansado. Al mismo tiempo quedó la sala completamente a oscuras y yo desnudo del todo. El gélido suelo me produjo un escalofrío bajo los pies. Di un paso hacia un lado. Al instante, me llegó la orden:

—Estaos quieto.

—Los brujos tenéis buen oído.

No me contestó. Mientras volvía a mi posición anterior, con el mismo movimiento, me agaché y cogí el puñal del montón de ropa que había dejado a mis pies. Si el celebrante de aquella ceremonia notó algo, no lo dio a entender. A partir de ese momento no me sentí tan desnudo.

El asunto fue para largo. Ruggieri pasó media noche a mi alrededor, a ratos cantando oscuros cánticos, a ratos recitando turbias palabras. Noté cómo, también, pintaba o escribía en el suelo, más cerca de mí de lo que hubiera querido. Parecía incansable. No como las otras dos mujeres. En su respiración, en la manera en que se agitaban en sus asientos, se advertía cuán hartas estaban de estar allí. Yo también me hallaba bastante fatigado por el sueño y por tener que estar de pie, sin olvidar que el frío aire que entraba por la única ventana hacía en absoluto comfortable la estancia allí.

Precisamente el brujo calló cuando, por aquella misma ventana, entró de pronto un rayo de luna. Tan de pleno me dio que tuve que cerrar los ojos. Aún peor, el deslumbramiento y el repentino silencio provocaron en mí un vértigo que hizo que el puñal se me escapara de las manos. Tuve suerte porque cayó sobre el montón de ropa, y no sobre mis pies. No hice nada por recuperarlo. Bastante trabajo tenía con aferrarme al suelo, mientras daba vueltas todo lo que se encontraba a mi alrededor.

Por fin reuní las fuerzas necesarias para abrir los ojos. La luna ya no me iluminaba. Ruggieri, ayudado por su asistente, había empezado a encender de nuevo las luces de la sala. Detrás de mí, Catalina y Francisca se levantaron. La reina madre observaba al brujo. La enana, mi cuerpo desnudo. El adivino habló solo con la florentina. Lo hizo en italiano, brevemente. En el rostro de la reina madre no se movió ni un músculo. Luego, con un gesto, ordenó que saliera todo el mundo. Francisca la obedeció en silencio, pero yo no estaba dispuesto a salir de allí sin saber.

—¿Entonces...? —pregunté.

Catalina no respondió en el acto. Diría que dudaba si debía decirme, o no, la verdad.

—Según parece, los espejos apenas han reflejado vuestra imagen.

—¿Y?

—Según parece, no seréis rey de Francia...

Eso me causaba poca pena. No quería ser rey de Francia.

—... ni tampoco de Navarra.

Victoria me pidió que nuestros encuentros nocturnos tuvieran lugar fuera del Louvre. Al parecer, en palacio, el miedo acogotaba a la bella alavesa.

—¿Pero qué teméis?

La pregunta obtenía una respuesta larga y pormenorizada, al ser de especies diversas los miedos que atenazaban a mi Victoria. Miedo a que la envenenaran. A que

la apuñalaran. A que la arrojasen por una ventana...

—Mi cachorrita —me burlé de ella—. ¿Quién os tiene tanto odio?

Victoria hizo un mohín encantador y recitó una lista tan larga como la de sus miedos.

—En primer lugar, los hombres de tu cámara.

No erraba. Miossens la tenía atravesada, no lo ocultaba. Y quizás por su influjo, había notado que el recién llegado Aubigné también le había tomado ojeriza desde el principio.

—En segundo lugar, la víbora cabezona que se reúne con vos a diario.

Francisca. También acertaba. La enana manifestaba su animadversión hacia Victoria de forma todavía más evidente que el propio Miossens.

—Y la reina madre, y vuestra esposa Margarita, y...

«¿Los españoles?», pensaba, sin decirlo. En su lugar, la estrechaba entre mis brazos.

—¿No son demasiados enemigos para una damisela?

Pocos días después me informó de que había conseguido una habitación para nosotros, en un pequeño hotel de la rue des Pouilles.

—Tendremos donde juntarnos cada noche a nuestro gusto, sin temer a nada ni a nadie.

Traté de simular alegría.

—¿A quién pertenece el hotel?

—Al marido de una amiga.

No me especificó el nombre del uno ni de la otra. Me negué a saber más. Desde que me había convertido en Enrique de Navarra, las extravagancias de París ya no provocaban preguntas en mí por temor a delatar mi origen humilde y extranjero.

Tal vez por eso mismo no inquirí cuál era la razón por la que había de ser más segura que el Louvre la habitación de un pequeño hotel de la rue des Pouilles. Victoria se dirigía allá de día y me esperaba. Yo debía quedarme en palacio hasta finalizar la cena «familiar», y después de anochecer me echaba a las calles. La mayor parte del recorrido caminaba de sombra en sombra, entre noctámbulos, putas y malhechores, con la cota apretada a la cintura y la mano lista sobre la empuñadura de mi espada. Aconsejado por Victoria, empecé a pagar a dos lacayos para que me acompañaran con sendos candiles. La luz tenía la virtud de ayudar a que no nos perdiéramos. Por contra, también atraía hacia nosotros a toda clase de bichos callejeros.

La primera semana, tuve un solo contratiempo. Concretamente con una carroza. A esas horas, pocas debían de circular por aquel París de luces apagadas. Se nos plantó delante en un punto donde la calle se hacía más estrecha si cabe, cuando nos faltaban pocas vergas para llegar al hotel. No había suficiente hueco para que pasaran ellos y nosotros al mismo tiempo. Mis lacayos se enzarzaron en una discusión con el cochero y el lacayo de la carroza sobre quién debía ceder el paso. Nadie quería hacerlo y la

discusión se calentó. Harto, yo también me sumé al tumulto:

—¿Quién pretende pisotear mis derechos? ¿Quién? —bramé tieso ante los caballos que tiraban del carro.

Desde el interior de la carroza me llegó la respuesta.

—¡Alguien que se encuentra por encima de vos!

La garganta de aquel hombre estaba acostumbrada al mando. Yo, hacía un tiempo que también:

—¿Acaso sois más que un rey?

Solamente me contestó el aliento de los caballos.

—Quiero veros el hocico, desvergonzado.

Me hice a un lado dispuesto a meter la cabeza en el interior del coche.

La voz de antes gritó una orden que no comprendí. El cochero restalló el látigo y la carroza detenida echó de repente a andar por la calle oscura.

—¡Por todos los diablos...!

El empujón de uno de los caballos me lanzó contra la pared de la casa más cercana. Gracias a ello no me atropellaron las ruedas. Peor suerte corrió uno de los lacayos que me acompañaban. Las bestias lo pisotearon y la carroza le pasó por encima. Se lo llevaron reventado, manando sangre por todos lados. Murió a los pocos días en el dispensario de no sé qué orden de frailes.

—Era la carroza del barón de Codun —me dijo el otro.

Me parecía increíble. Se refería a Gondi, el introductor de embajadores en el Louvre, responsable a su vez de los asuntos con España.

—¿Cómo lo sabes?

—He reconocido al cochero. Un italiano, como el barón.

Llegué junto a mi amada más tarde que nunca. Le conté lo sucedido, sin esperar a más tarde. Victoria era aficionada a las historias regadas con toda clase de fluidos en torno a las cuales construía largas conversaciones con profusión de jugosos comentarios. En esa ocasión no añadió una sola palabra a mi narración.

Se me encendió una nueva angustia que no se apagó en los brazos de la alavesa. Dormí poco y mal en el hotel de la rue des Pouilles. Al día siguiente, en el Louvre, Francisca me lo notó en nuestra clase matinal.

—¿Acaso no son tan placenteras como debieran las noches del rey de Navarra?

Hice oídos sordos a la enésima pulla de la enana. Cada vez se me hacía más pesada la insolencia de Francisca. Algo debía de quedar de nuestra antigua amistad, ya que no la mandé con viento fresco. Por lo demás, era una fuente privilegiada para conocer las novedades de la corte. Antes, se lo hubiese preguntado directamente. ¿Por qué ahora no?

—¿Si te dijeran que han visto a Gondi en la rue des Pouilles después del anochecer, qué dirías que estaba haciendo?

Había lástima en sus pequeños y redondos ojos.

—Rey de Navarra, o lo que seáis —así me llamaba desde que pasé por el

laboratorio de Ruggieri—, todo el mundo en París sabe que Diego de Zúñiga, el embajador de España, reside en esa calle.

Si tenía algo más que preguntar se me quedó atravesado en la garganta. Francisca aprovechó mi estupor para devolverme la pregunta:

—¿Y si a vos os dijeran que han visto al rey de Navarra, o lo que sea, después del anochecer, en la rue des Pouilles, qué diríais que estaba haciendo?

Aún sin entrar en excesivos detalles, tuve que responderle, tal como le debía. Quizás ya lo sabía de antemano y no quería negarse el placer de escuchar mis torpes explicaciones. La mención de Victoria no le hizo soltar, como otras veces, ninguna maldad. Cuando terminé mi relato también había desaparecido de su rostro la sonrisa sardónica que últimamente exhibía conmigo.

—Joanes —me susurró, en tono tan bajo que tuve que arrimar el oído para oír mejor.

En un primer momento no reparé en que me había llamado «Joanes», como antes de que me convirtiera en Enrique.

—Joanes —repetió y entonces me di cuenta—. No vuelvas a ese lugar.

Con Gondi me encontré aquella misma mañana. Se hallaba entre las personas que salían del Consejo Real, junto a su primo el mariscal de Retz. En cuanto me vio, el introductor de embajadores se dirigió hacia mí. En la corte de Francia pocas veces me dispensaron un saludo tan ampuloso como aquel día el barón de Codun. Por un instante creí que venía a disculparse por el incidente de la víspera, pero el tema que abordó no tenía nada que ver con ello:

—Señor, he oído a nuestro rey que tenéis un punto de vista singular sobre las relaciones que debería mantener Francia con el reino de España.

Le respondí con sequedad.

—No es solo mi punto de vista. También el rey de Francia lo ha hecho suyo —recordaba mi última entrevista con Enrique de Valois.

No me agradó su sonrisilla.

—Evidentemente, señor. Pero si os place, quisiera escuchar tales razones de vuestra boca.

Podía desafiarlo. Desafiarlo y fijar una hora para retornos a duelo aquella noche en el convento de los Cartujos. La ansiedad que había hecho presa en mí el día anterior iba en aumento según pasaban las horas; un desafío tal vez me lo haría olvidar. No sabía qué posibilidades tenía de resultar vencedor, pero no había oído a nadie ensalzar la espada del barón de Codun.

En lugar de retarlo, le repetí las ideas que ya había expresado al rey de Francia o a Catalina de Médicis, añadiéndoles alguna nueva reflexión de las últimas semanas.

—Los puertos de Vizcaya y Guipúzcoa pertenecerían al reino de Francia. Álava, en cambio, a Navarra.

—¿Álava? —los ojos de milano de Gondi me miraron con pasmo.

—En efecto, Álava —le respondí, orgulloso de su asombro.

Por la tarde, informé de todo a los hombres de mi cámara. No me guardé ni un detalle, ni sobre lo ocurrido la víspera ni sobre mi conversación con Gondi. Mis opiniones solo le resultaban novedosas a Guiche. Me escuchó con los ojos como platos, junto a los demás, pero al mismo tiempo, apartado. Si hubiese escuchado a un predicador anabaptista no hubiese mostrado menos turbación. Miossens encontró qué decir:

—No deberíais volver a hablar sobre esos asuntos con el barón de Codun. Sin saber si trabaja para la reina madre, o para el embajador de España, o para ambos a la vez, no es prudente para nuestros propósitos.

«Nuestros propósitos». Resultaba hermoso escuchar aquello de boca de Miossens, ya que hacía tiempo que tenía la impresión de que no coincidían sus propósitos y los míos. Sin embargo, estaba envalentonado.

—Nada me importa si Gondi ha salido corriendo a calentar las orejas del español. Cuanto antes se eche Madrid a temblar, mejor.

Miossens hizo un gesto de resignación, momento que aprovechó Aubigné para añadir:

—Tampoco deberíais fiaros de Alaya, señor.

Le miré con odio. Con él también me batiría en duelo gustosamente.

—Aiara, no Alaya.

Aquella noche, solo me lleve a un alumbrador, el que sobrevivió a la acometida de la carroza de Gondi. Quién sabe si sentiría alguna pena por su compañero. Tuve que pagarle el doble que la noche anterior, con el pretexto del riesgo. Era un muchacho flaco de unos trece o catorce años, que con los trajes rojos de los lacayos del Louvre todavía parecía más flaco. Tenía más experiencia que yo por las calles de París. Él fue quien olió el peligro.

—Los tenemos detrás, señor.

Detuve el paso. Un perro empezó a ladrar en algún lugar. Un niño lloraba en una casa vecina. Aún no habíamos llegado a la rue des Pouilles.

—Ellos también se han parado —me señaló, claramente inquieto.

Era bien entrado el otoño. Me ajusté la capa negra al cuerpo y proseguimos el camino, ahora casi hombro con hombro el muchacho y yo. Al cabo de unos pocos pasos volvió a detenerse. Era la parte más oscura de nuestro recorrido. En aquella noche sin luna, no nos veíamos ni los dedos de la mano.

—Enfrente también —me indicó, alarmado.

El sibilante sonido que produce una espada al ser desenvainada nos cercó por delante y por detrás.

—¡Apaga la luz! —le ordené a mi joven acompañante.

El desgraciado no tuvo tiempo de cumplir la orden. Aunque yo sí, de apartarme de él. Las espadas de los atacantes me pasaron a pocas pulgadas, casi rozando pecho y espalda. Su objetivo eran nuestros dos cuerpos, pero guiados por la luz, solo encontraron el de mi compañero. Al mismo tiempo que él gemía herido de muerte,

empecé yo a asestar golpes a diestra y siniestra. ¿Cuántos eran? No menos de cinco o seis. Para no herirse entre ellos, se habían despojado de sus capas y no vestían más que camisas blancas. De esa forma era yo el que sabía dónde golpear mientras ellos se las veían con una sombra. Entre giros y contorsiones, el filo de mi espada atravesó varias veces la piel de mis enemigos. Abriéndome paso entre ellos, me di a la carrera hacia la parte que creía expedita. Después de recorrer unos cuarenta o cincuenta pasos, me derribó un impacto en plena cara. En mi ciega huida, me había golpeado con la pared de madera de una casa.

Se dieron cuenta.

—Buscadlo por ahí —dijo una voz—. Lo he oído caerse.

Aunque aturdido por el golpe, me hice un ovillo en el suelo. Unas botas pasaron muy cerca de mí, a solo un poco de pisarme. Fui presa del terror cuando comprendí que estaban acuchillando furiosamente el barro.

—Debe de estar por alguna parte, el malnacido —dijo otra voz—. No escapará sin que reciba el pago de lo que él me ha hecho.

—Por mi parte, al menos, algo ha recibido —dijo un tercero—. Le falta el golpe de gracia.

Si no hubiese escuchado eso, tal vez no habría advertido que la nariz no era lo único que me dolía. El pecho me ardía. Mis dedos se empaparon cuando llevé allí mi mano. Reprimí un quejido entre los labios. El último en hablar estaba justamente a mi lado, castigando el suelo con su espada.

—¿Dónde estás, apestoso?

Clavó la punta de su arma junto a mi pierna.

En ese momento, gritó una cuarta voz:

—¡Luces!

Pude oler la duda en el que estaba a mi lado.

—¡Vámonos! —dijo por fin.

De mi pecho, convertido en fuente, la sangre manaba copiosamente.

Ambroise Paré inclinó su calva hacia mi pecho dolorido. Conocía al médico más afamado de Francia desde la época de la enfermedad de Carlos IX. Era hugonote, no lo ocultaba. En una ocasión distinta, ello me habría predispuesto hacia él. En ese momento, la fe de aquel hombre me importaba tanto como el viento que sopló el año anterior.

—Gracias a Dios que no olvidasteis vestiros la cota. La espada de vuestro atacante no logró infligiros ni un agujero de una pulgada en vuestra piel.

A un gesto del médico, las pequeñas manos de Francisca me volvieron a colocar el parche en el pecho. Más fuerte de lo necesario, porque me dolió en la herida. A pesar de ello, no me quejé.

—Tenéis buena suerte con una enfermera así.

Paré señaló a la enana.

—Yo tampoco me puedo quejar —añadió—. No me ha dejado mucho trabajo.

Después de diez días aquel era el primero que pasaba sin fiebre. El primero, pues, en pleno estado de consciencia. Aunque prefería los delirios de la fiebre a lo que estaba viviendo.

—El rey se complacerá mucho cuando le lleve tan gratas noticias.

Tenía ocasión de mandarle saludos a Enrique de Valois por medio del médico y de agradecerle que me hubiese enviado a su galeno. Paré se marchó de la habitación sin que yo despegara los labios.

Mi siguiente visitante fue el cabo Pessac. La noche en que me hirieron, fue su aparición la que puso en fuga a los atacantes. ¿Qué hacía el oficial de la guardia francesa en aquella parte de París, y además con tres hombres a su cargo? Según sus palabras, volvía a casa después de «una incursión en el lecho de una dama». Una coincidencia excesiva, para ser justos. Conocía a Pessac, desgraciadamente. Sabía que no saldría de su boca quién le había mandado aparecer en el lugar de la emboscada.

Francisca siguió bordando sentada en su silla, cuando entró Pessac. Se pasaba horas bordando, mientras me «cuidaba». La víspera me había enseñado su obra: las cadenas de Navarra, que, cuando lo acabase, podrían coserse a un cobertor de cama. Un regalo para mí.

—Ha muerto el atacante que atrapamos —me informó Pessac.

No parpadeé.

—Tenía una fea herida en el muslo.

Se la había hecho yo en nuestra breve pelea. Eso le impidió correr, cuando llegó Pessac con sus muchachos.

—Se nos ha ido sin que el verdugo le pudiera sacar nada.

Sobraba aquel detalle. De Pessac no esperaba ninguna información importante.

—¿Y sobre la señorita Alaya?

Era lo único que me importaba y, aun así, no tenía ninguna intención de pedir detalle alguno sobre su persona. Era Francisca la que había preguntado en mi lugar. Otro motivo para odiar todavía un poco más a la enana.

—Sabemos tanto como ayer.

—Qué lástima.

Noté poca lástima en Francisca. Tal vez fuera fruto envenenado de mi imaginación enferma.

—Qué lástima —repitió.

El día posterior al ataque contra mi persona, los hombres del preboste de París habían acudido a interrogar a Victoria al hotel de la rue des Pouilles. No hallaron a mi alavesa de cabellos castaños. Tres días después apareció, flotando sobre las aguas del Sena. Al parecer, la habían estrangulado antes de arrojar el cadáver al río.

—Qué época esta —dijo Francisca—. Las gentes de bien no podemos vivir

tranquilas en nuestra ciudad, por miedo a que nos asesine algún malvado.

Sentí deseos de insultar a la enana. No se preguntaba quién había ordenado atacarme y acabar con Victoria. Si fue Gondi. O la reina madre. O Miossens. O los españoles. O la propia Francisca. Con sus razones y sus sinrazones, todos y cada uno nos la tenían jurada a Victoria y a mí, o a uno de los dos. Tampoco tenía muy claro si era la misma persona la que ordenó las dos acciones, o si el que me quiso matar provocó involuntariamente el desdichado fin de Victoria.

Francisca y yo nos quedamos a solas. Durante un rato noté cómo seguía bordando. Luego, la oí rebuscar entre mis cosas. Eso no hizo que pusiera mis ojos sobre ella.

Al poco escuché:

Como está escrito en los Profetas: He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, El cual preparará tu camino delante de ti...

Alcé el cuerpo. Francisca sostenía mi Nuevo Testamento entre sus diminutas manos.

—¡Deja mis cosas!

Una dolorosa punzada me encendió el pecho.

—Da gracias a San Marcos, que te ha devuelto el habla, aunque sea a la manera de los heréticos.

Agrippa d'Aubigné entró en la habitación. Desde que me trajeron a palacio, pasaba día y noche junto a mi puerta, velándome y protegiéndome, según decisión de Miossens. Querría anunciarnos otra visita. Desde cuatro días antes, cada vez eran más frecuentes los que se llegaban para desearle al rey de Navarra una pronta recuperación. No apreciaba a Aubigné. Ni él tampoco a mí. En aquella oscuridad que me cernía, no tenía otro asidero.

—¡Agrippa, por favor, sácame de aquí!

Le recordé al duque de Guisa la partida de caza que me propuso el último otoño. Lo hice después de finalizada una audiencia de Enrique de Valois, en un momento en que estábamos rodeados de otros nobles, de manera que lo pudiera escuchar el rey. Así que estaba en mala situación para buscar excusas.

—Un día tendremos que ver si vuestro maestro de caza es en verdad tan diestro como vos decís.

Era casi un reto.

Al duque no le quedó otra salida que fijar una fecha, y al rey, que dar su bendición. Desde que me apresaron la noche de la víspera de San Bartolomé, sería la primera vez que me movería fuera de la corte, lejos de París. A la reina madre se lo comunicó su hijo ese mismo día, durante la cena.

—¡Qué repentina amistad con Guisa! —exclamó ella, con evidente desconfianza.

Desde que Ruggieri me había hecho la prueba de los espejos, un escalofrío me recorría cada vez que me miraba. Temía que para ella me hubiese convertido en un peón prescindible. En ocasiones recordaba arrepentido cómo un año antes había tenido la oportunidad de matarla y no lo había hecho.

Margarita, en cambio, parecía contenta. Tras mi herida y la muerte de Victoria, había renovado su personalidad volviendo a surgir en ella la fémina agradable y casi amorosa de otro tiempo. A pesar de saber que se trataba de la mujer más voluble del mundo, era lógico relacionar su repentino cambio con la muerte de mi amada. Durante los últimos días había contestado con brusquedad a sus intentos de acercarse a mí.

—Os sentará bien, Enrique, la compañía de un joven galante y bien educado como el duque de Guisa.

Margarita conocía bien la galantería de Guisa, ya que había sido su amante al menos hasta casarse. Estuve a punto de propinarle una dentellada como respuesta. Su hermano se me adelantó.

—Enrique, refrenad a vuestra esposa. Cuando ensalza a un hombre, más tarde o más temprano le hace un hueco en la cama.

De cuantos estaban sentados a la mesa, el rey de Francia era, junto a su mujer, el único al que no hacía sospechoso de la muerte de Victoria. Simplemente, la perspectiva de verme ir a cazar con Guisa había avivado sus celos. Exteriorizaba su mal humor tomándola con su hermana. Desde la muerte de Du Guast, Margarita era la que acababa pagando todos los enfados de Enrique. La reina de Navarra contestó al rey de Francia dirigiéndose a su cuñada Louise:

—Entonces, será una enfermedad de la familia, porque a él le sucede lo mismo. Cuando ensalza a un hombre, más tarde o más temprano...

—¡Putá!

Desde que volví de Venecia, usábamos tenedores en las comidas. Armado de uno de ellos, Enrique de Valois se abalanzó sobre su hermana Margarita. Louise de Vaudémont y Catalina de Médicis se interpusieron, tratando de frenar la mano del rey. Todos gritaban y chillaban. Yo no hice ni ademán de moverme de mi sitio.

Aparecí con mi reducida tropa: Miossens, Armagnac, Aubigné y Guiche. Aparte de ellos, dos caballeros más y algunos sirvientes, de los que traje consigo el heredero de Agramont. Al duque lo acompañaban unas sesenta personas, entre los que se contaban unos diez nobles de su cámara, y casi treinta hombres de armas más. Creía que la función de toda aquella gente era protegernos. La última noche de la cacería el propio duque, borracho, me confesaría que los había traído para protegerse. Al parecer, desconfiaba de mi insistencia por salir de caza y temía que fuese una treta para acabar con él. Alguna vez he pensado si el rey de Francia no albergaba esa

esperanza cuando me concedió permiso para ir con el duque.

Era enero de 1576. Toda la Île-de-France y la Picardía se encontraban cubiertas de nieve. Aprovechamos ampliamente la ventaja de aquel manto blanco. Pasamos cuatro días en el bosque de Halatte, tiempo en el cual abatimos cosa de treinta ciervos y corzos. El duque llevaba razón, tenía un excelente maestro de caza.

La cuarta noche, Guisa nos preparó una pequeña fiesta para los caballeros y nobles que habíamos participado en la batida, en un palacio próximo al pueblo de Senlis. Cuando ya habíamos vaciado el segundo barril de vino, el duque empezó a exponerme sus opiniones sobre Francia y la Corona. Habló sin miedo de manchar el nombre del rey y de la reina madre. Mientras bebíamos el tercer barril, yo me estaba abrazando con aquel que había sido uno de los mayores asesinos de la noche de San Bartolomé.

—¡Qué dolor tener que volver mañana a París! —me dijo, apretándome todavía más fuerte.

—Yo al menos quisiera seguir cazando con mis amigos.

—Quédate y llévate contigo a mi maestro de caza.

Con gran algarabía brindamos por la Iglesia de Roma y por el Papa. Luego nos dimos a las putas. Habían llegado aquella tarde en carros a Senlis, mandadas traer desde París por el propio duque.

Al día siguiente, la resaca no le hizo olvidar su promesa de la víspera. Nos cedió a su maestro de caza y nos despedimos como grandes amigos.

Por la tarde, mandé a Guiche y a sus dos hombres a París, con un mensaje para el rey de Francia.

—No quisiera que desconfiara de mí. Le quiero mandar garantías de que la semana que viene estaremos en París.

Bastaba con ver el rostro de Agramont para darse cuenta de que era él el que desconfiaba.

—¿No hubiese sido mejor habérselas mandado esta mañana con el duque?

—Sí, hubiese sido mejor, si el vino de anoche me hubiese dejado reparar en ello.

Sin resignarse, Filiberto propuso que fuera solo uno de sus hombres. También a eso contesté:

—Los reyes de Francia suelen apreciar la categoría del mensajero. Por otra parte, los caminos no están como para mandar a una persona sola, con tantos salteadores y asesinos.

No tuve que recordarle a Guiche la deuda que tenía contraída conmigo.

Al día siguiente, nos levantamos de buena mañana. Nada más desayunar, le comuniqué al maestro de caza del duque que no precisaríamos de sus servicios. Todavía no había amanecido cuando partimos hacia el sur.

La nieve se estaba deshaciendo. Los caminos estaban completamente embarrados. Aun y todo, recorrimos más de treinta leguas, haciendo un gran rodeo para evitar París. Aparte del frío y de la lluvia, iba bien armado de ánimo. Un buen trecho del

camino lo recorrí refiriendo las decisiones que tomaría al llegar a Pau.

—En primer lugar, daré un plazo de diez días para que todos los curas y frailes abandonen el reino, incluida la Baja Navarra, claro está. En segundo lugar, enviaré un ejército contra Agramont. No dejaré piedra sobre piedra en Bidache. En tercer lugar, dispondré que de aquí en adelante todos los documentos de la Baja Navarra se redacten en el idioma del lugar. En cuarto...

Miossens, Armagnac y Aubigné me escuchaban sin decir palabra.

Cruzamos el Sena cerca de Poissy, faltando poco para que anoheciera. En un meandro del río, fuera del camino principal, nos esperaba una barcaza. Felicité a mis hombres por haberlo previsto.

Vademos el río bajo una lluvia fina y persistente, sujetando firmemente a nuestros caballos por las riendas. En cuanto pusimos un pie en tierra firme apareció un pequeño grupo de caballeros entre la niebla. Igual que a nosotros, sus sombreros y capas empapados les cubrían, no solo la cabeza y el cuerpo, sino también casi sus rostros.

—¿Quién anda? —preguntó el que mandaba entre ellos.

—*Navarra* —respondí yo.

—No puede ser. Porque *Navarra* está aquí.

—¿Cómo osáis...?

Mi mano derecha requirió la empuñadura de la espada.

—Déjalo, Joanes —susurró Armagnac a mi espalda.

—¿Joanes? —me volví, enojado.

Me dejó atrás, sin regalarme una sola mirada. Miossens y Aubigné, en ese orden, se inclinaban ya ante el recién llegado. No entendía nada. El camarero mayor fue el tercero en rendir pleitesía a aquel hombre. Yo estaba a punto de gritar.

Una vez más habló el jefe de aquella tropa de caballeros:

—¿Qué dolencia le aqueja en el cuello al escudero Joanes Mailu, que le impide inclinarse ante su rey?

UN MUERTO HABÍA RESUCITADO ante mis ojos, antes de la llegada del Juicio Final. Si hubiese sido un papista supersticioso, me habría hincado de rodillas y habría agradecido al cielo tal milagro. Pero era un discípulo de Calvino, sabedor de que esa no es la manera de actuar de Dios. Aunque sí hubiese agradecido alguna explicación sobre un acontecimiento tan admirable. Nadie se preocupó en dármela.

Los demás no la necesitaban. Ni Miossens, ni evidentemente Aubigné. El propio Armagnac, que un año y medio antes había permanecido en París conmigo, sin ir a Normandía, estaba al corriente. Me costaba creerlo, pero las pruebas brillaban ante mis ojos. Enrique nunca había muerto. Enrique estaba vivo. Todos lo sabían, menos yo. En el paladar sentí, como hacía tiempo, el regusto amargo de sentirme el último entre los últimos.

—¿Por qué?

Me encontraba tan paralizado, tan sin palabras, tan anulado que no me lo pregunté enseguida. Tal pregunta se me planteó tres o cuatro días más tarde, después de que durante todo ese tiempo mi mente hubiese estado como dormida. Para entonces, me encontraba ya solo. No tenía junto a mí a nadie que pudiese ofrecerme luz alguna. Valiéndome de los fragmentos y retazos que había escuchado de boca de los demás, y extrayendo las conclusiones necesarias, completé la cadena de acontecimientos que durante aquellos dieciocho meses había sucedido a mis espaldas, sin que yo supiera nada.

Sabía lo más evidente: los esbirros de Catalina habían fracasado en su intento de asesinar a Enrique en Normandía. Fracasado, pero no totalmente. El bretón Duval y sus hombres, a pesar de no haber acabado con Enrique, parece ser que lo dejaron gravemente herido. Aubigné tampoco salió indemne del combate. Temiendo que volvieran a rematar la faena, Miossens y el propio Aubigné idearon la maniobra para proteger a su señor. Por lo oído, hallaron la forma de ponerse en contacto con un viejo conocido de Enrique: Jean de Beaumanoir, el joven marqués de Lavardin. Sus propiedades estaban bastante próximas a Saint-Lô. Yo mismo había conocido al padre de Jean, Charles, convencido reformado y uno de los miles de correligionarios que fueron pasados a cuchillo en París la víspera de San Bartolomé. Jean, por lo visto, renegó de su fe cuando se difundió que Enrique y Condé, presos en París, habían hecho lo mismo. Si hilé bien los datos, tras una conversación con Miossens, se mostró inmediatamente dispuesto a cuidar y ocultar en su casa al rey de Navarra. Tras llevarlo allá secretamente, propagaron a los cuatro vientos la noticia de la muerte del caballero de Mailu. Ese era probablemente uno de los cometidos del propio Miossens, cuando vino a París: difundir por doquier la noticia de la supuesta muerte del escudero de Enrique.

A mí tampoco quisieron dejarme fuera del engaño. Por si acaso. Debieron de pensar que desempeñaría mejor la misión de reemplazarlo si yo también creía que Enrique había fallecido. De creer a Miossens y a Aubigné, tampoco era seguro que Enrique fuera a salir de esa con vida. Probablemente tenía un pie en el otro mundo cuando lo llevaron a Lavardin y durante los meses siguientes la Muerte merodeó repetidamente por su lecho. Incluso una vez que había salido de la gravedad, parece que hubo de transcurrir otro tanto tiempo para mejorarse y restablecerse por completo. En todo ese lapso de tiempo no debió de salir de los dominios de Jean de Beaumanoir.

El marqués de Lavardin era uno de los hombres que se presentó ante nosotros en la orilla del Sena en compañía de Enrique. Hasta ese momento, puntualmente, cada semana, le informaba a Miossens, por carta, del estado de Enrique. Cuando la recuperación fue completa, mandaron a Agrippa a París, para organizar nuestra fuga. Poco trabajo tuvo que tomarse, ya que yo hice casi todo.

Agrippa, precisamente, se llevó los abrazos más efusivos aquel día de febrero de 1576, después de vadear el Sena a una sola legua de Poissy. Miossens también recibió idéntico galardón. Casi también Armagnac.

—¿Cuántas libras has ganado de cintura en este tiempo, Juanito, tripón? — Enrique, como en los viejos tiempos, metió el puño en el vientre de su camarero mayor.

No, para mí. Para mí no hubo ni un solo abrazo. Debía sospecharlo, cuando reconocí su voz:

—¿Qué dolencia le aqueja en el cuello al escudero Joanes Mailu, que le impide inclinarse ante su rey?

«Escudero». Una sola palabra, no necesitó más para apearme del trono. Asaltado por un repentino temor, me postré sobre el lodo. Se me saltaban las lágrimas.

—Vivís, señor.

Vi sus botas ante a mí. Creí que iba a patearme.

—Lloras, Joanes, ¿por qué lloras?

—Porque estoy rebosante de alegría de veros en carne y hueso.

—¿Solo por eso, Joanes?

—No —admití—. También temo vuestra ira.

—Eres prudente, Joanes. Un buen sirviente siempre ha de temer la ira de su amo. Sus botas se alejaron de mi vista, pero yo no osé levantar la cabeza.

—Señor, si de verdad estáis vivo, perdonad a este servidor vuestro que tan solo ha intentado reemplazaros.

Mi desesperado ruego dio paso a un larguísimo silencio.

—Estás elegante con mis ropas —dijo, después de transcurrido un siglo—. Mañana me las devolverás todas.

No lo busqué yo. No lo procuré. Me llegó. Provisionalmente, al principio. De forma aparentemente definitiva, al final. Me convertí sin querer en Enrique de Borbón. Las primeras semanas fue tan arduo como ascender por un cortado. Terminó haciéndome llevadero. Hasta el punto casi de matar a Joanes Mailu. Ahora debía resucitar dentro de mí a aquel que había estado dieciocho meses muerto.

Pasamos la noche en casa de un caballero cuyo nombre no recuerdo, cerca del punto de nuestro encuentro. Era un lugar pequeño, demasiado estrecho para cobijar holgadamente a todo el mundo, especialmente a los que no llegábamos a cierta categoría. Mandaron a los criados de la casa a los corrales y en su lugar nos alojaron a Armagnac y a mí. Digo en su lugar, porque no puedo garantizar que aquello fuera una alcoba. Desde los tiempos en que anduve guerreando en el ejército de la reina Juana, no me acostaba en un sitio con tantas chinchas. Junto con nosotros, entraron otro par de entre los recién conocidos a orillas de Sena. Eran caballeros normandos, jovencísimos, que al principio me miraban con asombro, tanto me parecía al que les habían dicho que era su jefe. Era la primera vez que salían de casa. Jamás habían oído una palabra en bearnés. Sin nada que temer de ellos, me puse a hablar con Armagnac, tan pronto como la luz que nos condujo hasta aquel lugar cochambroso se hubo alejado. Sin darme cuenta, me dirigí a él como cuando yo era el rey; y él, mi camarero mayor.

—¿Sabías desde un principio que estaba vivo, verdad?

En aquella inmunda oscuridad no podía verlo. Pero sentí a Armagnac, atemorizado, afirmando con la cabeza:

—Tenía prohibido por Miossens decirnos nada, señor.

Todavía me trataba de «señor». Eso no me aplacó. Me azuzaban el sentimiento de vergüenza y la amargura que producen el hecho de saber que has alimentado la burla y el desprecio de algunos.

—Os habéis reído de mí. Me habéis tratado como un bufón.

Sentí deseos de patearle y de darle una paliza.

—Yo no, señor, yo nunca —se defendió.

—¡Miserable! No has sido capaz de decirme la verdad.

Durante un rato no se oyeron más que sus sollozos en aquel agujero mugriento. Quién sabe qué se les estaría pasando por la cabeza a los jóvenes normandos de nuestro lado.

—Creía en vos, señor —murmuró Armagnac más tarde—. Os prefería mil veces antes que a Enrique.

Era una sorprendente confesión. En mi candor, nunca había pensado que las decisiones que tomaba como rey o los planes que expresaba fuesen a ser comparados por nadie con las decisiones o los planes de Enrique.

—Si supierais cuántas veces en este año y medio he rezado para que Enrique no

sanara de sus heridas...

—¡Por favor, no hables así! —me escandalicé.

—Quizás todavía no esté todo perdido —me susurró al oído.

Ya estaba arrepentido de haber comenzado esa conversación.

—¿De qué hablas?

La voz de Armagnac se volvió casi imperceptible.

—Matadlo.

Resultaba tan increíble lo que acababa de oír que me quedé callado.

—Matadlo. Y también a Miossens.

—¿Te has vuelto loco? —me incorporé, sin miedo de molestar a los normandos.

—Luego, volved a la corte de Francia, donde para todos seréis el rey de Navarra. Nadie podrá desmentirlo. Y los que podrían no querrán hacerlo. Si fuera necesario, yo mismo declarararía en vuestro favor. Asegurada vuestra fidelidad, Catalina no tardará en concederos su permiso para que volváis a Pau...

Traté de cortar su discurso. No tan firmemente como debiera.

—Podréis realizar todo cuanto soñáis: expulsar a curas y frailes fuera del reino, mandar un ejército contra Agramont, disponer que todos los documentos de la Baja Navarra sean en vuestra lengua. Y Pamplona. No os olvidéis de Pamplona.

—¿Pamplona? —apenas me llegaba la voz a la garganta.

—Podréis recuperar Pamplona para el reino, antes de que se convierta también en española de corazón.

—¡Cállate! —levanté la voz.

—Estáis en vuestro derecho. Sois tan Borbón como Enrique. Tan Albret como Enrique.

—Te ruego que te calles —me tapé los oídos.

Cuando salí del Louvre para ir al bosque de Halatte con la excusa de la caza, mis pertenencias se limitaban a mis libros y mis armas únicamente. A eso había añadido la vieja camisa y los viejos pantalones de cuando era Joanes Mailu, porque me parecieron adecuados para disfrazarme en caso de necesidad. Vestido solo con ellos, me presenté ante Enrique. Su ropa la llevaba en las manos. El rey de Navarra se hallaba rodeado de los caballeros del día anterior, en el umbral de la casa donde nos habíamos alojado. Parecía listo para partir. Se quedó mirando, burlón, a mis piernas desnudas.

—¡Por Dios, Joanes! ¿Estás haciendo penitencia por los innumerables pecados que has cometido en este año y medio? ¡Espero que no te hayas convertido al catolicismo, precisamente tú!

Lo había dicho en francés para que todos los que lo acompañaban pudieran reírse. De pronto, saltó al idioma del Bearne. Al hacerlo, se le ensombreció el semblante.

—Te encomendé una misión: que me suplantarás. No tengo nada que decir al

respecto. Mientras yo estaba moribundo, todos se han sentido satisfechos del rey de Navarra. Mis amigos y mis enemigos. Mi mujer y mis amantes. A mis oídos han llegado las alabanzas de todos ellos. También tú puedes sentirte satisfecho, Joanes.

Satisfecho, yo. Pero él, ¿lo estaba también él? Las supuestamente tiernas palabras que Enrique me dirigía eran desmentidas por su semblante sombrío y su tono evidentemente sardónico.

—Mira qué bien lo has hecho que incluso hay quien piensa que nuestro reino habría salido ganando si el asesino de Catalina hubiese logrado su objetivo. Terrible, ¿no es cierto?

Yo había coqueteado con dichos pensamientos, aunque no los expresara para mis adentros literalmente en esos términos. Oído así, lisa y llanamente, me produjo un escalofrío en la espalda.

—Me dicen que te has mostrado muy dispuesto a ser realmente el rey de Navarra. Incliné la cabeza.

—¿En tu opinión, cualquiera puede ser rey?

No traté de responder. Él tampoco aguardaba ninguna respuesta mía.

—Si cualquiera puede ser rey, ¿para qué sirve un rey?

Un sirviente recogió las prendas usadas por mí con excepción de las botas.

—Quédatelas —me dijo Enrique con aparente generosidad—. Hay un trecho desde aquí a Navarra y los caminos están cubiertos de fango y nieve.

No reparé inmediatamente en lo que me estaba dando a entender. Según había oído la víspera, entre los planes de Enrique no estaba volver todavía al reino. Probablemente su intención más inmediata era declararle la guerra a su cuñado y primo, el rey de Francia. Y quería hacerlo sin mí.

—Me has servido bien, pero necesitaré un tiempo para olvidar lo bien que me has servido. Mientras que eso no suceda, no me causará provecho ver a diario tu rostro cerca de mí.

En mis manos depositaron un sombrero sin pluma y una vieja y gastada capa, que Dios sabe a quién habían pertenecido antes. Me calé uno y me puse la otra, y me dirigí al establo del palacio. Allí, los criados no me permitieron que me apropiara de Pegasus. Estaba a punto de mostrarles mi espada, cuando acudió en su ayuda Agrippa d'Aubigné.

—Tu caballo no es tuyo, sino un regalo del rey de Francia al de Navarra.

En vano llevé a mi montura al borde de la extenuación. Las puertas de la fortaleza de Saint-Palais se encontraban cerradas. Aquella tarde de marzo lloviznaba. Los últimos días también los había pasado bajo la lluvia. Ahora, demorar, aunque solo fuese una hora, el abrigo y el calor de los que me querían me parecía un castigo extraordinario. En algo tuve buena suerte. El centinela de encima del portón de la ciudad se acordaba de Joanes Mailu. Había estado conmigo, cinco años antes, en la campaña del país de

Ciza, a las órdenes del señor de Méharin. Más complicado resultó hacerle creer que la sombra que había aparecido a los pies de la muralla y Joanes Mailu eran la misma persona.

—Tú no puedes ser el novillo de Nabarrenx. A él lo mataron en Francia.

El precio de apiadarse de mí ascendió a una moneda de plata.

En el dormido Saint-Palais me costó trabajo reconocer la casa de Domingo Abaurre. Terminé por lograrlo, después de mil vueltas y revueltas. Al otro lado de la puerta respondió una voz apagada, en la que difícilmente reconocí la del verdugo, por mucho que así lo afirmara. Salió al portal en camisa. Llevaba una luz en la mano. La acercó a mi rostro.

—Joanes es bastante más joven —dijo.

No le entraba en la cabeza que el muchacho que dejó Saint-Palais cuatro años antes hubiera crecido y se hubiera hecho hombre. Tuve que gastar no poca saliva para persuadirlo. Ello, de todas formas, produjo poca alegría en él.

—Es mejor que vayas con tu padre y con tu madre —me dijo entre toses y temblores.

Quería mandarme a casa de los Ezponda, donde estaría mi madre, Catalina, y su marido, Enekot Ezponda. Pero ellos no eran mis padres. Aunque nunca le llamé así, mi padre era Domingo. Y también su mujer Estefanía, mi madre. Así la llamé siempre. Madre.

—Prefiero estar con vosotros.

No me acompañó al establo a instalar al caballo. Después de hacer el trabajo solo, me uní a él en la vivienda. En ese momento fui consciente de los estragos que el tiempo había ocasionado en él. Más que su barba cana y los colgajos de su piel, me impresionó la falta de luz en las cuencas de sus ojos.

En la cocina una marmita colgaba sobre unos rescoldos. Extendió hacia ella su mano, como diciendo «sírrete tú mismo». El vino lo trajo él a la mesa, y también se bebió el primer trago.

Las habas de puchero serían los últimos víveres del invierno. Sin embargo, no me había llevado nada a la boca desde la víspera. Vacíe la marmita sin dejarme conmovido por la mirada preocupada de Domingo. Con la última cucharada me di cuenta de que unos ojos me acechaban desde un rincón de la cocina. Me levanté.

—¡Madre!

Acabo de referirlo, siempre llamé madre a Estefanía, la mujer del verdugo.

No era Estefanía, sino una muchachita. Sentada sobre la paja apilada contra la pared, una piel de caballo le cubría el cuerpo hasta los hombros descubiertos. Me pareció más delgada de lo que se ve en la corte de París. Tendría unos ocho o nueve años.

—Mi nieta Isabel. Hija de Ramona —refrescó Domingo mi mala memoria.

Isabel. Ella también había crecido mientras yo estaba fuera. En Nabarrenx, durante el asedio, su madre y yo yacíamos con la chiquilla dormida al lado. Habían

pasado siete años. El recuerdo me provocó un suspiro y una pregunta, las dos cosas a la vez.

—¿Alguna noticia de Ramona?

—Por ahí hay una carta, de su hermano —señaló, con un gesto vago, hacia un lugar impreciso de la oscura cocina—. La trajo un tratante de vinos de Pamplona, el verano pasado o así. Tuve que pagarle a un notario para que me la leyese.

—¡Gilen te escribió una carta!

Mi comentario irónico estaba de más. Mi amigo de la infancia —mi hermano— siempre fue más dado que yo a las letras.

—Parece que ambos están bien —dijo Domingo, como sin darse cuenta.

Nos quedamos en silencio mientras él vaciaba otro vaso. Arrojó algunas astillas al fuego medio apagado. Después, se despojó de la camisa y se aposentó junto a su nieta. Quedaba un pequeño sitio a su lado. También me quité yo toda la ropa, para que se secase al fuego recién avivado. Me acosté sobre el hueco de la cama, y luego pregunté:

—¿Cuándo murió Estefanía?

Desde el otro extremo de la mesa, Enekot Ezponda me informó, visiblemente contento:

—La orden está dada: la Academia de Orthez volverá a abrir el año que viene.

Cuatro años antes habíamos mantenido una conversación en los mismos términos y en el mismo sitio. Me encogí de hombros, sin retirar la vista del pedazo de carne de oveja que tenía entre mis manos. En la mesa de los Ezponda no había tenedores.

—Podrás reintegrarte en tus estudios y terminar lo que empezaste hace siete años. Lo mismo me había dicho cuatro años antes.

El trozo de carne desapareció en mi boca. No había más. Le di una pequeña dentellada al cuscuro de pan. Cuando lo acabase, habría finalizado la comida. Recordé la mesa del rey de Francia. Con lo que devoraba cada comensal del Louvre se alimentarían media docena en casa de mi padrastro y de mi madre. Donde los Abaurre, llenaría mejor la tripa que en aquella casa.

—En la Academia encontrarás otra manera de seguir trabajando por el Reino y por la Fe —añadió mi madre Catalina, que parecía empezar a preocuparse por mi silencio.

Había entrado en su casa atendiendo un llamado de ellos, y desde que lo había hecho apenas había hablado la hija de Miguel Mailu. Tampoco había expresado cuánto le alegraba volver a ver con vida a su hijo. En cuatro años no había cambiado su manera de ser. Tampoco su complexión. La espalda algo más encorvada, tal vez. Hubiera preferido habérmela encontrado marchita.

Opté por hacerme el tonto para romper el silencio.

—Creía que la Academia había abierto hacía tiempo.

Mi madre hizo un gesto adusto. Así la recordaba. En mi memoria, siempre adoptaba gestos adustos y siempre su paciencia estaba a punto de agotarse.

—Agramont la mandó cerrar —explicó Ezponda.

Lo sabía.

El letrado lucía la misma testa pelada que cuatro años atrás. En la cara tampoco le asomaba un solo pelo. Yo, en cambio, mantenía la moda cortesana de París: largos los cabellos y la barba recortada. Entré en aquella casa consciente de que, de esa guisa, provocaría su enfado. Llevaba bastante tiempo dentro y todavía nadie había hecho un solo comentario.

Dejándome de rodeos, conferí un poco de firmeza a mis palabras. Para ello había sido instruido por Francisca, cada mañana en el Louvre.

—Mirad, no me gustan los estudios. Así os lo dije hace cuatro años. Parece que lo habéis olvidado. Por otro lado, no tengo dinero para ir a Orthez.

Era el turno del cuarto comensal de aquella mesa, el ministro Etxeberri, que los franceses llamaban La Rive. Cuando acepté la invitación de mi madre para comer, sabía que allá me encontraría al viejo cuervo, revoloteando. No había envejecido ni un ápice en esos cuatro años. El lúbrico carcamal había encontrado la fuente de la juventud, casándose precisamente con Graciana, la otra hija de Domingo.

—Lo del dinero se puede arreglar, la Iglesia Reformada sabe cuán importante es contar en la Baja Navarra con ministros o letrados fieles a la religión.

Francisca, en el Louvre, me había mostrado cómo ha de mirar un rey a los interlocutores molestos. Así hice yo, mirarle como un rey a un interlocutor molesto. Etxeberri no se acoquinó:

—Toma ejemplo de Joanes, tu medio hermano.

A mi lado percibí cómo se hinchaba Joanes Ezponda, mi antiguo enemigo de Orthez. Antes de comer, nos habíamos abrazado sin entusiasmo.

Joanes acababa de llegar de Basilea. Los últimos años había estado estudiando en la universidad de dicha ciudad. En ese tiempo, había traducido un libro del escritor griego Homero al francés. También había escrito poemas, «en los que brilla el espíritu de la Reforma». Así lo había escuchado en aquella misma mesa.

—No es mi medio hermano —le corregí a Etxeberri. A nada más ni nada menos que a Etxeberri—. Llevaba años en este mundo cuando mi madre se casó con su padre.

Mis palabras produjeron un pequeño estremecimiento tanto en Enekot como en Catalina. Eso me gustó. Les resultaba extraña, en mí, aquella desvergüenza en el momento de dirigirme a ellos. A mí me ocurría lo mismo.

—Pues, aunque no sea medio hermano tuyo, tiene cosas a las que imitar —intervino Enekot, cada vez más ceñudo—. Tú también, si terminases tus estudios, podrías volver a servir al rey.

Lo habían dicho al comienzo de la comida: el hijo de Enekot estaba a punto de partir para Francia, a ofrendar su sabiduría al ejército del rey de Navarra. Ya había de

qué admirarse. En la guerra contra su primo, Enrique prefería a los que dominaban el griego antes que a los que dominaban la espada.

Me acordé de otra lección de Francisca: «no muestres tu rabia». Posé mi vista en cada uno de los presentes: Enekot, Catalina, Etxeberri, Joanes.

—No iré a Orthez —dije, tan pausada como rotundamente—. No seré ministro ni letrado. Yo soy un soldado.

Me casé el 15 de julio de 1576, un día en que el sol entraba en Leo. En el templo de Saint-Palais, el ministro Joanes Etxeberri, el mismo al que los franceses llaman La Rive, nos deseó larga vida a los contrayentes. Le dio algunos consejos a la novia. Básicamente, que sirviera y obedeciera a su marido, «en toda santidad y honestidad». También le recordó que, mientras viviera con su esposo, ella estaba a su cargo y custodia. Y sobre todo me dio consejos a mí, al novio. A oídos del ministro probablemente habían llegado rumores de que en París no siempre y en toda ocasión me había portado tan honestamente como es debido. Por ello, me hizo prometer que tendría, aceptaría y entretendría a mi esposa «fiel, santa y lealmente, como es obligación de un marido verdadero y fiel para con su esposa».

No hace falta decir que Etxeberri tenía un interés doble en que el comportamiento del recién casado fuera ejemplar. Por un lado, él era ministro de la tierra de Mixa, y yo —caballero de Mailu—, una de las más conocidas entre sus no muchas ovejas. Por otro lado, la novia era su hija.

Marie Etxeberri era una muchacha de nueve años cuando yo abandoné Saint-Palais; y una mujercita de catorce, a mi vuelta. No la elegí yo como esposa. Antes de partir en su último viaje a París, la reina Juana le firmó un documento a su padre, en el que, «por los servicios prestados al reino», le prometía un caballero como esposo de su hija, junto con una dote de doscientas libras. Mi padrastro, Enekot Ezponda, secretario de la reina Juana, era el testigo y avalista de lo que en esa carta se exponía. En el dicho documento el tal caballero carecía de nombre o apellidos. Sin embargo, resultaba evidente que ese caballero era yo, según parecía, no sé si en la mente de la reina Juana, pero sí al menos en la del ministro y en la de Ezponda. Mi negativa a ir a Orthez no los arredró. Al contrario, creo que hizo de acicate para lo que, a la postre, constituyó una especie de venganza por no haberme plegado a sus designios.

Tuve una segunda cita en casa de los Ezponda. Etxeberri también acudió a ella. Pero no solo. En una mano tenía a Marie y en la otra el citado documento con la firma de la reina Juana. La chica no me parecía desagradable. Su recién adquirida lozanía había hecho aflorar algunos de los dones de su difunta madre. Otros habían desaparecido, la gracia de su boca, por ejemplo. En cualquier caso, yo no quería convertirme en yerno de Etxeberri. Retrasé el compromiso con mil excusas.

Mi padrastro me cortó toda escapatoria escribiéndole una carta al recién liberado rey. Enrique en ese momento se encontraba en Niort, preparando el próximo ataque

contra su primo, Enrique de Valois. Los caballos corrieron a toda prisa, aquellos días, a través del reino de Francia. En junio llegó la orden, firmada de puño y letra por el propio Enrique, de que el caballero Joanes Mailu se esposara «con Marie, la hija de Joanes de La Rive, nuestro fiel servidor». Me mostró a cuánto llegaba su generosidad haciéndome la gracia de incrementar las 200 libras de su madre hasta las 300. Conocía a más de un barón que había hecho más que eso por su balletero predilecto.

Enrique —Enrique de Borbón, rey de Navarra, mi Enrique— nombró a Miossens teniente general del reino. En breve también le otorgaría al señor de Coaraze el gobierno de los castillos de Lourdes y Mauvezin. No volvió a admitir a Armagnac en su cámara, pero lo hizo titular de algunas casas señoriales en la zona de Lescar y Artix. Aubigné continuaría a su lado, a la espera de honores venideros.

Para mí, que soy de su sangre, no hubo ni títulos, ni tierras, ni honores. No debía de tener nada que agradecerme. He aquí mi recompensa: trescientas libras y la mano de Marie Etxeberri, descendiente de una familia en cuyo linaje no existía otro mérito que su adhesión a la Reforma. Hugonote o papista, al parecer no había ningún noble en toda la Baja Navarra, el Bearn o la Bigorra con alguna hija casadera digna de mí. Más de una vez me había hablado mi abuelo Miguel de la ingratitud de los reyes. Nunca soñé que habría de beber del mismo veneno.

Me dirigí a Labastida en busca de luz. De nuevo tuve la sensación de que la guerra no había llegado a Arberoa. Al contrario que en el país de Mixa, en la parte occidental del reino las casas permanecían en pie, y el trigo, recogido.

Sorprendí a Leizarraga trabajando, en medio de un caos de papelajos emborronados y tinteros vacíos.

—Ahora estoy con el Antiguo Testamento. Quisiera concluir la traducción del Génesis, si no este año, el siguiente.

Tal como la gran mayoría de las personas con que me encontraba en la Baja Navarra, la proverbial delgadez del ministro de Beskoitze se había acentuado, haciendo destacar todavía más su nariz aguileña. Los cabellos se le habían vuelto canos, tanto en la cabeza como en la barba. Sus ojos claros destilaban su habitual sabiduría.

—¿Trabajáis ahora solo?

—Los demás ministros vascos bastante trabajo han tenido con mantenerse con vida. Quizás las cosas cambien cuando nuestro rey Enrique regrese a Navarra y restablezca la paz.

No le aconsejé que abandonase tan dulces sueños.

Ni una sola vez me interrumpió mientras que yo le contaba mis penurias. Tal vez había visto de todo en ese rincón de Arberoa, ya que no hizo ni un solo gesto de sorpresa. En un momento dado me callé, harto de mis palabras. Entonces empezó él:

—Habéis sucumbido, Joanes, a las trampas del demonio del orgullo. Está escrito:

«El orgulloso será humillado». Ese es vuestro caso. Habíais sido inmerecidamente ascendido, ya que no habíais nacido para ello, y ahora estáis siendo degradado a aquello para lo que nacisteis. Ved en ello la voluntad de Dios y rezadle, para que su misericordia un día os alcance.

Aquel mismo día regresé al país de Mixa.

Joanes Belzunce, marqués de Macaya, me había ofrecido ser capitán de sus soldados en 1571, no sé si de veras o de broma. Ya habían pasado cinco años de aquello, pero las cosas no habían cambiado mucho. El castillo de Maule, del que Belzunce era castellano, seguía en las garras de su cuñado Luxa. A la larga lista de enemigos se había añadido el nombre de Agramont, bastante próximo a sus tierras de Lapurdi y Arberoa. En otoño de 1576, me presenté en Macaya, a recordarle su antiguo ofrecimiento.

—Poseo escasos bienes: mi espada, mi pistola y mi caballo. Todo ello será vuestro si me tomáis a vuestro cargo.

Yo no era un don nadie. Alguna vez había sido *El pequeño soldado de Gárriz*. También *El novillo de Nabarrenx*. Había participado en la toma de Orthez. En el asedio de Mauleón. En la batalla de Osserain.

Me puso al cargo del castillo que los Belzunce poseen en Aiherra. Había nacido y me había criado en un castillo. Sabía en qué consistía el trabajo de castellano. Llevé allá a mi mujer y mis pertenencias, desde Saint-Palais. Hice el viaje contento. Marie, en cambio, entre lágrimas.

Marie decía sus oraciones cada noche antes de acostarse. Apagaba la luz y se metía vestida en la cama. Cuando tenía que ofrecérseme, se subía las sayas en silencio. Mientras la cabalgaba, permanecía debajo de mí con la boca cerrada y sin que sus muslos o sus posaderas se estremecieran. Tan pronto como me apartaba de ella, caía dormida entre pequeños ronquidos. Jamás me mostró disposición a nada más ni me expresó deseo de otra cosa. Nunca me ofreció besos ni caricias.

—Me ahogo en el agua.

Eso es lo que me contestó cuando un día le propuse que el carpintero nos fabricara una bañera.

Otro día le expliqué que en París las mujeres se afeitaban el vello de axilas, muslos y piernas.

—Prefiero arder en el infierno antes que eso.

En los siguientes dos años se quedó encinta tres veces.

Perdió el primer hijo antes de cumplir el plazo. En ese tiempo yo andaba por Mauleón, peleando de nuevo contra los hombres de Luxa. Tuvimos que abandonar Zuberoa con una terrible derrota.

Nuestro segundo vástago —un niño— murió a las pocas semanas de nacer. No lo conocí. Por aquellos días me encontraba cerca de Bidache, guerreando contra el

conde de Agramont. La campaña se preparó desde Pau. Vino el propio Miossens como comandante en jefe por encima de Belzunce. Aquellos días nos encontramos varias veces; el que antes me llamaba «primo» no me miraba más que al último de sus piqueros. Abandonamos el territorio de Agramont algunos meses más tarde, sin ninguna victoria.

Vi nacer al tercero, ya que me hallaba en Aiherra. Hacía dos meses que había recibido la orden de no plantar batalla a Agramont, Luxa y a las gentes y propiedades de los demás señores papistas. Parece que los dos Enriques III, el de Navarra y el de Francia, habían firmado la paz.

El ministro Leizarraga bautizó a la niña en el templo de Labastida. La llamamos Juana. Solo unos pocos compañeros de fe de Arberoa nos acompañaron en la celebración. Ni mi propio jefe Belzunce apareció, ausente en Pau. El señor de Macaya debía recibir, junto a otros señores nobles y caballeros del reino, al rey Enrique y a su esposa, Margarita. Desde que era guardián del castillo de Aiherra, innumerables veces habían llegado a mis oídos noticias que anunciaban un pronto regreso de Enrique, pero que nunca se habían visto confirmadas por la realidad. Esta vez tenía todos los visos de ser verdad.

Leizarraga resplandecía de contento.

—Dios lo ha traído a nuestra casa, como llevó a David al sufriente pueblo de Israel —dijo después del bautizo, fuera ya del templo.

Un maligno comentario mío nubló su alegría:

—Incluso trae a la reina.

Una sombra cubrió el rostro de Leizarraga. El canoso ministro era más dado a las cosas de Dios que a las de los hombres. Pero no era sordo a las habladurías del mundo. Y sobre Margarita si algo no faltaba en el mundo eran habladurías.

—No hay de qué sorprenderse. Ya lo dijo el apóstol: «Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres deben estar en todo sujetas a sus maridos».

Algo parecido había escuchado el día de mi boda. Pero San Pablo no conocía a Margarita.

El camino desde Aiherra hasta Labastida había dejado rendida a Marie, que estaba recién parida. Decidí quedarme en la villa hasta que mi mujer recuperara las fuerzas suficientes para ponernos otra vez en el camino de vuelta. No estaba preocupado por el castillo a mi cargo. Allá contaba con Dibarsoro, que me sustituía. Dibarsoro era un bayonés, de familia rica. Por un tema de herencias había reñido con los suyos y se había hecho hugonote. Unos días más tarde, cuando por fin volvimos de Labastida, estaba esperándome en la puerta de la fortaleza. Tenía un regalo inesperado para mí.

—Ayer mismo la trajo un mensajero desde Nérac.

Recordaba Nérac, una de las principales propiedades de los Albret en el reino de Francia. Seis años antes, de camino hacia París para la boda de Enrique, habíamos permanecido allí algunos días, sin poder avanzar. Él era entonces solamente príncipe

de Navarra, y no quería alejar de su lecho a la hija del jardinero del castillo.

Tomé la carta en mis manos preguntándome qué era lo que podía llegarme de ese lugar. Eran dos folios de elegante papel, atados con un lazo rojo. En la cara exterior del primero leí mi nombre: *Al caballero de Mailu*, en hermosa letra redondilla. La flor de lis y la margarita del lacre respondieron a la mitad de las preguntas que me estaba haciendo. Lo rompí sin miramientos. Aprecié unas cien líneas, diligentemente dispuestas, claras, sin borrones ni correcciones, como escritas de un tirón. Estaba datada una semana antes. Empezaba con un *Amigo mío*. Terminaba con *Margarita de Francia, reina de Navarra*.

Me encontraba cansado del camino y estaba sin cenar. Pero era principios de julio y el día todavía estaba claro. Sin rendirme al hambre, subí a las murallas. La leí con la ayuda de los últimos rayos de sol:

La reconciliación entre mi esposo y mi hermano me ha convertido, definitivamente, en reina de Navarra. Así me llamaban desde que me casé con Enrique. ¡Valiente mentira! Hubiese sido lo mismo que me nombraran emperatriz de Irlanda o duquesa de Hungría. No habría sabido con toda certeza si aquellos lugares existían en verdad. Y en lo que respecta a ser reina, mi reino, el verdadero, no alcanzaba más que el ancho de mi dormitorio. Ahora ya sé a qué territorio puedo llamar mi reino.

No penséis que he aceptado abandonar las comodidades y la pompa de París sin harto dolor de mi corazón. ¡Quién podría decir que para ello me sería de ayuda el escaso amor que mi hermano el rey y mi madre me profesan! ¡Hasta tal punto me ha hecho más llevadero el dolor de tener que alejarme de mi patria! Vos también sois culpable, puesto que desde que nos dejasteis ni el uno ni la otra han tenido un momento bueno. Últimamente mi madre anda con el ánimo más sombrío, desde que su enana favorita —de la que sin duda os acordaréis, la que llamábamos La Luzienne, natural del país de Lapurdi— se ahorcó, al poco de que vos escaparais. Aparte de eso, no tengo por qué ocultaros que algo más me allanaba el camino a Navarra.

No os lo dije cuando estuve a tiempo; tontería es mantenerlo callado: hacía tiempo que sabía que no erais mi esposo. También supe que no erais Enrique el día en que vinisteis a traerme el regalo de mi futuro marido, disfrazado de él, algunos días antes del desafortunado enlace. La segunda vez cumplisteis mejor vuestra misión. Al principio me tuvisteis engañada. Tal vez así habría seguido estándolo, si no hubieses venido a mí. Me di cuenta en el mismo instante en que os acercasteis a consolarme, después de que mi madre hubiese mandado matar a mi amante La Molle. Si Charlotte, la entonces querida de Enrique, no se percató, señal de que es más tonta de lo que creía. El olor, el tacto, el sabor, cada paso en el ejercicio del amor... en todo erais distintos. Y en todo vos sobresalíais. No erais mi marido, pero prefería que no lo fueseis. Jamás se me pasó por la cabeza delataros.

Nunca me han interesado las cuestiones relativas al gobierno de los reinos, ni públicas ni no tan públicas. Tal vez cueste creérselo en boca de una hija de Catalina de Médicis. Pero así es, ciertamente. Mi madre nunca ha titubeado a la hora de mandar matar a alguien. Si cree que le conviene al reino o a la corona, nada la detendrá. Yo también puedo llegar a matar, bien lo sabéis; solo que únicamente si media el amor o el odio. Nunca me importó quién decidió o qué llevó a vuestro intercambio. Sospecho que mi madre algo tendría que ver en el tejemaneje. Casi todo lo que se pergeña en el Louvre tiene principio y origen en mi madre.

Quiero pensar que nuestra relación habría tenido más placentera base si os hubiese tomado como amante que como esposo. Pero teníais que hacer las veces de marido; y yo, de esposa. Ello comporta una pesada servidumbre, actuar injustamente. Actuasteis injustamente conmigo. Lo hicisteis cuando despedisteis de mi lado a mi querida amiga y servidora Gillonne. Lo hicisteis cuando no me defendisteis de los ataques de mi hermano. Lo hicisteis cuando os fuisteis sin despediros de mí.

Os odié. Os he perdonado. Soy la hija de Catalina de Médicis y sé en qué consiste ser rey.

Al inicio de estas líneas os he dicho que algo más me allanaba el camino hacia Navarra. La ventura de encontrarme con vos. Por un momento creí que, lejos de mi hermano y de mi madre, nos quedaba alguna oportunidad de estar juntos, sin hacernos mucho daño. Aunque no fuéramos amantes, al menos podríamos ser un matrimonio que trata de favorecerse y complacerse. El sueño de volver a veros me ha animado durante el trayecto de París a Pau. ¡Qué duro despertar, el de la capital del Bearne! No erais vos el que me presentaron como esposo mío.

Mi madre ha viajado conmigo. Protesté ante ella. Me contestó en pocas palabras:

«Las cosas han vuelto a su ser, hija mía».

Claramente, lo sabía. No parecía complacida. Como mucho, resignada, tal como se ha tenido que resignar a tantas otras cosas que no ha podido evitar. En lo que a mí respecta, nada había vuelto a la normalidad, sino a la peor de las anormalidades. Prefería mil veces al sustituto de Enrique que al verdadero Enrique.

Estos días he estado preguntando por el caballero de Mailu. Mi nuevamente encontrado marido no ha querido responderme. Miossens me debía la vida; aunque contra su voluntad, no ha podido negarme la información que quería. Por primera vez he escuchado el nombre del tal lugar de Aiherra. No parece ser la capital del mundo. Tampoco las explicaciones que me ha proporcionado Miossens llevan a pensar que la Baja Navarra sea semejante al Imperio Romano.

¿Tan poca recompensa ha merecido vuestro trabajo?

Me encontraba ansiosa por veros. Ahora ya sé que no os veré. Viajaremos desde Pau hasta Nérac, según yo he solicitado. En la capital del Bearne, tus correligionarios no se han arredrado en insultarme, prohibiendo a los sacerdotes de mi comitiva desempeñar su trabajo. Gracias a Dios, en Nérac impera la ley francesa en los temas de religión. He podido oír misa por el rito romano, sin que nadie lo impidiese. Desgraciadamente, estaré todavía más alejada de vos.

Me he planteado pedirle a mi marido Enrique que regreséis. No me he atrevido. He temido que, en lugar de favoreceros, os perjudique. Dos reyes de Francia han sido hermanos míos. Soy hermana del actual. Nadie mejor que yo conoce adónde pueden llegar los celos de un rey. En este caso, además, a Enrique no le faltaría razón. Sé que sois mejor esposo y amante. Sospecho que también seríais mejor rey.

Debo concluir estas líneas. Está a punto de empezar una fiesta que se va a celebrar precisamente en honor de «la recuperada reina de Navarra», que al parecer soy yo. Todos los caballeros y las damas de Gascuña, hugonotes y católicos, han acudido hasta Nérac a saludarme. Solo faltareis vos, desterrado en vuestro rincón de la Baja Navarra. Habrá comida y bebida. Música y danza. De rato en rato, hablaremos del amor. Y de poesía. Y de la belleza. De suyo, debería tener con quién olvidaros. No sé si podré conseguirlo del todo.

Leí la carta dos veces, sin moverme de lo alto de la torre. Luego, volví a doblar los folios, tal como me los habían entregado, con su lazo rojo.

El sol se iba ocultando; ya solo era una fina franja más allá de la raya de Lapurdi. Al sur, unas imponentes sombras se alzaban en el lugar donde se hallaban las montañas de la Alta Navarra. Una suave brisa soplaba entre las hojas de los árboles cercanos. Dentro, en el castillo, nuestra hija Juana reclamaba llorando el pecho de su madre.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

- Agramont, Antonio** (?-1576), primer conde de Agramont. Enemigo del linaje de Luxa. En las guerras de religión pasó del bando hugonote al católico.
- Alba, duque de** (1507-1582), Fernando Álvarez de Toledo. General principal de Felipe II de España. Responsable de la represión contra los rebeldes de los Países Bajos.
- Alençon, Duque de** (1555-1584), hijo de Enrique II de Francia y de Catalina de Médicis. El único de entre sus hermanos que no se convirtió en rey, a pesar de que lo intentó en varias ocasiones.
- Andoins, Diana** (1555-1620), hija de una de las familias más principales del Bearne, casada con el hijo de Antonio de Agramont. Posteriormente amante de Enrique IV, más conocida con el sobrenombre de Corisanda.
- Armagnac, Joanes**, mayordomo mayor del rey de Navarra. En la matanza de la víspera de San Bartolomé, fue de los pocos supervivientes del séquito de Enrique III.
- Arros, Bernard**, teniente general del Reino de Navarra nombrado por Juana de Albret. Dirigió el ejército de la Reforma en el Bearne.
- Aubigné, Agrippa** (1552-1630), conocido poeta y soldado francés. Amigo de Enrique III de Navarra, aunque posteriormente se distanciaron.
- Beaune, Charlotte** (1551-1617), vizcondesa de Tours y una de las amantes de Enrique III de Navarra, durante su confinamiento en París.
- Belzunce, Juan**, vizconde de Makea o Macaya y señor de Aiherra. Estuvo a cargo del castillo de Mauleón. Favorable a la Reforma.
- Béraudière, Louise de la** (1530-1586), dama de honor de Catalina de Médicis. Antonio de Borbón —padre de Enrique III— y el hijo de la propia Catalina fueron algunos de sus amantes más conocidos.
- Biron, barón de** (1524-1592), Armand de Gontaut. Mariscal de Francia. Dirigió los ejércitos de Carlos IX y de Enrique III.
- Borbón, Antonio** (1518-1562), duque de Vendôme y príncipe de sangre de Francia. Esposo de Juana de Albret y padre de Enrique III de Navarra.
- Bussy d'Amboise, Louis** (1549-1579), favorito del duque de Alençon y amante de la reina Margarita de Navarra.
- Calvino, Juan** (1509-1564), reformador religioso y escritor francés. Huyendo de su

patria, se instaló en Ginebra, Suiza. Los reformados navarros, así como los franceses, seguían su doctrina.

Carlos IX de Valois (1550-1574), hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis. Rey de Francia desde 1560. Ordenó la matanza de la Noche de San Bartolomé.

Clèves, Marie (1553-1574), esposa del príncipe de Condé y amante de Enrique III de Francia.

Coconas, Aníbal de (1535-1574), favorito del duque de Alençon y amigo de La Molle. Implicado en una conspiración contra el rey de Francia, fue ejecutado en París junto a La Molle.

Coligny, Gaspard (1519-1572), almirante de Francia y jefe militar del partido reformado. Asesinado la Noche de San Bartolomé.

Condé, príncipe de (1555-1588), Enrique de Borbón. Primo de Enrique III de Navarra y jefe de los reformados franceses.

Du Guast, señor, Louis de Bérenger, favorito y hombre de confianza de Enrique III de Francia.

Enrique II, de Albret (1503-1555), rey de Navarra, hijo de Catalina de Foix y Juan de Albret.

Enrique de Borbón, III de Navarra y IV de Francia (1553-1610), hijo de Juana de Albret, rey de Navarra desde 1572 y también de Francia a partir de 1589.

Enrique III, de Valois (1551-París, 1589), hijo de Enrique II y hermano de Carlos IX. Fue durante un año rey de Polonia y, posteriormente, rey de Francia. Continuó con las guerras de religión.

Etxeberri, Joanes (*Jean de La Rive*), ministro vasco hugonote de las Iglesias Reformadas del Bearne. Colaborador en la traducción de Leizarraga.

Etxepare, Bernard, párroco de Eiheralarre, en la Baja Navarra. Autor de *Linguae Vasconum Primitiae* (Burdeos, 1545), el primer libro impreso en euskera.

Ezponda, Enekot (?-1594), uno de los primeros calvinistas de Zuberoa. Secretario de Juana III y miembro de la Cancillería de Navarra.

Ezponda, Joanes (1557-1595), hijo de Enekot. Renombrado poeta en lengua francesa, de origen vasco. Abandonó la Reforma y se convirtió al catolicismo.

Felipe II de Habsburgo (1527-1598), rey de España, hijo de Carlos V. Continuator de la política de su padre en lo referente a Navarra y defensor ferviente de la Iglesia Católica.

Gondi, Jérôme (1550-1600), barón de Codun, caballero de honor de Catalina de Médicis e introductor de embajadores.

- Guiche, Filiberto de** (1552-1580), hijo de Antonio Agramont y esposo de Diana Andoins. Murió en la guerra contra Enrique de Borbón, en el bando católico.
- Guisa, duque de** (1549-1588), apodado *El Acuchillado*. Jefe del partido católico en las guerras de religión en Francia. Uno de los promotores de la masacre de la Noche de San Bartolomé.
- Isabel de Austria** (1554-1592), esposa de Carlos IX de Francia. Tras la muerte de su marido, regresó a su tierra, a Viena.
- Juana III de Albret** (1528-1572), reina de Navarra desde 1555. Hija de Juan de Albret y de Catalina de Foix. Casada con Antonio de Borbón. En 1560 se convirtió al calvinismo.
- Leizarraga, Joanes** (1506-1601), ministro calvinista vasco. Escritor en vascuence. Tradujo el Nuevo Testamento y otras obras religiosas al euskera.
- Valois, Margarita** (1553-1615), hija de Enrique II de Francia y Catalina de Médicis. Contrajo matrimonio con Enrique de Navarra, una semana antes de la matanza de la Noche de San Bartolomé.
- Médicis, Catalina** (1519-1589), reina de Francia, de origen italiano, mujer de Enrique II de Francia. Dirigía desde la sombra los designios del reino por la época de la matanza de la Noche de San Bartolomé.
- Miossens y Coaraze, barón de**, Enrique de Albret. Primo de Enrique III de Navarra y primer noble del reino. En la matanza de la víspera de San Bartolomé, fue de los pocos supervivientes del séquito de Enrique III.
- Molle, Joseph Boniface de la** (?-1574), amante de Margarita de Valois e implicado en la conspiración contra el rey de Francia. Fue ejecutado en París junto a su compañero Coconas.
- Montgomery, conde de** (1530-1574), Gabriel de Lorges. Mató involuntariamente a Enrique II de Francia en un torneo. Uno de los líderes calvinistas en las guerras de religión.
- Montmorency, Francisco** (1530-1574), mariscal de Francia y jefe de una de las más importantes familias del reino. Fue encarcelado por Enrique III, que creía que conspiraba contra él.
- Montmorency, Enrique** (1534-1614), señor de Damville y gobernador de Languedoc. Hermano menor de Francisco. Principal representante de los católicos «moderados».
- Nostredame, Michel** (1503-1566), conocido también como Nostradamus. Adivino y astrólogo provenzal, que trabajó al servicio de Catalina de Médicis. Sus profecías continúan siendo muy famosas.

Paré, Ambroise (1510-1590), cirujano y anatomista francés, considerado uno de los antecesores de la cirugía moderna. A pesar de ser reformado, fue médico de los reyes y grandes nobles de Francia.

Quélus, conde de (1554-1578), Jacques de Lévis. Favorito y, supuestamente, amante de Enrique III de Francia.

Ruggieri, Cósimo (1519-1615), astrólogo y adivino italiano al servicio de Catalina de Médicis.

Sauguis, Bertrand, poeta suletino de la segunda mitad del s. XVI. Calvinista. Los únicos datos de su obra y su poesía los conocemos gracias al mauleonés Arnault Oihenart, poeta vasco del siglo XVII.

Thorigny, Gillonne, damisela de honor de la reina Margarita de Navarra.

Touchet, María (1549-1638), reformada, amante de Carlos IX de Francia y madre de un hijo suyo.

Victoria d'Alaya o d'Ayala, dama de Margarita de Médicis y una de las amantes de Enrique III de Navarra durante su confinamiento en París.

Villequier, René, favorito de Enrique III de Francia y, según se decía, también su amante.



AINGERU EPALTZA nació en Pamplona en 1960. Tras realizar estudios de periodismo, trabajó en diversos medios de comunicación (*Deia*, *Euskal Telebista*, *Navarra Hoy*), hasta que empezó como traductor del Gobierno de Navarra. A pesar de ello, ha continuado colaborando en prensa durante estos últimos años (*Noticias de Navarra*, *Argia* y *Nabarra*, entre otros medios).

Dio a conocer sus primeros trabajos entre 1984 y 1989 en la revista literaria *Korrok*, surgida en torno a la librería Auzolan de Pamplona. En 1990 recibió el premio Rikardo Arregi de periodismo, en la categoría de periodismo de valoración. Aunque ha escrito teatro (*Mugetan irri* que escribió en 1984 para el grupo Ortzadar), relatos (*Garretatik erauzitakoak*, 1989; y *Lasto sua*, 2005), así como ensayo (*Bezperaren bezpera*, 2007), Epaltza es un novelista nato, y en ese ámbito ha dado sus trabajos más mencionables. Entre su producción para adultos es digno de mención el libro de cuentos *Garretatik erauzitakoak* (Elkar, 1989), la novela negra *Rock'n'Roll* (Elkar, 2000, traducido al castellano como *Rock'n'roll*, Tartalo, 2003), y en el ámbito juvenil la novela corta *Ur zabaletan* (Pamiela, 1994). Además, tres de sus libros han sido galardonados con diferentes premios: *Sasiak ere begiak baditik* (Elkar, 1985) fue ganador en el concurso para nuevos escritores organizado por el Ayuntamiento de Pamplona; la novela *Ur uherrak* (Pamiela, 1993, traducido al castellano como *Agua turbia*, Hiru, 1995) ganó el premio Xalbador en 1991, y su obra *Tigre ehizan* (Elkar, 1997, traducido al castellano como *Cazadores de tigres*, Xordica, 1999) fue galardonado con el Premio Euskadi de 1997. Además de los galardones mencionados, Epaltza ganó el premio de periodismo Rikardo Arregi en 1990. En 2006 inició la

publicación de las novelas de la trilogía «Erresuma eta fedea» (El reino y la fe).

Notas

[1] Igual que un Cervatillo, cuando ya abril destruye el ocioso cristal de la pálida helada, para mejor pastar la hierba almibarada sale de la espesura y con la aurora huye. <<

[2] Confesión de fe redactada por Joanes Leizarraga en 1571. Comienza así: Nosotros creemos y reconocemos que existe un solo Dios, y que tiene una sola esencia, espiritual, eterna, invisible, inmutable... <<

[3] Pieza de madera, constituida por una tabla rectangular y un mango que utilizaban antiguamente para arrollar las madejas de cera que llevan las mujeres a la iglesia para alumbrar la fuesa o sepultura familiar. <<

[4] Primeros versos del poema «Amoros sekretuki dena» (El enamorado en secreto), de *Linguae Vasconum Primitiae* (Burdeos, 1545), primer libro impreso en euskera, compuesto por Bernard Etxepare. Patxi Altuna los traduce así:

Una bella y gentil dama me ha robado el corazón.

Cuando me acuerdo de ella, no puedo tragar saliva.

¡Lo que daría yo porque me amara lo que yo a ella!

No me atrevo a declararme por temor a disgustarla. <<